

A rustic wooden cross made of two branches stands in a field of reddish-brown soil. In the background, there are green trees and a hill. To the right, another wooden cross is partially visible. The text is overlaid on the lower half of the image.

**Aquellas muertes
que hicieron
resplandecer la vida**

**AQUELLAS MUERTES
QUE HICIERON RESPLANDECER
LA VIDA**

© Copyleft

Se permite la copia, ya sea de uno o más artículos completos de esta obra o del conjunto de la edición, en cualquier formato, mecánico o digital , siempre y cuando no se modifique el contenido de los textos, se respete su autoría y esta nota se mantenga.

La fotografía de la portada es una tumba anónima de un joven buscador de justicia, torturado y ejecutado por miembros del Ejército Nacional, en una aldea del cenro del departamento de Bolívar.

Coordinación Editorial
Javier Giraldo Moreno S.J.

Compilación
Javier Giraldo Moreno S.J.

Diseño y diagramación
William Rozo Alvarez

Corrección de textos
Andrés Felipe Yepes

Editorial
Desde los márgenes - www.javiergiraldo.org

Impreso en Colombia
Printed in Coloimbia, octubre de 1992
Reimpresión: septiembre 20 de 2012

CONTENIDO

Introducción. Reflexión sobre el Martirio.....	7
1 Padre Héctor Gallego Herrera (9 de junio de 1971)	21
2. Monseñor Gerardo Valencia Cano, Obispo de Buenaventura (Enero 21 de 1972)	39
3. Padre Iván Betancur Betancur (Junio 25 de 1975)	55
4. Hna. Luz Marina Valencia Triviño (Marzo 21 de 1981)	71
5. Misael Ramírez (Julio 15 de 198) y Humberto Jiménez (Noviembre 25 de 1981).....	75
6. Ernesto Pill Parra (Abril 1° de 1982).....	79
7. Catequistas de Estación Cocorná.....	83
8. Padre Álvaro Ulcué Chocué (Noviembre 10 de 1984).....	95
9. Guillermo Céspedes Siabato (Febrero 28 de 1985).....	107
10. Padre Daniel Hubert Gillard (Abril 10 de 1985).....	111
11. Antonio Hernandez Niño (Abril 11 de 1986).....	121
12. Padre Bernardo López Arroyave (Mayo 25 de 1987).....	127
13. Indígenas y Catequistas de Neiva (Octubre 23 de 1987).....	135
14. Padre Jaime León Restrepo López (Enero 17 de 1988).....	157
15. Hermana Teresita Ramírez Vargas (Febrero 28 de 1989).....	173
16. Padre Sergio Restrepo Jaramillo, S.J. (Junio 1° de 1989).....	183
17. Monseñor Jesús Emilio Jaramillo Monsalve, Obispo de Arauca (Octubre 2 de 1989).....	199

18. Padre Tiberio Fernández Mafla. Párroco de Trujillo, Valle (Abril 17 de 1990).....	207
19. Hermana Hildegard María Feldmann (Septiembre 9 de 1990).....	221
20. Aldemar Rodríguez Carvajal (Abril 15 de 1992).....	233
21. Norman Pérez Bello (Junio 10 de 1992).....	245
22. Padre Alcides Jiménez Chicanganá (11 de septiembre de 1998).....	249
23. Miguel Ángel Quiroga Gaona (Septiembre 18 de 1998).....	253
24. Hermana Yolanda Cerón Delgado (Septiembre 19 de 2001).....	257
25. Monseñor Isaías Duarte Cancino, Arzobispo de Cali (Marzo 17 de 2002).....	261
26. Carlos Alberto Castaño Noreña. El niño mártir de la Comuna 13 de Medellín (Noviembre 12 de 2002).....	273
27. Padre José Reinel Restrepo Idárraga. Párroco de Marmato, Caldas (Septiembre 1° de 2011).....	281
28. Eduar José Lanchero Jiménez (Junio 27 de 2012).....	291
Aquellas muertes que hicieron resplandecer la vida los que cayeron en combate (nota introductoria).....	319
29. Padre Camilo Torres Restrepo (15 de febrero de 1966).....	325
30. Padre Domingo Laín Sanz (Febrero 20 de 1974).....	339
31. Fray Diego Cristóbal Uribe Escobar, O.F.M. (Diciembre 2 de 1981).....	347
Calendario testimonial.....	361

I - Introducción

Reflexión sobre el Martirio

Durante las últimas décadas han corrido, en Colombia, enormes ríos de sangre.

Si consideramos solamente los asesinatos de una u otra manera relacionados con móviles políticos, que significan muchos millares de vidas humanas violentamente destruidas, encontraremos seguramente una gran cantidad de víctimas pasivas, no propiamente identificadas con una causa. Muchas de esas víctimas fueron asesinadas por el solo hecho de ser parientes de otras víctimas o de potenciales víctimas; por haber sido testigos atónitos de la comisión de algún delito; por ser moradores de zonas de conflicto o por muchas otras razones similares.

En otros muchos casos podremos descubrir, como causa del asesinato, la militancia de la víctima en organizaciones reivindicativas, políticas o humanitarias; su adhesión a determinadas ideologías; su participación en acciones de denuncia o de protesta; su negativa a cumplir, por razones éticas ó ideológicas determinadas exigencias que se les pretendieron imponer. Estas fueron víctimas conscientes de una causa.

Si examináramos más detenidamente muchos de estos últimos casos desde nuestra perspectiva cristiana, encontraríamos entre ellos numerosos testigos de valores objetivamente cristianos: hombres y mujeres que soportaron heroicamente los tormentos y la muerte por salvar otras vidas, o por rehusar convertirse en colaboradores de organismos criminales, o por adherirse a grupos y organizaciones donde buscaron materializar de algún modo su opción militante por la justicia y la solidaridad.

Pero también encontramos, dentro de la última categoría mencionada, personas que habían hecho de la fe cristiana el eje de su vida y en ella fundamentaron todas sus decisiones y compromisos, no solamente porque optaron por el sacerdocio, por la vida consagrada o por su compromiso laical en comunidades o grupos cristianos, sino

porque conscientemente asumieron, como exigencia de su fe, opciones de vida o de trabajo que les acarrearón la persecución y la muerte. A estos no podemos sino considerarlos como testigos ensangrentados del Reino de Dios.

Todos aquellos casos en que una muerte violenta tuvo efectos, intencionalmente buscados, de interrumpir o de castigar actividades en favor de la justicia que se cimentaron en opciones de fe, nos remiten forzosamente al concepto cristiano del Martirio.

Es cierto que quienes perciben esas mismas muertes desde otros horizontes ideológicos ajenos o adversos a la fe, o incluso desde lecturas desencarnadas de la fe o funcionalizadas al Statu quo, no ven allí más que efectos deplorables o inevitables, o incluso “necesarios”, del conflicto sociopolítico que nos envuelve.

El filósofo francés Roger Garaudy, ensaya una clasificación de las grandes religiones. En unas descubre *“una iniciativa que parte del hombre y que se remonta, por etapas sucesivas, a la realidad de Dios, desarrollando un proceso de identificación con El”*. A estas religiones las llama Gnósticas, y entre ellas estarían el Hinduismo, el Budismo y el Taoísmo.

En otras, que él llama Proféticas, *“el movimiento parte de un Dios que interpela al hombre. No hay allí medida común ni solución de continuidad entre uno y otro. Es la trascendencia radical (...). Esa revelación de Dios define un tiempo de revelación. El tiempo allí no es ni una ilusión del deseo o de la percepción del yo, como en el Hinduismo, ni el tiempo cíclico del eterno retorno, como lo concebía la filosofía griega clásica. Es una historia que tiene un comienzo absoluto”*. Son “proféticas”, en este sentido, la Religión de Zaratustra (el Mazdeísmo), el Judaísmo, el Cristianismo y el Islam. En ellas se da *“el paso del mito a la historia (...) se trata de una historia verdadera, ya que, en el diálogo de Dios con sus profetas, el hombre es llamado a cooperar con Dios en su creación”*¹.

Podríamos decir que, en estas últimas religiones, la interpelación de Dios al hombre se traduce en una invitación a cargar sobre sí la responsabilidad de la historia, y por ende, la conflictividad de la historia.

No sin razón, Garaudy anota que la historia de estas religiones ha estado marcada por el conflicto y la violencia, a diferencia de las otras: *“Zaratustra llamaba a combatir las fuerzas del mal; Moisés hizo masacrar a tres mil personas en un día para castigarlas por su idolatría (Ex. 32,25-28); el Cristianismo conoció la Cruzada y la Inquisición y el Islam la Guerra Santa”*².

Pero el cristianismo, además, hunde sus raíces en la tragedia de la Cruz. Ningún otro fundador de religiones muere ajusticiado por el poder como un delincuente. Este es-

¹ GARAUDY, Roger, *Appel aux vivants*, Seuil (Points), París 1979, p. 148-149.

² Ibid, p. 149

cándalo fundacional será amortiguado, en siglos de historia, por enormes capas de teología, pero ninguna ha podido borrar la cruda materialidad de tal escándalo.

La Cruz ha sido leída desde muchas ópticas o marcos conceptuales. No pocos de estos hicieron esfuerzos supremos por eludir la historicidad de su contexto. Pero sobre la Cruz se construyeron de todas formas, ineludiblemente, todas las teologías de la salvación o redención.

La Teología, en nuestro tiempo, se ha vuelto más sensible a tomar en cuenta, como punto de partida, los condicionamientos históricos, económicos, políticos, sociales y culturales que contextualizaron la vida y la muerte de Jesús: el drama de la cruz.

Desde esta perspectiva, podríamos volvernos hacia el pasado e interrogar a aquel hombre que se enfrenta al tormento y a la muerte, en la Palestina del siglo I, bajo el proconsulado de Poncio Pilatos. Podríamos lanzarle interrogantes como éstos:

- ¿Por qué esa extraña actitud te arrastró, Jesús, a correr riesgos tan definitivos durante aquella Pascua Judía? Todo da a entender que subiste a Jerusalén como quien va hacia lo ineludible.
- En otras ocasiones y circunstancias tomaste medidas de seguridad para proteger tu vida: el silencio y el secreto; el ocultamiento; la huida hacia sitios tranquilos; el camuflaje entre la multitud. ¿Por qué en aquella ocasión no lo hiciste?
- Luego de aquella entrada en Jerusalén aclamado por el pueblo, ¿no pensabas que se hubiera podido hacer avanzar el proceso tomando precauciones y, con paciencia, convertir aquella euforia pasajera y masiva, en lucha consciente y militante por el Reino?
- Tenías amigos que pudieron ayudarte a esconder y protegerte ante la inminencia del peligro. ¿Por qué no recurriste a ellos?
- Esperabas, acaso, una intervención mágica de Dios en el instante supremo, que burlara todos los ardides de tus perseguidores?
- Nos resistimos a creer que consideraras ya preparados a tus discípulos para reemplazarte en la tarea de anunciar y construir el Reino. Todo da a entender que ellos tenían otras expectativas y eran inmaduros.
- ¿Creíste, acaso, que ya nada se podría lograr, que tu lucha había fracasado y que ya sólo quedaba la vía del sacrificio, como testimonio radical e interpelante de tu causa?
- ¿Creíste que sufrir una muerte violenta y cruel, era el único camino ya posible para que la multitud tomara conciencia de la justeza y transparencia de tu causa?

- ¿Quisiste, tal vez, revelar de una manera dramática la perversidad radical del sistema, que quedaría evidenciada al dar la muerte a un justo? ¿No encontraste otro camino menos costoso para hacerlo?
- ¿Creíste, quizás, que ya era suficiente tu denuncia, y conocedor del corazón humano, y sabiendo, por tanto, que un eventual cambio de estructuras sería luego ahogado por los mismos mecanismos de pecado, ínsitos en el corazón humano, decidiendo convertirte, más bien, en una interpelación permanente para el mismo corazón humano?
- ¿Estabas, quizás, convencido de que sólo la sangre y la muerte tendrían capacidad de revelar con fuerza tu mensaje?
- ¿Creíste, tal vez, que la muerte sacrificial era el único gesto que podría traducir el género de amor a la humanidad que inundaba tu existencia?
- ¿Te viste, quizás, psicológicamente agotado en un proceso de radicalización progresiva, y decidiste jugarte el todo por el todo?
- Tal vez en tus largas horas de oración te fuiste identificando con el «Siervo sufriente» de los Cantos de Isaías, y decidiste construir sobre ellos el sentido profundo de tu vida?

Todos estos interrogantes humanos, inspirados en nuestra racionalidad histórica, se estrellan ante el Misterio de la Cruz.

Humanamente, no una sino todas las posibles respuestas a estas preguntas, serían incomprensibles, cortas y casi absurdas, si no tuviéramos en cuenta, como telón de fondo, las experiencias – límite de lo humano, que franquean el acceso a la trascendencia. Entre estas experiencias – límite se encuentra la del mal, la del dolor, la del amor, la de la muerte, la del tiempo.

Ninguna respuesta racional podría satisfacernos plenamente. Y sólo en este umbral podemos tomar conciencia de que La Cruz es un Misterio, solamente accesible, aunque veladamente, a través de un lenguaje teológico. Y sólo en este umbral comprendemos, también que a la sombra de la Cruz se ha podido construir el sentido de innumerable vidas humanas.

La vida y el mensaje de Jesús tienen una carga impresionante de conflictividad.

No sólo es conflictivo el relato de la pasión, punto trágico de llegada de toda una trama de conflictos. Son conflictivos los relatos de los milagros, donde los excluidos por el sistema aparecen como signos visibles del poder de Dios.

Son conflictivas las parábolas, que desmontan subrepticamente todas las seguridades

de la ideología dominante. Son conflictivas las relaciones de Jesús con todas las fuerzas político-religiosas que lo entornan: fariseos, saduceos, castas sacerdotales, funcionarios del Imperio, zelotas, esenios.

Son conflictivas, incluso, sus relaciones con los círculos de los suyos: su familia, el grupo de sus discípulos, la multitud que lo sigue. Es conflictivo el núcleo central de su predicación, donde la utopía del Reino no puede comprenderse sino como negación rotunda de las estructuras existentes. Es conflictiva su concepción de la Salvación, que desmonta implacablemente todos los esquemas religiosos de la historia, donde la salvación es “comprada”, como mercancía, a cambio de méritos de diversa índole. Es conflictiva la relación con su Padre, cuya voluntad lo desconcierta en el Huerto de los Olivos hasta hacerlo sudar sangre, y del cual se siente “abandonado” en los momentos más crueles de la tortura. Es profundamente conflictivo el programa de vida que ofrece a sus discípulos: no pactar con la riqueza, ni con el poder, ni con la gloria, verdaderos pedestales de las “civilizaciones” históricas, pero que en el Evangelio se descubren como los más radicales enemigos del ideal humano trazado por Jesús.

Por eso el autor del Cuarto Evangelio concentra en el símbolo *Mundo* el polo opuesto del conflicto, y pone en boca de Jesús palabras como éstas:

“Mi Reino no es de este mundo” (Jn. 18,36)

“El mundo los odia a ustedes” (Jn.15,19)

“Tendrán que sufrir mucho en este mundo, pero sean valientes, yo he vencido al mundo” (Jn. 16,33)

“Padre... no te ruego por el mundo, sino por los que tu me diste... Les he dado tu mensaje y por eso los odia el mundo...” (Jn. 17,14)

El Cristianismo naciente de los tres primeros siglos conoció las formas más explícitas del Martirio. Entre los años 64 y 313, de Nerón a Dioclesiano, la Iglesia soportó 129 años de persecución sangrienta. Edictos imperiales que proscribieron explícita o implícitamente la confesión cristiana, hicieron comparecer a millares de cristianos ante tribunales que les exigieron abjurar de su fe y rendir culto al Emperador, bajo la amenaza de ser entregados a crueles castigos y tormentos que terminaron en la muerte.

La literatura cristiana de esa época consagró los términos griegos “**Martys**” y “**Martyrion**” (“Testigo” y “Testimonio”), para referirlos, por antonomasia, a quienes derramaron su sangre por confesar su fe.

Una cierta polémica, sin embargo, no dejó de presentarse en torno al uso de estos términos. Algunos extendieron la calificación de “Testimonio” más allá del derramamiento de la sangre y lo aplicaron a los sufrimientos soportados por la fe, como la cárcel. Pero terminó por imponerse el término «Confesor» (“**Homologuetes**”) para designar al que soportaba otros sufrimientos por la fe, sin llegar a la muerte, y el término “**Mártir**” para designar solamente al que soportaba la muerte por la fe.

Esto no borró, sin embargo, la relación semántica entre Martirio y Testimonio. Un hermoso texto de Orígenes la explicita así: *“Todo el que da testimonio de la verdad, ya sea de palabra, ya de obra, o ya de cualquier otra manera se ponga de parte de ella, puede, con razón ser llamado mártir. Pero ya ha prevalecido entre los hermanos, por admiración a quienes lucharon hasta la muerte por la verdad y la virtud, la costumbre de llamar Mártires sólo a los que han dado testimonio, mediante la efusión de su sangre, del misterio del amor»*³.

Ser Testigo, en este sentido, es manifestar convencidamente que hay valores que merecen ponerse por encima de todo otro valor, incluso de la propia vida.

El Testimonio de los primeros cristianos desdivinizó y desabsolutizó el aparato político-religioso del Imperio Romano y de sus dirigentes. Por ello, el Martirio por la fe, en ese contexto histórico, no fue ajeno a una opción políticamente “subversiva” dentro del Imperio: negó rotundamente el carácter de “Kyrios” (“Señor”) al Emperador y rehusó reconocer otro Señorío que el de aquel profeta perseguido y masacrado por el poder.

A partir de Constantino, el cristianismo deja de ser proscrito en el mundo y la cultura occidentales, pero comienza a sufrir, más bien, embates internos contra su pureza, acarreados por los contagios del poder.

Sólo volverá a presentarse un contexto similar para el Martirio, en civilizaciones diferentes que rechazaron violentamente la acción de misioneros cristianos (en algunas ocasiones, no por rechazo al mensaje mismo, sino a la manera de imponerlo), o en Estados donde imperaron ideologías ateas intolerantes (en algunos casos, también, no por rechazo al mensaje mismo, sino a su manipulación por potencias políticas enemigas).

Con todo, en la historia del Occidente “cristiano”, muchísimos cristianos volvieron a sufrir la cárcel, la tortura y la muerte, ya no a causa de la confesión formal de la fe cristiana, sino por actuar en consecuencia. Una nueva reflexión sobre el Martirio se veía, pues, necesaria.

La Escolástica tuvo el mérito de viviseccionar la acción humana y de someterla a divisiones, subdivisiones y distinciones, enfocándola desde las más variadas posibilidades de relaciones internas y externas. Allí la Teología del Martirio se fue erigiendo en un verdadero “tratado”.

Santo Tomás de Aquino, en la Suma Teológica, dedica una *Quaestio* al análisis del Martirio, dentro del tratado sobre la virtud moral de la Fortaleza⁴. Allí analiza el Martirio como acto de virtud, y específicamente de la virtud de Fortaleza, y como acto de “*máxima perfección*”. Luego se pregunta si la muerte pertenece a la esencia del Martirio, sobre la cual argumenta positivamente. Finalmente se plantea el problema

³ ORIGENES, *Comm. In Joann.* T.II; P.G. 14, 175-77.

⁴ SANCTI THOMAE AQUINATIS, *Summa Theologiae*, II II, Quaestio 124.

de si la fe es la única causa del martirio. En este punto sus argumentos conducen a negar el supuesto.

En efecto, partiendo del texto de Mateo 5, 10: *“Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia”*, Santo Tomas argumenta que: *“a la justicia pertenece no sólo la fe sino también las demás virtudes y por eso todas ellas pueden ser causa del Martirio”*.

Más adelante agrega: *“A la verdad de la fe pertenece no sólo la creencia del corazón sino la manifestación externa, que se hace tanto con palabras por las cuales se confiesa esa fe, cuanto por hechos por los que uno demuestra sus creencias, conforme a lo que dice Santiago: “yo por mis obras te demostraré mi fe”. Por eso dice de algunos San Pablo: “alardean de conocer a Dios, pero con sus obras lo niegan”. Por lo mismo, todas las obras virtuosas, en cuanto referidas a Dios, son manifestaciones de la fe; (...) bajo este aspecto pueden ser causa del Martirio. (...) Padece como cristiano no sólo el que padece por la confesión verbal de la fe, sino todo el que padece por hacer un bien y evitar un mal por Cristo, por que todo ello cae bajo la confesión de la fe”*⁵.

Al responder a la objeción de que, si el bien más excelente, según Aristóteles, es el bien común, entonces deberían ser Mártires todos los que mueren en defensa de la república, Santo Tomas argumenta así: *“el bien de la república es el bien más alto entre los bienes humanos. Pero el bien divino, causa propia del Martirio es más excelente que el humano. Sin embargo, como el bien humano puede hacerse divino al referirse a Dios, cualquier bien humano puede ser causa del martirio en cuanto referido a Dios”*⁶.

Pero el más estructurado tratado sobre el Martirio lo escribe el Papa Benedicto XIV (1740/58). Este Papa, que ya a sus 19 años era doctor en Teología y en ambos Derechos (eclesiástico y civil) escribió una extensa obra en 4 volúmenes: *“De Servorum Dei Beatificatione et de Beatorum Canonizatione”* (*“Sobre la beatificación de los Siervos de Dios y sobre la canonización de los Beatos”*)⁷. En el Libro II, capítulos 11 al 20 de dicha obra, incluye todo un tratado sobre el Martirio. Allí sistematiza no sólo las opiniones de los teólogos y escritores cristianos desde la antigüedad, sino también los casos que aparecen registrados en el Martirologio Romano y en otros Martirologios orientales, todo analizado en torno a interrogantes precisos.

Según este tratado, el Martirio se define como: *“el voluntario sufrimiento o tolerancia de la muerte, por la fe en Cristo o por otro acto de virtud referido a Dios”*⁸.

Toda la problemática relacionada con el Martirio es sistematizada allí en torno a los dos actores que intervienen: El perseguidor (o tirano) y El Mártir. El capítulo 12 se sale de estos dos polos para concentrarse en el problema de la acción del uno sobre el otro, o sea, La Pena que el perseguidor inflige al Mártir.

⁵ SANCTI THOMAE AQUINATIS, o.c.II-II, Q, 124, art 5 ad. 1m.

⁶ ibid. Ad 3m.

⁷ BENEDICTUS XVI. *De Servorum Dei Beatificatione et de Beatorum Canonizatione*, in “Opera Omnia in tomos XVII distributa”, Prati-in Typographia Aldina-MDCCCXXXX, Tomus tertus, pg. 92-194.

⁸ o.c.pg. 92.

Una apretadísima síntesis de los puntos de llegada de este tratado, omitiendo los numerosos argumentos, controversias, citas y casos concretos allí referidos, se podría sistematizar así:

A. Sobre el Perseguidor

1) No puede darse Martirio sin la intervención de un Perseguidor externo. Los sufrimientos morales, el deseo del Martirio o la práctica heroica de alguna virtud, no son Martirio.

La muerte causada por una enfermedad contraída mientras se sirve a enfermos contagiosos, sólo sería Martirio si existió un Perseguidor, quien por odio a la fe o a alguna práctica cristiana, obligó al Mártir a servir a enfermos contagiosos con la intención de causarle la muerte.

El caso de algunos Mártires que se causaron la muerte a sí mismos antes de que el Perseguidor la consumara, depende de la intención con que lo hicieron. Algunos Mártires lo hicieron para evitar torturas que atentaban contra el pudor.

2) Puesto que al Mártir no lo hace la pena sino la causa (*“Martyrem non facit poena sed causa”*), y esta causa debe ser analizada tanto en el Perseguidor como en el Mártir, en el Perseguidor se requiere que inflija la pena al Mártir por odio a la fe o a alguna de sus expresiones prácticas.

Esto no implica, sin embargo, que el Perseguidor tenga que ser ateo, pagano o hereje; puede ser un “católico que procede por odio a alguna virtud referida a la fe y obre así patrocinando la iniquidad”⁹.

Pero el odio a la fe o a las virtudes no tiene que residir en el mismo Perseguidor que inflige directamente la muerte; ese odio puede residir solamente en acusadores que calumnian al Mártir, o también puede estar disfrazado bajo causas ficticias¹⁰.

Finalmente, el Martirio puede ocurrir sin que el Perseguidor que está movido por odio a la fe o a las virtudes con ella relacionadas, dé orden expresa de matar al Mártir, sino que es suficiente que sus palabras inciten a otros a matarlo¹¹.

B. Sobre el Mártir.

1) Si el martirio es un acto de virtud, el primer requisito en el Mártir es su capacidad síquica de producir actos voluntarios. Una aguda controversia inicia este capítulo, sobre el Martirio de niños sin uso de razón. No se niega el carácter de Mártires a los niños

⁹ o.c. pg. 114.

¹⁰ o.c. pg. 115-116.

¹¹ o.c. pg. 120.

sacrificados por Herodes, pues toda la tradición cristiana los consideró Mártires, pero desde que se establecieron las canonizaciones formales, ningún niño sin uso de razón fue canonizado como Mártir. Los teólogos han ensayado numerosos argumentos en favor del Martirio de estos niños, pero la cuestión sigue abierta.

2) En cuanto a los adultos, se considera que el Martirio suple el Bautismo de Agua y perdona todos los pecados. Sin embargo, si antes del Martirio las circunstancias lo permiten, el mártir debe recibir el Bautismo y la Penitencia o expresar sus intenciones de hacerlo. Si consta que el mártir ha cometido pecados y no hay signos externos de arrepentimiento o de aceptación voluntaria de la muerte por la fe, cuando ésta se produce inesperadamente, hay que atenerse al principio de que *“La Iglesia no juzga sobre lo interno”* y por ello se carece de una prueba esencial que demuestre la existencia de un acto voluntario de soportar la muerte por la fe.

3) Siendo el Martirio un acto meritorio, tiene que constar su aceptación voluntaria por parte del Mártir, o al menos tiene que haber razones convincentes para presumirla. Las opiniones se dividen frente al caso de los que se ofrecen o buscan intencionalmente el martirio. Sólo serían verdaderos Mártires si las razones por las cuales lo buscan son inspiradas en buenas intenciones.

Respecto a los que huyen de la persecución y respecto a los que no huyen corriendo riesgos, no existe un principio rígido; todo depende de los motivos. Así, por ejemplo, quienes tienen la responsabilidad de una comunidad y ésta se vería perjudicada con su huida, su deber es correr el riesgo de permanecer.

Respecto a los que provocan al Perseguidor para que los mate, si tal provocación tiene lugar cuando se está ya en poder de los victimarios y sometido a tormentos, no es censurable, menos cuando responde a motivos laudables, como destacar la iniquidad de los Perseguidores o confortar a los inseguros en la fe. Pero si la provocación se da antes de caer en manos del Perseguidor, podría juzgarse como *“dar ocasión a otro de obrar injustamente”*.

Sin embargo, en el Martirologio hay muchos casos de Martirios ocasionados por provocaciones audaces y previas a la decisión del Perseguidor de infligir la muerte al Mártir. A pesar de que a este respecto se dan profundas controversias entre los teólogos, habría que discernir si la provocación se origina en acciones en sí buenas del Mártir (que no serían censurables) y si la reacción provocada en el Perseguidor es directamente contra la fe o contra la práctica de las virtudes.

4) Un punto aun más controvertido es el de la resistencia al Martirio por parte del Mártir. Se plantea allí el caso de los que mueren oponiendo resistencia armada en defensa de la fe o de la práctica de las virtudes cristianas.

Santo Tomás de Aquino, seguido de una larga lista de teólogos, sostienen que *“quien sufre la muerte por el bien común, pero sin relación a Cristo, no merece la aureola, pero si su lucha está referida a Cristo merece la aureola y es Mártir, como por ejemplo*

*aquellos que defienden la república del ataque de enemigos que buscan liquidar la fe en Cristo, muriendo por esa causa*¹².

El Papa arguye, sin embargo, que si bien allí se da uno de los requisitos del Martirio: la muerte por la fe, no se da el otro: la aceptación paciente de la muerte por parte del Mártir *“pues allí el Mártir no muere por voluntad propia sino por necesidad”* (*“cum non voluntate sed necessitate moriatur”*).

La paciencia del Mártir (o sea, la aceptación voluntaria de la muerte, debe constar hasta el final [o sea, hasta la muerte]. Cuando no es posible comprobarla, la Iglesia juzga sobre la perseverancia interna si no hay pruebas de que la externa falló (*“Ecclesia quidem ab externa perseverantia argumentum deducit, ut eo modo, putet et credat, internam non defuisse”*).

5) Finalmente, si en el Perseguidor se exige, como causa del Martirio, el odio a la fe o a las virtudes cristianas, en el Mártir se requiere la fe, en su confesión o en su práctica (*“dicimus fidem credendorum vel agendorum esse unicam causam Martyrii”*).

C. Sobre la Pena.

La pena que el Perseguidor inflige al Mártir, para que se de verdadero Martirio, no puede ser otra que la muerte.

Santo Tomás de Aquino explica que el Martirio consiste en testificar con hechos que todo lo presente se supedita al valor de los bienes trascendentes, pero cuando aún se posee la vida corporal, no se puede demostrar todavía que todo se ha supeditado a esos valores.

Hay consenso entre los teólogos en considerar Mártires a los que sufrieron heridas mortales, pero sobrevivieron milagrosamente, así como a aquellos que, a causa de castigos y tormentos infligidos por odio a la fe o a las virtudes cristianas, sufrieron tribulaciones que se prolongaron hasta la muerte. No se considera Mártir a aquel que haya sufrido heridas supuestamente mortales pero que fueron curadas por médicos, como tampoco a quienes recibieron heridas no mortales, pero por descuido culpable murieron a causa de ellas.

La reflexión escolástica iluminó la comprensión del Martirio dentro de una “civilización cristiana” y sentó criterios básicos para su discernimiento. Sin embargo, algo novedoso y hasta cierto punto desconcertante, caracteriza la era Martirial que se da en América Latina en las últimas décadas:

Aunque ya la Escolástica examinó el caso de cristianos martirizados por cristianos, estos cristianos latinoamericanos han sido asesinados, además, por quienes se dicen “defensores de la civilización cristiana occidental” y con la pretensión de “combatir ideologías ateas”.

¹² o.c. pg. 172 (S.Thomae Aquin. IV sent., 4, dist 49, Quest 5, at 3, quaest. 2 ad 11m).

Cristianos, buscadores de justicia, han sido asesinados por quienes dicen “defender las libertades democráticas”.

Cristianos implicados en las luchas de los desposeídos, han sido asesinados por “manipular la religión al servicio de posiciones políticas ajenas o contrarias a la fe”.

Pero, además, la sangre de cristianos latinoamericanos ha tenido un cierto carácter de segunda sangre, pues la primera sangre la ha puesto el pueblo oprimido (en expresiones de Monseñor Romero y de Puebla, #901).

No hay duda, entonces, de que estamos ante un género de Martirio que podría llamarse “oblicuo” si no estuviera señalando una problemática teológica de mayor profundidad, como es la que se refiere al compromiso no neutral de la fe en los contextos sociopolíticos.

La Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, reunida en Medellín (Colombia), en 1968, abordó esta problemática y sentó bases fundamentales para iluminarla:

“(el cristiano) no deja de ver que América Latina se encuentra, en muchas partes, en una situación de injusticia que puede llamarse de violencia institucionalizada, cuando por defecto de las estructuras de la empresa industrial y agrícola, de la economía nacional e internacional, de la vida cultural y política, poblaciones enteras faltas de lo necesario, viven en una tal dependencia que les impide toda iniciativa y responsabilidad, lo mismo que toda promoción cultural y de participación en la vida social y política violándose así sus derechos fundamentales(...) Al hablar de una situación de injusticia, nos referimos a aquellas realidades que expresan una situación de pecado. (...) Allí donde se encuentra injustas desigualdades sociales, políticas económicas y culturales, hay un rechazo del don de la paz del Señor, más aun, un rechazo del Señor mismo” Medellín, documento II, # 1, 14, 16.

Medellín recogió, así fuera tímidamente, una conciencia creciente de cristianos latinoamericanos, de que es imposible confesarse cristiano y permanecer pasivo o neutral frente a la realidad de injusticia estructural. Medellín explicita que la práctica creyente no recorre caminos diferentes o paralelos a la ineludible inserción del cristiano en el mundo de las realidades económicas, políticas, sociales y culturales dentro de las cuales vive, y que es dentro de esas situaciones concretas donde la fe toma cuerpo.

Diez años después de Medellín, la Conferencia de Puebla señalaría las consecuencias martiriales que tendría esta toma de conciencia de las implicaciones contextuales de la fe:

“La conciencia de la misión evangelizadora de la Iglesia la ha llevado a publicar en estos diez años una cantidad impresionante de Cartas Pastorales y Declaraciones sobre la justicia social; a crear organismos de solidaridad con los

que sufren, de denuncia de los atropellos y de defensa de los derechos humanos; a alentar la opción de sacerdotes y religiosos por los pobres y marginados; a soportar la persecución y, a veces, la muerte, en testimonio de su misión profética (#51)

“La denuncia profética de la Iglesia y sus compromisos concretos con el pobre le han traído en no pocos casos persecuciones y vejaciones de diversa índole; los mismos pobres han sido las primeras víctimas de esas vejaciones” (# 901)

“Caminamos seguros de que el Señor sabrá convertir tanto dolor, en sangre y muertes, que en el camino de la historia van dejando nuestros pueblos y nuestra Iglesia. Los últimos 10 años han sido duros y violentos en América Latina. Esperamos que el Señor los convierta en semillas de resurrección” (#165).

El teólogo peruano Gustavo Gutiérrez, tuvo el mérito de señalar la contradicción más básica, que produce profundos desconciertos, cuando se ve a cristianos torturados y asesinados por supuestos defensores de “valores cristianos”. En su opúsculo: “La Teología desde el Reverso de la Historia”¹³, Gutiérrez trata de identificar y caracterizar el bloque histórico desde donde se trasplanta la fe cristiana a América Latina, frente al cual ha conservado una innegable dependencia:

Los siglos XV y XVI marcan el aún tímido desarrollo de la sociedad burguesa, que se irá afianzando en los siglos posteriores. El Espíritu de la modernidad se va afirmando en la revolución industrial (capitalismo), en las revoluciones políticas que siguen a la Revolución Francesa (liberalismo), en “La Ilustración” (racionalismo), en el influjo de Kant sobre el Derecho y la Moral, y en “La Reforma”. Todos los movimientos van erigiendo al individuo como sujeto histórico y a la libertad como su atributo supremo.

Pero en nombre del individuo y de la libertad, las nuevas capas dominantes de los países ricos establecen y afianzan nuevos mecanismos de dominación y expoliación de los pueblos de la periferia. La reflexión teológica en los países del Centro, recorre también un camino de reconciliación progresiva con ese espíritu de la modernidad, que se va convirtiendo en su interlocutor privilegiado. Por eso la Teología más avanzada del mundo rico trata de responder al desafío de cómo hablar de Dios en ese mundo adulto y no creyente, moldeado por el capitalismo, el liberalismo y el racionalismo, donde la fe se fue atrincherando en el santuario de la intimidad individual.

En este contexto, el trasplante del Cristianismo al mundo Latinoamericano y su desarrollo dependiente, no deja de ser socialmente traumático. El espíritu de la modernidad se traduce, en la práctica, para los pueblos y culturas dominadas, en colonialismos, neo-colonialismos, explotación refinada, discriminaciones, racismos, represión salvaje. La primera evangelización es contextualizada por la empresa genocida de la Conquista, y el ulterior desarrollo del Cristianismo, por los conflictos violentos provocados por las sucesivas formas de dominación, expoliación y represión.

¹³ GUTIERREZ, Gustavo, *La Teología desde el reverso de la historia*, en “Fuerza Histórica de los Pobres”, CEP, Lima, 1979, pag. 303-394.

Sin embargo, ya desde La Conquista, Bartolomé de las Casas, Planteó un desafío que toca al núcleo mismo de la fe: *«entre los opresores, hay quienes se hacen llamar cristianos»*.

Las Casas señala, como problema crucial de la evangelización, no el problema de la salvación de los “infieles” (indios), sino de la salvación de los “fieles” (conquistadores), cuyo pecado es el mayor anti-testimonio y es el mayor obstáculo para anunciar el Evangelio.

En una carta al Rey de España, Las Casas planteaba que si la opresión y muerte de los indios era condición para que se hiciesen cristianos, era mejor que jamás lo fuesen¹⁴.

El indio es visto por Bartolomé de Las Casas, no como un “infiel” a evangelizar, sino como un “pobre” según el Evangelio, y como un “otro” que cuestiona a la Cristiandad occidental. Por eso escribía: *“Yo dejo en Las Indias a Jesucristo, nuestro Dios, azotándolo y afligiéndolo y crucificándolo, no una sino millones de veces”*¹⁵.

Esta comprensión de la fe, donde la justicia y la dignidad del oprimido son piedra de toque fundamental en la práctica del creyente, tiene un desarrollo minoritario pero constante, en la historia del Cristianismo *latinoamericano*. Gustavo Gutiérrez hace un rastreo histórico de esa corriente que se expresa con fuerza en los años 60. Esta toma de conciencia de su propio mundo *“da lugar a una nueva manera de ser persona y creyente, de vivir y pensar la fe, de ser convocado y de convocar en “ecclesia”*¹⁶.

Así se comprende como la contradicción formal entre creyentes y no creyentes pasa al terreno de las apariencias, y la vivencia operativa de la fe se re-sitúa, más bien, en el campo de la contradicción entre opresores y oprimidos, contradicción que explica más claramente la especificidad de esta era martirial en América Latina.

Confesar a Cristo, en este contexto, no adquiere sentido y verdad al margen de un compromiso histórico con la liberación de los oprimidos lo que explica un enfrentamiento ineludible con los opresores, *“algunos de los cuales se dicen llamar cristianos”*. Por eso hay hoy cristianos torturados y asesinados en nombre de “las libertades democráticas”, en nombre de “la economía de mercado”, en nombre de la “civilización occidental cristiana”, en nombre de la “Seguridad Nacional”, en nombre de la “defensa de la sociedad contra ideologías ateas”, etc., sin que la etiqueta cristiana suministre clave alguna para elucidar las raíces del conflicto que causa la muerte. Esas causas sólo pueden ser discernidas a través de un examen a fondo de la praxis de la fe, confrontada con su contexto desafiante, y teniendo en cuenta que el carácter cristiano de esa praxis, tiende a ser negado, sistemáticamente, por todos los que se sitúan en algún grado de connivencia con los intereses de los opresores.

Hoy ya no existe el ídolo del Emperador Romano, en cuyos altares se derramó la

¹⁴ o.c. pg. 357

¹⁵ Bartolomé de Las Casas, “Entre los Remedios” (1542), en: *Obras Escogidas*, Madrid, BAE, 1958, V, p. 118

¹⁶ o.c. pag.247.

sangre de los primeros cristianos, pero sí existe, agigantando y omnipresente, el ídolo secularizado de la Economía de Mercado, en cuyos altares se sacrifica, enceguecida y frenéticamente, la vida y la dignidad de millones de seres humanos, legitimando el derramamiento abundante de la primera y de la segunda sangres: la de los oprimidos insurrectos y la de quienes con ellos se solidarizan.

Toda la reflexión sobre el Martirio que se ha hecho en esta introducción, no pretende “canonizar” a las personas cuyos testimonios recogemos en este volumen – lo que de ningún modo nos compete-, sino ofrecer elementos para discernir el sentido de muchas muertes que hicieron resplandecer la vida, así, paradójicamente, esas vidas individuales hayan sido físicamente destruidas.

Hemos recogido aquí sólo algunos testimonios de hermanos colombianos – o extranjeros sacrificados en Colombia- cuyas muertes fueron particularmente impactantes para sus comunidades, reconociendo, sin embargo, que en nuestra convulsionada historia muchísimos cristianos anónimos derramaron su sangre en precio de opciones cimentada en su fe.

Al cumplirse los 500 años del primer anuncio del Evangelio en este ensangrentado continente, ofrecemos esta publicación en homenaje a todos aquellos que, en estos cinco siglos, han confortado en la fe a sus hermanos a través de sus sufrimientos, y en homenaje, también a las culturas y pueblos destruidos, cuya sangre y cuya ausencia nos interpelan.

1 Padre Héctor Gallego Herrera



9 de junio de 1971

Padre Héctor Gallego Herrera

9 de junio de 1971

Héctor nació el 7 de enero de 1938 en la vereda Montebello del municipio de Salgar (Antioquia). Terminó su bachillerato en el Seminario diocesano de Jericó, de donde pasó al de Santa Rosa de Osos para estudiar la Filosofía y luego al de Medellín para la Teología. Allí fue compañero de un joven panameño, Plinio Mojica, quien le habló mucho de su recién creada Diócesis de Veraguas que sólo contaba con 9 sacerdotes. Héctor se ofreció para ir allá a trabajar y escribió en tal sentido al Obispo. Monseñor Marcos McGrath lo invitó, entonces, a vivir medio año en el obispado de Veraguas con el fin de que conociera de cerca el campo de trabajo antes de comprometerse. Así lo hizo Héctor en el primer semestre de 1967.

El 16 de julio de 1967 Monseñor McGrath confirió a Héctor la ordenación sacerdotal en Medellín. En agosto se marcharía definitivamente a Panamá, donde se le asignó la Parroquia de Santa Fe, con 7500 habitantes, la mayoría campesinos. Poco tiempo después. Monseñor Martín Legarra sustituyó al Obispo McGrath, quien pasó como Arzobispo a Ciudad de Panamá.

La capa dirigente de Santa Fe esperaba que el nuevo párroco se dedicara a terminar la construcción del templo, pero Héctor prefirió dedicarse a una campaña de evangelización, acercándose preferentemente a los sectores sociales más desprotegidos, como eran los campesinos.

Héctor buscaba una pastoral de conjunto y por ello promovió la creación de un Equipo de Evangelización que reunía a sacerdotes, religiosas y laicos de 4 Parroquias vecinas. Dicho Equipo se propuso atender trimestralmente a las parroquias y adoptaron como consigna *ser signos de liberación y unidad* para las comunidades locales. Héctor fue nombrado coordinador del Equipo.

Se propusieron crear comunidades de base, formar líderes y estimular la participación consciente del campesinado en un proceso de evangelización integral que implicara tomas de posición ante la situación concreta (económica, política, social, cultural, re-

ligiosa) que vivían los campesinos. Suprimieron los aranceles de los sacramentos y las comunidades se responsabilizaron del sostenimiento de sus pastores. En dos años organizaron 13 cooperativas con más de 400 socios, ayudaron a construir varias casas comunales y capacitaron a un centenar de campesinos como dirigentes comunitarios.

Las anotaciones que quedaron entre los papeles de Héctor, como guías de cursos de capacitación o notas tomadas durante los mismos, dejan ver la intensa labor de concientización que él desarrolló. Buscaba que el campesino tomara conciencia de las formas y mecanismos concretos de explotación y opresión, con el fin de ir encontrando caminos concretos de superación de esas situaciones.

Ya en mayo de 1968 se presentaron los primeros choques con gamonales y politiqueros, en el contexto de un debate electoral. El terrateniente Álvaro Vernaza, en unión de otros politiqueros, quisieron comprar los votos de los santafereños “regalándoles” una planta eléctrica (prestada provisionalmente de un ingenio azucarero). Algunos campesinos incendiaron la planta el 9 de mayo y todas las iras de los gamonales se desataron contra Héctor, acusándolo de ser el instigador del hecho.

En 1970, las Comunidades de Base habían decidido suprimir la tradicional procesión de San Pedro que se tenía el 29 de junio, que siempre era aprovechada por los caciques para embrutecer al pueblo con alcohol y bacanales. Los caciques destruyeron, entonces, la puerta y los cancelos del rancho donde vivía Héctor, sacaron a la fuerza la estatua para la procesión y enviaron un grupo de matones contratados que dieron una fuerte golpiza a Héctor.

Pocos días después, mientras se encontraba en un curso de capacitación de campesinos, Héctor fue arrestado por la Guardia Nacional. Se le acusaba de la quema de la planta eléctrica que había llevado a Santa Fe Álvaro Vernaza (dos años antes). Héctor se vio obligado a presentarse ante el General Torrijos a rendir sus descargos. Cuando fue dejado en libertad, Álvaro Vernaza se vio burlado y quiso matarlo echándole encima el carro y luego, lleno de furia, golpeándolo con un cable de acero.

El 22 de mayo de 1971, el humilde rancho de bambú donde dormía Héctor fue incendiando hacia la media noche. Unos días antes, había tenido un enfrentamiento con Saúl Ruiz, hombre poderoso allegado al gobierno quien quería despojar de su humilde vivienda a una pobre mujer, para agrandar la suya. Héctor mismo narra el desarrollo de este conflicto ocurrido 18 días antes de su desaparición definitiva:

Conviene señalar algunos datos concretos que precedieron el acto criminal. Durante esa semana la Comunidad del Cerro estaba librando una lucha fuerte contra el Señor Saúl Ruiz, empleado de la CAM de Santiago (capital de Veraguas) y muy vinculado a diversos sectores del gobierno. Un señor que goza de lo que llamamos la “rosca”. Dicho señor había comprado un terreno. Quiso ampliar su casa y al mismo tiempo sacar terreno para un amigo suyo. Pero esto lo hacía queriendo desplazar a una señora que tenía su casa -un rancho de paja- cerca del terreno que él había comprado.

En este conflicto la autoridad de Santa Fe apoyó más al Señor Ruiz y olvidó a la Señora, que tenía el derecho a su casa y que la había construido desde 1967 con un permiso legal.

Ante esa injusticia la Comunidad del Cerro se levantó a las tres de la madrugada y cercó la propiedad de la señora Juana –como se llamaba– para defenderla, pues estaba segura de su derecho de propiedad.

[Este enfrentamiento desemboca en la quema de la casa de la señora Juana por manos criminales. Esto, diferentes voces lo rememoran así:]

Durante esta semana, que terminó el 22 de Mayo, se sostuvieron varias confrontaciones entre las comunidades y el Señor Ruiz. Durante estas confrontaciones, se dijo que “a mí me tenían que golpear y en uno de los campos un hijo de una de estas familias había dicho que a mí me tenían que matar”.

De manera que no tenemos ningún dato que nos diga claramente quién fue el que incendió la casa, pero si lo hemos relacionado claramente con estos hechos, con esta lucha, que se está librando esta semana. Los hechos fueron, como un accidente, que se ve más después que pasó que antes; pues no hay mucha oportunidad de reflexionar.

Cuando yo desperté -desperté con una pesadilla-, todo estaba iluminado. Desperté más que todo por la luz y el chasquido de la quema de la paja. Era como una pesadilla. No sabía qué ocurría. Cuando me di cuenta qué era, entonces salí corriendo, llamando a la gente para que viniera a ayudarme.

Después de superar el susto y sacar lo poco que pudimos defender de las llamas, vimos el reloj. Eran las 12:30 de la noche. De manera que calculamos que el incendio fue a las 12:00 de la noche. La candela la pusieron en una esquina de la casa. La casa era de palma, de manera que la llama progresó rápidamente.

Lo más interesante de esta lucha por defender la casa de la señora Juana no fue tanto la respuesta de la comunidad, sino de todas las comunidades de Santa Fe. Por tanto, representó la lucha y la actitud de un movimiento, que no permite por más tiempo ser explotado. Los campesinos van viendo cada día las cosas más claras, porque van tomando actitudes más firmes. Ellos van con la verdad y van definidos. Este hecho ha ayudado a afianzar mucho más el movimiento de su conciencia, en su capacidad diaria por defenderse, por estructurarse, por mirar el desarrollo de su propio municipio, de su propia comunidad y de enfrentarse a cualquier hecho, sea de caciques, o de autoridades, sea el que sea.

Comprobamos todo lo dicho en la última misa de comunidad, donde se sintió realmente la firmeza de esta actitud del movimiento, de este “estar en contra de la injusticia, aparezca donde aparezca”.

El 9 de junio de 1971. Héctor regresó cansado de una jornada en el campo y fue a dormir esa noche en casa de Jacinto Peña. El mismo Jacinto narró al día siguiente a Monseñor Legarra, lo que ocurrió hacia la media noche:

Eran más o menos las 11:30 de la noche cuando llegó un jeep y se estacionó frente a su casa. Dos hombres descendieron y llamaron a la puerta. Héctor, que estaba durmiendo casi al frente de la puerta, los atendió. Los hombres, que habían llamado a Jacinto, creyeron que era él y le preguntaron dónde podrían localizar a Héctor Gallego. Héctor les dijo: yo soy. Ellos le dijeron que tenían órdenes superiores de capturarlo. Héctor insistió muchas veces en que él iría al día siguiente al obispado de Santiago y que de allí pasaría a presentarse al cuartel, pero que a esa hora no se iba a ir con ellos. En un momento dado le preguntaron si era ésa su casa; él respondió que no, y le oyeron decir: ‘yo no quiero complicar a nadie más en este asunto’. Luego aceptó retirarse a discutir con los victimarios un poco alejado de la casa, con el fin de no perturbar el sueño de los que allí estaban. Cuando lo tuvieran un poco a distancia de la casa, los victimarios le taparon la boca y lo introdujeron violentamente en el carro, encendieron el motor y partieron velozmente.

Pocos minutos después, sus amigos y feligreses, hondamente consternados, iniciaron su búsqueda sin fin. Inútiles fueron los pronunciamientos del Episcopado y el clamor internacional por su reaparición.

Aquella misma noche del 9 de junio Héctor habría sido asesinado. Habría sido conducido a la base militar de Río Hato, pero ya iba con graves lesiones debidas a golpes en la cabeza propinadas con las cachas de las armas. Allí habrían decidido darle un tiro de gracia y arrojarlo al mar desde una avioneta. Campesinos de Río Hato encontraron posteriormente, en la playa, un cadáver casi deshecho. Cuando informaron del hallazgo a la Guardia Nacional, fueron detenidos y se les prohibió, bajo amenazas, comentar sobre lo que habían visto.

Muchos años después serían vinculados al proceso penal por este crimen: Nivaldo Madriñán, lugarteniente de Manuel Antonio Noriega y jefe del Departamento Nacional de Investigaciones -DENI-, Melbourne Waiker, Osear Agrazal y Eugenio Magallón, agentes de la Guardia Nacional.

Al cumplirse tres meses de su desaparición. Monseñor Legarra, Obispo de Veraguas, leía a través de la emisora “Radio Veraguas”, este Soliloquio con el Padre Héctor:

Si, si, ya recibí aquella carta tuya en la que me hablabas de que te habían visitado los agentes de DENI,... que las investigaciones sobre la quema del rancho después de tantos días, no se habían realizado... que había signos de complicidad en el propio municipio de Santa Fe ...

Ya recibí tu información, avisé de ello al Capitán de la Guardia de Santiago, al Gobernador de la Provincia... esto era la tarde del 9 de junio. Tenías, teníamos

razón para quejarnos de la injusticia en que elementos oficiales participaban con su pasividad... Para ellos, por lo que parece, la quema de un rancho y el achicharramiento de un hombre por las llamas, importa muy poco. Es que el rancho era tuyo y... a tí, Héctor, algunos no te querían, más bien aborrecían tu mensaje.

¿Es verdad, Héctor, que fueron agentes de la Guardia Nacional -reales o supuestos- los que te llevaron?... Porque hay testigos que señalan con el dedo a determinados sujetos.

Héctor tenía 33 años cuando lo arrancaron de su comunidad para liquidarlo. Murió a la misma edad de Jesucristo al que anunció y al que siguió hasta las últimas consecuencias. Pero no fue sólo la edad lo que tuvo en común con Jesús. El Viernes Santo de 1972, Monseñor Legarra, su Obispo, durante una alocución radiofónica, confesó haber sentido «un estremecimiento al advertir numerosos paralelos existentes entre el acontecimiento del huerto de Getsemani y la escena del prendimiento de Héctor»:

La prisión de Jesús fue planeada en las altas esferas de las autoridades religiosas de Jerusalén, también la detención de Héctor se produjo de acuerdo con un plan estudiado de antemano.

En Getsemaní las antorchas iluminaron el lugar del prendimiento, y en Santa Fe las linternas alumbraron el escenario del crimen.

En los dos lugares, los malhechores iban vestidos de uniforme, y en ambos casos se sirvieron de guías para encontrar a la víctima.

Lo mismo que Jesús, al hacerse de noche, cruzó el torrente de Cedrón para ir al Monte de los Olivos, también Héctor hubo de pasar el lecho del río Santa María, para encaminarse a aquella choza del pequeño huerto donde se presentarían unos hombres a media noche para llevarlo consigo.

El diálogo entre los secuestradores y la víctima es idéntico: en Getsemani, los soldados preguntan por Jesús, quien contestó con voz firme: Yo soy; en Santa Fe, los intrusos recibieron la misma respuesta del Padre Héctor.

El arresto, la pasión y la muerte de Jesús, no son acontecimientos que tuvieron lugar una vez por todas, sin resonancia en el futuro. Cristo sigue padeciendo hasta nuestros días. El cuerpo doliente de Jesús son los pobres, los enfermos, los oprimidos, los esclavos, los que sufren persecución y quizás la muerte por la verdad y por la justicia. Cristo vino para anunciar a los pobres el Evangelio, para liberar a los oprimidos de la esclavitud, para proclamar la fraternidad y para enseñar los caminos de la justicia y de la verdad. Esta fue la misión que llevó a cabo el Padre Héctor en Santa Fe.

Pocos días antes de su muerte, presintiendo su martirio, Héctor había dicho una frase que quedó profundamente gravada en quienes lo rodeaban: “SI DESAPAREZCO, NO PIERDAN EL TIEMPO EN BUSCARME, SIGAN TRABAJANDO”.

Allí se inspiró este profundo poema:

¿Pero dónde, dónde estás?...
Todo un año te hemos estado buscando,

preguntando,
inculcando...

Y al fin nos hemos vuelto al lugar
que te hizo poner las manos en el arado:

Allí entre los campesinos
buscamos tu esperanza
y hemos vuelto a encender

aquella tu ilusión
de lucha.
de trabajo.
de liberación.

Buscamos a los que no tienen derechos
para conquistarlos juntos;

buscamos a los que caminan sin ilusión
por las calles y los campos
para darles nombre;

buscamos a los que son explotados
para hacer con ellos causa común;

buscamos a los que han quedado rezagados
para darles la mano;

pues los lugares estuvieron oscuros
hasta que HECTOR encendió una hoguera
que alumbró la llanura
y barrió las tinieblas.

Cuando comenzaba a arreciar la persecución, en noviembre de 1979, Héctor había escrito esta reflexión en el Boletín Parroquial:

“Si el mundo los odia a ustedes, sepan que a mí me odió primero”. Leí esta frase en el Evangelio de San Juan (15,18) y no me llamó la atención. La he leído u oído tantas veces.

Continué leyendo y en el capítulo siguiente encontré otra frase parecida; “Llegará el momento en que cualquiera que los mate a ustedes, creará que así presta un servicio a Dios”.

Esto me pareció una repetición de la misma idea y abrí el N. T. en el libro de los Hechos de los Apóstoles (6,8...) donde habla de Esteban como hombre fuerte a quien sus enemigos no podían hacerle frente... : ‘entonces pagaron a algunos’...

Y se me vinieron a la mente Juan el Bautista, los mártires de todos los tiempos, Martín Luther King... y tantos otros hombres que denuncian con valentía las situaciones de pecado.

A esos hombres hay que perseguirlos, calumniarlos y matarlos porque su actitud choca con un mundo injusto, con un mundo orgulloso, con un mundo inmoral.

Entonces comprendí el Evangelio de San Juan. Comprendí que cuando una persona o una comunidad se encuentran con los que odian por razón de su FE, es buena señal. Es señal de que la luz está alumbrando en la oscuridad.

ENTREVISTA CON HÉCTOR GALLEGO, 5 DÍAS ANTES DE SU SECUESTRO

Texto de una conversación tenida por un grupo de amigos de Héctor, grabada por ellos y posteriormente solicitada y transcrita por los directivos de la revista panameña “Diálogo Social”, de donde se transcribe textualmente.

Entrevistador: Padre Gallego, le voy a agradecer que empiece describiéndome la región de Santa Fé, de modo que podamos hacernos una idea del ambiente físico y así podamos comprender la situación humana y por tanto en qué condiciones los campesinos de allí están desarrollando su trabajo.

Héctor Gallego: Santa Fe, un distrito de la Provincia de Veraguas, es una región en un 98% campesina. La población es campesina. La topografía es bastante montañosa, es en la Cordillera Central de los Andes, es una de las regiones, diría, más accidentada, más montañosa, muy afectada, diríamos, por los ríos, afectada en el sentido de que afecta muchísimo en el aspecto de las comunidades, porque no hay puentes. Es una tierra pobre, solamente hacia las montañas es una tierra fértil, más descansada, pero normalmente es una tierra de cerros, una tierra mala para la agricultura.

En cuanto al área humana, Santa Fe tiene 7500 habitantes, es una población en gran parte desnutrida, y esto afecta muchísimo la idiosincrasia y la capacidad de la persona, la capacidad para su mismo desarrollo, la capacidad diríamos para captar, la capacidad mental de las personas, la capacidad de imaginarse nuevos métodos de trabajo, imaginar formas de estructurar su propia economía, su propio desarrollo.

En general ellos ahí no tienen medios para conseguir su propia subsistencia, para conseguir su dinero y casi durante todo el verano, 4 meses al año, tienen que salir al ingenio a ganar sus centavos allí y después, entonces, regresan el resto del año a sembrar un poco de arroz, y a ver llover tal vez porque hay muy poca fuente de trabajo, casi ninguna fuente de trabajo. Los productos principales que se siembran ahí -el arroz- tal vez es lo principal aunque la tierra no produce arroz, lo da en una medida muy baja. Sin embargo los campesinos por una tradición siguen sembrando el arroz. Siembran también un poco de verdura y de frijol, lo que llaman ellos frijol de palo, los demás productos se siembran pero de una manera muy escasa, el plátano, el maíz, pero se siembran muy poco.

Analizando precisamente esta situación de la agricultura que los campesinos están sembrando realmente lo que ellos no deben seguir y si ellos llevaran una contabilidad de los gastos en que incurren y de lo que sacan, ellos mismos sacarían por conclusión que una libra de arroz les costaría el doble sembrándolo que si lo compraran en la tienda. Analizando un poco esta realidad, entonces se está comenzando a introducir nuevos cultivos y nuevos métodos de cultivo de ciertos productos que allí realmente rinden mucho más; como los porotos.

Básicamente los porotos parece que es uno de los productos que más rinde ahí, utilizando nuevos métodos de cultivo, el abono y también el regadío en el verano.

Entrevistador: Pudieras decimos ahora, ¿cuándo comenzó este programa?

Héctor Gallego: Las bases primeras de este programa las dio Mons. Vásquez, más o menos a partir de 1958, pero de una manera más interesada en 1966 y 1967; ya en el año 1968, diríamos, comenzó un programa más organizado y más planificado, con un plan de trabajo fijo, un programa por año y en base a eso una continuidad de ese mismo programa.

Entrevistador: Padre Héctor, aunque yo considero que usted es más panameño que nadie, sin embargo, ¿por ser de nacionalidad colombiana ha tenido algún problema especial con la comunidad?

Héctor Gallego: Realmente por ser colombiano no he tenido ninguna dificultad. Si en la comunidad he tenido algunos rechazos no es por ser colombiano. Realmente no es la comunidad la que me ha rechazado. Han sido algunos elementos de la comunidad porque el Movimiento que adelantamos va contra sus intereses.

Entrevistador: ¿Cuál es la organización del Distrito que tú diriges en base a unificar la población campesina? ¿Cómo centran ustedes el trabajo?

Héctor Gallego: En cuanto a la organización, primeramente, lo que se hizo fue la distribución o la división de toda la población o todo el Distrito en once centros, teniendo en cuenta la distancia y teniendo en cuenta la facilidad de comunicación y, en este caso, los ríos que son uno de los impedimentos más fuertes.

En segundo lugar, después de haber hecho esta división, se hizo, podríamos decir, una descentralización de la Parroquia en cuanto que en cada comunidad se celebraban la mayor parte de los sacramentos, y en cada comunidad, se hacía todo el proceso de formación, principalmente las reuniones. Estas reuniones inicialmente fueron por un espacio de tres meses y culminaron con un cursillo en el mes de mayo de 1968; este cursillo era con los elementos que más habían captado el trabajo y también con los elementos que más se habían comprometido en las diversas comunidades: aquí entonces ya comenzaron a ir resultando, a ir apareciendo lo que nosotros llamamos allí los responsables. Inicialmente fueron unos 30; con ellos se hizo entonces en la escuela pública del distrito, un cursillo previo. Era más que todo un cursillo de motivación, una convivencia cristiana con ciertos temas de motivación basados en textos bíblicos y encaminados hacia la idea de sembrar una idea de cambio, una idea de liberación, una idea de reconocimiento de sus propios valores y una idea también, entonces, de que para vivir en la vida cristiana necesitamos organizarnos, necesitamos realmente experimentar y sentir lo que es la comunidad en cada uno de los lugares de donde ellos son.

Entrevistador: ¿Cuál fue el efecto de estos cursillos, de estas convivencias en orden a crear los líderes comunitarios?

Héctor Gallego: Lo que se produjo básicamente de esta convivencia fue la necesidad de ir motivando a la comunidad cristiana en cada uno de estos lugares y de ir defendiendo más. Entonces aquí, podríamos decir, se dieron las bases para lo que es la organización del Movimiento. De cada uno de estos lugares van surgiendo algunos elementos, estos elementos que captan más los planteamientos sobre los análisis que se van haciendo de la realidad y el análisis, o diría, la reflexión que se va haciendo del Evangelio. Estas personas, al mismo tiempo que captan se comprometen; estos son entonces los que llamamos los responsables, los llamamos responsables por no utilizar las palabras dirigentes o la palabra líderes, que son un poco paternalistas, utilizamos la palabra responsable, que es un poco más dinámica.

Inicialmente eran unos 30, pero actualmente el número de estos responsables o representantes de comunidades son unos 50 hombres. Son uno, dos o tres por cada comunidad, depende, y es con los que se elabora y con los que se revisa los programas de trabajo. En Santa Fe nos reunimos con ellos desde hace dos años, cada mes, por día y medio.

Entrevistador: ¿Cómo participa la gran masa de la población en este programa de tal manera que también esa masa influenciada sea a su vez actora?

Héctor Gallego: Esta reunión con los responsables coincide con una concentración que hacemos cada mes de las comunidades; como las comunidades quedan distantes no tenemos la misa dominical, cada ocho días en el sentido de la misa parroquial, sino que la misa parroquial es solamente cada mes; entonces es una concentración de campesinos. Vienen de todos los lugares, aun de las comunidades más lejanas y realmente es una asamblea, diríamos, general de la Parroquia, en el sentido de que participa la mayor parte de los campesinos que están tomando parte en el trabajo de las comunidades.

Entrevistador: ¿Crees tú que realmente el ser un movimiento cristiano, evangélico, ha ayudado al desarrollo social de los campesinos o lo ha impedido? ¿Cómo juzgas tú este problema?

Héctor Gallego: La parte sacramental, la parte litúrgica, diríamos que es como la parte culminante de todo el trabajo; la celebración de la Eucaristía, la celebración de los bautismos nunca la hacemos en los pueblos mismos sino que la hacemos en cada grupo, en cada centro donde los grupos son más limitados y por lo tanto hay más relaciones personales: hay más sentido de comunidad, no se siente tanto ese peso de la masa, sino que realmente se siente una reunión de un grupo donde el sentido de compromiso en el bautismo es muy visible; el sentido de convivencia y de participación en la Eucaristía también es bastante visible, bastante vivo.

Entrevistador: ¿Qué valores ha añadido este movimiento, por ser religioso precisamente, para el cambio social?

Héctor Gallego: Los valores que ha añadido, yo creo, que es tal vez... una de las fuerzas principales que hay en América Latina es la fuerza religiosa, cuando realmente se descubre que el Evangelio compromete hacia un cambio... Inicialmente el movimiento fue un análisis de la realidad, y el mensaje de Cristo nos muestra que esa realidad está en contradicción con el mensaje de Cristo. El compromiso es un compromiso de cambio precisamente, y estos principios del Evangelio pueden realizarse precisamente porque la realidad está en contradicción con ellos.

Entrevistador: En cuanto al aspecto “comunidad”, ¿ayuda que el dirigente sea religioso o sería igual que fuera un trabajador comunal sin inquietud religiosa?

Héctor Gallego: El primer paso fue un aspecto de comunidad en el sentido humano: es un grupo que está analizando la realidad, la realidad en que vive y qué puede hacer. Pero entonces el aspecto religioso complementó y enriqueció y le dio más fuerza a ese sentido humano. Podríamos decir que realmente cuando celebramos la Misa es como la culminación de todo el trabajo de desarrollo que estamos realizando; cuando celebramos un bautismo es la incorporación de un nuevo miembro a ese grupo que está comprometido, que está trabajando.

Si han rechazado el Movimiento por ser un movimiento de cambio desde el punto de vista religioso-social, esto es algo que ocurre en todas partes no solamente aquí, sino en toda América Latina. Me imagino que en el mundo entero ocurre eso, que cuando sale una idea nueva es comunismo y cuando hay un cambio en la Iglesia entonces o son protestantes o no sé qué cosa.

Entrevistador: Para seguir los proyectos, ¿ustedes tienen reuniones periódicas o simplemente las tienen cuando bien viene, sin organización ninguna?

Héctor Gallego: Las reuniones son periódicas, cada mes. Y cada mes se elabora el programa; la convivencia con los responsables elabora el programa para cada mes de manera que es una programación ágil pero regular. En cada lugar están los diversos responsables; los responsables de las diversas comunidades forman lo que es el equipo de cada centro, el centro es un lugar donde llegan diversas comunidades; cada comunidad tiene un responsable, entonces en cada centro hay un equipo de responsables.

Entrevistador: ¿Puedes decimos, Héctor, algunos de los objetivos a corto plazo que persiguen ustedes?

Héctor Gallego: Uno de los objetivos a corto plazo es la organización de los campesinos en grupos agrícolas; básicamente durante el año pasado el trabajo intenso fue un trabajo de formación, un trabajo de análisis, un trabajo de concientización. Entonces siguiendo este proceso este año nos hemos dado cuenta de que lo que necesitamos ahora es una opción, dar pasos concretos.

Entrevistador: ¿Qué pasos concretos diría?

Héctor Gallego: Este paso concreto es la formación de los grupos agrícolas. Los campesinos antes dependían económicamente de sus patronos aunque lo que ellos daban de salario era realmente muy poco, y alcanzaba para unos pocos días al mes, pero algunos trabajaban. Lo más general era que los campesinos salían de Santa Fé al Ingenio, eso quiere decir que los campesinos están durante todo el verano fuera de Santa Fé, trabajando en el ingenio. Ahora, para que ellos realmente se sientan un poco liberados de ese sistema y ellos comiencen a ver la forma de ellos estructurar su propio desarrollo y su propia economía, tienen que organizarse en equipo de producción, en equipos agrícolas asesorados por la Cooperativa, no solamente la asesoría técnica de un técnico agrícola o de un agrónomo, sino también la asesoría en cuanto a instrumentos, en cuanto a abono y en cuanto a cierta maquinaria; algo que realmente aumente la producción y garantice para ellos ciertas entradas comunes.

Entrevistador: Entiendo que en Santa Fe había tiendas como en cualquiera de los pueblos del interior. Quisiera saber yo si la distribución estaba honrada, o había cierta explotación aprovechándose de la ignorancia de los campesinos.

Héctor Gallego: Había una explotación marcadísima, no solamente en cuanto a lo que vendían en las tiendas o al precio que ellos querían, sino también en cuanto a lo que compraban, pues normalmente los campesinos venden en la época de producción. En esa época los dueños de las tiendas de los pueblos entonces bajan los precios para comprar a un precio bajo y en la época de escasez suben los precios para vender a un precio alto.

Entrevistador: ¿Se daban casos de usura o de aprovecharse de préstamos para los campesinos?

Héctor Gallego: Completa. Muchas veces prestaban... yo conozco de alguien a quien le prestaron y al fin del año le cobraron el doble y si no pagaba tenía que ir a la cárcel.

Entrevistador: Y ahora, ¿eso ha cambiado o sigue lo mismo?

Héctor Gallego: Ha cambiado completamente, precisamente por la organización de los campesinos en la Cooperativa. Son las excepciones las que todavía dependen de estos patronos; generalmente los campesinos están asociados en esta Cooperativa y cuando necesitan un préstamo lo obtienen de la Cooperativa o cuando necesitan comprar ahí a un precio regular, a un precio definido que no va a cambiar normalmente; no cambia el precio durante el año.

Entrevistador: ¿Y qué ha pasado con las tiendas? ¿Siguen las mismas, han bajado, han subido?

Héctor Gallego: Las tiendas, algunas de ellas han fracasado completamente y otras están medio sostenidas, pero su movimiento ha rebajado considerablemente. La Cooperativa en el año pasado movió B/. 55000, que son B/. 55000 que no pasaron por las tiendas de los patronos.

Entrevistador: ¿Cuál ha sido la reacción de los patronos?

Héctor Gallego: La reacción de los patronos al comienzo fue un poco de tratar de desmoralizar el movimiento, tratar de convencer al campesino que eso era una forma de explotarlos, que los que estaban dirigiendo la Cooperativa cuando tuvieran un poco de dinero se iban a escapar y los iban a dejar sin nada, tratando de decirles que era un movimiento comunista, o era un movimiento de otra religión; inicialmente fue una etapa de tratar de desmoralizar el movimiento, pero cuando se dieron cuenta que esto no era posible, que esto no está surtiendo efecto, esta campaña de desmoralización, entonces comenzaron a llegar a acciones más concretas.

Entrevistador: ¿Cuál fue en estos casos la actitud de la autoridad?

Héctor Gallego: La autoridad comenzó a amenazar, aun el mismo Gobierno comenzó a presionar para que la Cooperativa fuera una institución del Gobierno o tratar de explotar en el sentido político y tratando de presionar por medio de las autoridades, pero cuando este segundo intento tampoco detuvo la marcha de la Cooperativa y del movimiento, entonces, ya se dan acciones de violencia directa. El año pasado para la fiesta de San Pedro se aprovechó para romper la casa donde estaba la imagen y sacarla de allí, como una acción de manifestar su protesta o su rabia diríamos, contra el movimiento. Este año, hace solamente algunos días, el 23 de mayo, quemaron la casa donde yo estaba viviendo. Precisamente el año pasado en ese mismo tiempo de junio cuando fueron los incidentes de San Pedro, uno de los señores que tenían la mayor tienda y gozaba más de la política allí, dieron de garrotazos a Mons. Vásquez, creo que eso fue una noticia bastante clara aquí en Panamá.

Entrevistador: ¿Algunos campesinos han sufrido acción física?

Héctor Gallego: En cuanto a acción física punitiva que yo recuerde a campesinos directamente no. En esos mismos días en que ocurrieron los hechos con Vásquez Pinto, hubo allí algo que fue general con todos y hubo puñetazos pero más fue por parte del grupo que apoyan estos patronos, estos caciques. Realmente el grupo de campesinos que había esa tarde en Santa Fe sostuvo una actitud bastante equilibrada, una actitud más que todo de resistir; bueno, realmente no se recurrió a la violencia en ningún momento, fue algo muy espontáneo, pero fue una actitud bastante equilibrada.

Entrevistador: Mirando al futuro, ¿cómo te imaginas tu Santa Fe, cuando ya haya terminado el programa?

Héctor Gallego: Santa Fe, realmente yo no puedo imaginármela sola. No puede marchar muy delante y no puede marchar con mucha fuerza si está sola, si es un foco aislado; y realmente los objetivos de crear una comunidad nueva, de crear una sociedad nueva es algo que queda debilitado si es solamente intento de un movimiento reducido a un distrito. Los campesinos podrían recuperar algunas tierras, el control del comercio; podrían aumentar muchísimo la producción. Pero de todas maneras el sentido de movimiento, el sentido de conciencia, el sentido de valores humanos si

realmente no está acompañado de un movimiento a escala más amplia, me imagino que sería muy difícil sostenerlo.

Entrevistador: ¿Tú crees que si Santa Fe se quedase sola, se perdería ese movimiento humano, por lo tanto se perderían los logros de desarrollo más material?

Héctor Gallego: Yo estoy segurísimo de eso. Un movimiento aislado no puede ir a ningún lado. Cuando hablamos de cambio, nos referimos al sistema. Es un sistema que abarca el mundo de hoy, no solamente a Panamá, ni siquiera América Latina, sino que abarca al mundo de hoy, de manera que un movimiento que permanezca aislado es un movimiento que está enfrentándose hacia algo imposible, hacia algo demasiado grande para un movimiento local.

Entrevistador: ¿Están tratando ustedes de unirse a otros movimientos en la misma provincia de Veraguas?

Héctor Gallego: En primer lugar en Veraguas estamos tratando de crear esa conciencia en varios lugares y, en segundo lugar, estamos tratando también de que el movimiento de Veraguas se vincule a otros movimientos que hay en el país; en el último verano, yo creo que tuvimos la oportunidad de que algunos universitarios de aquí de Panamá tuvieran la oportunidad de convivir, intercambiar y que ellos vieran el enfoque, la conciencia que tiene el campesino y esto contribuyera a que el movimiento de universidad, la conciencia de los estudiantes aquí en Panamá, se reafirme y comience a crecer no solamente en el grupo que ya está comprometiéndose sino que se abrieran nuevas personas y se fortifique el movimiento universitario. Este paso que se ha dado con los estudiantes es un paso que se puede dar con cualquier otro sector popular de obreros o de cualquier movimiento popular.

Entrevistador: ¿Esos 50 líderes de la comunidad han tenido relación con otras comunidades en plan de liderazgo, también para lanzar su obra hacia afuera?

Héctor Gallego: La relación básica que han tenido con otros líderes ha sido en los cursillos de formación de base en el centro Juan XXIII, donde se encuentran con elementos de otras parroquias que reciben más o menos la misma formación, solamente lo que ocurre es que, tal vez Santa Fe va un poco más adelantado, pero es un programa que se tiene que realizar en todas las parroquias, y hasta donde sea posible, utilizándose los recursos que tenemos, extenderlo a todo Veraguas y al mismo tiempo influir para que esta campaña, esta acción de concientización, se extienda a todo el país.

Entrevistador: Toda nuestra idea al hacerte estas preguntas es detectar cuáles son los rasgos más característicos de la comunidad de Cambio Social. Yo quisiera que ahora me concretes un poco, si se te ocurre, alguna de las notas típicas, de una comunidad de Cambio Social

Héctor Gallego: Cuando hablamos de cambio, bueno, es un poco relativo, tal vez el rasgo fundamental se concreta en la palabra «comunidad». El mundo de hoy es esencialmente individualista, el capitalismo es intrínsecamente individualista y si hay una

comunidad de cambio es algo distinto y eso tiene que ser algo esencialmente comunitario; por eso, estos pasos que hemos estado dando de grupos agrícolas, estamos tratando de insistir en el sentido comunitario del trabajo en el sentido básicamente de formación de comunidad en cualquiera de estos aspectos.

Otro rasgo es el sentido de mirar sobre todas las cosas el valor de las personas, con todas sus cualidades, con la autonomía de la persona, la libertad de la persona y el derecho de que cada persona desarrolle sus propias cualidades, se respete en todos el conjunto de valores de cada persona.

Entrevistador: Héctor, ¿crees tú que este rasgo del respeto a la persona, es una nota dominante de la Comunidad de Santa Fe?

Héctor Gallego: Yo creo que en Santa Fe hay una serie de señales de que las personas se respetan mucho más. No diríamos que es una cosa perfecta, es un proceso que ha empezado, hay una serie de señales por las que es un poco claro que la persona se está respetando.

Entrevistador: ¿Se nota entusiasmo en la Comunidad de Santa Fe?

Héctor Gallego: Hay más comunicación entre las personas, es un ambiente más humano más optimista en el sentido de que está más orientado a realizar esta fuerza nueva que está descubriendo, que es la fuerza de la Comunidad. Una vez que se descubre eso, tiene que sentirse el entusiasmo de desarrollar lo que está haciendo porque realmente están creando; no es algo que ha crecido es algo que está comenzando.

Entrevistador: ¿Cuáles son las dificultades mayores con que se han enfrentado allí?

Héctor Gallego: La dificultad mayor es debido al sistema: los campesinos en su ambiente, el hombre de ciudad en su ambiente, cada sector de la sociedad de hoy, es un sector esencialmente individualista y para ser comunitario hay que morir a esa mentalidad individualista y no es tan fácil. Es, diríamos también, otra dificultad, el sentido de conformismo, la situación de hoy es una situación de hombres que dominan y hombres dominados, y los que estamos dominados estamos siempre tratando de depender de cualquiera de los sectores que dominan y hay entonces en todas estas cosas conformismo y pasividad, no querer dar pasos, no querer romper con una cosa que llamamos orden que en el fondo no es más que un desorden. Entonces, esta pasividad, este conformismo, este miedo a enfrentarse, yo creo, es una de las mayores dificultades con que se encuentra cualquier movimiento y concretamente con la que se ha encontrado el movimiento de Santa Fe; y todavía hay muchas personas que todavía no quieren comprometerse. Quieren vivir en su religión tradicional, quieren vivir en su cultura tradicional, dependiendo de un compadre; no quieren romper el mundo en que han vivido, quieren que ese mundo continúe.

Entrevistador: ¿Podieras enumerarnos alguno de los logros concretos de la Comunidad de Santa Fe?

Héctor Gallego: El logro fundamental al que hemos llegado, y hemos llegado en el sentido que comienza, no en el sentido de que se haya conseguido plenamente; es el realmente romper, en el sentido que causa una división bien marcada, romper con la clase que ha dominado. Esa ha sido una cosa marcada, diríamos, por acciones aun violentas, que las he mencionado antes. Al comienzo ellos trataron de recuperar, trataron de atajar ese rompimiento pero una vez que se produjo, ellos vieron que no lo podían atajar, entonces ya fue algo directamente vengativo, tomando ciertas acciones violentas, se reducen a las que ellos han realizado hasta ahora y estamos seguros que ellos van a seguir en esa línea.

Otro logro material más concreto es la organización de los campesinos en la Cooperativa, que es lo que les da, diríamos, su base económica; es una Cooperativa que el año pasado movió B/. 55000, afecta a unas dos mil personas. Como un tercer aspecto, diríamos, muy, muy relacionado con la Cooperativa, es la organización de los campesinos en estos grupos agrícolas donde ellos pueden tener una fuente de entrada, donde ya ellos tienen un poco de seguridad y no tienen que estar dependiendo de factores, no tienen que estar saliendo de sus comunidades para el Ingenio durante el verano y eso da más estabilidad a las comunidades y también al mismo tiempo, ellos tienen una experiencia de trabajo comunitario y comienzan a ver que es posible y es más humano, y más ventajoso también, pero tal vez ese no es el aspecto principal de que sea ventajoso en el sentido utilitario, sino que es más humana la posesión comunitaria de la tierra.

Además de la agricultura se está incrementando la ganadería; está empezando un proyecto de carneros, diríamos, en la línea comunitaria; la Cooperativa está empezando un proyecto de conejos para ayudar a la alimentación de las comunidades que realmente es muy deficiente.

Entrevistador: ¿Qué come una familia, hablando de todo un poco?

Héctor Gallego: En la mañana, se toman un café, muchas veces, cuando más con una tortilla que es hecha de maíz o de arroz; al medio día casi lo mismo y por la noche nuevamente. El arroz, la mayoría de las veces, es arroz blanco y nada más que eso.

Entrevistador: ¿Quieres darnos algún detalle más sobre la Cooperativa?

Héctor Gallego: La Cooperativa en estos momentos tiene sus propios asesores, campesinos del mismo Santa Fe.

2 Monseñor Gerardo Valencia Cano



Obispo de Buenaventura

Enero 21 de 1972

Monseñor Gerardo Valencia Cano **Obispo de Buenaventura** **Enero 21 de 1972**

El 21 de enero de 1972 la noticia recorrió rápidamente el país: un avión de la compañía aérea Satena que volaba entre Medellín y Quibdó con 35 personas a bordo, se estrelló en uno de los cerros limítrofes entre Antioquia y Chocó, pereciendo todos sus ocupantes. Entre ellos estaba Monseñor Gerardo Valencia Cano, Vicario Apostólico de Buenaventura.

Versiones contradictorias comenzaron a circular, que dejaban profundas dudas sobre el origen de la tragedia. El gobierno impidió a técnicos extranjeros acercarse a investigar el hecho y, luego de que helicópteros oficiales sobrevolaron la zona, la declaró “inaccesible” y la hizo bendecir desde el aire como camposanto.

Un sacerdote y un grupo de campesinos se encargaron de desmentir los conceptos oficiales, pues escalaron a pie la montaña y rescataron el cadáver del Obispo, obligando al gobierno a rescatar luego los demás cuerpos.

Todos los indicios apuntaban a pensar, más bien, en un “atentado”, lo que no pudo esclarecerse, ni podrá, quizás, esclarecerse jamás.

Los titulares de todos los periódicos registraron la muerte del “Obispo rojo”, del “Obispo rebelde” o del “Obispo revolucionario”.

Nacido en la población de Santo Domingo (Antioquia) el 26 de agosto de 1917, en una familia modesta que conoció la pobreza y el sufrimiento, se ordenó como sacerdote misionero en el Instituto de Misiones Extranjeras de Yarumal, el 29 de noviembre de 1942.

En 1949 fue nombrado Prefecto Apostólico del Vaupés, donde ejerció por más de tres años. El 24 de mayo de 1953 fue consagrado como el Vicario Apostólico de Buenaventura, donde ejerció su ministerio episcopal hasta su muerte. Entre 1956 y 1959 actuó también como Superior General de los Misioneros Javerianos de Yarumal.

Monseñor Valencia fue un hombre de una profunda espiritualidad y de una gran austeridad de vida. Ya desde antes del cambio profundo que marcó su vida después del Concilio Vaticano II, se caracterizaba por su poca afición a usar los arreos episcopales y por su cierta repugnancia a los protocolos y a los títulos.

Su participación en el Concilio lo confirmó en una gran libertad de espíritu y en un compromiso radical con los pobres y con la justicia. Su predicación se fue llenando de un verdadero radicalismo evangélico que lo convirtió rápidamente en un profeta, y por lo tanto, -como todo profeta- en un personaje controvertido, atacado y perseguido.

Su impresionante testimonio de pobreza, de despojo, de desarraigo y de libertad espiritual, le daba una fuerza y un impacto especial a sus palabras, a sus denuncias, a sus mensajes.

En su Diócesis de Buenaventura acogió a muchas religiosas, sacerdotes y laicos inquietos y respetó profundamente sus búsquedas. En diciembre de 1968 se convirtió en anfitrión del Segundo Encuentro del Grupo Sacerdotal Golconda, cuyo controvertido Manifiesto suscribió y defendió públicamente.

Como todo profeta auténtico, su vida y sus mensajes se volvieron incómodos para todos los poderes. Cuando en 1969 viajó a Medellín a participar en una “toma simbólica de la Universidad de Antioquia para el pueblo”, en compañía de varios sacerdotes del grupo Golconda, fue obligado, en el mismo aeropuerto, por autoridades eclesásticas y militares, a regresarse, en momentos en que los otros sacerdotes eran encarcelados.

Los últimos meses de su vida los vivió bajo profundos sufrimientos morales que se reflejan en su Diario íntimo. Se rumoraba su inminente destitución por parte del Vaticano. Se rumoraban también otras medidas drásticas que serían adoptadas por el Instituto de Misiones, como la de retirarle a todos los misioneros del Vicariato, o por el Episcopado, como exigir la presencia de un visitador del Vaticano.

Las últimas páginas de su Diario dejan traslucir las angustias propias de los profetas, acosados por todo tipo de apremios para que renuncien a sus mensajes, pero acosados también por una voz interior, más fuerte que ellos mismos, que les revela, en el origen de sus impulsos, la presencia ineludible del Espíritu del Señor como un fuego ardiente que quema en lo más íntimo y al cual no se puede ser infiel.

Gerardo Valencia Cano fue, ante todo, un Testigo de Evangelio. La radicalidad de su testimonio le trajo persecuciones y sufrimientos que desembocaron en el misterio de su muerte violenta.

UNA PÁGINA DE SUS DIÁLOGOS CON DIOS

El Librito “Con Dios a la madrugada”; publicado por la Editorial Tercer Mundo en 1965 reproduce páginas de la sencilla y humilde oración de Monseñor Valencia, que él mismo escribía en sus cuadernos

Señor, déjame entrar en ti

Dios mío, déjame entrar.

-Adonde?

-Adonde estás Tú...

Hoy me dice tu esposa Teresa que es “a mi castillo interior”.

Lo sé;

pero está tan lleno de mí, que Tú no cabes en él;

no porque no te achiques,

sino porque yo lo ocupo todo.

Señor, déjame entrar!

-Adonde?

-Adonde estás Tú...

Si yo estoy lleno de mí, tampoco puedo entrar en Ti, porque la puerta es tan estrecha que no puedo entrar sino vacío...

Señor, déjame entrar donde estás. Y no repliques que no te entiendo, porque Tú puedes vaciarme de mí cuando necesites para tomarme del todo.

No te encierres. Señor, te lo suplico, en la libertad que en mí has puesto, para dejar a mi arbitrio miserable una absurda posición o permitirme la entrada: tengo un testarudo amor propio, que en todo halla asidero y que renace ante los halagos.

Señor, déjame entrar donde estás!

¿Qué importa que esto signifique mi Calvario?

Yo sé que Tú ruegas por mí ‘para que mi fe no desfallezca’.

Entonces... déjame entrar donde estás.

Lo necesito; lo necesita tu Iglesia...

Yo sé que mi personita no es necesaria,
ni que mi oración va a ser la vara de Moisés en este desierto...

Pero, Señor, déjame entrar
adonde estás.

UNA PÁGINA DE SUS POEMAS

¿Quién te dijo que negro y malo es lo mismo?

¿Quién te dijo que negro y malo es lo mismo?

ni es lo mismo negro y malo
ni blanco y bueno es lo mismo.

Si lo negro fuera negación
no veríamos en la noche estrellas,
ni la noche sirviera de descanso,
ni la sombra de fondo a los colores,
ni la vida germinara bajo el suelo:
ni el laúd arrullara entre la noche;
ni el diamante fuera el rey de los metales.
ni el carbón diera fuego.

Si negro y malo fuesen lo mismo,
no habría madres tan bellas color de azabache,
ni tan grandes amigos en los negros.

Un prejuicio feroz de los blancos
ha pintado lo malo de negro;
son ellos, son ellos lo mismo de buenos:
y quizá más tiernos
y de cierto
mucho *más sinceros*.

¿Quién te dijo que negro y malo es lo mismo?

Si sumas los colores haces lo blanco,
si quitas los colores haces lo negro.
¿Quién te dijo que el verde o el rojo
o el azul o el rosa
están sobre la flor o en la alborada?
El que ves es el que falta.

La noche me parece una madre embarazada
que a la aurora revienta convertida
en vida y en colores.
La vida se fabrica en las tinieblas
y están hechos de silencio, de paz
y de esperanza.

Recogen en sus senos las semillas,
las calientan, las impulsan, las esparcen,

las representan sobre la cuna de la aurora
convertidas en hombres, en palomas,
en flores y en brillantes.

¿Quién te dijo que negro y malo es lo mismo?

“Negra soy pero hermosa”

dice de sí misma la verdad divina.

Y el misterio oscuro, impenetrable para el hombre,
se convierte en el lenguaje divino
con que Dios nos descubre su insondable esencia.

Baja, baja, baja hacia el humilde oscuro
para que puedas alcanzar al Maestro,
que al ocultar ante los hombres
los rayos de su esencia,
pudo servirle de siervo, rescate y alimento.

Lo negro es el camino de lo grande,
hunde bajo la tierra los cimientos,
si quieres elevarte.

¿Quién te dijo que negro y malo es lo mismo?

**UNA PÁGINA DE SU VISIÓN ANTROPOLÓGICA
ILUMINADA POR SU FE**

**Carta al porteño
Buenaventura, mayo 20 de 1968.**

Hermano costeño, ¿qué pesa sobre ti que no te levantas?

Hace mucho tiempo trato de descubrir
la mole que te tiene oprimido contra el suelo y no la veo.

Te llamo y no respondes.

Te urjo y no te mueves.

Te canto y no me entiendes.

Pero cuando cantas tú, hasta la tierra se mece.

¿Qué te oprime, hermano, que no te levantas?

Tengo el dolor de ser de otra raza.

De una raza que no te comprende,
que no alcanza a descubrir en ti lo que te hace mi hermano.

Tengo el dolor de pertenecer a otra cultura.

Soy yo el oprimido por una mole que no me deja mirarte,
que me impide comprenderte.

Ahora pienso, hermano mío costeño,
que la seguridad que busco en ti no tiene las mismas dimensiones que la mía.

Yo me he asegurado sobre mis pies. Tú tienes la seguridad en la frente.

Yo he pensado que el universo

era para mi tan conquistable como una mujer liviana.

Tú has sabido mirar siempre en el cosmos los dominios de Dios.

Yo pensé que el hombre podría redimirse a si mismo.

Tú siempre has considerado mi pensamiento como un desafío suicida.

Por eso, mientras me rompo la cabeza para investigar la mole que te oprime,
descubro que soy yo el inmolado.

Si mis conquistas fuesen capaces de darme la seguridad de que alardeaba,
no tuviera ahora la flor de la juventud de mi raza abominada de mis labios.

Mis pies corrieron más velozmente que mi cabeza
y la carrera me ha llevado al borde del abismo.

Por eso me siento cada día más inseguro,
mientras corro huyendo de la única fuente de seguridad
que me la daría el Autor del universo.

Tú en cambio, hermano, sabes dónde pisas, porque pisas blando y despacio.

Yo he pensado adelantarme a Dios, prescindiendo de sus brazos.

Tú caminas al paso de Dios. Y así eres más lógico.

Ahora comprendo que mi oficio no es enseñarte sino comprenderte.

Ahora comprendo que tú eres una maravillosa puerta,

por donde se penetra en el templo de la sabiduría.
Ahora comprendo que para poder comprenderte,
tendría yo que hacer lo del gusano, convertirme en crisálida.
Hermano costeño, voy descubriendo el secreto de esa mole
que me parece te tiene contra el suelo.
Yo soy el oprimido.

Llegará el tiempo en que tendrás que tenderme tu mano compasiva,
porque yo me estaré ahogando.
Ahora las consignas de la electrónica me embriagan de soberbia.
Mientras tú continúas contando con los dedos la paciencia de Dios.
Pero habremos de acercarnos, hermano costeño.
Cuando nosotros nos hayamos roto la cabeza a fuerza de desafiar a Dios,
vosotros nos descubriréis que la única seguridad infalible se encuentra en aquel que
habiendo marcado el universo con su sello divino,
luego nos envió a su Hijo a rescatarnos,
haciéndose semejante a nosotros y uniéndonos en él a todos los humanos.
Hermano costeño, cuando me vuelvan a hablar de la mole que te oprime,
me acordaré que yo soy el inmolado.

UNA PÁGINA DE SUS DENUNCIAS PROFETICAS

Conferencia pronunciada en el pleno de la Unión de Trabajadores de Santander -UTRASAN-, Bucaramanga, 11 de octubre de 1970.

He venido hermanos para atender a vuestro llamado y porque no podría desaprovechar esta gran tribuna para sembrar en vuestros corazones el ideal que abunda en el mío: la liberación de nuestro continente.

Nacido en un rincón de las montañas de Antioquia, educado con el sudor de mi frente y habiendo desarrollado la mayor parte de mi ministerio sacerdotal entre los más marginados de nuestros compatriotas, no puedo menos de sentir en mis venas, la protesta ante unas situaciones totalmente contrarias a lo que enseña mi fe: el pueblo fraccionado en partidos políticos, en clases sociales, en regiones que se combaten, en sectas religiosas, y todo ello al servicio inicuo de un número cada vez más pequeño de dirigentes, siempre dispuestos a juntarse para oprimir al débil y a combatirse escudados en el mismo débil, que les tiene que servir de carne de cañón.

No quiero entrar en descripciones de marginados, que todos vosotros las conocéis en carne viva; ni quiero tampoco entrar en señalarlos con el dedo a los posibles causantes de estas situaciones de injusticia; quiero, sí, clavar en vuestro corazón dispuesto al sacrificio, la ambición que desgarrar al mío: es que veo que nuestro continente se debate angustiosamente ante unas casillas de acero, creadas por la ambición del poder y del dinero, para mantener a las muchedumbres entre la espada y la pared. ¿Quién no ha descubierto que cuando el hambre desespera a los pueblos, se inventan sus dirigentes pretextos nacionalistas y azuzan el fanatismo para que los pobres se despedacen mientras pactan los magnates? Los hombres de mi generación recuerdan la comedia que se inventó un Presidente para recogerse el oro de las monedas y el de las joyas para una guerra, que luego de ganada sobre el enemigo, le llenó a este mismo el plato de sus ambiciones. Esos son nuestros dirigentes. Y así los de todos los pueblos Latinoamericanos. ¿No acabáis de verla última tragicomedia de Bolivia?

Un Continente homogéneo en raza, lengua y religión, si se exceptúan las variedades que enriquecen el conjunto, dividido como una plaza de ferias a causa de una herencia de sistemas opresores que practicaron la fórmula “divide y dominarás”.

No han faltado las buenas intenciones de algunos al interpretar la OEA y sus filiales, como esfuerzo sincero de integración del Continente. Pero, ¿quién dijo que es posible la unión del aceite con el agua? Y agua y aceite son explotador y explotado, colonizador y colonizado, capitalista y trabajador, amo y esclavo.

¿Qué paz puede haber entre hiena y perro? Pues así entre el rico y el pobre (Sirácida:13,18). La nación rica del Norte, ha escogido sus servidores en nuestros países para formar con ellos sus sindicatos de autodefensa; y nuestros gobiernos siguen creyendo que la OEA es un servicio a nuestros pueblos, cuando es la cadena con que a todos nos tienen atados al palo del opresor.

En vano se fatigan algunos varones de buena voluntad inventando y armando pactos centroamericanos y andinos. ¿Qué pueden estos diminutos frente a la panza del gran Moloch? Siempre se chocará con los intereses de los servidores del poder yanqui, quienes seguirán anunciando bancarrotas nacionales, a quienes cuentan con la posibilidad de una integración Latinoamericana.

Es así como se ha mantenido servilmente el bloqueo a la hermana nación de Cuba, mientras los abrazos iban de Washington a Moscú y nuestros inicuos “padres de la patria” se pasean por Rusia y China lamiéndole los pies a Mao y a Kossighin.

Pero he aquí, hermanos, que el advenimiento de “los nuevos poderes” se nos aparece sobre los cielos del Continente como un signo de próxima redención.

Ante el fracaso de los sabios, de los fuertes, de los ricos, se levanta en los aires un poder nuevo: el de los ignorantes, el de los débiles, el de los pobres, desafiando a Goliat con la misma confianza con que el niño de la Biblia se enfrentó al jefe de los Filisteos.

No anduvo errado Marx cuando invitó a los proletarios del mundo a formar el Ejército de redención; no anduvo mal Jorge Zalamea, cuando frente a la gran pagoda invitó a los desarrapados a enjuiciar a todos los dirigentes de la tierra.

Si la fuerza de las armas, si el poder de las riquezas, si la pericia de los sabios nada han podido para vencer la desgracia de nuestros pueblos, éstos han descubierto ahora que bajo los harapos y en los escasos glóbulos que les ha perdonado la anemia, hay un poder libertador invencible que echará por tierra el sueño de los avaros.

Un Socialismo Latinoamericano por encima del materialista Europeo y Asiático se impondrá sobre el egoísmo de los servidores del oro y del petróleo.

Un Socialismo Latinoamericano que una al negro, al indio, al blanco, en una sola raza de color latinoamericano; que comprenda que nuestros ríos y nuestras montañas no son líneas de separación, sino lazos que estrechan la unión; que enseñe a todos que el enemigo del hombre es la riqueza, madre de la mentira, pedestal de la soberbia y acicate de la guerra; un socialismo que descubra que la única nobleza del hombre es el ser hombre y no accidentales diferencias de sexo, de edad, de cultura, de fuerza bruta o de privilegio alguno; un socialismo latinoamericano que nos impulse a explotar nuestras propias riquezas con nuestras propias manos libres y nuestra mente desatada de prejuicios, de amenazas, de compromisos alienantes; un socialismo sin aduanas, que son la fortaleza de los avaros y el calvario ignominioso de los débiles.

Ese es nuestro programa. Pero ¿quiénes podrán realizarlo?

Ya lo sabemos, los oprimidos. Por eso hablamos de liberación y no de desarrollo. El desarrollo es la nueva canción que entona el capitalismo para adormecer a sus víctimas. Nosotros hablamos de liberación porque la opresión nos circunda; como

si no viviéramos en un continente cristiano, o al menos bautizado, son mayores los presupuestos que se invierten en armas, en vigilancia, en fronteras, en resguardos, en alambradas, en cerraduras, en muros, que los que se emplean en corresponder al poder creador del ingenio humano humanizado.

El pobre nada cuida porque lleva en sí mismo su única riqueza inapreciable. El rico que ha vendido su persona al dios oro, consume sus días y sus noches en custodiar desafiando y amenazando con más y mayores rapiñas.

Dejad a los marginados negociar la integración del continente y no se necesitarán ni costosos viáticos, ni encarnizadas discusiones, ni majestuosas ceremonias para firmar los tratados.

Dejad a los marginados, indios, negros, campesinos, obreros y los más humildes, estudiantes encarcelados... dejadlos a ellos, discutir ellos, programar ellos la integración, y veréis que no fijarán plazos ni de diez ni de cinco ni de quizá menos años. Al pobre le interesa vivir, no le importa ganar.

Dirán los técnicos de la integración que el consejo de los jóvenes y el aporte de los débiles y la luz de cocuyo de los ignorantes llevarán el continente a la bancarrota... ¿Podrá haber una peor que ésta que nos martiriza? ¿Quién no ve que la vieja Europa con toda su técnica, no ha logrado aún el Mercado Común y cada día su escasa juventud se siente más y más defraudada?

Cesen ya los hipócritas cantores de la técnica de seguirla exaltando como un amuleto. Los nuevos poderes de los hasta ahora desposeídos se alzan amenazantes descubriendo al mundo de los opresores el final de los dominios.

Y vosotros obreros sindicalizados que participáis en vuestras organizaciones de los vicios de la sociedad que os impulsó a vivir, cuidaos de los falsos profetas que os hacen creer que las prestaciones y los salarios elevados son la solución de vuestra mentira. ¿Qué ha ocurrido con ello fuera de haceros causantes de la escalera que sube el costo de la vida? ¿Quién paga la opresión? Vuestros hermanos sin trabajo, los campesinos sin seguros, los mayores de cincuenta años, los hijos numerosos, es decir, el pueblo que os dio la vida.

En una sociedad capitalista, aun las mejores intenciones vienen viciadas por el pecado original de la soberbia. Por eso os hemos escuchado decir: con tal que yo mejore mi situación, ¿qué importa que otros muchos se queden sin trabajo? ¿qué importa que haya menos maestros, menos escuelas, menos fábricas, menos carreteras?

La soberbia de los ricos, se os ha metido hasta los huesos y todos suspiráis por ver a vuestros hijos de gerentes de bancos o de presidentes de la ANDI, y a vuestras hijas pretendiendo emular a Jacqueline.

¿No creéis que la raíz de la multiplicación de centrales obreras está más en una lucha por prestigio que en un anhelo de sacrificarse por los más necesitados?

A veces me tienta la idea de que una organización sindical única para Latinoamérica, sería la fuerza liberadora de nuestro Continente. Pero me detengo al punto diciendo a la tentación: apártate de mi Satanás, que antes se destruirán los obreros que juntarse. Hemos sido amaestrados por razas puras y nuestro Continente tiene un destino superior a los continentes de las razas puras.

Comprendo que no os he indicado un camino, sino que acaso os he aumentado vuestras inquietudes. Es mi oficio. Si hablara a un pueblo auténticamente cristiano nos bastaría con abrir el Evangelio y saldría el sol.

Pero he aquí que también el Evangelio nos ha llegado con los vicios de los evangelizadores extranjeros y nos es necesario ahora despojarlo de los elementos que lo disfrazan.

Por eso creo que apenas estamos dando los primeros pasos, que son el descubrir en nosotros una humanidad capaz de encarnar al Redentor. Yo pienso que sólo cuando hayamos realizado esta capacidad, entonces el resto de la humanidad, descubrirá la verdad del Papa Paulo VI cuando nos señalaba como “esperanza del mundo”.

No quiero subestimar vuestros esfuerzos por cambiar también la estructura sindicalista heredada de los foráneos por una mentalidad, no estructura, capaz de borrar fronteras y llenar abismos. Un sindicalismo obrero frente a un sindicalismo patronal seguirán siendo dos lobos en un circo.

Si queréis dar un aporte eficaz al mundo del sindicalizado, demostradle con hechos, que el sindicato no es una guerrilla anticapitalista sino una molécula de fraternidad universal que, como la levadura, tiene el secreto de fermentar las masas en ese espíritu nuevo que hará de nuestro Continente el verdadero Nuevo Mundo.

UNA PÁGINA EN QUE REVELA SU IDENTIDAD

En abril de 1969, como respuesta a la carta de un amigo sacerdote que parece insinuar una honda preocupación por sus posiciones, hace pública una “CARTA ABIERTA A LOS SACERDOTES”, donde deja claras sus convicciones.

Cada día los medios de comunicación social aceleran más los acontecimientos; y en el mundo en que vivimos, cobran un interés especial los que están relacionados con la religión y la cuestión social.

Cada día siento que de todos lados me acosan preguntándome: ¿hasta cuando nos vas a tener en suspenso? ¿Tu quién eres?

Yo quisiera salir gritando: soy un sacerdote misionero que quiere vivir a los cincuenta y dos años de edad y hasta su muerte, su sacerdocio, como el día de su ordenación.

Ya desde entonces comprendí que la ascética, la mística y la caridad cristianas tenían para el sacerdote una exigencia muy superior a las de los simples fieles, aun en su vocación apostólica.

Comprendí, igualmente, que mientras el sacerdote más se acerca a Cristo, más se debe acercar a los hombres, sus hermanos, sean ellos publicanos o pecadores, escribas o fariseos.

Comprendí que “para conocer a Dios es necesario conocer al hombre y que es necesario amar al hombre para poder amar a Dios”, como lo recordaba Pablo VI al finalizar el Concilio.

Comprendí que el rendimiento apostólico está en la medida de nuestra incorporación a Cristo: y que así como “nadie puede ir a El si el Padre no lo atrae”, el don de la perseverancia en la vocación es un don superior a la vocación misma.

Comprendí entonces y ahora lo veo mejor, que a medida que el mundo avanza, el Evangelio cobra, para el hombre, y en especial para el sacerdote, mayor actualidad; y que aceptarlo con humildad y vivirlo con coraje es hacerse mejor hombre y hombre mejor.

Comprendí que el Reino anunciado por Cristo ‘padece violencia’ y que se necesita valor humano, no ordinario, y gracia del cielo para ‘negarnos’, como allí se nos pide; para ‘perdonar’, como allí se nos exige, y para ‘sacrificarnos’, como allí se nos insinúa.

Comprendí que la vocación de “evangelizar a los pobres” lleva consigo el deber de denunciar las injusticias y las hipocresías de quienes echan pesadas cargas sobre los hombros de los demás y ellos no las tocan ni con un dedo.

Así entiendo yo mi sacerdocio: no confundo sacerdocio y celibato, pero sé que el celibato, íntegro y gozosamente llevado, da una fuerza extraordinaria al sacerdote.

No confundo sacerdocio y pobreza: pero sé que la pobreza sincera y amorosamente vivida, configura al sacerdote con el Cristo que no tenía donde reclinar la cabeza.

No contrapongo en mi vida sacerdocio y jerarquía, porque ambos deben entenderse como posturas de servicio a impulsos del amor.

No confundo sacerdocio y política: pero sé que en este momento que vive una nación cristiana como Colombia, el sacerdote debe ser por vocación, la levadura para el cambio que esperamos (GS. 40) y que su palabra y su acción valientemente evangélica, tiene que ser la luz para los marginados y sirena de alarma para los dirigentes.

No confundo progreso temporal y Reino de Cristo: sé sin embargo, que el primero “en cuando puede construir mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios” (GS.39; CM.55.5).

¿Y el “aggiornamento”? Para mí, “aggiornarse” el sacerdote es sentir, como Cristo el dolor de las muchedumbres marginadas, y la rebelión de esa juventud aprisionada dentro de unas estructuras que deberían estar en continua revisión, según las exigencias de los tiempos y los impulsos del espíritu.

“Aggiornarse” es descubrir y justipreciar en cada hombre y en cada región los valores que la Providencia distribuyó a cada cual como le plugo, para que los hombres, en indescriptible variedad, reflejaran las infinitas perfecciones del Creador: y reunidos por la caridad, caminaran juntos como los miembros de una gran familia humana.

“Aggiornarse” es sentir el sacerdote hijo de la historia, pero con los ojos abiertos hacia el futuro, actor en el drama grandioso que vive el mundo de hoy con toda la luz que arroja el Evangelio.

“Aggiornarse” es “poner esfuerzo, audacia y sacrificio para lograr algo nuevo y grande”, como nos pedía Pablo VI en Bogotá.

“Aggiornarse” el sacerdote es, finalmente, comprender que el santo de hoy y en nuestro continente, será quien sea capaz de sentar a la misma mesa al rico Epulón y al pobre Lázaro.

EXTRACTOS DE SU DIARIO ÍNTIMO, O LA ATORMENTADA INTIMIDAD DE UN PROFETA

En las notas escritas en su Diario, durante el último año de su vida, se reflejan los sufrimientos internos que le causaron los ataques intraeclesiales, las acusaciones de que estaba desviándose de la doctrina y la disciplina de la Iglesia, pero al mismo tiempo su decisión de ser fiel, ante todo, al Evangelio y a su conciencia.

Enero 10/71: “Señor, qué golpes! (...). Sálvame de estas aguas que crecen invenciblemente y que comienzan a hundirme (...). Yo no quiero renunciar a tu Evangelio”.

Enero 12/71: “Mi Dios, no permitas que te sea infiel: ilumina tus caminos delante de mí. No importa que sean como sean. Lo único que te pido es que los ilumines”.

Febrero 21/71: “Mira, mi Dios, cómo estoy ante los superiores del Instituto. ¿Su opinión será sólo el reflejo de su mentalidad tradicionalista o corresponderá de hecho a la realidad? Yo no quiero sino realizar tu programa en mí: ser tu sacerdote, ser el apóstol de tu Evangelio”.

Mayo 15/71: “¿Por qué esta angustia, como si no fuera un instrumento de tus manos? (...) En tus manos. Señor, encomiendo mi espíritu, no permitas que yo me aparte de Ti. Yo no quiero hacer mi propia voluntad: indícame los caminos que debo seguir y hazme dócil a tu voz para seguirlos (...). No se haga mi voluntad sino la tuya”.

Mayo 26/71: “Haz de mi la víctima de holocausto que requieres para salvar a este pueblo (...). Llévame a encarnarme tan hondo, que él pueda aceptarme sin esfuerzo como suyo”.

Junio 12/71: “¿Qué es esto mi Dios? Todo se ha conjurado contra mí: Tu, el mundo, mi yo. Sin embargo, mientras viva puedo bajar más hondo. Señor, ten compasión de mí”.

Julio 5/71: “Mis respuestas de ayer a las acusaciones contra Buenaventura causaron una protesta tremenda por parte de los 36 javerianos que hacían retiros en Yarumal. ¿Cómo desconocer mi culpa? Pero Tu conoces, Señor, mi pensamiento. No soy un santo y debo alegrarme de que mi cinismo aparezca al descubierto. Esta misma confusión que ahora escribo no tiene visos de conversión. Señor, Tu eres la ruta. Tu eres la luz. Yo sé que tanto mis pecados como mis actos de virtud entran en tu programa. Yo no quiero pecar. Pero tampoco quiero retirarme a descansar de esta lucha en que cada día me comprometo más. ¿Por qué no me iluminas mejor el camino? Pero, si lo que quieres es mantenerme en este tormento, dame fuerzas para continuar, amor para no deshumanizarme y fe en Ti para no apartarme jamás de tu presencia, por más que estés siempre detrás de la nube que te oculta al común de los hombres y especialmente a algunos. Yo no quiero preferencias; dame valor para soportar siempre el último lugar”.

Septiembre 23/71: “¿Qué hago, entonces? ¿Cerrar los ojos? ¿Huir? Ni cerrar los ojos ni huir: amar. No es mi vocación encerrarme. Debo ser levadura, luz, sal. ¿Cómo podré serlo? Purificándome. ¿De qué sirve la sal corrompida, la luz apagada, la levadura sin fermento?”.

Septiembre 28/71: “Dios *mío*. Dios *mío*, mira que me ahoga este oleaje. Tu que eres la luz, ilumíname el camino. ¿Es que mi andar es sólo cuestión de coraje? Dame fuerzas, Señor, que desfallezco”.

Enero 11/72: “¡Qué situación! Cuando el agua empieza a desbordarse, de nada sirven montoncitos de barro”.

Enero 14/72: “¿Cuánto ha de durar esta situación? Mírame, Señor, ¿desde lo profundo clamo a Ti, Hasta cuándo?”

3

Padre Iván Betancur Betancur



Junio 25 de 1975

Padre Iván Betancur Betancur

Junio 25 de 1975

Primeros años: el estudiante franciscano

El Padre Iván nació el 28 de julio de 1940 en Fredonia, Antioquia. Fredonia era un próspero y rico municipio donde abundaban los cafetales. La familia Betancur se estableció allí en la segunda década del siglo 20.

Iván hizo sus estudios de primaria en la escuela del pueblo. A los doce años partió para Cali, al seminario menor de los franciscanos. De ahí pasó al noviciado de esa comunidad en enero de 1960. Realizó sus estudios eclesiásticos en la Universidad de San Buenaventura. Sintió una especial atracción por la pastoral familiar. Es necesario advertir que en los años en que Iván cursaba los estudios eclesiásticos, el Concilio Vaticano II se estaba gestando y más tarde comenzó a sacudir la vida de la Iglesia. Una corriente renovadora comenzó a filtrarse en los claustros franciscanos. Pero a pesar de que la década del sesenta fue un tiempo de mucha agitación política e incluso las tesis y posturas del Padre Camilo Torres Restrepo impactaron la conciencia católica nacional, la realidad del país apenas era cuestionada por los profesores y estudiantes franciscanos. Sin embargo, se comenzaron a dar lentos pasos: orientación de los estudios a la pastoral, acercamiento a los pobres, mayor apertura.

Iván veía que los moldes de un franciscanismo todavía muy estrecho no cuadraban con sus aspiraciones. El claustro se le hacía pequeño. Comenzó el roce con sus superiores \ profesores y empezó a buscar su posible ubicación. Habló con Monseñor Nicolás D'Antonio, Obispo de la Prelatura de Olancho (Honduras), quien lo recibió para que formara parte de su equipo de pastoral, como laico. Monseñor Nicolás diría más tarde de Iván: *“no quería que se le ordenara sacerdote sin antes sentir en su propia carne lo que era convivir y compartir la vida de los pobres. Y así lo hizo por varios años”*.

Viaje a Olancho, Honduras

Existe un dicho popular hondureño: “Olancho es ancho para entrar y angosto para salir”. A esta región de Honduras, apartada del resto del país, de veinticuatro mil kilómetros cuadrados, de terreno quebrado y con algunos valles, se llegaba antiguamente por medio de una carretera angosta de 220 kilómetros desde la capital, Tegucigalpa, hasta la cabecera departamental, Juticalpa, en un viaje de seis a ocho horas. El viajero era recibido con un letrero que decía: “Bienvenido a la república libre de Olancho”. Efectivamente, existía la convicción de que Olancho era un país distinto de Honduras.

En este lugar, eminentemente campesino, manda el imperio del fuerte, del ganadero a quien sólo le interesan sus vacas y que posee enormes tierras incultas, del pistolero desalmado, del comerciante sin escrúpulos, del político que maneja personas como si fueran ganado, del coyote o intermediario, del maderero que sin misericordia ordena cortar el bosque dejando los cerros despoblados. Pero allí también impera el miedo, el hambre, la miseria, el analfabetismo, la explotación a los humildes, el machismo en todas sus manifestaciones. Este lugar de Honduras ha sido manejado por los militares más toscos, por los propietarios de tierra, por los políticos tramposos, por los gobernantes sin capacidad, en fin, por el más fuerte. La historia de Olancho es triste, salvo algunos conatos de rebeldía e insatisfacción en el pasado.

Cuando Iván llegó a Olancho, en septiembre de 1968, vino acompañado por otro joven, Luis Emilio Henao. Ambos salieron de los claustros franciscanos con el propósito de trabajar en la Prelatura de Olancho. Se integraron al equipo de pastoral que comenzaba a marchar recientemente con el Obispo Nicolás D’Antonio, nombrado Prelado Nullius en 1963 y consagrado Obispo en julio de 1966. En el equipo trabajaban: un sacerdote maltés, el Padre Diego Vella, dos religiosas franciscanas, María García y Mariana Samol, y varios laicos a tiempo completo. El centro de actividades era el Centro de Capacitación Campesina Santa Clara. En un principio este centro de capacitación fue abierto para realizar jornadas de Cursillos de Cristiandad, cuyos participantes eran escogidos entre los terratenientes cercanos a la Iglesia, entre los profesionales y comerciantes de las capas alta y media. Los cursillos despertaron, ciertamente, un fervor religioso y motivaron, sobre todo, a los varones, quienes por la mentalidad machista de Olancho poco habían participado en los asuntos religiosos. Cabe destacar que este movimiento de cursillos poco a poco fue desapareciendo en la medida en que los campesinos comenzaban a ser motivados, concientizados y organizados y emprendían reivindicaciones de tierra, lo cual perjudicaba a la clase terrateniente. Fue así como se fue perdiendo el encanto de sus reuniones y cursos, hasta que murió definitivamente el movimiento de Cursillos de Cristiandad. Este paso de la Iglesia de los ricos a la Iglesia de los pobres fue privilegiado en Olancho. La Iglesia no marginó a los ricos; ellos se retiraron. Los pobres comenzaron a sentirse parte de la Iglesia, cuando sintieron que la Iglesia los acompañaba en sus luchas y derechos.

Para el año 1968 se estructuró el Centro Santa Clara como un centro de capacitación campesina. Comenzaron a darse pasos en el trabajo de concientización y organiza-

ción del pueblo. La Iglesia impulsó y aceleró el trabajo de base, teniendo en cuenta la experiencia de Iglesia en las otras diócesis. Celebradores de la Palabra de Dios, alfabetizadores, cooperativistas, amas de casa, dirigentes de Ligas Campesinas, pasaron por el Santa Clara para recibir conocimientos, darse cuenta de la realidad del país y para despertar a una conciencia más combativa. La presencia de estos dos jóvenes reforzó el trabajo que se venía adelantando, le dio nueva vida y lo impulsó hacia una coordinación más armónica. Fueron muchas las jornadas de trabajo en la planeación y realización de cursos, encuentros, convivencias. Mucho fue el trabajo gastado en la elaboración de folletos, impresión de boletines, elaboración de materiales. Iván se metió de lleno en este trabajo. Se hizo familiar al campesinado. Visitó pueblos y aldeas, convivió entre la gente pobre. Pero a medida que eso hacía, se fue granjeando las sospechas y las críticas. Incluso, en marzo de 1970, el Gobernador René Zelaya citó a Iván y a su compañero Luis Emilio, para que respondieran a las acusaciones que se les hacían. Se presentaron testigos que los acusaban de ser agitadores profesionales, que venían con consignas del extranjero para subvertir el orden, se decía que estaban sembrando ideas exóticas y, sobre todo, corrompiendo a la juventud y al campesinado. La idea era expulsarlos del país. Hay que advertir que la Iglesia de Olancho comenzó a ser mirada con recelo; sus enemigos pensaban eliminar al personal del Centro Santa Clara y destituir al señor Obispo, por ser “agitadores comunistas”.

Este período de actividad de Iván como laico, fue un período de trabajo y aprendizaje. Iván comentaría que hubo fallas: ingenuidad en muchos casos, poco cálculo de las repercusiones futuras, demasiada combatividad y hasta euforia. De todas formas, los dos años de trabajo con el pueblo les proporcionaron una experiencia extraordinaria, un conocimiento de la realidad, una metodología de trabajo. Se sintió, entonces, motivado para pedir la ordenación sacerdotal.

El sacerdocio como servicio al pueblo

Antes de recibir la ordenación sacerdotal Iván preguntó a sacerdotes y personas amigas por medio de conversaciones y cartas: ¿Cuál es el papel del sacerdote en la hora actual? ¿Para qué su presencia en la Iglesia y en la sociedad? ¿Qué le toca aportar? Quiso llegar al sacerdocio plenamente motivado. Iván sintió la necesidad de pedir el presbiterado para prestar un mejor servicio al pueblo. Conceptos sobre el sacerdocio los expresó a sus familiares antes de ordenarse diciendo: *“Sí, el sacerdote es todo lo que se quiera de grande, pero cada uno lo mira diferente. Quise que lo fuéramos entendiendo un poco mejor. El sacerdote no es un profesional.. Lo que se piensa del sacerdote ha cambiado por completo en los últimos años. No es lo de antes. Y por favor, les pido que hagan el esfuerzo de comprender esto que es nuevo; los tiempos han cambiado y las ideas y las cosas tienen que cambiar”*. Y sigue más adelante: *“la idea y la imagen de mi sacerdocio se me vienen constantemente a la cabeza... Quisiera ser realmente un sacerdote al estilo completamente nuevo y como lo quiere la gente de hoy... Lo que todos juntos tenemos que pedirle a Dios es que sea un sacerdote de*

hoy, no del siglo pasado; no se puede comparar el sacerdote de hoy al Padre Boterito, ni con el Padre Sanín, ni con nadie. Los tiempos son distintos y lo que se necesita es diferente. Lo que tenemos que pedir a Dios es que sea un sacerdote de hoy y para los hombres de hoy; que me ayude a adaptarme a las necesidades y problemas de hoy”

Iván recibió la ordenación sacerdotal el 31 de julio de 1970, en su pueblo natal, de manos de Monseñor Luis Andrade Valderrama, Obispo franciscano. De regreso a Olancho, escribió a sus familiares: ‘ Así como se alegraron conmigo sigan haciendo la obra de empujarme y sostenerme para que sea un sacerdote de Dios y para los hombres”

Parroquias de Culmí y de Catacamas

El primer frente de trabajo del Padre Iván fue la Parroquia del Dulce Nombre, en Culmí. Este pueblo dista unos setenta kilómetros de Juticalpa. Es un pueblo eminentemente maderero. Antiguamente fue una reducción indígena, pero a medida que los colonos fueron invadiendo las tierras, los indígenas se fueron desplazando hacia las montañas. La fiebre de la madera llegó al lugar, facilitando su acceso por medio de la construcción de una carretera. Allí se fueron instalando los aserraderos. Esto atrajo a mucha gente en busca de trabajo, gente que se iba hacinando en estrechas y antihigiénicas champas. Como todo pueblo que extrae madera y que posee aserraderos, Culmí se caracteriza por la inseguridad de vida, por la violencia, por las muertes frecuentes, por la explotación de los trabajadores, por el conformismo de los mismos. Los precios son elevados y los campesinos que bajan de las montañas con sus productos son asaltados por los coyotes o intermediarios que les compran sus productos a un bajo precio. En este pueblo convive la religiosidad popular con variedad de sectas traídas a propósito para dividir a sus gentes. Culmí es la mezcla humana que camufla a los prófugos, a los maleantes y matones a sueldo. Culmí es el pueblo que encubre la picardía de los dueños de aserraderos y contratistas de madera, a los alcaldes que son casi vitalicios y a los cantineros.

En los meses anteriores a la llegada de Iván a esta Parroquia se habían suscitado roces entre el alcalde municipal y el Obispo de la Prelatura, por cuanto éste le reclamaba que se moviera a hacer algo por los campesinos que estaban siendo desalojados de sus tierras. Los disgustos de los vivarachos del pueblo estaban frescos, por cuanto la Prelatura había puesto control a las alcancías del santuario, puesto que estos se robaban el dinero. Fresco estaba también el incidente aquél en donde el Coronel Lisandro Padilla y su escolta habían intentado eliminar a un catequista que supervisaba las obras del nuevo templo.

Iván llega allí con el conocimiento de estos problemas. Inicia su trabajo a finales de 1970. Dicientes son sus palabras expresadas en una carta a sus familiares: “*espero tratar de hacer algo en cuanto a comunidad, es decir, despertar e inquietar, motivar y despertar. Está todo por hacer*”. Inicia el trabajo de las comunidades y logra compactar un significativo grupo de líderes o animadores. Sale de Culmí para Catacamas,

puesto que los franciscanos norteamericanos que trabajaban allí habían salido, molestos por la línea de pastoral que alentaba el Obispo Nicolás y su equipo de pastoral. Esto ocurre en mayo de 1971.

Hay que advertir que en el mes anterior a la llegada de Iván a Cataeamas, la Asociación de Ganaderos y Agricultores de Olancho (AGAO) había lanzado un duro ataque al Obispo Nicolás por la prensa y la radio del país, y acusaba al personal del Santa Clara como el responsable de las invasiones de tierra. Los terratenientes se valen de muchas formas para desacreditar el trabajo. Se valen, incluso, de las mujeres que venden en el mercado para que salgan a las calles gritando: “queremos sacerdotes hondureños. Fuera de aquí Monseñor, no lo queremos”. Los terratenientes colocan frente a la Casa Episcopal de Juticalpa sus veintiocho tractores, en señal de protesta, e intentan hacer un “paro” de labores, para hacer difícil el suministro de artículos básicos. Claro está que el “paro” fracasa. Una vez más se convence la clase terrateniente que sus tierras son improductivas, porque más del setenta por ciento de los artículos básicos (maíz, frijoles, arroz) los produce el pequeño y mediano productor.

Catacamas es un poblado que está ubicado en un hermoso y fértil valle regado por el río Guayape y varios ríos afluentes a este. Ha crecido bastante en los últimos años. Tiene numerosas aldeas, cuyos habitantes se debaten en la miseria por la carencia de tierras, motivo que los obliga a trabajar de mozos en las haciendas. Aunque la población es relativamente apacible, la criminalidad es notoria. Se consume mucho alcohol en tiempo de fiestas y ferias patronales. No es raro ver a hombres portar armas y con mucho orgullo enseñar sus pistolas colgadas a la faja. Las sectas abundan en todas partes, contándose unas catorce. Últimamente las bandas de matones a sueldo habían aparecido, tornándose en grupos paramilitares protegidos y amparados por el Ejército y sostenidos económicamente por los terratenientes del lugar.

Recién llegado el Padre Iván a Catacamas apareció un grupo reaccionario denominado «Frente Democrático» (FRED). El tal frente pintaba las paredes del pueblo con su sigla y repartía boletines insultando al nuevo párroco. A grandes letras escribía en la casa cural: «fuera cura». Para intimidar al padre Iván hacía estallar bombas al frente de la casa parroquial. Esto lo hicieron el 4 de mayo y lo repitieron más tarde el 29 de septiembre. Iván escribió una nota al señor Obispo y le decía: *“Personalmente estoy bien, sin desanimar, confiado en que el Señor a unos y otros hará ver la verdad con amor. Y que El nos ayude”*.

La gente acomodada que acostumbraba ir a Misa no volvió más. Y como el pueblo sencillo de los barrios no solía frecuentar el templo, éste se quedó vacío. Este hecho fue providencial, porque cuando los ricos del lugar se fueron alejando del templo, los pobres fueron haciendo la Iglesia.

Iván se las ingenió para establecer contactos con la gente humilde de los barrios. Invitaba a reuniones, celebraba la Misa en las casas. A través de estas sencillas reuniones iba conociendo a la gente y la gente lo iba conociendo a él. Poco a poco la gente fue

perdiendo el miedo a lo que se decía del Párroco y también se le acabó su complejo de que sólo los grandes pueden ir al templo. Por eso el templo parroquial se llenó de nuevo, pero ahora no con los ricos, sino con los pobres del lugar, hasta el punto de que una sola Misa era insuficiente los días domingo. El pueblo humilde se dio cuenta de que era necesario capacitarse. Y comenzó la gran labor de selección de líderes para los diferentes ministerios, la organización de los grupos comunitarios y círculos bíblicos, etc. El trabajo en el campo, que ya se había incrementado desde años anteriores, coordinado por el Centro Santa Clara, se fortaleció más con la celebración de la Palabra de Dios, las cooperativas, los Clubes de Amas de Casa, las escuelas radiofónicas, las Ligas Campesinas, etc.

Religiosidad popular

Iván le dio un tratamiento muy especial al fenómeno de la religiosidad popular, caracterizada, como en la mayoría de los países de América Latina, por la importancia que tienen ritos y prácticas extralitúrgicas. Iván descubrió en estas prácticas, tanto su dimensión alienante, como su dimensión de protesta y sus virtualidades dinamizadoras de la comunidad. Captó, por ejemplo, la potencial acogida que tenían ciertas fiestas y promovió alrededor de ellas la participación de la comunidad en su preparación y celebración. Las peregrinaciones las convirtió en acontecimientos masivos; eran verdaderas caminatas que desarrollaban la solidaridad. Así por ejemplo, cada ciertos kilómetros de recorrido, tanto los habitantes de las aldeas del camino, como los peregrinos, se reunían a comentar la Palabra de Dios y a disfrutar de un rato agradable. Esta fue, incluso, una forma práctica de enseñar a trabajar en equipo, pues para cada peregrinación se conformaban comités de relaciones humanas, de animación, de primeros auxilios, de liturgia, de recreación, de alimentación, de propaganda, etc.

Las ferias patronales dejaron de ser un tiempo de intensa explotación del pueblo con juegos de azar, alcohol y prostitución, y pasaron a ser momentos fuertes de la comunidad, a través de dramatizaciones, presentaciones de sonovisos, etc.

El culto a los muertos, tan arraigado popularmente, lo convirtió en motivo de catequesis, utilizando sus mismos signos: coronas de flores, cruces, candelas, novenas, etc. En una carta describía esto así: *“Vamos a celebrar un novenario general de ánimas. Es una novena que yo escribí. Y ayer, mientras invitaba a la gente, se me ocurrió una idea. Todos traerían una lata de avena pintada de blanco y con maíz. El primer día, después de rezar, cada uno sembrará el maíz y se dejarán las latas en el templo. Cada día al terminar el rezo echaremos agua (las oraciones son como el agua fresca) y así veremos que al sembrar y morir resulta una vida nueva, y lo mismo el cristiano al resucitar... Así pienso introducir este nuevo novenario para quitar el antiguo que no tiene nada de enseñanza de la Biblia. He invitado a todo el pueblo y de modo especial a las mujeres que hacen las novenas en todos los novenarios. Así tal vez entran de acuerdo y aceptan”*

En sus celebraciones utilizaba intensamente el diálogo con la gente, las dramatizaciones, y adaptaba las lecturas al lenguaje popular. Las procesiones se convirtieron en verdaderas movilizaciones populares. Luces, pancartas, carrozas, música, gritos de júbilo, mensajes a través de altoparlantes, cantos, fueron bien aprovechados.

Su Parroquia fue la primera en establecer cursos sistemáticos de catequesis pre-sacramental, coordinados por un equipo. En una carta describe las dificultades para que la gente aceptara esto: *“han disminuido mucho los bautismos debido a la obligación de recibir las charlas de preparación. Esto indica que nuestro cristianismo es sólo apariencia y se busca únicamente lo cómodo, pero si se nos exige algo, ya no somos cristianos. Pero eso está bien. Creemos que nuestro deber es dar responsablemente los sacramentos”* Poco a poco, la gente fue aprendiendo que era necesario capacitarse en la fe.

Estudios en Canadá

Para 1972 la Prelatura se vio fortalecida con un nuevo personal. Llegaron para este año 5 sacerdotes. Esto aconteció al final del año. Iván aprovechó esta coyuntura y se marchó al Canadá, con el fin de especializarse en pastoral familiar, en la Universidad de San José, Ottawa. Permaneció allí casi dos años y regresó con una ilusión muy grande: emprender un trabajo con la familia.

Entre los meses de enero a junio de 1975 más de un centenar de parejas realizan un curso de laboratorios de comunicación familiar. En este primer semestre del año mencionado fue asombroso ver la actividad que desplegó la Parroquia de Catacamas. Desplegó misiones tanto en el campo como en la población o centro urbano, retiros cuaresmales, cursos con responsables de comunidades y de organizaciones populares. La Parroquia intervino en la desmesurada alza de los artículos de primera necesidad, especialmente el de la carne. Organizó una protesta que ayudó a frenar el alza. Esto ocasionó mucho comentario entre los comerciantes y carniceros.

Los terratenientes volvieron a la carga, encabezados por un médico, Gonzalo Rivas. Ellos estaban temerosos por el movimiento campesino que en el mes de abril comenzó a recuperar tierras, ante la inoperancia del Instituto Nacional Agrario (INA), organismo encargado de la reforma agraria. Se notaba una permanente presencia de los militares como la del Mayor Gustavo Díaz, futuro organizador de las bandas paramilitares y de quien no se dijo nada de su participación en la matanza del 25 de junio de 1975. A Iván se le avisó que se cuidara. Supimos, incluso, que un señor residente en Catacamas, de nacionalidad extranjera, en cierta noche mandó llamar a Iván y le dijo: “Usted sabe que hemos tenido divergencias entre los dos, pero yo le ruego que se cuide porque buscan matarlo”. El hombre aquel reveló que en una reunión secreta los terratenientes le habían propuesto que asesinara al Padre Iván, ofreciéndole diez mil lempiras, es decir, cinco mil dólares. Da la casualidad de que a comienzos del mes de junio la emisora local no prestó más sus ondas radiales para transmitir la Misa dominical que era ampliamente escuchada en Catacamas. Rumores de asesinato del

Obispo y de algunos sacerdotes eran frecuentes, así mismo la expulsión de todos los responsables de la Prelatura fuera del país.

Matanza del 25 de junio

Al acercarse el tiempo de las siembras la situación social de Honduras se tornó tensa. Los terratenientes se alistaron para no dejar invadir ni un centímetro de tierra. Los campesinos se movilizaron. Los grupos que trabajaban en colectivo acompañaban a otros campesinos que no tenían tierras en las acciones de recuperación de las mismas. Una verdadera lucha se estableció. Los unos para conservar lo acumulado o acaparado en tierras, la mayoría incultas, y los segundos por la supervivencia. Se vio el contraste de intereses y la desigualdad de los medios de lucha. Los terratenientes defendían su tierra a la fuerza. En muchas ocasiones se pagó a matones para intimidar a los campesinos, se difundieron rumores y se ampararon con la fuerza militar que siempre se doblegaba a los latifundistas. A los campesinos, en tanto, no les quedaba más arma que la solidaridad. En la mayoría de los casos sufrieron los desalojos, la intimidación, la cárcel o la eliminación física. El campesinado tenía conciencia de que no podía seguir aguantando más, ante la trágica situación de miseria y de desamparo a que se veía sometido diariamente.

Para el mes de abril de 1975 las cosas en Honduras habían cambiado. El General Alberto Melgar Castro dio un golpe de estado al gobierno del General Oswaldo López Arellano. Este contragolpe fue impulsado por la oligarquía tanto nacional como extranjera, pues el gobierno anterior había adelantado una tímida reforma agraria, dotando de tierra a algunos grupos campesinos. Melgar Castro se proponía frenar el avance de la organización campesina que, por el fenómeno antes anotado, había crecido bastante. El bombo hecho con el escándalo bananero, pues uno de los ministros del gobierno anterior recibió más de cien mil dólares para evitar el alza del impuesto al banano, sirvió también para subir a Melgar Castro. Esta cubierta de honestidad que reclamaba el nuevo gobierno no era más que la careta con que la oligarquía disfrazaba sus intereses de clase para frenar la movilización popular, sobre todo campesina.

A pesar de todo, los campesinos seguían reclamando al INA para que respondiera a sus múltiples demandas. En vista de que el INA no hacía nada, las dos centrales campesinas resolvieron invadir tierras. Se dio más de un centenar de recuperaciones. En Olancho se hicieron 18. El Ejército desalojó a los campesinos, encarceló a sus líderes más salientes. La Unión Nacional de Campesinos (UNC), en señal de protesta, ocupó algunos juzgados de diferentes ciudades, realizó concentraciones masivas, se tomó los puentes que comunican a Tegucigalpa con Comayagua y, finalmente, organizó una marcha campesina, denominada “Esteban Ramírez” en memoria de uno de los líderes caídos en desalojo de tierras. Esta marcha tendría que salir de diferentes zonas del país. Se concentraría en Tegucigalpa. Se esperaba movilizar no menos de diez mil campesinos. El Gobierno Central dio órdenes estrictas para detener la marcha campesina.

Conociendo las disposiciones gubernamentales, los terratenientes en su Asociación de Ganaderos y Agricultores de Olancho (AGAO) concertaron con el encargado militar, Mayor Enrique Chinchilla, recién adiestrado en Panamá por los norteamericanos, para que eliminara a los dirigentes campesinos y tomara represalias contra algunos miembros de la Iglesia. Fue así como prepararon tomar el Centro de Santa Clara valiéndose del supervisor departamental de educación primaria. Este obligó a los maestros a sacar a los niños de las escuelas y hacerlos marchar al Centro Santa Clara para hacer ocupación de él, pidiéndolo como centro de educación para los niños de Juticalpa y no como foco de subversión campesina. Efectivamente, el Centro fue tomado a la fuerza, cayendo tres campesinos muertos. Esto sucedió en las horas de la mañana. El Padre Casimiro Sypher, sacerdote norteamericano, quien se encontrara en las calles de Juticalpa, fue tomado preso y conducido al Centro Santa Clara. Tanto él como todos los varones del Centro fueron llevados a la cárcel en las horas de la tarde. Todo esto sucedía el 25 de junio de 1975.

El Padre Iván en ese día fue detenido en las horas de la tarde. El había ido a recibir a sus señora madre quien venía de Colombia para visitarlo en compañía de la señorita María Elena Bolívar. El Padre Iván fue detenido en la carretera por las tropas de Chinchilla que se encontraban acantonadas impidiendo la marcha. Fue conducido al aserradero Lamas que se encuentra en el valle de Lepaguare. Dos señoritas que venían con él, María Elena Bolívar y Ruth García, fueron detenidas y también llevadas al aserradero. Por la noche todos fueron conducidos a la hacienda Los Horcones, de Manuel Zelaya, enemigo acérrimo del Padre Iván.

De esa noche en aquella desgraciada hacienda no tenemos mayores detalles. Sólo queda una grabación sacada a la fuerza por los militares al Padre Iván. Muchos afirman, por conversaciones infiltradas, que las jóvenes, antes de ser asesinadas, fueron violadas. Iván seguramente fue molido a golpes o torturado en el interrogatorio. Unos dicen que le cortaron la lengua. Por la necropsia se supo que fue mutilado en sus genitales. Las investigaciones de los hechos aseguran que había recibido un balazo en el cráneo.

Para no dejar rastro de los hechos, los cadáveres fueron arrojados a un pozo de malacate de unos treinta metros de profundidad. En ese pozo fueron arrojados también los cadáveres del Padre Casimiro Sypher y de siete campesinos más. Ellos habían sido sacados de la cárcel, seleccionados del numeroso grupo detenido en el Santa Clara. El pozo fue dinamitado y un tractor removió luego la tierra.

Olancho quedó totalmente militarizado. El asesinato del Centro de Santa Clara y del valle de Lepaguare fue disimulado con comunicados radiales que distorsionaban los hechos. Se decía que los desaparecidos estaban huyendo a las montañas para organizar las guerrillas. Todo el personal de la Iglesia de Olancho fue puesto bajo custodia. Cinco sacerdotes y seis religiosas fueron llevados a la cárcel y conducidos más tarde en aviones militares para presentarlos a las oficinas de migración de Tegucigalpa. Las Parroquias quedaron vacías y el personal religioso no volvería a Olancho hasta tres meses después de estos hechos.

Mientras tanto el militar Chinchilla daba estúpidas declaraciones antes de encontrar los cuerpos de los masacrados. Decía: “Realmente me siento preocupado y, porqué no decirlo, conmovido ante la supuesta desaparición de un cura, máxime que era extranjero”. Y decía aun más: “Desmiento categóricamente que alguien de los arrestados haya sido golpeado, flagelado y menos muerto”. Y terminaba diciendo: “Las Fuerzas Armadas están ceñidas al orden establecido por las leyes; estamos auspiciados por principios morales, los cuales nos hacen estar divorciados de cualquier acción de tipo ilegal, reñida con las normas morales y sociales que han sido llevadas a cabo en el departamento”.

Ante esta confusa situación la Iglesia dio su tímida respuesta. Se dio la coincidencia que el Señor Obispo de Olancho estaba fuera del país. Llegaría más tarde. Pero en Tegucigalpa se organiza una comisión, encabezada por el Arzobispo Luis Enrique Santos, quien habló con el General Melgar Castro. De esta conversación se dedujo que muchos detalles de la masacre los militares de la capital ya los sabían. Pero sirvió para organizar una comisión investigadora compuesta por dos sacerdotes y un alto militar. Esta comisión hizo un buen papel y emitió varias hipótesis, señalando que la más probable era que tanto el Padre Iván, las señoritas desaparecidas y los que han sido sacados de la cárcel de Juticalpa habían sido eliminados.

El gobierno, viéndose presionado, nombró otra comisión que dio con el paradero de las víctimas. Después de casi ochenta horas de trabajo con dos tractores se pudo rescatar los cuerpos. Los universitarios que habían jugado un buen papel para presionar el esclarecimiento de los hechos, desplegaron por las calles de Tegucigalpa una impresionante manifestación con el cuerpo de su compañera Ruth García, mientras lo llevaban al cementerio. La Iglesia, en contraste con el coraje del estudiantado, acató la orden del gobierno que prohibía hacer los funerales del Padre Iván y de María Elena Bolívar. Un grupo de personas muy reducido vio partir desde el aeropuerto el avión contratado para venir a Colombia llevando a la señora madre del Padre Iván y los cadáveres de las víctimas.

Sucesos posteriores

Las Fuerzas Armadas de Honduras expidieron un comunicado lavándose las manos. En este comunicado dieron detalles de lo sucedido en la noche del 25 de junio. Se dijo que el Padre Iván fue sometido a un interrogatorio en el que *“rindió declaraciones sobre actividades subversivas realizadas en compañía de otros religiosos, que constan en una grabación”*. Tendrían más tarde la desfachatez de presentar esa grabación como prueba de las actividades subversivas. Pero dice, también, que los sucesos de Olancho *“obedecían a una trama dirigida por un sector perteneciente a la Federación de Agricultores y Ganaderos de Honduras (FENAGH) y miembros de la Empresa Privada para crear un clima de caos y enfrentamiento en el departamento de Olancho y otros sectores de la nación”*. Decían al final que los implicados en el último crimen serían sancionados con *“todo el peso de la ley”*.

El caso de los implicados en la masacre de Olancho sería muy largo de ser contado. Digamos, por ahora, que los Jueces de la Corte Suprema de Justicia, quienes dieron el último fallo, condenaron a ocho personas por el delito de “homicidio” a unos cuantos años de cárcel. Esta palabra “homicidio” fue maliciosamente acomodada en el fallo, porque se estaba esperando que el Congreso de la República iba a dar una amplia amnistía, menos a los que habían cometido el delito de asesinato. Bien decía la esposa de una de las víctimas: *“quienes detentan el poder económico son dueños de la justicia y de la conciencia de los hondureños”*.

Testimonio de Monseñor Nicolás D’antonio, obispo de Olancho

El primer encuentro con el Padre Iván Betancur tuvo lugar en agosto de 1968, en la ciudad de Bogotá, Colombia. Le acompañaba el joven Luis Henao. Los dos eran seminaristas franciscanos. Iván ya se había graduado en el Seminario Mayor de los franciscanos pero no quería que se le ordenara de sacerdote sin antes sentir en su propia carne lo que era convivir y compartir la vida de los pobres. Y así lo hizo por varios años.

Los dos jóvenes se dieron cuenta de mi presencia en Bogotá y de mi participación en el Congreso Encáustico Internacional, en el cual también tomaba parte el Papa Pablo VI.

Los dos me pidieron una cita para conocerme y expresar sus deseos de trabajar conmigo en la Prelatura de Olancho, en Honduras, Centro América. Se dieron cuenta de mi persona y de nuestro método de trabajo en la pastoral por medio de la prensa católica del país. En la cita que tuvimos pregunté a los dos jóvenes franciscanos su campo de mayor interés. Iván contestó que le interesaba la pastoral matrimonial y a Luis Henao todo lo que se refiere a la Biblia, dos campos que no se habían tocado en la Prelatura de Olancho. Sin más ni menos, los acepté y una vez arreglados los papeles con las autoridades de la Iglesia, los dos jóvenes llegaron a Olancho en septiembre del mismo año. De aquí en adelante, hablaré de Iván.

Desde el primer día de su llegada se metió a trabajar en especial con los jóvenes, con conferencias prematrimoniales, y todo con mucho entusiasmo. En poco tiempo el número de los interesados crecía admirablemente. Lo atractivo de Iván era su manera sencilla y sincera de tratar a las personas y su gran paciencia.

Más tarde, como párroco de San Francisco en Catacamas, supo conquistar el cariño de toda clase de personas. En la celebración de los sacramentos, jamás tenía prisa y por medio de los mismos sacramentos evangelizaba a la feligresía con mucha creatividad. Pero para Iván no era suficiente solamente la sacramentalización. Una de las metas fuertes en mi plan pastoral era realizar por todos los medios pacíficos la implementación del Vaticano II y de Medellín. Por medio de su boletín parroquial catequizaba y enseñaba al pueblo la doctrina social de la Iglesia. El tema de la propiedad y

salarios justos causó una reacción negativa de parte de los acomodados. Se armó contra él por medio de la prensa y la radio una propaganda de chismes y calumnias. Tal fue el ataque que lo llamaron ‘comunista y revolucionario’. Lo acusaron de preparar guerrilleros en las montañas de Olancho con el fin de derribar el Gobierno militar. En una ocasión el gobernador del Departamento por parte de la AGAO (Asociación de Ganaderos y Agricultores de Olancho) demandó a Iván. Lo que buscaba era expulsar a Iván del país. Aquí yo interferí, la demanda no resultó.

Los acomodados utilizaron otra táctica para atemorizar al sacerdote, colocando bombas en la media noche enfrente de la casa cural. Pero Iván no se acobardó y siguió sus labores apostólicas. Pero los pudientes no se cansaron en su afán de difamar el buen nombre de este párroco tan dinámico. Continuamente le llegaban amenazas de muerte en un recado en que se le decía que lo iban a secuestrar, que lo iban a cortar en pedazos y tirarlo al río. Iván miraba todo eso como amenazas y persecuciones que jamás las llevarían a cabo. Las amenazas por carta y las bombas llegaron a conocerse por los medios de comunicación. El pueblo humilde se ponía al lado del Padre. Los otros, con pocas excepciones, hicieron la guerra contra él. El Señor Nuncio Apostólico aconsejaba cambiar de lugar al sacerdote para calmar así los ánimos de los opositores. Sin embargo, el Padre Iván y yo pensábamos que tal acción afectaría la moral del pueblo de Dios, no solamente de Olancho, sino de todo el país. Lo que hacíamos Iván, el Equipo de Pastoral y mi persona era anunciar lo bueno y denunciar lo malo, papel común y corriente de una Iglesia profética. Pero las fuerzas del mal no descansaban y llegó el día cuando los campesinos, en un esfuerzo para dialogar con el Gobierno fueron organizados por sus líderes (no sacerdotes) en una marcha de hambre hacia la Capital, Tegucigalpa. Los campesinos venían de todas partes del país, pero desgraciadamente los militares, en unión con los pudientes organizados, pararon la marcha sin incidentes. En este mismo día, el 25 de junio de 1975, venían de la Capital el Padre Iván en un pick-up, acompañado por dos señoritas: María Elena Bolívar su futura cuñada y Ruth García, estudiante de la Universidad de Honduras. Viajaba el padre Iván a su Parroquia de Catacamas. En el camino fueron capturados, interrogados, torturados y masacrados quedando sus cadáveres en un pozo de malacate.

Conociendo a Iván, su carácter fuerte, su fidelidad a la verdad y su amor para con los pobres, no es de extrañar que en una cinta magnetofónica, a instancias de un militar, admitió que era revolucionario y guerrillero con el fin de derribar al Gobierno. Esta grabación está en los archivos de la Curia Arzobispal de Tegucigalpa. Yo creo sin la menor duda y el pueblo entendido también, que el padre Iván habló así para liberar a los líderes y señoritas que estaban capturados. Pero con lo sucedido, el militar lo engañó y mató a todos los testigos oculares y todos terminaron en el mismo pozo.

Según mi opinión, el Padre Iván Betancur sufrió el martirio por haber servido a sus semejantes como sacerdote fiel a las enseñanzas del Vaticano II y los documentos de Medellín. Se me viene a la memoria cuando yo concelebraba una misa con él y lo elogiaba durante la homilía, se perturbaba y me decía que yo no lo conocía y que era un pecador y nada más.

Creo firmemente que la sangre de los mártires es semilla para nuevos cristianos. El Padre Iván Betancur, el Padre Casimiro Sypher, las dos señoritas y los diez campesinos asesinados en el Centro de Santa Clara y en la hacienda “Los Horcones”, y los seis campesinos masacrados en la aldea de la Talanquera el 18 de febrero de 1972, todos son mártires para un mundo más justo. Y en Olancho, hay nuevos cristianos y muy comprometidos, que luchan para que las personas vivan más humana y cristianamente para acelerar la venida del Reino de Dios.

Carta del Padre Luis Emilio Henao al Padre Iván Betancur

No hemos predicado la violencia ni el odio, pero la violencia de los que tienen el poder y el dinero ha caído sobre ti, hasta aplastarte a ti y a nosotros.

Hemos entregado lo que tenemos, lo que sabemos y lo que somos por el campesinado, por el pueblo, y en nombre de ese mismo pueblo te asesinaron. Cuando ellos encarcelaron a los campesinos desnudos los hicieron declarar y los golpearon, decían que estaban protegiendo la seguridad del pueblo. Pero era a ellos mismos a quienes protegían.

Te quitaron lo que tenías de más valioso para nosotros: tu vida y el mensaje que de Cristo nos llegaba a través de ti.

Fuiste un año a estudiar para prepararte para trabajar con los matrimonios de Olancho, pero te separaron de la comunidad a la que te había unido el Señor, en donde eras padre, pastor, amigo y hermano. Y en nombre y defensa de la protección del pueblo, dejaron sin padre al hogar de Juan Benito, de Lincoln, al de Roque y al de los otros campesinos que asesinaron contigo.

Para los indios Payas, por generaciones desplazados de sus tierras y su cultura buscaste un asentamiento en Culmí; para tus campesinos de Catacamas, milenariamente acallados y sin voz, buscaste una forma de expresión a través de la Palabra de Dios. ¿Qué es más valioso, todo esto, o el pozo de tierra donde te sepultaron y las tres horas finales de oración en que pediste la vida para tus compañeras y no fuiste escuchado?

Durante esta última cuaresma con tu comunidad de Catacamas estuviste pidiendo la unción del Espíritu para ti y para tu comunidad, para conocer la voluntad del Señor y tener el testimonio del Espíritu. En ese entonces no sabías cuál era el testimonio. Verdad que el Señor ha suscitado siempre testigos en su pueblo. El testimonio del Espíritu es contra el mundo, la injusticia, el pecado y contra el padre de la mentira.

Tuviste un maestro en la fe, que te enseñó a confiar sin medida, a perdonar sin medida y a amar sin medida: nuestro Obispo Nicolás. Ahora él ha dado el perdón a tus asesinos, en su nombre, en el tuyo, en el nuestro y en el del Señor.

Cuando llegaste a tu Parroquia, la Iglesia comenzó a quedar vacía. Se vació de poder, de personas importantes y de dinero. Pero al poco tiempo comenzó a llenarse de campesinos, de cantos y alabanzas, de la Palabra de Dios: comenzó a llenarse de alegría, de participación, en donde todos se distribuían la Palabra de Dios a sus necesidades.

Tu madre, Felisa, fue a conocer tu Parroquia y a recibir el cariño de tu comunidad. Y recibió tu testimonio y millares de amapolas rojas como las que nacen en las catacumbas de San Calixto.

Recogiste las lágrimas nuevas de Ruth: las primeras y las últimas.

Apenas estabas aprendiendo a ser franciscano y comenzaste a serlo cuando te quedaste en la total impotencia frente a ti mismo, frente a tu muerte, solo e impotente ante el Señor.

No importa que te hayas ido. Tus compañeros de Olancho te hubieran acompañado. En Honduras, en Colombia, en San Antonio y aquí en México te seguiremos queriendo; siempre hubo un pan y un lecho para ti y un hogar que te abrió su corazón. Es un lugar que tiene que ocupar el Señor, porque el Señor sigue tocando a nuestras puertas.

Bienaventurados seremos cuando por causa del mensaje del Señor pongan dinamita en tu casa, te hagan una demanda judicial llena de calumnias, se levanten falsos testigos contra ti, se organice un frente terrorista en tu contra, te insulten en la calle y en la radio, reciban amenazas de muerte tus compañeros de trabajo, cuando saqueen y roben tu casa... Porque de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a nosotros.

Tu amigo: Luis Emilio Henao

México, agosto de 1975.

4 Hna. Luz Marina Valencia Triviño



Marzo 21 de 1981

Hna. Luz Marina Valencia Triviño

Marzo 21 de 1981

Luz Marina había nacido en Pasca (Cundinamarca) el 25 de julio de 1952. Ingresó a la Comunidad de las Misioneras de la Inmaculada Concepción el 27 de diciembre de 1970. Trabajó en obras de evangelización en Venezuela (1974/81) y Puerto Asís, Putumayo (1981/83). Luego realizó estudios de Misionología en la Universidad Gregoriana de Roma (1983/86).

En septiembre de 1986 Luz Marina viajó a México donde, junto con otras dos hermanas, establecieron una nueva comunidad en la Parroquia de Quaxinicuilapa, de la Diócesis de Acapulco. Allí llegaron el 10 de diciembre de 1986.

El equipo misionero que allí se conformó junto con dos Padres Oblatos de María Inmaculada, se propuso visitar los pueblos, caseríos y veredas de la Parroquia, con el fin de conocer más de cerca la realidad en la cual debían anunciar el Evangelio. Dentro de este plan, el 20 de marzo de 1987 Luz Marina llegó al poblado de Gloria Escondida, en compañía del Padre Roberto Hicke.

Por dificultades de espacio, Luz Marina se hospedó en casa de un campesino que era el comisario del poblado, mientras el Padre Roberto fue hospedado en la casa de Nicolás Flórez, cacique del lugar, quien poseía la casa más grande.

Durante la noche Fernando Flórez, hermano de Nicolás, y su hijo Candelario, irrumpieron en la casita que hospedaba a Luz Marina y la sacaron de allí en forma violenta. Los campesinos tuvieron pánico de acudir a sus gritos de auxilio, pues sabían perfectamente que los victimarios eran los hombres del poder y los únicos que tenían armas.

Luz Marina, un rato después, regresó arrastrándose a la humilde vivienda. Los criminales la habían violado y le habían disparado tiros en el estómago.

Siguieron horas de agonía en silencio, marcadas por el terror y el dolor. Hacia las cinco de la mañana, antes de expirar, le oyeron exclamar: “Dios mío, perdónales”, y así entregó su vida al Señor.

Cuando el Padre Roberto fue a buscarla al amanecer para continuar las visitas, ya estaba muerta. Transportó, entonces, sus despojos hasta Quaxinicuilapa, donde en la mañana del 22 de marzo se oficiaron sus exequias, con la presencia de los Obispos de Acapulco y de Tehuantepec y de numerosas religiosas y sacerdotes.

Un sacerdote mexicano escribía, pocos días después, estas reflexiones:

Esta vez la pasión no ha sido representada. En Luz Marina ha sido vivida la pasión del pueblo de México: la pasión de los campesinos, la pasión de las mujeres, la pasión de los cristianos.

Como Luz Marina, muchos campesinos han muerto cuando, después de ser allanadas sus tierras, han querido defenderlas. Estos campesinos sin rostro, sumergidos en denso anonimato, están solidariamente presentes, muriendo con ella, y por un mismo motivo: defender lo que es suyo. Lo más apasionadamente suyo: su cuerpo y su tierra.

Como Luz Marina, muchas mujeres, indígenas y campesinas especialmente, han muerto por el único crimen de ser mujeres, de ser codiciado botín para el más fuerte, de ser marginadas y sometidas al capricho prepotente del que se engaña cantando: “sigo siendo el rey”, porque nunca se ha permitido dignamente la oportunidad de ser simplemente hombre.

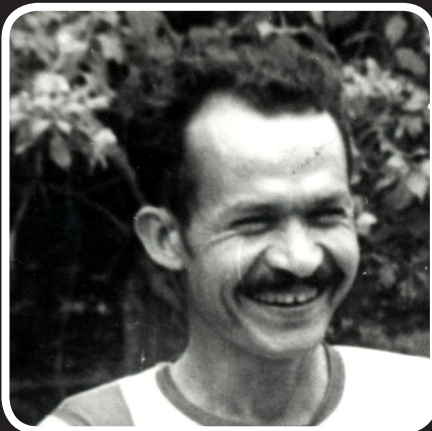
Como Luz Marina, muchos cristianos, por serlo, han sido llevados a dar un paseo del que no hay retorno... A Luz Marina la asesinaron por monja, con plena premeditación de agredirla en lo más íntimo de una mujer, símbolo religioso de ser huerto cerrado de Dios, para ser nueva Jerusalén que se da y acoge fraternalmente a todos los hombres, sin distinción de razas, edades, condición y nacionalidad.

¿Quién mató a Jesús? ¿Quién mató a Luz Marina? Los ejecutaron unos pobres verdugos, ávidos de pasión y de sangre. La lanza da en el corazón, la lujuria intencionada y la bala en el estómago... hasta el derramamiento de la última gota de sangre.

Los sentenciaron a muerte los grandes de este mundo y el silencio de los cobardes.

“Dios mío, perdónales”. El nuevo Gólgota ya no se llama Gloria Escondida, sino Inmensa Gloria.

5 Misael Ramírez & Humberto Jiménez



**Julio 15 de 1981 &
Nov. 25 de 1981**

Misael Ramírez [Julio 15 de 1981]

Humberto Jiménez [Nov. 25 de 1981]

Misael y Humberto fueron ambos cooperadores laicos de pastoral y por lo tanto agentes de un proyecto ejemplar que se desarrolló en el Vicariato Apostólico de Florencia (Caquetá), bajo el impulso de Monseñor Angelo Cuniberti y de las Hermanas Betlemitas de la Provincia de Misiones. Este proyecto promovió verdaderos laicos entre el campesinado de Caquetá, o sea, cristianos maduros en su fe, integrantes y promotores de comunidades cristianas, células vivas de la Iglesia, que trataban de responder desde la fe a los desafíos de la realidad en la cual estaban insertos.

Misael, campesino de la vereda San Isidro, del municipio de Belén de los Andaquíes, padre de ocho niños, integró la 17 promoción de cooperadores laicos. Era hombre de gran facilidad de palabra y se distinguía por sus intervenciones acertadas y por la responsabilidad en todos sus trabajos.

Destacado desde hacía años en su comunidad como servidor incansable y líder siempre dispuesto a organizar trabajos y desarrollar los más variados programas, Misael se preocupó, sobre todo, por la evangelización de comunidades campesinas a partir de su compromiso como cooperador laico en la Parroquia. Ocupaba los sábados y domingos en la catequesis de cuatro veredas. Allí, tanto los niños como los jóvenes y los adultos, recibieron de Misael el mensaje del Evangelio, las enseñanzas y el testimonio de una vida entregada al servicio de sus hermanos.

El 15 de julio se produjo una emboscada a miembros del Ejército cerca de su vereda. En aquella mañana Misael viajaba de su casa hacia el pueblo, como lo hacían otros campesinos. Un camión del Ejército se presentó luego cerca del sitio de la emboscada y sus ocupantes anunciaron que iban a “vengar a sus compañeros muertos”. Seleccionaron entonces a varios campesinos sorprendidos por el camino, entre ellos Misael, y les descargaron ráfagas de ametralladora. En seguida lo reportaron en un comunicado, como “guerrilleros muertos en combate”.

Humberto, fue capturado poco después de un curso de capacitación para cooperadores laicos, pues toda reunión tenía, a los ojos de los militares, al menos un carácter “sospechoso”.

Humberto vivía en la vereda Remolino, del municipio de Cartagena del Chairá, afectada por una violenta represión militar, donde se cometieron crímenes sin nombre.

Fue llevado a una especie de “campo de concentración” al aire libre, donde los soldados solían llevar a sus víctimas para someterlas a todo tipo de vejámenes, mantenidas a la intemperie y amarradas a los árboles. Varios campesinos que escaparon a la muerte después de días tan dantescos, fueron testigos de la barbarie que tuvo que soportar Humberto antes de morir.

Humberto se destacó por su alegría y su amor a la música. Con su guitarra alegró el último curso de cooperadores y dejó como recuerdo las coplas que allí compuso. En medio de horrendos tormentos entregó su alma al Señor de la Vida el 25 de noviembre de 1981.

6

Ernesto Pill Parra



Abril 1° de 1982

Ernesto Pill Parra

Abril 1° de 1982

El testimonio de Ernesto nos remite a tantos mártires anónimos, dispersos en nuestra geografía colombiana, que durante todos estos años de “guerra sucia” han defendido valores cristianos de manera heroica a costa de sus propias vidas.

Ernesto Pill Parra, joven campesino de 22 años, habitaba en la vereda Bellavista del municipio de San José del Fragua, Caquetá. Era el mayor de cuatro hermanos y trabajaba para ayudar al sustento de su madre y de sus hermanos. Participaba en una comunidad cristiana y era asiduo lector del Evangelio, sobre el cual construyó las bases espirituales de su vida, que se tradujeron en opciones concretas y costosas para enfrentar una realidad injusta y salvajemente violenta.

En enero de 1981 se instaló el Operativo No. 12 del Ejército en el Caquetá. Nadie imaginaba que a través de una “campana de orden público” se fueran a cometer tantos crímenes cuyo enjuiciamiento no ha comenzado aún tres décadas después.

En diciembre del mismo año Ernesto fue detenido en la base militar de San José del Fragua y sometido a horrendas torturas durante cinco días. Como su inocencia se fue haciendo evidente para sus mismos victimarios, Ernesto fue dejado en libertad pero con la obligación de presentarse cada ocho días a la base militar.

A medida que se sucedían las presentaciones, los militares fueron poniendo a Ernesto ante una triple alternativa, la misma que le presentaban a la mayoría de los campesinos de la zona: o convertirse en colaborador del Ejército en un grupo de “contraguerri-lla” o paramilitar; unirse a la guerrilla para matarlo “en combate”, o esperar la muerte.

Con la sencillez y transparencia característica del campesino cristiano, Ernesto enfrentó esa encrucijada de su vida buscando luces en el Evangelio. Sus amigos, quienes le aconsejaron en todo momento huir de la región para salvar su vida, fueron testigos

de la energía y decisión con que rechazó las presiones para colaborar con el Ejército, a la vez que de la claridad de sus motivaciones: no quería ser cómplice de injusticias; no quería verse involucrado en situaciones que lo llevaran a hacer falsas acusaciones, a colaborar en detenciones injustas y mucho menos en desapariciones forzadas y asesinatos. Él buscaba ante todo la verdad y la justicia y hacerle el bien a los demás. Tampoco quiso huir porque su madre y sus hermanos necesitaban de su ayuda para subsistir.

El 1° de abril de 1982 Ernesto debía presentarse de nuevo en la base militar pero tuvo miedo. Un oscuro presentimiento le anunciaba la cercanía de la muerte por el cumplimiento de la sentencia que ya pesaba sobre él, dada su resistencia invencible a las propuestas del comandante del Batallón. Antes de salir, Ernesto le dijo a su madre: *“mamá, dame la bendición porque creo que me van a matar”*. Aquel mismo día Ernesto desapareció. El escuadrón de la contraguerrilla lo esperaba en un recodo del camino donde lo sometieron nuevamente a crueles torturas y lo asesinaron. Su cadáver, hallado cinco días después por algunos amigos, estaba ya descompuesto y presentaba evidentes signos de tortura. Fue enterrado precipitadamente al caer la tarde por un grupo de amigos quienes cuidaron cautelosamente de no ser vistos para que sus vidas no se pusieran, por ello, en la mira de los victimarios.

La vida sencilla de Ernesto y su sacrificio interpelan, con transparente sencillez campesina, a quienes claudican con algún grado de complicidad ante la guerra sucia o la represión injusta, y también a quienes hacen del Evangelio una hermosa retórica que se diluye ante las dificultades o naufraga en los primeros oleajes de una tormenta.

Ernesto vive heroicamente su decisión de *“no hacerle mal a nadie”*, como dicen en forma proverbial nuestros campesinos. Esta decisión, inspirada y reforzada en su lectura del Evangelio y llevada hasta las últimas consecuencias, le cuesta la vida, la cual le es arrancada en forma salvaje. Allí se cumplen, entonces, con una transparencia que impresiona, todas las notas del martirio cristiano.

7 Catequistas de Estación Cocorná



GILDARDO RAMÍREZ



CARLOS BUITRAGO



MARCOS MARÍN



ALIRIO BUITRAGO

Septiembre 17 de 1982

**Catequistas de Estación Cocorná:
Alirio Buitrago –
Carlos Augusto Buitrago -
Fabián Buitrago – Gildardo Ramírez –
Marcos Marín**

Septiembre 17 de 1982

En 1977 la coordinación latinoamericana de MIJARC (Movimiento Internacional de Juventudes Agrarias y Rurales Católicas) organizó en Bogotá un encuentro de sacerdotes y religiosas que trabajaban en medios campesinos de Colombia. Allí tomó forma una primera instancia de coordinación de Comunidades de Base Campesinas, que en una primera época se llamaría MARC; luego reasumiría el nombre de MIJARC, y mas tarde el de Comunidades Cristianas Campesinas (CCC).

Este movimiento fue canalizando la vertiente organizada de los cristianos del campo que se identificaban en el compromiso de luchar por un cambio social como exigencia de su fe. En varias zonas del país se fueron conformando estas Comunidades, y se coordinaron entre sí a través de encuentros regionales y nacionales.

Por aquella época, el Padre Bernardo López Arroyave ejercía como párroco de Estación Cocorná (municipio de Puerto Triunfo, Antioquia, diócesis de Barrancabermeja) y fue uno de los participantes del encuentro de MIJARC del 77. Bernardo, con el entusiasmo que lo caracterizaba, se dio a la organización de comunidades campesinas en las veredas de su Parroquia, promoviendo un modelo de evangelización integral, donde el anuncio del Evangelio estaba articulado con el desarrollo de dinámicas de

concientización, organización y promoción de la comunidad, y con un compromiso político por la construcción de una sociedad más justa e igualitaria.

En la vereda Santa Rita, de Estación Cocorná, surgió entonces una Comunidad Cristiana Campesina. Fue una comunidad de extraordinario dinamismo, que incluso ayudó al desarrollo y crecimiento de otras comunidades. Las reflexiones bíblicas se alternaban allí con tareas organizativas de cooperativas, de grupos de salud, deportes y alfabetización. Varios líderes se destacaron por su entrega a la comunidad, entre ellos los hermanos Alirio y Carlos Augusto Buitrago Ramírez.

Una comunidad madura, inspirada en el Evangelio, no se cierra sobre si misma sino que adquiere una dimensión misionera. Tanto Alirio como Carlos Augusto se desplazaron, por tiempos, a compartir sus experiencias con otras comunidades campesinas para ayudarles en su crecimiento. Se coordinaron también con la Vicaría de Pastoral Social de Barrancabermeja, de la cual recibieron valiosos aportes.

Las escasas páginas escritas que nos quedaron de estos dos jóvenes hermanos -Alirio y Carlos Augusto-, revelan su grado de conciencia sobre la injusticia estructural de nuestra sociedad, así como la nitidez de su opción de fe y su compromiso en la construcción del Reino de Dios, el que siempre entendieron como inseparable de la lucha histórica por la Justicia.

El 17 de septiembre de 1982, hacia las 6:30 de la tarde, Carlos y Alirio, en compañía de otros jóvenes, se encontraban cenando en su casa, luego de haber terminado un partido de fútbol. De repente se presentaron cuatro individuos armados, uno de ellos vistiendo sudadera y los demás uniformes militares. Preguntaron por el jefe de la familia, pero Don Manuel Buitrago, el papá de Carlos y Alirio, no se encontraba. Entonces dijeron que querían conversar en privado con los hombres que se encontraban allí.

Alirio, Carlos Augusto, su primo Fabián Buitrago, su tío Gildardo Ramírez y su amigo Marcos Marín, salieron de la casa y se reunieron con los extraños visitantes debajo de un árbol de totumo. Instantes después se escucharon ráfagas de ametralladora y los desconocidos desaparecieron.

Doña Herlinda, la madre de Carlos Augusto y Alirio, huyó con sus hijos menores y se ocultó en el bosque hasta que otros vecinos llegaron a ver qué sucedía. Cuando fueron a buscarlos, los cinco cuerpos yacían debajo del árbol bañados en sangre.

El Inspector de Policía de Estación Cocorná se negó a hacer el levantamiento de los cadáveres. El médico legista de Puerto Triunfo se negó a practicar las necropsias. El Comandante de Policía de Estación Cocorná respondió al Párroco, sin hacer previamente ninguna indagación, que los autores de la masacre habían sido guerrilleros de las FARC y que las víctimas sabían muy bien que ellos andaban por allí. Ninguna instancia judicial inició investigaciones por el crimen. Los cadáveres de los jóvenes fueron llevados el día siguiente a Estación Cocorná donde el domingo 19 de septiembre, en

la tarde, Monseñor Bernardo Arango, Obispo de Barrancabermeja, concelebró la Eucaristía exequial con un numeroso grupo de sacerdotes.

Desde el año anterior se había detectado en la zona del Magdalena Medio la presencia de un grupo armado que se salía un poco de los marcos conocidos. Estaba conformado por civiles pagados, pero dirigido y entrenado por militares. Tres jóvenes sicarios que se entregaron a las autoridades de San Vicente de Chucurí en enero de 1983 -Manuel y Clodomiro Niño, y Pedro Pablo Ortiz- revelaron minuciosos detalles sobre el accionar de dicho grupo. Su cuna había sido la Inspección de San Juan Bosco de La Verde (del municipio de Santa Helena del Opón), donde el Inspector, Isidro Carreño Lizarazo había sido su principal promotor. Dicha Inspección era visitada constantemente por altos oficiales de Ejército, en helicópteros, quienes eran los que proporcionaban armas, financiación y entrenamiento. Se decía que el principal inspirador del modelo había sido el entonces Coronel Farouk Yanine Díaz. Ciertamente, sin el apoyo, complicidad o tolerancia de altos mandos militares, el proyecto no hubiera sido viable. A mediados de 1982, se organizó también en Puerto Boyacá otro grupo paramilitar, durante la alcaldía militar del Capitán Oscar Echandía.

Atenazada la zona por estos dos grupos paramilitares, uno de cuyos blancos eran los sectores progresistas de la Iglesia, las Comunidades Cristianas Campesinas empiezan a vivir horas amargas como blancos de una despiadada represión. El Padre Bernardo López, párroco de Estación Cocorná, escapó a varios intentos de asesinarlo, uno se ellos en la vereda Santa Rita. El Obispo se vio obligado a trasladarlo, por seguridad, a otra Parroquia, ausencia que afligió bastante a las comunidades campesinas donde lo querían entrañablemente. Después de la masacre de 17 de septiembre, Bernardo no podía evocar la memoria de aquellos jóvenes sin que sus ojos se inundaran de lágrimas.

El asesinato de estos jóvenes se produjo en el contexto de una alarmante oleada de crímenes y atentados en la zona. Monseñor Bernardo Arango, Obispo de Barrancabermeja, en compañía de varios sacerdotes de su Diócesis, acudió a una cita con el Presidente Betancur, en Bogotá, donde denunció los crímenes de estos grupos paramilitares. Ninguna medida, sin embargo, fue tomada por el gobierno, y ninguna investigación fue puesta en marcha. El crimen de que fueron víctimas estos jóvenes quedó en absoluta impunidad.

CARTA DE DOÑA HERLINDA RAMÍREZ,
MADRE DE CARLOS AUGUSTO Y DE ALIRIO,
A LAS COMUNIDADES CRISTIANAS CAMPESINAS

Estimadas Comunidades Cristianas:

En medio de este dolor que nos invade a todos mis compañeros y mi hogar, tan triste y desolado, les comunico cómo fue la muerte de mis dos queridos hijos, de mí hermanito y de mis dos compañeritos.

A las seis y media de la noche estaban muy contentos, terminando de comer la comida, cuando llegaron cuatro tipos desconocidos y con armas, como carabinas. Y ellos inocentes, creyendo que era ley, salieron con ellos, y, pues, preguntaron cómo se llamaban ellos, les dieron el nombre y se los llevaron para la raíz de un árbol y los prendieron a tiros y los dejaron tirados por el suelo con grandes heridas en el cuerpo. Esto es un caso muy doloroso para nosotros, pero mis hijos no murieron. Ellos siguen vivos en el corazón del pueblo y su sangre le da vitalidad a la comunidad. Ellos cumplieron la voluntad de Dios. Todo aquel que da la vida al mundo por los demás y llevando una vida cristiana como eran mis hijitos y mis compañeritos y mi hermanito, están haciendo la voluntad de Dios.

Todo el pueblo lloró a mis hijos porque no encontraban delito para haberlos matado tan dolorosamente. Y porque miraban que eran verdaderos cristianos. Ellos compartieron el Evangelio, ayudándoles a descubrir la realidad a los demás, participando en las tareas del hogar, estudiando la Biblia en familia. Pero este ejemplo será eterno. Ellos ya pasaron a la vida eterna, pero con su resurrección siguen siendo vivos entre todos nosotros para siempre. Porque el que ama a sus hermanos hasta dar su vida por ellos tendrá la vida eterna.

Muchos saludos a todos, mis compañeras y compañeros; que reciban toda la resurrección de mis hijos; que nos acompañan en esta tristeza tan dolorosa.

Herlinda,
su compañera de siempre.

ALIRIO BUITRAGO

- SELECCIÓN DE TEXTOS -

[-Julio de 1981-]:

Es tan visible y sencilla la explotación que parece mentira. Por ejemplo: el campesino que saca al mercado sus productos vendiéndolos baratos, porque así se los pagan. Cuando los tiene que comprar, ya les han subido el doble.

Esto ocurre no sólo a nivel de personas, sino a nivel nacional. Cuando nuestro país, en manos de unos pocos, explota su riqueza y la tiene que vender bien barata a otros países poderosos (...). Los caminos de los países pobres no somos nosotros quienes los trazamos, sino que son los países poderosos. (...)

Nuestro país es rico en petróleo, carbón, agricultura, ganado, etc. Esto es de nosotros pero no lo podemos disfrutar. ¿Por qué ocurre esto?

En nuestro país no hay calma ni para unos ni para otros. Cristo dijo: “los ricos nunca serán felices”.

No podemos decir que ya está construido el Reino de Dios cuando el hombre es explotado por el hombre. Para construir el Reino se necesita de la fuerza transformadora del hombre y lograr la unión de todos los explotados.

¿Colombia conocerá su verdadera historia?

[-Agosto de 1981-]:

Grandes sombras no nos permiten ver el firmamento. ¿Cómo poder verlo? ¿Esperar que llegue un fuerte viento que se lleve las nubes? ¿Quedarnos mirando hacia arriba? Nunca lo veremos de ese modo.

Quien se mete en su casa a esperar que un fenómeno de la naturaleza le muestre la luz, morirá esperando. Eso mismo nos pasa a los pobres. Si nos sentamos a esperar que los de arriba, con su política, con sus frases tan lindas por fuera pero al interior tan llenas de engaño y traición, nunca lograremos conseguir lo que nos embarga a todos: el grito de la libertad, el momento de poder amar sin egoísmo, de poder compartir. El momento de poder decir: estamos en paz, no nos hace falta nada. Esto no lo encontraremos tirado en el suelo. Esto lo encontraremos en una cosecha donde cada uno siembre su poquito y recojamos para todos. Pero se nos hace tan difícil comenzar a sembrar... En esta siembra nos toca arrastrar mucho peso: el peso de no ver bien la luz, de ir dejando los vicios, de soportar la calumnia, de dejar el egoísmo... Y el peso de entregar nuestra vida por los demás. ¿Y quién ama tanto a los demás? Si no hacemos esto, no podemos decir que deseamos ser libres y amar.

[-Septiembre de 1981-]:

Compañeros(...) no pensemos sólo en nuestro trabajo particular. Por eso, a veces, no podemos estudiar ni estar presentes en las reuniones y trabajo comunitario que son indispensables para seguir adelante.

Un día de caza. Noche de luna. Noche nublada. Noche de espera. ¡Qué tan duro es esperar lo que no ha quedado en venir!

Las horas son tan largas como largos son los minutos. Me siento al paral. Son tantos los deseos de que llegue el animal, que parece sentirse llegar aunque sea mentira. El

sueño quiere apagar mis ojos, pero no se cierran. Los ojos quieren ver y los oídos oír. ¿Qué pasa con el que es ciego y con el que no oye?

Llega el cazador de hombres. Este, sin dormirse, busca desesperadamente por todos lados para hacer que el ciego vea, que el sordo oiga.

Aquí también toca esperar. Aunque le toque aguantar, soportar mucho, el hombre tiene que cazar, no animales, sino hombres que construirán el mundo nuevo.

[-Octubre de 1981-]:

Hablando en secreto. En todo lugar: en el trabajo, en la ciudad, en el campo, siempre estamos hablando. Digo hablando, porque al pensar se habla y al trabajar también.

Siempre decimos: ¡qué vida tan dura la de nosotros los pobres! Y es verdad. Comenzamos desde muy temprana edad a trabajar, desde que empieza el día hasta que anochece. Y cada día más pobres, más arruinados y más complicada la situación.

Y muchas veces es por falta de ver las cosas. Si somos conscientes, pero ¡como que se nos olvidara! Y otras veces renegamos del destino y no buscamos la solución donde está. ¿Será suficiente con pensar, con descubrir los problemas? No. Para que una cosa cambie, es necesario nuestro trabajo. Nada cambia solo.

[-Diciembre de 1981-]:

¿Quiénes son ellos? ¿Cuáles son los más peligrosos? ¿Las culebras, los tigres y las fieras del monte? Ellos sí son enemigos, pero no los más peligrosos. Hay otros, como son: los vicios, el egoísmo, el machismo y la explotación como generadora de todos ellos.

¿Quién no tiene uno de estos vicios? Es necesario revisarnos cada día para ver cuál vamos dejando, para ver cómo estamos, para ver si vamos dejando las cosas que no ayudan a construir un mundo mejor.

Sabemos que cuando se quiere algo nuevo es necesario cambiar. Cuando un árbol viejo ya no da frutos hay que cortarlo, destruirlo y sembrar otro nuevo que dé fruto bueno. Es igual en una sociedad llena de vicios y rasgos burgueses. Es necesario empezar a derribar este árbol que está plantado en tan buena tierra, pero que quien lo cultiva lo riega con una fuente que se llama maldad.

Entonces es necesario que vayan cogiendo esta fuente hombres honestos, hombres de corazón limpio, que estén dispuestos, con su patrimonio, nobleza y valor, a recuperar esa buena tierra: las costumbres sanas y la riqueza que nos han robado.

CARLOS AUGUSTO BUITRAGO

- SELECCIÓN DE TEXTOS -

[-Julio de 1981-]:

Esta es mi casa, llena de trabajo comunitario. Todos debemos llevar ese compromiso: ir construyendo una casa de amor, justicia y paz.

[-Agosto de 1981-]:

Este día de paseo que vivimos muchos campesinos, con esfuerzo, alegría y fraternidad, es un paso más de nuestro pueblo por la construcción del Reino que estamos intentando construir.

[-Septiembre de 1981-]:

Me pareció muy importante lo de las Comunidades Cristianas Campesinas. Así nos damos cuenta de que no estamos solos. Estamos acompañados por mucha gente que ha tomado en serio el Evangelio, o sea, nuestro compromiso de construir un mundo de hermanos, un mundo de fraternidad, de justicia y de paz; un mundo donde al hombre se le tenga como hijo de Dios.

También es importante la participación de varias zonas, porque el trabajo va surgiendo de la gente capaz de dirigir los trabajos del pueblo.

¡Caminamos y vamos construyendo el mundo nuevo!

[-Diciembre de 1981-]:

¿Qué se necesita para producir? Necesitamos: mano de obra, herramientas, maquinaria, salud, comida, organización... ¿Quién produce y quién se beneficia? Cada día que nace se produce. El pueblo produce para morirse de hambre, para sufrir las necesidades. ¿Y por qué, siendo el pueblo el que produce, es el que sufre las necesidades?

El pueblo sigue produciendo, aunque derrame gotas de sangre, aunque lo exploten. Pero de ese esfuerzo va brotando la esperanza, un algo, que algún día todos los explotados y explotadores viviremos la verdadera vida. Pero claro, será cuando no haya explotados ni explotadores.

[-Abril de 1982-]:

Hoy todos nuestros corazones gritan de alegría. Hoy el pueblo vive y canta dichoso estos hechos. Hoy se levantan muchos compañeros y ríen con entusiasmo, amor y paz. Hoy muchos de nuestros hermanos vibran y narran con palabras firmes cómo es que se vive en comunidad.

Todo nuestro pueblo, todos los compañeros y todos los que están demostrando con su rebeldía cómo se construye el Reino de Dios, estamos presentes en este 26 de enero

de 1982 en El Delirio, celebrando un hecho histórico para nosotros: el matrimonio de dos compañeros. ¡Felicidades para ellos y para todos los que les acompañamos en esta fiesta!

Y llegó el 8 de marzo. Cuando íbamos para la escuela, caminábamos alegres. Cantábamos por el camino. Celebrábamos un día muy importante: era el día de la mujer. Lo celebramos con mucho sentido. Celebramos el reconocimiento de lo que sufre la mujer campesina, explotada por un sistema inhumano. También celebramos que la mujer no ha de ser esclava, sólo metida en la cocina, sino que tiene que desempeñar distintos trabajos: ha de hablar y analizar los problemas de la comunidad, unirse y organizarse.

[-Agosto de 1982-]:

Compañeros: he quedado muy contento por el entusiasmo que han puesto para asistir a las reuniones. Ustedes me han dado ejemplo y a la vez alegría porque cada día que nace hay más gente que ve los problemas que sufre el pueblo. Tenemos problemas y todavía somos egoístas. Pero nuestro proceso es lento, el cambio no se hace de una vez. Hay que hacerlo, primero ayudando en la casa, queriendo a los niños, haciendo cosas pequeñas, donde se manifieste el amor a los demás. Cuando superemos todo estoy y lo pongamos en la práctica, Jesús se manifestará en estos hechos siempre que nos dediquemos a amar a los demás.

Espero que ese ánimo siga, aunque haya fallas, pero ahí vamos. Ojalá sigan sacando textos.

[-Septiembre de 1982-]:

En nuestro caminar como personas, debemos comprender el gran mensaje de Dios y descubrir que es una tarea de cada uno, y que para cumplirla debemos servir, amar y exponer nuestras vidas, dar ejemplo, y así crear un mundo de hermanos. Que nos sintamos como una sola masa. Que todos nos amemos y seamos iguales.

Pero para unos es malo que otros se amen, que se ayuden, que compartan los bienes. Y yo me pregunto: ¿es malo amar?, ¿o es que Dios es un mentiroso? Compañeros: detengámonos a reflexionar un poco sobre este interrogante.

HOMILÍA DE MONSEÑOR BERNARDO ARANGO,
OBISPO DE BARRANCABERMEJA,
EN LA EUCARISTÍA EXEQUIAL DE LOS CATEQUISTAS.
Septiembre 19 de 1982

Queridísimos hermanos y hermanas de esta amada Parroquia de Estación Cocorná:

Hoy nos reunimos en la Iglesia parroquial como tantas veces, pero ya no sólo como para celebrar la Eucaristía, sino para derramar nuestro corazón dolorido en la presencia del Señor e implorar su infinita misericordia en favor de nuestros queridísimos hermanos y compañeros tan injusta y tan vilmente sacrificados por la fuerza del mal.

Carlos, Alirio, y Fabián Buitrago; Marcos Marín y Gildardo Ramírez, ya no están con nosotros como lo acostumbraban, porque un arma homicida y alevosa les tronchó la vida en la flor de la edad; cuando eran una bella promesa para nuestra comunidad, para sus familias, para la Iglesia, para la patria.

Todos vosotros que los tratabais a diario y que los conocíais desde su niñez y fuisteis testigos de sus conductas ejemplares, de su manera cristiana de pensar y de obrar, estáis ahora sumidos en la aflicción y el dolor.

También nosotros: el Obispo, los sacerdotes, y los fieles todos de la Diócesis de Barrancabermeja, los que personalmente los conocimos o ahora después de la tragedia oímos hablar de ellos, de sus honorables familias, de sus vidas intachables y llenas de bondad, de su servicialidad, de su verdadero y auténtico cristianismo. A nosotros, repito, también nos invade el sentimiento de amargura ante el crimen horrendo y repudiable.

Por eso estamos aquí con vosotros, lloramos y sufrimos a la par de vosotros, porque sabemos que con este gesto de amistad y con este comportamiento de presencia en vuestro honor, en vuestra pena, os será menos doloroso este momento y recibiréis un consuelo en el dolor.

Aún con nuestra conciencia cristiana sentimos la urgencia y el deber de denunciar este crimen atroz ante las autoridades, ante las fuerzas del orden, ante toda la sociedad colombiana. Tenemos que rechazar y condenar este crimen alevoso que es producto de la violencia nacida del olvido de Dios que lleva a la falta de respeto a la vida, enardeciendo las pasiones de la fiera armada, pérdida de la convivencia pacífica, olvidando la confraternidad y el amor de los verdaderos hijos de Dios.

Cuando salvajemente y sobre seguro, al amparo de las sombras de la noche, se dispara sobre jóvenes inermes e indefensos, seguramente se está cometiendo un acto villano y de cobardía. Enmascaradas están las vidas de quienes de atrevieron a ejecutarlo.

Gente extraña, desconocida en la región, que llega de improviso para buscar a determinadas personas y segar sus vidas, nos hace sospechar que es gente mandada, contratada y pagada para hacer el mandado de la muerte.

Ojalá que los que se saben culpables de la orden infame o de la ejecución violenta, puedan algún día sentir remordimiento y pedirle perdón a Dios y a la sociedad a la que tan gravemente han ofendido. Porque ciertamente han cometido un crimen abominable, antievangélico y anticristiano.

Nada más opuesto precisamente a lo que los jóvenes caídos creían, practicaban y enseñaban. Ellos eran también catequistas, mensajeros de la buena nueva de la fraternidad y de la convivencia, de la paz. Por eso los mataron, porque quisieron acallar esa voz y esa conducta que les resultaba incómoda a quienes se sentían por ellos reprendidos y amonestados.

Pero amadísimos hermanos, nosotros no estamos aquí presentes ante el Señor para condenar sino para perdonar. El Señor es el justo juez que no se olvidará de hacer cumplir a sus cristianos: “tanto amó al mundo que entregó su vida por él”.

Ahora pidamos para que nuestros hermanos sacrificados reciban del Señor el premio de sus buenas obras, mientras oramos por sus familias para que sean consoladas. Para que se restablezca la paz y la felicidad en la región y todos puedan regresar a sus casas y trabajos sin temor ni sospechas. Pidamos porque la gloria del Señor los acoja a ellos, a nuestros queridos hermanos desaparecidos, que sus almas gocen pronto de su visión eterna; que la compañía de los ángeles y de los santos de José y de María a quienes veneraron en la tierra, de Cristo a quien conocieron, predicaron y amaron, recibiendo tantas veces en la Sagrada Eucaristía, sea garantía segura de su futura resurrección.

Ahora ya ellos en la eternidad inalterable, en la felicidad permanente en la casa del Padre esperan que un día subamos con ellos para vivir juntos en la alegría perpetua por toda la eternidad.

8

Padre Álvaro Ulcué Chocué



Noviembre 10 de 984

Padre Álvaro Ulcué Chocué

Noviembre 10 de 1984

Alvaro Ulcué nació el 6 de julio de 1943, en Pueblo Nuevo, corregimiento del municipio de Caldono (Cauca), como hijo mayor del hogar indígena Paez conformado por José Domingo Ulcué Yajué y María Soledad Chocué Peña.

A los 11 años ingresó a la escuela mixta de Pueblo Nuevo, dirigida por las Misioneras de la Madre Laura, quienes desde el comienzo descubrieron sus valores y le ayudaron a formarse hasta llegar al sacerdocio. Terminó su educación primaria en el internado Indígena “Indocrespo” de Guadarrama (Antioquia). Pasó luego al Seminario Menor de Popayán, dirigido por los Misioneros Redentoristas, donde estuvo 4 años, debiendo retirarse por problemas económicos. Trabajó luego un año como maestro en San Benito Abad (Sucre) y luego regresó a su tierra a trabajar con sus padres. Las hermanas Lauritas le ayudaron para ingresar de nuevo al Seminario de Popayán donde terminó sus estudios de Filosofía y luego pasó al Seminario de Ibagué, donde estudió la Teología.

El 10 de julio de 1973 recibió la ordenación sacerdotal en Popayán y celebró su primera Eucaristía en Pueblo Nuevo, su pueblo natal, acontecimiento que congregó a una gran cantidad de indígenas Nasa, pues era la primera vez que alguno de su raza era consagrado como sacerdote católico. Casi toda la prensa nacional destacó el hecho insólito de que un indígena por primera vez en Colombia llegara al sacerdocio.

Ejerció su ministerio como Vicario Cooperador en Santander de Quilichao, hasta enero de 1974 cuando pasó a Bolívar en enero de 1975. En 1977 fue nombrado Párroco de Toribío y administrador de las cuasi-parroquias de Tacueyó y Jambaló. Allí estaría hasta su muerte, aunque se desplazaría, por periodos intermitentes a Bogotá, para adelantar estudios en el Instituto Misionero de Antropología.

Desde el comienzo de su ministerio explicitó su clara conciencia de su identidad indígena y su opción de poner su sacerdocio al servicio de sus hermanos de raza. Su

predicación y su catequesis las hizo en lengua Nasa, lo que franqueó un proceso de inculturación del Evangelio.

Pero la identidad indígena que Álvaro reivindicó permanentemente, no sólo le permitió el acceso franco a una tradición cultural que era la suya, sino que también le ofreció la experiencia, vivida en carne propia, de las condiciones de opresión, expropiación y explotación en que ha vivido el indígena en nuestro medio. Por ello Álvaro integró admirablemente, en su acción pastoral, toda una dinámica de concientización, organización y liberación de los indígenas a la par de su evangelización.

Poco a poco Álvaro se convirtió en un líder indígena, papel que supo articular profundamente con su sacerdocio. Visitó otras regiones del país donde compartió la situación de otras etnias; hizo proyectos; escribió cartas a las autoridades; denunció los atropellos de terratenientes y de agentes de Estado contra las comunidades indígenas; recuperó y sistematizó las tradiciones de su raza; pidió asesoría a antropólogos, sociólogos, teólogos y juristas, para incentivar procesos de concientización y organización de los indígenas. La teología de la liberación se hizo en él una praxis concreta y encarnada.

El plan que trazó con sus colaboradores, para su parroquia de Toribío, es revelador de esta dinámica. Sus objetivos, [tal como quedaron escritos], eran:

- Acompañar al indígena a identificar sus valores y anti-valores, reforzando los primeros y reorientando los segundos.
- Motivar al indígena a salir del alcoholismo propiciado por los blancos para explotarlo con mayor sutileza.
- Desplazar a los intermediarios que engañan a los indígenas e impedir de esa manera la manipulación.
- Despertar la conciencia del indígena de tal manera que sean ellos mismos los constructores de su propia historia mediante la toma de sus propias decisiones.
- Desterrar el paternalismo que inmoviliza y acompleja a quienes lo sufren, haciéndolos inferiores.
- Hacer sentir al indígena como responsable directo de la construcción de una Iglesia nueva, mediante el diálogo y la interacción participativa.
- Recuperar las tierras de los resguardos, así como su unidad y cultura, patrimonio de los antepasados y garantía de la apropiación del futuro.
- Incrementar la auténtica comunidad de amor, ejemplo para los que equívocamente se llaman 'civilizados'.

Uno de los mecanismos de opresión estaba tradicionalmente ligado al cristianismo. En efecto, entre los Nasa era tradición que, al hacer bautizar a los hijos, se les buscara padrinos blancos entre los hacendados o terratenientes de la región. La relación de padrinazgo creaba vínculos de dominio no escritos en ningún código pero respetados de generación en generación, según los cuales, el padrino tenía derecho a exigir a sus ahijados trabajo gratuito en sus haciendas.

Álvaro quiso acabar con esos vínculos absurdos y anticristianos. Insistió a los indígenas que debían elegir padrinos indígenas, y así serían más conscientes de su dignidad. Pero esta campaña lo convirtió en blanco de las iras de los terratenientes y de los agentes del Estado que sirven a los anteriores.

El 26 de diciembre de 1980 un indígena de Toribío fue detenido y torturado por la policía. Su “delito” había consistido en firmar un memorial que denunciaba atropellos de la policía. En medio de las torturas, sus victimarios le preguntaron insistentemente por el Padre Ulcué y le aseguraron que a él también lo iban a detener porque había ayudado a redactar el memorial de denuncia.

El 19 de julio de 1981, el hacendado Ciro Chagüendo fue atacado por un grupo armado en una de sus fincas, quedando herido. De allí se dirigió a la Casa Cural de Toribío donde insultó al Padre Ulcué, acusándolo de “mandar matar a los terratenientes”.

El 21 de julio de 1981, los terratenientes Saulo Medina y Tulio Navia llegaron a la casa de las Hermanas Lauritas en actitud desafiante, las agredieron verbalmente y las intimidaron con armas en mano, preguntando por el “maldito indio” y el “maldito cura”, a quien atribuyeron todos los hechos de violencia que ocurrían en la región. Estos mismos terratenientes dirigieron una violenta carta al Arzobispo en contra de Álvaro. El 5 de agosto el Arzobispo le remitió a Álvaro copia de la acusación, con el fin de aclarar la situación. Cuando el 9 de octubre siguiente, en el curso de una reunión convocada por el Alcalde, el Padre y las Hermanas exigieron a dichos terratenientes sustentar sus acusaciones, no lo pudieron hacer, pero sí se descubrió, en la misma reunión, que varios indígenas que firmaron el memorial al Arzobispo, lo hicieron engañados, pues no sabían leer sino sólo firmar, y los terratenientes les habían prometido un pedazo de tierra a cambio de la firma.

Ya el 16 de julio de 1981, el Cabildo indígena de Toribío se había visto obligado a enviar un memorial al Arzobispo en defensa de su Párroco, víctima de numerosa calumnias de los terratenientes. Allí afirmaban:

“Los ricos no nos comprenden en este cambio que hemos iniciado nosotros y por eso es que lo odian. (...) Esto es lo que causó al Párroco un obstáculo hacia los ricos de esta región y por eso lo rechazan y por eso lo calumnian que el Padre es comunista, que es subversivo y hasta de asesino lo tratan, pero es porque no comprenden la luz de Evangelio”.

El 21 de julio del mismo año, el Cabildo había lanzado un llamado apremiante a la opinión pública nacional, para denunciar las amenazas de que eran víctimas el Padre Álvaro y las Hermanas Lauritas, por parte de los terratenientes.

Desde entonces la Policía y el Ejército comenzaron a tender un cerco de hostigamiento a las comunidades indígenas de la zona. Cada vez que se desplazaban a alguna región, los sometían a ultrajantes requisas.

El 22 de enero de 1982, doscientos agentes de la Policía atacaron con bombas de gas a un grupo de indígenas de Pueblo Nuevo, en el momento en que ellos regresaban de cosechar el fríjol. Los indígenas trataron de defenderse con sus herramientas de trabajo, resultando herido un uniformado. Enfurecidos, los policías se emboscaron en el camino y atacaron más tarde, a bala, a otro grupo que regresaba de su trabajo; allí quedó muerta Gloria Ulcué, hermana de Álvaro, y sus padres, don Domingo y doña Soledad, quedaron heridos, lo mismo que dos primos suyos. Álvaro viajó a Pueblo Nuevo a enterrar a su hermana; al regresar a Toribio fue objeto de una denigrante requisa por parte de los soldados, quienes lo trataron altaneramente, tanto a él como a las religiosas que lo acompañaban.

A finales de 1982, las Comunidades y Grupos Cristianos del Cauca lanzaron un comunicado apremiante a la opinión pública, en el cual denunciaban las amenazas que se cernían sobre Álvaro. Allí afirmaban: *“los terratenientes le han puesto precio a su vida, y sólo el amor de quienes lo rodean lo ha salvado de ser uno más de los impunemente desaparecidos”*.

El 30 de octubre de 1982, Álvaro envió una carta al Presidente Betancur, firmada también por dos religiosas Lauritas, donde denunciaban los atropellos de que eran víctimas sus comunidades indígenas y le exponían las necesidades más urgentes de éstas.

El 9 de agosto de 1984 le escribió angustiado al Arzobispo, describiéndole los graves atropellos del Ejército y la Policía contra los indígenas. Le contaba allí mismo que el Ejército andaba preguntando por el sacerdote que celebró una Misa el 15 de julio en San Francisco, pues durante esa Misa había hecho presencia un grupo del M-19 para anunciar su voluntad de un diálogo de paz con el gobierno; aunque él no había celebrado dicha Misa, temía mucho por el que la había celebrado y por él mismo, pues el Ejército estaba convencido que era él; la incursión violenta del Ejército el 5 de agosto en casa de las Hermanas Lauritas, preguntando por él, así lo daba a entender.

El 31 de octubre de ese mismo año, un Teniente del Ejército se acercó a unos seminaristas que le estaban colaborando a Álvaro en Tacueyó y les pidió identificarse. Entonces les dijo: “si se están preparando para curas, ojalá no vayan a ser como ese cura indio que trabaja por estos lados, que no quiere al Ejército ni a la Policía. Y qué les parece que un día tres uniformados iban a entrar al templo y ese cura salió disgustado y les dijo: retírense, que esta celebración no es para animales”.

Cuando Álvaro se enteró de esa calumnia, manifestó que no le extrañaba, pero que eso había que aclararlo. El 8 de noviembre siguiente, en presencia de otros sacerdotes, convocó al Teniente para que sustentara su acusación, pero el Teniente se negó a participar en la reunión y le sugirió que aclarara todo con el Ministerio de Defensa que llegaba en ese momento a visitar la tropa. Pronto llegaron en un helicóptero tres Generales (Ariza, Díaz Sanmiguel y Botero) y Álvaro los invitó a una reunión en la Casa Cural para aclarar lo de la calumnia y muchas otras cosas. Allí Álvaro denunció los atropellos contra los indígenas por parte del Ejército y la Policía; pidió que se

sustentara tanto la última calumnia que se había levantado contra él, como las acusaciones que los altos mandos del Ejército hacían contra él ante el Arzobispo. Ninguna aclaración ni sustentación se produjo, pero los militares sí insinuaron que él promovía las invasiones de tierras. Ante esto, Álvaro explicó los derechos de los indígenas a la tierra y sus luchas por las vías legales. Esto sucedía dos días antes de su asesinato.

El sábado 10 de noviembre de 1984, Álvaro debía actuar como padrino de un niño que iba a ser bautizado en Santander de Quilichao. Regresando de Cali a donde había ido la tarde anterior, llegó a Santander a las 7:30 a.m. y estuvo primero en la Casa Cural. De allí se dirigió al almacén de la madre del niño que iba a ser bautizado, donde le obsequiaron una camisa. Luego pidió el teléfono para hacer una llamada a la Hermana Luz Marina, quien también iba a participar en el bautizo y se encontraba en ese momento en el Hogar Santa Inés; le pidió que le preparara un desayuno, pues iba hacia el hogar enseguida. Simultáneamente, un desconocido había llegado al almacén y hacía bajar camisas sin comprar ninguna, mientras escuchaba la conversación del Padre Álvaro por el teléfono. Cuando éste abandonó el almacén el desconocido también lo hizo rápidamente, en forma sospechosa.

Al llegar al Hogar Santa Inés, dos sicarios que se movilizaban en moto dispararon contra él. Álvaro se arrojó del carro y se tendió en la tierra. Los sicarios, creyéndolo muerto, se retiraron, pero la moto no les prendió. Álvaro se incorporó pidiendo auxilio. Los sicarios, al verlo de rodillas, se devolvieron y lo remataron, para luego emprender la fuga. Eran las 8:30 de la mañana. Las religiosas los introdujeron en un taxi y lo condujeron al hospital donde llegó con vida, pero momentos después falleció.

Un testigo ocular del crimen identificaría más tarde a dos miembros de la Policía Nacional como los dos sicarios que lo asesinaron: los agentes del F-2 Miguel Ángel Pimentel y Orlando Roa. Dicho testigo rindió declaración ante el Juzgado Segundo Ambulante de Instrucción Criminal.

En abril de 1985, inexplicablemente el testigo fue buscado por Agentes de la Procuraduría General de la Nación y obligado, contra su voluntad, a viajar a Popayán para “ratificar sus denuncias”. Al reconocer en fila a uno de los victimarios, el juez permitió que el acusado identificara plenamente al denunciante y lo amenazara. Luego, uno de los Agentes de la Procuraduría que lo acompañaba llevó al testigo al Cuartel de la Policía de Popayán donde, bajo todo tipo de intimidaciones, le exigieron cambiar su versión ante el juez, para acusar más bien a las FARC del asesinato del Padre Ulcué. Llevado nuevamente al juzgado, lo obligaron a firmar un documento, sin permitirle leerlo. Luego fue conducido a los calabozos del DAS en Cali, donde recibió nuevas amenazas.

El Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos ofició entonces, a la Presidencia de la República y a la Procuraduría General de la Nación, denuncias por tan delictiva manipulación de las investigaciones, sin obtener ninguna respuesta. Aun más, todas las copias del expediente de la Procuraduría sobre el asesinato del

Padre Ulcué “se extraviaron”, llevando a que el crimen quedara en la más absoluta impunidad.

Los restos mortales de Álvaro recibieron el más conmovedor homenaje de la población indígena. Fueron trasladados a Pueblo Nuevo, su tierra natal, en un interminable y emotivo desfile que atravesó varios poblados indígenas, donde le rindieron sentidas despedidas. El 12 de noviembre en la misma plaza donde celebró su primera Eucaristía, El Arzobispo, acompañado de 75 sacerdotes, celebró la Misa Exequial.

No fue sepultado en el templo, como muchos querían, sino que se cumplió su voluntad expresa: “*cuando yo muera, que me siembren en la tierra, con mi gente*”. En el cementerio del poblado, junto a la tumba de su hermana Gloria, también asesinada por esbirros del Estado, se dispuso su última morada.

Entre las decenas de pancartas colocadas junto a sus despojos, una rezaba: “*Si he de morir, quisiera que mi cuerpo quedase amasado en la arcilla de los fuertes, como un cemento vivo arrojado por Dios entre las piedras de la Ciudad Nueva*”.

EL EVANGELIO DE ALVARO ULCUÉ

Álvaro Ulcué no fue un escritor. Habló, ante todo, con su vida. Quienes lo acompañaron en sus rutas, grabaron en su memoria frases que les impactaron, de las que, después de su muerte, dieron testimonio ante biógrafos. De una de sus biografías (“*La utopía mueve montañas*”, de Francisco Beltrán Peña), hemos extraído alguna de esas frases referidas como sus “*mismas palabras*”.

ARRAIGADO EN SU TRADICIÓN CULTURAL EN COMUNIÓN CON LA NATURALEZA

- La naturaleza es tan espontánea y tan bella, que cuando quiere, ella misma se corona de flores, pero también es terrible cuando se enoja con el hombre.
- La naturaleza es el tesoro más precioso que ha puesto Dios al servicio de los hombres.
- El indígena se relaciona tan familiarmente con la naturaleza que ella, como madre, no tiene secretos para él.
- Siendo aún niño me sentí atraído por la medicina tradicional, patrimonio de los antepasados, y le rogué a un familiar que era médico, que me enseñara. Me examinó cuidadosamente y me hizo algunas preguntas a las que respondí con rapidez; luego él muy serio me dijo: “este trabajo no va a ser el tuyo, aunque tienes buenas señales, la comunidad te necesita para otra cosa”.
- Un día todos estábamos tranquilos en clase, cuando de repente sentí una señal

en mi cuerpo y salí corriendo para el patio; no habían pasado ni cinco minutos, cuando se inició un fuerte temblor de tierra, y me sorprendí yo mismo al haber acertado salir a tiempo del salón. Los compañeros me preguntaban pero no sabía explicarles nada, sólo yo entendía lo que la naturaleza me había indicado.

- Lástima que siendo la naturaleza vida para nosotros, la gente de la ciudad no la entienda. Por eso matan sin compasión los animales, juegan con ellos, destruyen las zonas verdes, bombardean las nubes, destruyen las fuentes, contaminan el aire... Y a nosotros que amamos, cuidamos y respetamos la naturaleza, nos llaman incivilizados. Yo no entiendo eso.

COMPROMETIDO CON SU RAZA

- Los muertos ya están descansando, pero nosotros mientras estemos vivos tenemos que hacer algo. No podemos dejar morir a los niños por desnutrición, tenemos que ayudar a los ancianos, orientar a los jóvenes, enseñarles a amar la comunidad, a valorar la cultura, a sentirse orgullosos de ser indígenas, a preocuparse por la suerte de los demás, a organizarse de verdad, a unirse para luchar por los derechos. Estemos seguros de que si nos dormimos, nos aplastan; si nos dividimos, acaban con nosotros.
- Siempre que he visto a los indígenas, grupos marginados o negros en cualquier sitio, vengo con la misma inquietud: es necesario que tanto los unos como los otros se preparen para que sirvan a sus comunidades. La verdad es que cuando la llaga es ajena, no se siente, pero cuando es propia, duele mucho. Ojalá algún día tengan sacerdotes autóctonos, religiosas, médicos, maestros que amen la comunidad y se comprometan de verdad para luchar por sus intereses (...). No quiero morir sin ver a un indígena Páez reemplazándose.
- No se dejen engañar, no se dejen embobar. Si hoy cuando las familias tienen un promedio de 7 hijos, somos 69.000, ahora que Profamilia quiere que se tengan sólo 2 hijos, ¿quien va a gritar?
- Todo lo que nos dan sin trabajo, nos está diciendo que somos incapaces (...). Todo el que nos dice ipobrecitos!, nos desprecia y nos tiene en segundo plano (...). Todo el que nos dice ipobrecitos! no nos quiere, nos disminuye.
- Que el niño analice, que no se trague todo. Enséñenles a leer y no a firmar su propia muerte. Aprender a leer, atreverse a pensar es empezar a luchar, sólo es libre el que sabe a dónde va.
- A los jóvenes los invito a que piensen fuertemente y a luchar todos los días sin cansarse, sean valientes, no les de pena ser indígenas, preséntense como indígenas y serán siempre bien recibidos.
- Mientras nos dejan trabajar, trabajemos que el tiempo es corto. Sintámonos orgullosos de ser indígenas, somos los auténticos colombianos.
- Si todos nos unimos para reclamar nuestros derechos, lo alcanzaremos.

(De la carta al Presidente Betancur:)

- Esta situación la viven los pueblos indígenas de esta parte del Cauca. No existe ningún respeto por la persona. Si supiera usted qué es “vivir” en medio del hambre, la inseguridad (asesinatos, secuestros, allanamientos en los hogares, propagación de intereses ideológicos que confunden al indígena, abuso de las mujeres, etc.), falta de techo, salud, educación y bienes necesarios. Es por eso que vemos, y es lógico, que en estos hombres se vayan despertando sentimientos de agresividad y de violencia, pues cuando no existe la ayuda y el apoyo, y se margina a las personas a condiciones de vida peores a las de los animales de nuestros “grandiosos zoológicos”, las personas buscan los medios necesarios para lograr medio sobrevivir. Qué ironía tener que hacer injusticia para que se acabe la injusticia. Esto no es vivir.
- Los que sufren son los Paeces; yo soy Paez. ¿Qué más puedo hacer que estar con ellos? Un día yo aparezco estirado por ahí.
- Los indígenas estamos condenados a desaparecer; si callamos, nos aplastan; si protestamos, nos llaman subversivos. Pero no podemos seguir así.
- En Colombia matar indígenas es como matar perros.
- La mayoría de mártires en América Latina son indígenas, pero como son indígenas, no se sabe.
- Le damos a conocer algunas de las necesidades más sentidas en la región:
- 1. Se hace urgente y necesaria la delimitación de los Resguardos Indígenas del pueblo Paez, evitando así la incorporación de terratenientes y grupos de ideologías extrañas que han abusado y confundido al indígena, creando un ambiente real de cruda violencia, en medio de la explotación, la amenaza y expropiación de sus tierras. Con el fin de devolverle al pueblo Paez su forma propia de vida cultural y costumbres, pues todo esto ha causado el entorpecimiento de la vida cultural del indígena.
- 2. Dentro del pueblo Paez existe una organización propia que dirige la Comunidad Indígena dentro de los Resguardos, como son los Cabildos, máxima autoridad, reconocida por el Estado. Pedimos que se les tenga en cuenta en la programación que el Gobierno Nacional se propone en bien del indígena, pues ellos más que nadie conocen sus necesidades más urgentes.
- 3. En cuanto a la educación, solicitamos la creación de centros de capacitación agrícola, bilingüe y bicultural, contando con los años de primaria y los correspondientes a la capacitación agrícola. Formando así dos centros completos, uno para el Resguardo de Toribío y el otro para el de Jambaló.
- 4. Un programa completo de salud, formando promotores indígenas que puedan trabajar en este servicio dentro de sus propias comunidades, pues existe un total abandono por parte del gobierno. De nuestra parte sólo nos queda esperar una respuesta efectiva a las peticiones que le hacemos.
- Señor Presidente: el indígena siente, tiene corazón, vale mucho. Espera de usted un apoyo decidido en todas las dimensiones. Queremos paz, deseamos ser escuchados, pedimos justicia...

SACERDOCIO – SERVICIO

(El día de su ordenación:)

- Dios siempre se queda con lo más malito. En el seminario comenzamos sesenta y dos la carrera sacerdotal y sólo tres llegamos al altar: Adán Mina (un negro), Joel Ortíz (un campesino) y yo (un indígena). Así se cumple aquello de que Dios elige a los humildes para confundir a los fuertes.

(El día de su primera misa:)

- Mi raza espera mucho de mí y no voy a defraudarla (...). Quiero ver a mi gente en tierra de progreso, amando la cultura, lejos del fraude y de la estafa (...). Soy sacerdote y seguiré siendo indio; mi raza espera mucho de mí (...). Antes era mimado por ser el primogénito, ahora todo cambió, soy un servidor más, busco ayudar a mi gente y a mi raza (...). Mi familia es humilde pero eso me honra (...). Al fin mi sueño se convirtió en realidad: soy sacerdote (...). Si estoy en el sacerdocio no quiere decir que los voy a abandonar, el Señor me llamó para que los acompañe a ustedes.
- Yo soy un pobre ignorante, amo la sabiduría, pero me da miedo que la sabiduría me aleje de la comunidad. Yo no sé nada, solo sé que soy para mi pueblo.
- Si estoy en el sacerdocio trataré de ayudar a mi gente. Me ha dado mucho pesar el hecho de que algunos negociantes blancos siempre tratan de serruchar o estafar al indio.
- Ser sacerdote es vivir siempre alegre, ser sacerdote es seguir más allá... Creer, amar, vivir, cantar.
- Ser sacerdote es ser pobre entre los pobres (...). Ser sacerdote es simplemente querer y sufrir.

CONCIENCIA CRÍTICA

- La conciencia crítica no se estudia en un libro sino analizando los acontecimientos en cada comunidad con la gente.
- No acepten las cosas con los ojos cerrados, abran bien los oídos, analicen, critiquen, den opiniones para que la comunidad marche y podamos lograr lo que nos proponemos.
- Si planeamos sin la comunidad, todo se nos va a tierra.
- Los soldados no tienen la culpa de lo que hacen, ellos son mandados. Son personas del pueblo que no pudieron pagar su libreta militar y no les quedó otro camino.
- Los pobres siempre llevamos las de perder, nadie nos defiende, el gobierno siempre se pone de parte de los poderosos defendiendo sus intereses, pero los intereses de los pobres los tiene que defender la misma comunidad organizada.

EVANGELIZACION LIBERADORA

- Jesús llegó al mundo pobre, como un indígena. Él encontró paja y animales y el indígena hojas secas de plátano y perritos.
- Que la oración nos acerque más a los que sufren, para que la gente pueda entender y valorar nuestra vocación misionera.
- Recordemos que la oración que no compromete, no sirve ni para tiros de escopeta.
- La fe de mi gente es grande, la Iglesia se siente vida (...). Los pobres son la riqueza más grande de mi Parroquia (...). La Iglesia entre los indígenas está viva.
- El mundo necesita nuestra acción liberadora cargada de Evangelio.
- Cristo nunca estropea la cultura del pueblo.
- Si yo fuera artista, pintaría a María, no como una reina blanca y hermosa, sino como una indígena pobre y sencilla, con la jigra y con el uso (...). Estoy casi seguro que la Virgen al recitar el Magnificat, tenía en la mente al indígena con toda su problemática.
- La salvación cristiana comienza desde esta vida en todo, lo político, lo económico, lo religioso y social, sin faltar a las obligaciones para con Dios y poner en peligro su eterna salvación.
- No basta con la buena voluntad, tenemos que tener actitudes comunes, claras, ante la injusticia y la opresión de tantos años.
- Hay blancos que se casan por la Iglesia y tienen sucursales en todas partes. El indígena es más fiel aunque viva en amaño.
- Si el Papa conociera la grandeza de los indígenas, si se metiera en la cordillera para ver como viven los indígenas, sacaría inspiración para gobernar la Iglesia y la Iglesia daría un vuelco. Hagamos una campaña para que el Papa pueda venir a visitar a los indígenas e imponerles las manos. La Iglesia entre mis indígenas está viva.
- De política no entiendo mayor cosa, pero sí sé lo que es y lo que exige el Evangelio.
- El camino es el Evangelio y no la violencia, y no tengan miedo de decir la verdad. No tengamos miedo de decir la verdad, ella misma se encargará de liberarnos.
- El verdadero cristiano debe vivir un compromiso radical en el servicio al hermano que sufre y todo por amor a Jesucristo. El que ama a los demás en la entrega desinteresada, en el servicio, está amando a Jesús.
- Tenemos que denunciar los atropellos a la persona humana y criticar a quienes lo hacen, impulsados por la fe en Jesucristo, único liberador.
- Señor: que la ingratitud, la incomprensión y la calumnia no me detengan en la entrega sino que me lleven más a Tí.
- Vamos siempre en nombre del Señor que permanentemente ha estado de parte del pobre, sin dejarlo jamás. (...) Desprendámonos del poder temporal, económico y político para que con libertad y en nombre de Jesús, acompañemos al pueblo. (...) Todo el que se instala, agoniza.
- El Evangelio se entiende, se vive, se ama y se propaga, sólo viviendo pobres, con el pobre y desde el pobre.

- La gran liberación se ha iniciado comenzando por cada uno de nosotros que hace tanto mal al vecino. Dejemos el pecado que es injusticia, atropello, violencia, asesinatos.

PROFETA FRENTE A LA MUERTE

- (Sueño que tuvo el 15 de septiembre de 1984:)

Soñé que se caía un árbol muy grande y después de estar asustados por esto fue apareciendo mucha gente que iba a un entierro con muchísimas flores. La fila de gente era tan larga que cubría el camino de Pueblo Nuevo a Caldon. Llevaban muchas coronas, y yo seguía mirando asombrado todo esto y preguntándome ¿quién será el que va a morir? (...) En el sueño veía gente indígena que corría por todos lados asustada. De todos modos era un sueño, pero nosotros los paeces creemos mucho en estas cosas, porque muchas de ellas resultan verdad. Eso de caer árboles indica que va a morir algún mayor o persona importante para la comunidad.

- (Sueño del 27 de octubre de 1984:)

Soñé pasando por un puente grande, miré hacia abajo y el agua que pasaba por debajo estaba sucia y mal oliente. En todo el frente, pasando ya al otro lado, había un reloj que marcaba las 10 y estaba dañado. Eso no está nada bueno. ¿Qué será lo que va a pasar?.

- (Sueño de una religiosa narrado el mismo día:)

Soñé que me había muerto. Me encontré en una enorme cancha de fútbol llena de cirios que representaban la vida de Álvaro y las Hermanas. Me asusté mucho cuando vi que el cirio que pertenecía a la vida de Álvaro ya se estaba consumiendo y con afán saqué cera del cirio mío y le pasaba al de Álvaro para no dejarlo apagar.

(Comentario de Álvaro:)

Lo único importante es saber que estamos vivos y que aun tenemos tiempo para hacer algo. No nos detengamos en el camino, el tiempo puede ser corto.

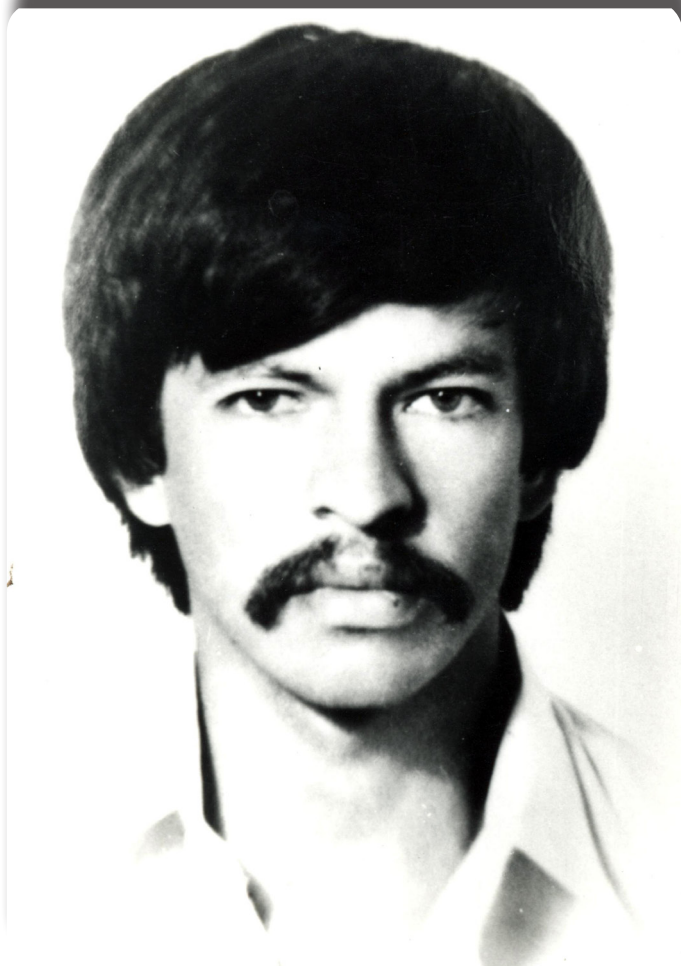
- (Ante amenazas de muerte:)
- Si uno no tiene mucha fuerza en Cristo Jesús, es capaz de retroceder.
- No importa lo que suceda en el camino, eso es parte del paseo.
- El cuerpo lo pueden acabar los hombres, pero el espíritu seguirá luchando presente en la comunidad.
- Pobres de nosotros si creemos que los muertos están muertos, hoy están más vivos que nosotros.

- (El 9 de noviembre de 1984, víspera de su muerte:)

Yo le tengo mucho miedo a esta aparente calma que se respira a veces acá en Toribio, ¿qué habrá por debajo de todo? Solamente Dios sabe lo que pueden estar tramando.

9

Guillermo Céspedes Siabato



Febrero 28 de 1985

Guillermo Céspedes Siabato

Febrero 28 de 1985

Guillermo nació en Toche (Tolima) el 28 de enero de 1954. Desde niño vivió en carne propia las carencias de todos los pobres y desde muy temprano descubrió la fuerza de la llamada de Jesús de Nazareth. A su vez, su respuesta se fue haciendo efectiva en su compromiso con el hermano, en los grupos cristianos de Cali.

Militante durante varios años de Cristianos por el Socialismo, descubrió en esa comunidad de hermanos la exigencia de la construcción de una sociedad igualitaria y fraternal, que se tradujo en su trabajo en los barrios populares de Cali y en algunos sindicatos en donde realizaba tareas educativas, de concientización y organización.

Su vivencia profunda del Evangelio quedó como testimonio en la defensa que hizo de sí mismo cuando estuvo detenido, en mayo de 1979:

“Soy el cristiano fundamentalmente del amor, del amor que alimenta nuestra fe y nuestra esperanza, del primer mandamiento y el principal, del amor al hombre, del amor a la humanidad, del amor sin intereses ni paternalismos, de ese amor que se transforma en compromiso, que se transforma en una lucha por la causa de los oprimidos (...). Y es que yo estoy convencido de que ser cristiano es amar con fuerza, es amar con esperanza, es amar con todo el corazón, con todas las fuerzas, y convertir ese amor en entrega, en un ir hasta el final por el hombre, por el pueblo”.

En efecto, Guillermo fue detenido el 10 de mayo de 1979, cuando salía de una asamblea del sindicato de trabajadores del municipio, donde trabajaba desde hacía tres años. Fue llevado al Batallón Pichincha en donde fue torturado física y psicológicamente durante 10 días, quedando en muy mal estado de salud. 25 días después, cuando fue anunciada una visita de la Cruz Roja Internacional, fue remitido a una cárcel local para darle al proceso que se le siguió alguna apariencia de legalidad.

Estuvo preso durante 4 años en la cárcel de La Picota, en Bogotá, tiempo éste que le permitió afianzar su compromiso cristiano y su amor a los más pobres de nuestro pueblo.

En el transcurso de la “Tregua” o “Proceso de Paz” acordado por el Presidente Betancur, y mientras Guillermo trabajaba como maestro en el caserío de Rionegro (municipio de Corinto, Cauca), fue asesinado con otros jóvenes del lugar, por un comando del Ejército Nacional. El 28 de febrero de 1985, en las horas de la tarde, mientras jugaba un partido de fútbol con muchachos del vecindario en la cancha de la escuela, ésta fue rodeada por militares, quienes luego dispararon y asesinaron a 5 jóvenes, entre ellos a Guillermo. Los victimarios intentaron colocar a sus víctimas uniformes militares, pero la madre de una de ellas lo impidió.

De los días de su prisión en Cali (mayo de 1979) nos quedó un hermoso e impresionante poema, donde quiso consignar su experiencia vivencial de la tortura: Quisieron matarnos la esperanza.

Murió, pero vivirá para siempre en medio de las luchas de su pueblo.

Quisieron matarnos la Esperanza

*Quisieron matarnos la esperanza
robarnos la necesidad de luchar
y junto a los indefensos cuerpos
torturar y eliminar nuestros cimientos de libertad.*

*Los brazos inmóviles;
ciegos por las vendas:
insomnes.*

*Los pies aprisionados
la cabeza sumergida
bebimos el agua del pantano
sentimos el bloqueo del ahogado.*

(A cambio de sentido éramos presa de alucinaciones y delirios)

*Los estómagos fueron saciados
a golpe de manos empuñadas
a golpe de botas militares
a relamidos de res.*

*(El olor, la boñiga que pisamos, el mugido de rumiantes,
nos decían que habitábamos un establo)*

*Sonidos metálicos
apretar de gatillos al oído
círculos de hierro, bocas de cañón
en la nuca, el cuello, el abdomen*

el temor de los pasos, el terror de las voces

*Afuera la lluvia y los truenos
testigos cómplices de la deshumanización.*

*Los lamentos, los ayes, los gritos,
el dolor de los huesos, los músculos, el alma,
el golpeteo en el pecho, espalda, coyunturas, nalgas y el cerebro.*

*Corto circuitos causados por la tempestad
choques aplicados en bocas y ojos
vaginas y testículos.*

*Voces ahogadas de mujeres y hombres
voces de sadismo de agentes especiales de profesión: tortura.*

*Colgadas y plantones
interrogatorios eternos
las amenazas, la eterna oscuridad.*

*Así no paran la lucha
crece;*

*el frente avanza, ya llega
en Nicaragua,*

*La roja bandera, la de los pobres de América Latina
ondeará en esta sacrificada tierra;*

*la bandera de justicia
la de los campos floridos
la del pan para todos.*

Nuestro continente (ahora oprimido)

será la patria soñada

de Galán y Bolívar

de Camilo y el Che.

*La tortura es una piedra
en el largo camino hacia la nueva Humanidad.*

10 Padre Daniel Hubert Gillard



Abril 10 de 1985

Padre Daniel Hubert Gillard

Abril 10 de 1985

Era la una y diez minutos de la madrugada del 10 de abril de 1985. Las calles de Cali ya estaban solitarias. El campero Nissan rojo de placas LE-0680 conducido por el padre Daniel Gillard se acercaba a la capilla del Señor de los Milagros, del barrio El Vergel, donde iba a dejar a Manuel Reyes, encargado de cuidar la capilla, pero encontraron obstáculos en la vía que impedían llegar hasta el sitio. Manuel dijo que lo dejaran allí y que él seguiría caminando. Al doblar la esquina anterior a la capilla, habían notado la presencia de un vehículo estacionado allí. El Padre Daniel reversó y dio la vuelta para regresar por la misma calle, pero los ocupantes del misterioso vehículo lo recibieron con ráfagas de ametralladora por el frente y por ambos costados. Varios proyectiles hicieron blanco en su cráneo y quedó inconsciente. Sus otros dos acompañantes, Nohemí Arévalo, la secretaria de Cáritas, y Rigoberto Cortés, quedaron heridos.

Un grupo de cerca de 25 hombres, algunos en traje de fatiga del Ejército Nacional, y otros en trajes civiles, atacaron el carro del Padre Gillard. También persiguieron a bala a Manuel Reyes, cuando éste intentaba llegar hasta la capilla, pero no pudieron alcanzarlo. Para ocultar su crimen, dispararon contra un transformador y dejaron sin luz eléctrica el sector. A los pobladores que aterrorizados se asomaban a las ventanas para entender lo que ocurría, los amenazaban.

Al día siguiente un comunicado del Comandante de la III Brigada del Ejército, General Pedro Nel Molano, explicaría el hecho como “operaciones de control urbano que efectuaban integrantes de la fuerza pública”, quienes dispararon “contra desconocidos que se desplazaban en un campero”.

El Padre Daniel quedó cerebralmente muerto. 195 días después se extinguiría totalmente la vida vegetativa que le quedó.

En agosto de 1989, fue públicamente conocido el testimonio de un ex-agente de la DIJIN, quien revelaba lo siguiente en una carta al Procurador General de la Nación:

“El sacerdote belga, Padre Daniel Hubert Gillard, de la Comunidad Asuncionista, Párroco de la Parroquia del Santo Evangelio, en el barrio Antonio Nariño de Cali, también fue objeto de investigaciones y seguimientos por parte del S-2 de Cali, pues se consideraba que su trabajo llevaba a las gentes a hacer demasiadas exigencias al gobierno.

Un operativo conjunto del DAS y del Ejército preparó el atentado de que fue víctima el 10 de abril de 1985. Esa noche lo esperaron cerca de la parroquia, lo dejaron pasar en su carro y a 10 metros le dieron la orden de “alto” que él ya no podía oír, entonces dispararon contra él. Uno de los agentes que participó en el atentado fue el agente Méndez, apodado La Yegua, quien fue desplazado desde Bogotá con esa intención.

El Padre Gillard no murió en el atentado, pero quedó inconsciente y fue hospitalizado durante muchos días. Más tarde, el Capitán Rodríguez, del S-2 del Batallón de Cali, dio orden de quitarle el oxígeno, “para ayudarlo a bien morir”¹.

A pesar de que el atentado contra el Padre Gillard fue perpetrado por una patrulla combinada del Ejército y el DAS, la investigación le fue asignada al Juez 107 de Instrucción Penal Militar, el cual, según la estructura jerárquica castrense, depende del Comandante de la III Brigada, del cual recibían órdenes quienes perpetraron el atentado y, por lo tanto, debería ser el principal investigado.

El comportamiento del Juez fue denunciado por la Comunidad Asuncionista, en un comunicado a la opinión pública fechado el 9 de julio de 1985:

(...) Esta investigación ha adolecido de las siguientes fallas:

a) Jamás se le practicó al P. Daniel Hubert Gillard un reconocimiento médico legal a fin de establecer, a través de la inspección judicial sobre su persona, las modalidades de la lesión y las consecuencias de la misma desde los puntos de vista neurológico, psíquico y más específicamente en los campos anatómico y fisiológico.

b) El vehículo en el que se trasladaba el P. Daniel al momento de los hechos no fue objeto de una inspección judicial que, con la asistencia de peritos en balística, permitiera establecer:

1- La clase de armas utilizadas;

2- La distancia y sitio desde donde pudieron hacerse los disparos;

3- La intensidad del ataque de que fue víctima el sacerdote lesionado.

Este pasaje es supremamente importante porque da la impresión de que el juez investigador 107 de Instrucción Penal Militar espera que con el arreglo

¹ Extracto de la Carta dirigida al Procurador General de la Nación, por el ex-agente de la DIJIN Ricardo Gámez Mazuera, antes de desertar y salir del país.

del carro desaparezcan las pruebas que podrían establecer el elemento doloso del hecho investigado. Para evitar esto, este carro no ha sido reparado y en él podrá investigar el juez imparcial que algunos de los disparos fueron hechos de frente al parabrisas delantero del vehículo.

c) Es criterio expreso ya, de parte del Juez 107 precitado, de que por tratarse de una acción militar y aunque en ella haya participado personal civil (agentes del DAS), en esta clase de proceso no es procedente el admitir la constitución de parte civil. Esto de suyo habla de la intención de quienes a nombre del Estado orientan la investigación y han de impartir justicia penal militar.

d) Las autoridades militares, para justificar el hecho, han aducido la violación, por parte del sacerdote, de un retén militar, pero mientras no sea admitida la constitución de parte civil no será posible destruir dicha afirmación y con ella la falacia que contiene y no será posible, en razón a que no se podrán aportar los testimonios que así lo establezcan.

El martes 2 de julio hemos notado el interés de las autoridades de la Clínica de los Seguros, para que el enfermo sea retirado de sus instalaciones. Parece que sus motivaciones ante todo son de índole económica, habida consideración de los costos que ocasiona la atención al paciente.

Ahora bien, el P. Daniel Hubert Gillard requiere intensos cuidados médicos y dilatados procedimientos de rehabilitación. Ni los unos ni los otros pueden ofrecerlos nuestra Comunidad Religiosa y/o los familiares del mismo que, entre otras cosas, residen en su totalidad en Bélgica.

Por consiguiente, si el Seguro Social llegare a concretar su pretensión, la situación del P. Daniel y de su Comunidad Religiosa será muy problemática.

“La Comunidad Asuncionista existe para el advenimiento del reino. El espíritu del fundador nos impulsa a hacer nuestras las grandes causas de Dios y del hombre, a hacernos presentes allí donde Dios es amenazado en el hombre y el hombre amenazado como imagen de Dios” (Regla de Vida).

El derecho a la vida y el respeto por la dignidad humana son las grandes causas de Dios atropelladas en este atentado contra la vida del P. Daniel Hubert Gillard (...).

Como era de temerse, el Juez 107 de Instrucción Penal Militar absolvió a los militares implicados. Por su parte, la Procuraduría Delegada para las Fuerzas Militares ordenó el archivo del expediente, mediante auto del 2 de abril de 1988. El crimen quedaba así en absoluta impunidad.

El Padre Daniel Gillard era de nacionalidad belga y pertenecía a la Congregación de los Asuncionistas. Había llegado a Colombia en 1965. Trabajó primero en el colegio que su Congregación dirige en Bogotá; luego en un barrio popular de Medellín y luego pasó a Cali, donde ayudó a fundar la Parroquia del Santo Evangelio, en el barrio Antonio Nariño. Allí organizó un Centro de Capacitación, que constituyó el nodo de sus actividades, donde, a través de talleres, procuraba la formación técnica de los pobladores de aquel sector empobrecido de Cali.

En la noche del 9 de abril de 1985, el Padre Daniel había organizado una reunión con agentes de una Compañía de Seguros, con el fin de procurar a los estudiantes del Centro de Capacitación un seguro contra accidentes. Al concluir la reunión, un poco después de la media noche, decidió acercarse a sus casas a algunos de sus colaboradores.

Agentes de seguridad del Estado, que habían estudiado bien sus movimientos rutinarios, alcanzaron a calcular que aquella noche llevaría hasta su casa a Manuel Reyes y allí le tendieron la trampa mortal.

Los testimonios y documentos que transcribimos enseguida, trazan el perfil apostólico y humano del Padre Gillard y evidencian los móviles del crimen.

SEMBLANZA DE UN AMIGO

El periodista antioqueño Alberto Aguirre, quien lo conoció personalmente, publicó en el periódico El Mundo, de Medellín (Abril 7 de 1985) esta semblanza.

Daniel Gillard había hecho la opción por los pobres. Como Monseñor Romero, como el Padre Ulcué. Y como ellos, el Padre Daniel ha sido aniquilado. Una bala disparada por fusiles oficiales, certera en el cráneo, le destrozó el cerebro. Si es que la vida le queda, es vida inerte: un cuerpo desgonzado, sin la llama de la conciencia. En la madrugada del 10 de abril, en una calle del barrio de Aguablanca, en Cali, fue inmolado Daniel Gillard.

Porque aquella opción suya no había sido una mera declaración de intenciones, sino compromiso concreto, activo y permanente con los pobres del mundo, con sus luchas, sus angustias y sus esperanzas. También con ellos compartía los peligros, sabiendo que la vida del pobre es, por esencia, azarosa. Ha sido una parábola vital de identificación: en ese amor por los pobres, en el cual lo había dado todo, ahora Daniel Gillard hace el don supremo de su vida.

Tenía Daniel Gillard 30 años cuando llegó a Colombia (hace unos 20). Jocundo, era de vitalidad exuberante. Su alegría, fresca. Su inteligencia poderosa y extensa su cultura. Su potencia física, inagotable. Todos esos dones, bajo el dosel de la sencillez, los entregó al pueblo. Por varios años, aquí en el barrio Castilla, en la Parroquia de La Esperanza, en asocio de sus compañeros Asuncionistas, el Padre Daniel se integró a la comunidad. Y ésta, con él, fue más íntegra. No sólo las obras materiales (colegio, talleres, centros de salud, guarderías) sino el amor realizado día a día en gestos humildes, con sus hermanos los pobres. Hacía suya la alegría del hermano, así como su esperanza y su ira y su lucha: la opción por los pobres no era una perplejidad, ni una adoración, sino una integración en cuerpo y alma. Y como era plena la vida de Daniel entre la gente: otro de ellos, el más festivo, el más decidido, el más valiente. Pegaba adobes, jugaba un partido de fútbol, asistía a un doliente, aplacaba una riña

callejera, con la misma unción con que celebra la Eucaristía y daba la comunión. Porque había hecho la comunión con los pobres.

Del mismo modo vivió en Cali durante 15 años, en ese distrito de Aguablanca, al sur, que agrupa 23 barrios de la gente más humilde. Las obras y el amor. Allí Daniel fue también el apóstol: apóstol surgido de la entraña popular y ungido por el amor del pueblo. No era posible pensar en Daniel Gillard como extranjero. Y él mismo no entendió que alguien hiciera esa referencia a la condición de su pasaporte. Sí, Había nacido en Bélgica, y allí también guardaba amores: amigos, parientes, memorias, viejas emociones, paisajes. Pero se había hecho amalgama con nuestro pueblo. Cuando volvía al país de su nacimiento, sentía allá que nunca podría dejar a Colombia: porque aquí había nacido a la esperanza. Aquí pertenecía.

Porque a nuestro pueblo se había unido Daniel Gillard por el lazo más entrañable: el de la entrega total, para compartir tanto la ira como la alegría, tanto el dolor como la lucha. Sufría el dolor de los pobres y del mismo modo sufría sus iras y sus desgarramientos y sus aspiraciones. También era suya la esperanza. Era plena la opción.

Y al final de esa parábola de oblación, hace la máxima entrega por los pobres: aquella que rubrica un pleno amor: la vida. Esa bala que le destrozó el cerebro eleva a Daniel Gillard al martirio. Así, por esa dignidad, Daniel Gillard renace en el seno de su pueblo. Es uno más entre los hermanos. Es nuestro.

LA VERSIÓN DEL EJERCITO

Dada en Cali, 10 de abril de 1985, y firmada por el Mayor General Pedro Nel Molano Vanegas, Comandante de la Tercera División del Ejército.

El Comandante de la Tercera División del Ejército informa a la ciudadanía que aproximadamente a las 01 horas de hoy, en el barrio El Vergel de esta ciudad, tras operaciones de control urbano que efectuaban integrantes de la fuerza pública, al disparar contra desconocidos que se movilizaban en un campero, fueron heridos el sacerdote belga Daniel Gillard, párroco del Santo Evangelio en el barrio Antonio Nariño, y la señorita Nohemí Arévalo, contadora de Cáritas. El señor Rigoberto Cortés, quien los acompañaba, resultó ileso.

Como consecuencia de lo anterior, el Comandante de la Tercera Brigada designó al doctor Fabio Valencia, Juez 107 de Instrucción Penal Militar, para adelantar la correspondiente investigación, encaminada a establecer las circunstancias que rodearon los hechos motivo del presente comunicado y las correspondientes responsabilidades.

El Comandante de la Tercera División encuentra oportuno y conveniente apelar una vez más a la colaboración de la ciudadanía en general para que con su concurso se recupere el clima de tranquilidad pública que tanto necesitamos.

COMUNICADO DEL ARZOBISPO DE CALI

Monseñor Pedro Rubiano Sáenz, en Cali, abril 10 de 1985.

El Arzobispo de Cali lamenta comunicar que en las primeras horas del miércoles 10 de abril, el Sacerdote Asuncionista Daniel Gillard, de nacionalidad belga, fue herido de muerte.

El Padre Daniel, al terminar una reunión en la sede de la Parroquia del Santo Evangelio, se trasladaba hasta el barrio El Vergel, Distrito de Aguablanca, a dejar al señor Manuel Reyes, uno de sus colaboradores, quien tiene a su cuidado la capilla de ese sector.

Acompañaban además al Sacerdote, el señor Rigoberto Cortés, empleado de la Parroquia, y la señorita Noemí Arévalo, contadora de Caritas y colaboradora de la misma Parroquia, quien también resultó herida.

Doy testimonio de la entrega total del sacerdote Gillard al servicio de los feligreses y especialmente de los más pobres y necesitados. Prueba de ello las obras que para la promoción humana y cristiana ha hecho en favor de los habitantes del sector.

Por el clima tan tenso de violencia y de inseguridad en que vivimos los colombianos, se suceden estos hechos como el que ahora deploramos.

Pido al Señor e invito a los católicos a orar para que Dios Nuestro Señor nos dé la lucidez y la cordura que necesitamos en el momento actual para trabajar sin desfallecer para alcanzar la verdadera fraternidad, necesaria para la convivencia y la paz.

COMUNICADO DE LA COMUNIDAD ASUNCIONISTA

Con profundo dolor y muy tristes por la dramática situación en que se encuentra el P. Daniel Hubert Gillard, miembro de nuestra comunidad de los Religiosos Asuncionistas, queremos manifestar a la opinión pública en general nuestra perplejidad por la falta de respeto a la vida.

El P. Daniel Gillard, de nacionalidad belga, llegó a Colombia en 1965. Unos años después, ante la necesidad de sacerdotes en los sectores populares de Cali, vino al barrio Antonio Nariño. Eran terrenos de invasión. Por solicitud del Arzobispo, Monseñor Uribe Urdaneta, fundó la Parroquia del Santo Evangelio y construyó el templo. El P. Daniel era un hombre servicial que vivía el Evangelio de Cristo en el compromiso con los más pobres. En el servicio apostólico de una vida asuncionista “el anuncio de Jesucristo es inseparable de la promoción de todo el hombre, en la justicia, el amor y la unidad” (Regla de vida. fr 16).

Presentó proyectos a Bélgica, Holanda y Alemania y consiguió ayudas de estos países gracias a su capacidad intelectual, a su mística y dinamismo, y así organizó un Centro de Capacitación en beneficio de los habitantes del suroriente de Cali.

El martes 9 de abril el P. Daniel tuvo una reunión por la noche con unos agentes de una compañía de seguros, con el fin de estudiar las posibilidades de que los estudiantes del Centro de Capacitación tuvieran un seguro contra accidentes. “Porque si un muchacho -decía él- se parte un dedo, una mano, en una máquina, con qué le vamos a ayudar?”. Con voz fuerte añadió: *“Lo único que me interesa en mi vida es el ser humano, el prójimo”*. Esas fueron sus últimas palabras antes de irse en su campero a dejar a la gente en sus casas. Luego pasó lo inesperado.

En el comunicado que el Comando de la Tercera División del Ejército emitió se puede leer que “durante operaciones de control urbano que efectuaban integrantes de la fuerza pública, al disparar contra desconocidos que se desplazaban en un campero, fueron heridos el sacerdote belga, Daniel Gillard, párroco del Santo Evangelio en el barrio Antonio Naríño y la señorita Nohemí Arévalo, contadora de Caritas. El señor Rigoberto Cortés, quien los acompañaba, resultó ileso”.

¿Qué pasó allí? ¿Era necesario disparar contra personas por el hecho de ser desconocidas? Disparar a las ruedas del carro y allanarlo hubiera sido suficiente. Pero no matar. Debe haber respeto por la vida. No estamos en estado de guerra. El Presidente de la República, Belisario Betancur, lo repite con frecuencia: “estamos en el camino de la paz”. En esta situación de paz nos parece que hay una preocupación exagerada por la “seguridad del Estado”. Esta preocupación, que pretende defender al país contra la amenaza del terrorismo, lleva a instalar oscuros servicios de inteligencia, trayendo consigo una pérdida de la “seguridad de las personas” a cuyo servicio debe estar la seguridad del Estado. “En nombre de la Seguridad del Estado se institucionaliza la inseguridad de los individuos” (Puebla. # 314).

El mismo texto de Puebla va mucho más lejos: “El desarrollo económico y el potencial bélico se superponen a las necesidades de las masas abandonadas”, lo que conlleva el peligro de un distanciamiento entre el Estado y la Nación. Y no vemos cómo el empleo de la violencia pueda resolver estas necesidades apremiantes. Sin embargo, crece cada vez más alrededor nuestro la violencia como arma para resolver conflictos sociales, no sólo por parte de individuos aislados o de grupos organizados, sino, lo que es más inquietante, por parte del Estado y de sus aparatos de seguridad. Además, la violencia no es cristiana ni evangélica porque va contra la dignidad de la persona humana. Por ello es indispensable que los aparatos de seguridad del Estado se sometan a la ley y a la moral evangélicas. Una ley donde el mando esté al servicio del hombre (Mt. 20,25) y una moral donde el hombre valga más que cualquier precepto humano (Mc. 2,27).

Nos preocupa la falta de transparencia y el descontrol con que operan estos aparatos, produciendo numerosos abusos de los cuales algunos van saliendo a la luz pública,

mientras que otros van quedando consignados en sumarios y procesos y muchos más sólo se conocerán con el tiempo.

Estamos convencidos de que dentro de la situación actual se necesitan mecanismos eficaces para soluciones rápidas y audaces que permitan invertir los dineros de armamentismo en las necesidades de los pobres. “Cuando tantos pueblos tienen hambre, cuando tantos hogares sufren miseria, cuando tantos hombres viven sumergidos en la ignorancia... toda carrera de armamentos se convierte en un escándalo intolerable”. Esta frase de Pablo VI resulta particularmente apropiada.

Por tanto, a los gobernantes le pedimos que usen con justicia y moderación de los instrumentos de coerción y represión de que disponen y que lo hagan en defensa y en servicio de la vida del pueblo entero y no tanto para luchar contra la oposición o para afianzarse en el poder. A los militares cristianos los invitamos a integrarse plenamente a la comunidad cristiana y a conocer mejor el pensamiento actual de la Iglesia.

Nos parece, por fin, imprescindible, reforzar la lucha contra la mentira y la violencia que llevan a la muerte, en pro de la paz y la verdad que están al servicio de la vida.

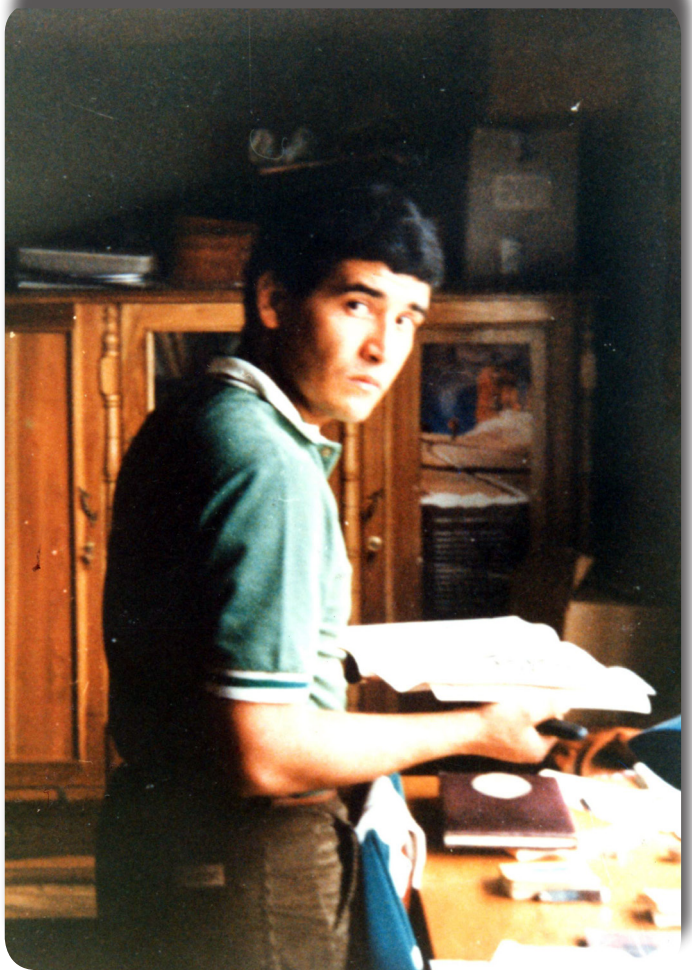
En este contexto queremos señalar dos cosas que nos preocupan: primero: la verdad. No podemos acostumbrarnos a un clima de verdades a medias, siempre favorecido por las restricciones a la libertad de información. Reafirmamos, una vez más, el derecho de todos los ciudadanos a una información veraz, completa y oportuna, recordando las palabras del Evangelio: “La verdad os hará libres” (Jn. 8,32). Segundo, el respeto. Tenemos que acostumbrarnos a no prejuzgar, por respeto a la dignidad de la persona. Sólo la justicia puede -con la limitación de los juicios humanos- determinar quién es culpable y quién no lo es. Por tanto, pedimos que se investigue el atentado contra la vida del Padre Daniel y que se sancione a los culpables.

Finalmente pedimos aquí a todas las organizaciones, y sobre todo a la Iglesia local y universal, la solidaridad humana, que no puede realizarse verdaderamente sino en Cristo, quien da la paz que el mundo no puede dar (Jn. 14, 27).

Padres Asuncionistas – Cali -

11

Antonio Hernández Niño



Abril 11 de 1986

Antonio Hernandez Niño

Abril 11 de 1986

“Toño”, como lo llamábamos todos sus amigos, nació en Bogotá el 23 de diciembre de 1960, como el menor entre 9 hermanos. Estudió su bachillerato en el Colegio Interparroquial del Sur, dirigido por los religiosos Marianistas, donde maduró en la fe cristiana que había recibido de sus padres. Posteriormente adelantó estudios universitarios en la Universidad de América donde se graduó en Ingeniería Química.

Su padre, Don José, uno de los primeros habitantes del barrio Tunjuelito, conoció de cerca al Padre Camilo Torres y trabajó junto a él, cuando iba allí con grupos de universitarios a desarrollar una experiencia piloto de trabajo social. El testimonio de Camilo marcó profundamente a Toño desde su niñez y conservó siempre una gran admiración por él.

Desde el colegio, Toño hizo parte de los grupos juveniles cristianos que buscaban comprometerse con la causa de la justicia. En 1982 se vinculó al equipo responsable de la revista Solidaridad y por esa misma época militaba en el Movimiento Camilo Torres, agrupación conformada por iniciativa de algunos ex prisioneros políticos beneficiarios de la Ley de Amnistía, que quisieron recuperar algunas de las ideas y programas del Frente Unido de Camilo.

En ese mismo año comenzó a hacerse sentir el alarmante fenómeno de la desaparición forzada de personas, como modalidad relativamente nueva de represión en Colombia, aunque en otros países latinoamericanos era ya práctica corriente. Un grupo de familias de personas desaparecidas, inspirándose en la lucha de las Madres de Plaza de Mayo, de Argentina, comenzó a hacer manifestaciones públicas de denuncia todos los jueves, hacia el medio día, por las calles centrales de Bogotá. Toño fue, desde el comienzo, uno de los incondicionales en esas marchas. Todos los jueves acudía, junto con algunos compañeros del Movimiento Camilo Torres, llevando una pancarta con la imagen gigante de Camilo. Desde entonces, la lucha de los familiares de desaparecidos era como su propia lucha. En aquel pequeño puñado de gente que

acudía a las marchas, desafiando el espionaje de organismos secretos del Estado, que enviaban siempre numerosos agentes camuflados como “fotógrafos” o “periodistas”, la presencia de Toño era compañía calurosa que daba seguridad y confianza a ese pequeño grupo de madres y familiares.

En una ocasión, cuando la marcha partió de la Universidad Nacional y se vincularon a ella numerosos estudiantes y algunos provocadores armados, Toño evitó una tragedia, pues un grupo de gente armada quiso provocar un enfrentamiento al pasar frente a la sede de un partido político de la oligarquía. Toño ayudó a entrar en razón a los supuestos estudiantes y a la policía.

La lucha contra la Desaparición Forzada fue uno de los ejes de su compromiso; un campo donde se desplegó su profunda solidaridad. Poco días antes de su muerte fue convocada una reunión, en una sede sindical, alrededor del tema de las desapariciones. Toño tuvo cierto temor de asistir, pues conocía el caldeado ambiente dentro del cual se preparaba dicha reunión. Pidió que otros lo acompañaran, pero las circunstancias no lo permitieron. Durante la reunión él habló con franqueza e hizo valientes denuncias. Pero muchos de los participantes en la reunión eran agentes secretos de organismos de seguridad del Estado. Pocas dudas quedan de que, luego de aquella noche, se tomó la decisión irrevocable de eliminarlo.

No obstante su personalidad un poco reservada, que reflejaba madurez y prudencia, era fácil percibir, al entrar en contacto con él, la radicalidad y la mística de su compromiso. No era un hombre de grandes discursos, pero sí de tenacidad en la acción. En muy pocas palabras transmitía la fuerza del volcán interior que lo habitaba. Reflejaba la tensión característica del apóstol; del que sabe cargar sobre sí el dolor ajeno; del que toma en serio los desafíos concretos de la cotidianidad; del que está convencido de que la aproximación histórica del Reino de Dios descansa también sobre su modesta acción.

Toño era, además, un hombre de profunda oración, lo que no era difícil descubrir en su perfil ascético. Podría decirse que su oración se transparentaba en su acción. Tenía presente constantemente a María, la madre de Jesús, interlocutora privilegiada de su plegaria y amor que había conservado de su educación marianista.

Camilo lo había marcado, más que con recuerdos afectivos, con la obsesión del “amor eficaz” al pueblo, a los desposeídos, al hombre aplastado por la violencia, a los pueblos dominados por el imperialismo.

El 8 de abril de 1986, en la noche, Toño participó en una reunión en la sede de la Juventud Trabajadora Colombiana donde se trató, entre otros temas, el de la visita del Papa Juan Pablo II a Colombia. Los grupos cristianos de base se esforzaban entonces por presentarle de alguna manera, al Papa, la dolorosa realidad del país. Luego de la reunión y de tomar un café con otro compañero en la cafetería Sahara, en un lugar céntrico de Bogotá, Toño se despidió para tomar un bus hacia su casa, donde nunca llegó.

Entre el 9 y el 11 de abril, su familia y sus amigos lo buscaron incansablemente por comisarías de policía, brigadas militares, sedes de organismos de seguridad del Estado, hospitales y anfiteatros. Se colocaron denuncias por su desaparición en muchos organismos, pero su detención no fue reconocida.

El viernes 11 de abril, su cadáver apareció en un basurero, en el kilómetro 10 de la carretera del norte. La necropsia dictaminó que la muerte se había producido pocas horas antes. Tenía los ojos vendados y las manos atadas. Su cuerpo presentaba algunos hematomas.

Un documento que reposa en la Procuraduría General de la Nación y que contiene las confesiones de un miembro desertor del Batallón de Inteligencia y Contrainteligencia Charry Solano, describe así los últimos momentos de Toño:

“El Señor Antonio Hernández Niño se despidió de Guillermo Marín en la carrera 7 con calle 11, abordó un bus con ruta Tunjuelito, se apeó del mismo en San Carlos y allí fue cogido por los agentes, introducido en un Nissan Rojo y conducido a las instalaciones del Charry.

El día jueves 10 de abril de 1986 a las 6 pm, el Coronel Iván Ramírez Quintero ordenó al Capitán Camilo Pulecio y al Teniente Mejía Lobo que esa noche debían despedir a los pacientes (matar) y botarlos en partes diferentes, es así como el Capitán Pulecio lleva en un Nissan al señor Hernández Niño y lo matan en la antigua Autopista Norte: el teniente Mejía Lobo en otro Nissan, junto con el Cabo Primero Gasca y el Sargento Bermúdez llevan al Batallón dos costales de empacar arroz y sacan de la camioneta al Señor Marín, lo meten en los costales y se dirigen al parque La Florida, allá lo bajan y una vez en el suelo proceden a dispararle y creyéndolo muerto se alejan hacia el Batallón.

Para el asesinato de estas personas se utilizaron 2 subametralladoras MP5 con silenciador; como el Señor Marín sobrevivió y efectuó las denuncias, el Coronel Ramírez me mandó en comisión para la III Brigada al B-2. La camioneta la reformaron como para pasajeros, aproximadamente a los tres meses. El entonces Procurador de la Nación, Dr. Carlos Jiménez, y el Procurador de las FFMM General Nelson Mejía Henao, efectuaron una visita a las instalaciones del Batallón, pero no obtuvieron resultados positivos.

El Coronel Ramírez ordenó buscar al Señor Marín para cogerlo y matarlo, pero este Señor se asiló en la Embajada de Francia y salió del país”.

De Toño puede decirse con verdad lo que el libro de la Sabiduría dice del justo que muere prematuramente: “Consumado en breve tiempo, cumplió con lo que se hace en una larga vida” (Sab. 4,13).

Impresionante fue ver su imagen dibujada en una enorme pancarta levantada por los grupos juveniles cristianos en la manifestación del 1° de mayo siguiente a su muerte.

Había que acostumbrarse a esa dura realidad: que aquel joven tenaz e íntegro ya no acompañaba, con su presencia física, al grupo de madres de desaparecidos. Qué doloroso fue tomar conciencia de su ausencia. Pero a través del dolor, se descubrió su presencia trascendente, aureolada con la gloria del Martirio, en todos los caminos de las luchas, donde se forja, entre dolores y lágrimas, la realidad del hombre nuevo y de la nueva humanidad.

UNA PÁGINA DE TOÑO HERNÁNDEZ

compuesta durante un encuentro de grupos cristianos

EL AUXILIO ME VIENE DEL SEÑOR

(Que a veces se esconde entre mi pueblo...

... la luz ya no llega de tan alto)

Hace mas tiempo nos parecíamos más

(y hacíamos menos)

Hermano, felizmente hermano.

En este nuevo encuentro he hallado un poco del hombre Nuevo.

un poco del hombre viejo.

La senda única o no es tan estrecha o no posee buena iluminación:

a veces como que no nos vemos.

Hermano, felizmente hermano:

En este eterno encuentro

más confianza más amor.

Me encontré al obrero que aún no ha emigrado

al futuro poblador de mi ciudad

de mi barrio

de mi cuadra

y si me atrevo, quizás a la semilla que

creciendo habrá un día de habitar mi casa.

Me encontré 100 Camilos

y mil "Che" Guevaras

montones de Marías

miles de esperanzas

a un Jesús que, que me hablaba

que no entiendo del todo

pero a pesar me habla.

*Me parece ver
que el sol también duerme en las montañas.
Supe que el sol sale de entre las montañas
y nos da calor y nos da luz
y nos dice que siempre hay un mañana.*

*Recordé que había encontrado a Dios
y que ya sabía de María Latinoamericana.*

*Haber encontrado
además a mis viejos amigos,
a mí mismo,
a un camino lleno de barro
(transitorio para mi, permanente para ellos)
al campesino
del panfleto escrito en la ciudad
(reflexionado en la ciudad, enmarcado en la ciudad):
a la esperanza del Reino
(viva en la desinformación del campesino,
en la acogida del campesino
en la serenidad del campesino
en la verdad del campesino
en el cansancio del campesino).*

*Me encontré
otra verdad,
que el camino
es más largo (y no se agota)
que las sendas, las vías y caminos,
(todos deben ser recorridos),
requieren labriegos de las sendas
constructores de sendas, reparadores de caminos.*

12 Padre Bernardo López Arroyave



Mayo 25 de 1987

Padre Bernardo López Arroyave

Mayo 25 de 1987

Bernardo nació en Montebello (Antioquia) en 1933, en el seno de una familia campesina, pobre, numerosa y profundamente religiosa. Otros tres de sus hermanos fueron sacerdotes.

Su primera vocación fue de dirigente político, en las filas del Partido Conservador, donde ascendió rápidamente gracias a sus extraordinarias dotes oratorias. En 1961 le correspondió abrir la campaña presidencial de Guillermo León Valencia en Antioquia, junto a la casa natalicia del ex Presidente Marco Fidel Suárez (en Bello Antioquia) con un fogoso discurso. Estudió Derecho en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, donde se graduó como abogado, y fue diputado a la Asamblea Departamental de Antioquia.

En 1962 decidió retirarse de la política e ingresar al Seminario de Vocaciones Tardías de la Ceja, Antioquia, donde fue compañero de quien posteriormente fuera Ministro de Cultura del Gobierno Sandinista de Nicaragua, Ernesto Cardenal.

Un sacerdote español, profesor de Teología en el Seminario de La Ceja, influyó profundamente en él con sus ideas sociales. Allí Bernardo dio un gran vuelco en su mentalidad y comenzó a descubrir el carácter opresor del sistema vigente y el papel que juega, dentro del establecimiento, la religiosidad tradicional. Las posiciones críticas que asumió luego dentro del mismo Seminario, le causaron conflictos con sus superiores. En una ocasión le correspondió predicar dentro de una ceremonia a la cual asistía un numeroso grupo de Obispos; hizo uso de su fogosa oratoria para criticarlos públicamente por su falta de pobreza y por el ejercicio dominante del poder. Este incidente condujo a su expulsión del Seminario.

Luego fue recibido en la Diócesis de Barrancabermeja y terminó sus estudios en la Universidad Javeriana de Bogotá. El 22 de agosto de 1968, durante el XXXIX Congreso Eucarístico Internacional, en Bogotá, fue ordenado sacerdote por el Papa Pablo VI.

Su primera Parroquia fue la de Puerto Berrío, en el Magdalena Medio. En diciembre de 1968 asistió a la segunda reunión del Grupo Sacerdotal Colombiano Golconda, y desde entonces no dejaría de formar parte de esos grupos de sacerdotes que se pronunciaban críticamente frente a las diversas coyunturas nacionales, primero Golconda, y luego el grupo de Sacerdotes para América Latina -SAL-.

Bernardo inició su ministerio sacerdotal en un momento de gran efervescencia. El mensaje de Camilo Torres -que le impactó profundamente- estaba aún fresco y activo. La Conferencia del CELAM, de Medellín, había desatado fuertes movimientos de reflexión y acción en favor de un cambio social en América Latina. La naciente Teología de la Liberación estimulaba a un compromiso radical a muchos cristianos. Bernardo fue hijo fiel de este momento histórico que lo marcó profundamente. Toda su vena emotiva, su fogoso temperamento, sus dotes oratorias y de liderazgo, todo en él se puso al servicio de este ideal cristiano revolucionario, que alcanzó niveles de fuerte concentración energética en el momento histórico en el que él buscaba darle un perfil básico a su sacerdocio y un sentido profundo a su vida.

Llamado a ejercer su ministerio en una región especialmente conflictiva y violenta, como es el Magdalena Medio, Bernardo rápidamente “tomó partido”. En sus homilías e intervenciones públicas fue implacable con los ricos, con la injusticia y la explotación, con la corrupción y el engaño, con la politiquería sucia y con la educación alienante. La denuncia en sus labios fue cruda y violenta, y su afán por abrirle los ojos a los pobres y explotados para que sacudieran toda clase de yugos, fue apasionado y cautivante. Por eso, frente a él era imposible permanecer neutral. Rápidamente se ganaba el odio y la persecución de los poderosos y el cariño, la solidaridad y la admiración de los humildes y de los inconformes.

Quienes lo conocieron de cerca nunca pudieron extrañarse de la persecución ensañada de que fue víctima. Las etapas de su itinerario apostólico fueron marcadas por violentos atentados contra su vida:

- En 1972 una bomba destruyó parte de su Casa Cural en Puerto Boyacá.
- En 1982, en Estación Cocorná, escapó tres veces de atentados preparados para matarlo, gracias a avisos oportunos que le dieron sus amigos. En una ocasión fue el mismo asesino, que había sido pagado para matarlo, quien le pidió que huyera, pues él no se atrevía a ejecutar el crimen.
- En 1983, en San Vicente de Chucurí, fue allanada brutalmente su Casa Cural por un nutrido grupo de paramilitares.
- En 1984, en la Estación Virginias, una noche entraron 40 paramilitares a la Casa Cural disparando contra él, pero él no se encontraba.
- Todo le aconsejaba salir del país para salvar su vida. Por ello, en 1985 pasa unos meses en Costa Rica y luego en Nicaragua, pero su amor por la patria lo hizo regresar más pronto de lo pensado.
- En 1986, al tratar de reubicarse en Barrancabermeja, en la Parroquia de las Granjas falla otro atentado contra él, durante una Eucaristía, gracias a que amigos suyos advirtieron a tiempo el peligro.

- Finalmente tuvo que refugiarse en la Diócesis de Sincelejo, donde su obispo, Monseñor Héctor Jaramillo, lo acogió con cariño. Sin embargo, hasta allí lo persiguieron sus asesinos. El 25 de mayo de 1987, dos jóvenes sicarios llegaron hasta el municipio de Sincé (Sucre) donde Bernardo ejercía como párroco provisionalmente, desde febrero de ese mismo año. Uno de los sicarios disparó contra él, mientras el otro tenía la moto lista para huir. El pueblo de Sincé persiguió a los sicarios Dagoberto Parra Hincapié y Alvaro Sepúlveda Quintero, hasta capturarlos. Más tarde fueron condenados por el Juzgado Primero Superior de Cali, pero todo el mundo sabe que detrás de estos jóvenes se esconden los verdaderos asesinos, que no han sido tocados por la justicia.

Bernardo, como pastor, promovió la Comunidad como punto de referencia fundamental de la vivencia y desarrollo de la fe. Organizaba asambleas veredales y grupos juveniles, pero al mismo tiempo dedicaba grandes esfuerzos a formar catequistas y animadores de las comunidades. Insistía en una evangelización contextualizada por un desarrollo integral de la comunidad; por ello promovía cursillos de formación técnica, cooperativas, grupos de salud, etc.

Si bien nunca quiso volver a ser líder político, pues amó entrañablemente su sacerdocio como el don máspreciado de su vida, sin embargo, estimuló el compromiso político de sus feligreses, de sus catequistas, de los líderes, animadores y miembros de sus comunidades. Para él, la fe cristiana debía llevar necesariamente a un compromiso político liberador, pues no concebía a un creyente no comprometido radicalmente en la construcción de una sociedad justa e igualitaria, o que no luchara contra las manifestaciones históricas concretas de la injusticia y la opresión. En el contexto colombiano, consideró a las organizaciones guerrilleras opciones válidas para encarnar el compromiso cristiano liberador; por eso fue apasionado admirador de Camilo Torres.

Sus catequesis y sus celebraciones eran atractivas para la gente sencilla, pues no perdía oportunidad de ayudar a la gente a tomar conciencia de la injusticia, y lo hacía de manera pedagógica, con abundantes recursos humorísticos y con un lenguaje tan popular, que asumía incluso los términos vulgares más comunes en el lenguaje del pueblo, de modo que la gente lo sentía cercano.

Pero si su palabra cautivaba a la gente del pueblo, su testimonio convencía. Era un hombre realmente pobre y desprendido de toda posesión. Cuando huía de un atentado, salía con la ropa que tenía puesta, y nada más. Sólo era necesario, después, recuperar su breviario y unas pocas mudas de ropa.

Amante fervoroso de la Liturgia de las Horas, los salmos y las lecturas bíblicas y patristicas le inspiraron siempre profundas meditaciones para su encuentro matutino con el Señor, compromiso que nunca abandonó a no ser por una fuerza mayor.

Su lectura del Evangelio, siempre desde la óptica del pobre y del oprimido, así como la audacia de sus denuncias, fueron perfilando su identidad cristiana y sacerdotal en una línea profética y martirial.

Algunos de sus amigos cercanos lo consideraron, de manera irremediable, como predestinado al martirio, dado el radicalismo de sus opciones y la audacia de su palabra, que debían enfrentarse, necesariamente, con una sociedad injusta y violenta, con un establecimiento criminal y con un Estado terrorista. Pero el mismo Bernardo fue asimilando ése su destino; por ello dijo repetidas veces: “Yo sé que me van a matar... no sé cuándo... por eso me mantengo preparado para comparecer ante el Señor Jesús”.

AUTOBIOGRAFÍA

El 15 de febrero de 1986, cuando se cumplieron 20 años de la muerte en combate del Padre Camilo Torres Restrepo, Bernardo pronunció este emocionado discurso en un acto público de homenaje a Camilo, en el Club Infantas de Barrancabermeja (Santander), el cual resultó como una autobiografía. Es difícil transmitir en esta transcripción de la grabación toda la emoción y fogosidad de sus palabras.

“Compañeros que en esta tarde tenemos la dicha de reunimos en asamblea popular, para celebrar el vigésimo aniversario de la caída de Camilo Torres, combatiendo en Patio Cemento:

Sepamos, de una vez por todas, que Patio Cemento no es un lugar de muertos, es el símbolo de la resurrección y el faro prendido en la mitad de la patria, para iluminar la oscuridad horrenda de la oligarquía, que ha de caer bajo el peso del combate popular.

No hay, por esto, un momento más feliz en la vida de un hombre, que aquel en que se descubre que la vida sólo tiene sentido cuando uno toma la inquebrantable decisión de perderla, para que la historia cambie y el pueblo viva.

Esta tarde, compañeros, vengo aquí con la misma consigna -guardadas las proporciones- con la misma consigna del gran Camilo. Vengo como sacerdote, como revolucionario y como hombre que se fraguó en la oscura cárcel que llaman dizque las “Escuelas del Derecho”, que no son más que las cárceles de la opresión; porque yo hice carrera de Derecho en la Universidad Pontificia Bolivariana, y me parece que nunca anduve más torcido en mi vida.

Como cristiano tuve la oportunidad de vivir, con la mayor intensidad, lo que se llama la religiosidad popular. Creía a ojos cerrados en todo lo que enseña, en todo lo que enseñaba la Iglesia tradicional. Viví con una gran honestidad ese proceso. Después ingresé a la Universidad Pontificia Bolivariana en donde pude hacer la carrera de Derecho, y me di cuenta de cómo se engaña al pueblo y cómo se manipula la cultura en favor de las clases dominantes. Yo repetía como un pobre loro de la costa (no quiero decir que los costeños sean loros}, repetía como un mismo loro: la propiedad privada es intocable y el que la tiene puede hacer, deshacer y volver a hacer lo que le de la gana con ella. Y yo lo repetía con la mayor ingenuidad. ¿Cómo no iba a repetirlo, si pertenecía al Partido Conservador colombiano?

Después ingresé al seminario porque entré en la dinámica de la religiosidad popular. Es muy natural que un muchacho de conducta más o menos aceptable pueda ingresar a la escuela sacerdotal, y en lo mío, por ese alegre deseo de servir a los pobres que aprendí en un hogar pobre. Ingresé al seminario pero con los mismos criterios con que se ingresaba siempre al seminario: criterios arribistas. Les voy a hacer una confesión esta tarde, que no le he hecho a nadie: cuando ingresé al seminario después de haber sido abogado y diputado a la Asamblea con gloria, ingresé con el no disimulado e inconfesable deseo de ser Obispo.

En el seminario me encontré con un sacerdote español, más o menos de la estirpe de Domingo Laín, y allí, al encontrarme con él, empezó a quitarme las vendas que me habían ocultado la realidad popular por tantos años; y trabajé con él. La primera vez que me encontré con él no hice más que bostezar porque no lo entendía. ¿Cómo lo iba a entender si estaba tumbándome todos los privilegios a que yo aspiraba y que abrigaba desde siempre? Y cuando logré entenderlo, y cuando logré descubrir lo que este hombre me decía, descubrí mi propia historia, compañeros: descubrí el hambre que yo sufrí de niño; descubrí la historia de mi padre, campesino, que en el año 30, cuando la crisis, un millonario del pueblo le quitó su pequeña parcela, por la desgraciada deuda de treinta pesos; y al otro día comenzó mi padre, hombre bueno y transparente, limpio y maravilloso, como el campesinado colombiano, comenzó a trabajarle al terrateniente por la vil suma de dos pesos, desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, para podernos dar un mendrugo de pan, pues no comíamos, por ejemplo, carne, en toda la semana. Y en los siguientes nueve años. después de la muerte de mi padre, yo aguanté hambre; apenas con un mendrugo de pan por la mañana y otro por la tarde, tenía que ir a la escuela.

Y esa historia que se me había ocultado, esa historia que había estado enterrada bajo una aparente religiosidad, se me destapó por fin, pues pude comprender que no hay derecho, en nombre de Cristo liberador, a taparle el proceso revolucionario a los pueblos.

Perdónenme, compañeros, si esto va adquiriendo como visos de autobiografía, pero en manera alguna quiero que ese sea el objetivo central. Lo que estoy buscando es que ustedes adviertan un proceso que muchas veces no alcanzamos a visualizar con exactitud, y en el cual podemos correr serios peligros de no hacer crecer el movimiento popular.

Les estoy contando cómo yo pertenecía a la religiosidad popular; les estoy contando mi proceso: como yo pertenecí, por arribismo, por arribismo natural y consecuente, pertenecí a la clase oligárquica: fui diputado a la Asamblea por el Partido Conservador. Todo esto lo estoy contando para que vean cómo los procesos hay que aceptarlos, porque la mayor parte de los que estamos aquí, los mayores, o fuimos conservadores o fuimos liberales, no para vergüenza nuestra, sino como fruto natural de la organización capitalista, a través de su aparato político.

Entonces, cuando yo en el seminario logré descubrir estas cosas, comencé, con la misma honestidad con que había hecho otras, comencé a luchar. Fruto de ese espíritu combativo que nació al pie del sacerdote español fue el que me expulsaran del seminario. Me expulsaron del Seminario de la Ceja. Me mandaron para la Universidad Javeriana. Y ya cuando uno está tocado de este virus maravilloso y gigantesco de los procesos revolucionarios, sabe, de una vez por todas, que es incapaz de dar un paso atrás y que está muy dispuesto a tomar en sus manos la consigna del gran Camilo: “Ni un paso atrás y lo que ha de ser, que sea”.

Después, compañeros, al salir como sacerdote al trabajo, me han tocado estos dulces lugares: Puerto Berrío, Puerto Boyacá, Estación Cocorná, Virginias, San Vicente de Chucurí, y el último fue Virginias en que, en el cuarto atentado de cuarenta hombres del MAS, entraron y tumbaron todas las puertas de la Casa Cural y permitió Dios que no estuviera yo ahí sino en una vereda, y si no, ustedes saben cuál habría sido la suerte que me hubiera correspondido.

Entonces, todo esto es un proceso: es el proceso que con devoción, que con amor, que con entusiasmo, que con consagración revolucionaria tenemos que hacerle a nuestro pueblo.

Nuestro pueblo está oprimido. Nuestro pueblo no solamente está explotado a nivel económico sino que padece todavía una explotación más salvaje: la explotación cultural. Hay que ver lo que es el bombardeo de la prensa, de la radio y de la televisión sobre la mente campesina, que no ha podido dar los primeros pasos en la posibilidad de leer y escribir, para entrar en un proceso crítico que le permita visualizar las brutalidades del sistema en que nos movemos. Por eso hay que negar pastillitas al hombre pobre, así sea conservador o liberal, así nos insulte, porque nosotros sabemos que él también es producto de toda esta dolorosa tragedia que tendió la oligarquía sobre el pueblo colombiano.

Cuando me acerco a los señores Obispos, los comprendo; cuando me acerco a mis compañeros sacerdotes, los comprendo: trato de dar un mensaje desde mi vida, como lo dio Camilo, porque yo entiendo lo que significa desprenderse de esa cosa horrible que son las incitaciones del capitalismo. ¿Saben ustedes lo que es, que a uno, como cura salido de un ambiente campesino, le ofrezcan un carrito? ¿Saben ustedes lo que es eso? ¿Saben ustedes lo que significa vivir en la mejor casa del pueblo? ¿Saben ustedes lo que significa tener la bondad, el servicio, y la reverencia de todo un pueblo? ¿Saben lo que ocurre? ¿Saben lo que eso corrompe a gran parte de la Iglesia de Jesucristo? ¿Saben lo que eso significa?

Compañeros: mi mensaje esta tarde viene a decirles -respetando profundamente a los compañeros que no tienen creencias, que no tienen fe-: compañeros, yo lo que sé de mí es que me siento con la alegría de estar inmerso en el proyecto revolucionario. Me siento alegre.

Les decía, compañeros, que el momento más privilegiado en la conciencia de un ser humano, es cuando aprende a asumir que hay tales valores por los cuales luchamos, que ya la vida solamente se siente como válida en función de la entrega total a esos ideales. Y el primero en mostrar esas calidades, esa fuerza indestructible de un espíritu creador y de un espíritu consciente, Jesús de Nazareth. Cuando iba él hacia Jerusalén, le dijo a los apóstoles: “Miren, a mí nadie me quita la vida, yo la entrego voluntariamente”. Y la entregó voluntariamente, porque con esa entrega, con ese gran grito perdido en el calvario, Jesús de Nazareth iba gritando a la humanidad entera: vale la pena morir cuando se trata de construir la fraternidad universal; vale la pena morir cuando se trata de hacer caer del poder a los opresores; cuando se trata de hacer que todos los que quieran dominar y aplastar a los hombres caigan para que surja libre, espontánea y generosa, la conciencia universal de que somos hermanos, y la que como tales debemos vivir, si queremos vivir en paz. La paz solamente, entonces, puede surgir, como producto de la igualdad de todos los hombres.

Por eso esta tarde, compañeros, digamos con alegría, con entusiasmo y con fe, y con nuestro gran compañero Camilo Torres: “La lucha es larga, comencemos ya”.

13 Indígenas y Catequistas de Neiva



**CARLOS ARTURO
PÁEZ LIZCANO**



**SALVADOR NINCO
MARTÍNEZ**



**LUZ STELLA VARGAS
TIERRADENTRO**



**NEVARDO FERNÁN-
DEZ OBREGÓN**

Octubre 23 de 1987

Indígenas y Catequistas de Neiva **Octubre 23 de 1987**

Carlos Arturo Páez Lizcano
Salvador Ninco Martínez
Luz Stella Vargas Tierradentro
Nevardo Fernández Obregón

En 1983, un grupo de indígenas hasta entonces dispersos por los apremios de la pobreza, decide congregarse y recuperar su pasado, su identidad y sus tierras. Eran descendientes de los Páez y los Tamas. Cuentan ellos mismos, en sus documentos, que en siglo XVI sus antepasados vivieron en la cima de una montaña, cerca de donde hoy está la cabecera municipal de Rivera (Huila). Derrotados por los conquistadores, conformaron más tarde una pequeña aldea en el pie de la montaña. De allí las epidemias los hicieron salir y los blancos se apoderaron de esas tierras. Saben que en 1612 había sido constituido un Resguardo por Diego de Ospina y Medinilla, pero la Escritura de tal Resguardo fue quemada por los blancos invasores.

El 30 de diciembre de 1870, mediante la Escritura No. 478 que aún se conserva, les fueron reconocidos terrenos de Resguardo en las riberas del río Magdalena, cuyo centro era el caserío de San Andrés de Los Dujos, hoy ocupadas por las empresas “Agropecuaria Trapichito” y “Empresa Avícola Trapichito”, cuya propiedad reivindican los hermanos Olivert y Hernán Lara Perdomo. Los Lara Perdomo sostienen que su bisabuelo compró las tierras de la Hacienda Trapichito desde 1830 y las vendió a su abuelo, Ricardo Perdomo, en 1890. Esto no deja de ser extraño, dado que la legislación colombiana prohíbe vender a particulares las tierras de los Resguardos Indígenas.

A pesar de que el caserío de San Andrés de Los Dujos lo tenían cercado con murallas de barro, fueron obligados a trasladarse a otro caserío: Espíritu Santo del Caguán.

Allí hubo una capilla que guardaba una pequeña imagen de San Roque a la cual acudían multitudes en tiempos de pestes; por ello la capilla se convirtió en Santuario, que recaudó grandes tributos en oro y plata, los que engrosaron las arcas de la Iglesia. Venido a menos el santuario, el caserío fue desapareciendo y sus tierras acaparadas por los blancos.

En 1982, 42 familias que se reconocían como descendientes de aquellas comunidades de Los Dujos y el Caguán, decidieron invadir un terreno, pero fueron desalojados con violencia. Los cuarenta y dos ranchos fueron quemados. En uno de ellos se encontraban dos niños; uno murió y el otro quedó inválido.

El 15 de abril de 1983, ese grupo de familias se constituye como Cabildo Indígena y comienzan a exigirle al Estado que les devuelva al menos una partecita de su antiguo Resguardo. Comienzan a hacer chozas y a trabajar en el río, sacando arena y piedra, dentro del territorio que fue de sus antepasados. La persecución, sin embargo, no se hace esperar.

El primero de enero de 1986 deciden arriesgarse a recuperar la tierra de sus mayores e invaden parte de la hacienda Trapichito, pero son violentamente desalojados por la Policía. El 5 de enero se toman, entonces, la isla Cuba, dentro del río Magdalena, cuyo terreno no figura en las irregulares escrituras que exhiben los Lara Perdomo, pues, según el Código Fiscal de 1912, las islas de los ríos navegables son terrenos baldíos. Con todo, los Lara acusan a los indígenas de invasores y entablan un proceso penal contra ellos.

El 29 de enero de 1987 el Juzgado II Penal del Huila ordena el desalojo de la Isla. De las 120 familias que se habían vinculado a esta lucha, ya sólo quedaban 23. Las demás, fatigadas y aterrorizadas, depusieron su lucha.

La decisión de desalojo fue apelada. Tanto el Fiscal del Tribunal como el Procurador Agrario le dan la razón a los indígenas y piden que al menos el litigio no se dirima en la Jurisdicción Penal, sino en la Civil, donde sea examinada la legitimidad de los títulos sobre la tierra. Sin embargo el 23 de abril de 1987 se ordena nuevamente el desalojo. Hay violentos enfrentamientos y los indígenas se resisten a salir.

El 19 de octubre se lleva acabo una reunión en la oficina del Plan Nacional de Rehabilitación. Asisten delegados de distintas instancias del Estado, de los indígenas, Hernán Lara Perdomo y su administrador Gilberto Vargas Trujillo. Queda muy claro que los Lara se niegan rotundamente a aceptar a los indígenas dentro de lo que ellos consideren su propiedad. Se acuerda, sin embargo, posponer un poco el desalojo, mientras se busca la reubicación de los indígenas.

Entre tanto, la comunidad indígena ha ido demandando la solidaridad y el respaldo de sectores populares. Un Comité de Solidaridad y Emergencia con los Indígenas y Campesinos fue conformado el 18 de octubre. Por eso el 22 de octubre el gobernador

del Cabildo, Carlos Arturo Páez, en compañía de Salvador Ninco y de dos catequistas de la Parroquia de Jesús Obrero, de Neiva, se desplazan a la vereda Los Rosales, del municipio de Campoalegre, donde otros campesinos luchan por la tierra.

El hostigamiento a que había sido sometida la comunidad indígena y todos sus colaboradores era cada vez más preocupantes. Varios indígenas habían sido detenidos de manera arbitraria; gente armada rodeaba la isla; el administrador de Trapichito y la Policía no cesaban de insultar y proferir amenazas. Entre tanto, en Neiva, las organizaciones de base eran igualmente víctimas de campañas intimidatorias.

Cuando el 22 de octubre, los cuatro integrantes del Comité llegaron a Campoalegre, antes de continuar hacia la vereda Los Rosales, fueron detenidos por la Policía del lugar, pero su detención no fue reconocida. El domingo 25, sus cuerpos aparecerían torturados y descompuestos, en zona rural del municipio del El Hobo.

El libreto del crimen parecía calculado con minucia. El mismo 22 de octubre a las 7:30 de la mañana, a la misma hora en que los indígenas y los catequistas tomaban el bus para Campoalegre, salía de Neiva una camioneta de la SIJIN al mando del Capitán José Patrocinio Santander (Jefe de la Sijin-Huila), en compañía del Sargento segundo Julio Cesar Russi Igua, y los agentes Eliécer Hurtado y José Patrocinio Arteaga. Aunque su destino era el municipio de Garzón, se sabe y consta que el Comando estuvo en Campoalegre, entre las 9:15 y las 9:45 de la mañana, exactamente el lapso en el que se produjo la captura de los miembros del Comité.

El mismo 22 de octubre, a las 5:10 de la tarde, los agentes de la Policía Pastor Cáceres y Darío Ávila, salen vestidos de civil hacia el municipio de El Hobo a realizar “labores de inteligencia”, pero sus nombres no son registrados en los libros de la Estación de El Hobo. Cuando fueron interrogados, estos agentes se contradijeron respecto a los lugares que visitaron y a sus fechas de regreso.

Pese a que la Policía de Campoalegre niega que los miembros del Comité hayan sido detenidos, hubo testigos que observaron, hacia la media noche de ese mismo jueves 22 de octubre, que cinco personas eran sacadas del Comando de la Policía y subidas a un camión. En efecto, un quinto cadáver no identificado, apareció junto al de los indígenas y los catequistas. El Alcalde de El Hobo, sargento retirado de la Policía, “olvidó” tomar huellas dactilares en el levantamiento del cadáver, para proceder a su identificación.

No es, pues, arbitrario, deducir una estrecha coordinación entre las autoridades policiales de Neiva, Campoalegre y El Hobo para que el crimen pudiera consumarse con plenitud.

Tanto el Juez VIII de Instrucción Criminal ambulante de Huila como la Procuraduría Delegada para la Policía Nacional, cerraron el círculo de la impunidad ya trazado por las calculadas tácticas de los ejecutores del crimen. En efecto, se orientó la investigación

de la autoría material contra el administrador de la Hacienda Trapichito (cuando sólo cabría presumir en él una autoría intelectual); se aceptaron las en extremo negligentes diligencias de levantamiento de los cadáveres y necropsias, sin ordenar ni exhumación de cadáveres ni prácticas de pruebas de balística; no se quiso ni identificar ni interrogar al personal de servicio en el Comando de Policía de Campoalegre, a pesar de la insistencia de los familiares y organismos de Derechos Humanos; se descartaron todos los indicios que comprometían a los miembros de la Policía que se desplazaron de Neiva a Garzón el 22 de octubre, así como los que se desplazaron de Campoalegre a El Hobo; ni siquiera las evidentes contradicciones e incoherencias que saltan a la vista en las pocas declaraciones tomadas, les movieron a establecer hipótesis.

Todo concluyó el 27 de mayo de 1988. cuando la Juez ordenó “cesación de procedimiento” y el 28 de septiembre del mismo año, el Procurador Delegado para la Policía Nacional ordena el “archivo” de las diligencias.

LAS VICTIMAS

Carlos Arturo Páez Lizcano:

Nació en enero de 1948 en el corregimiento de El Caguán. Fue uno de los líderes que reagrupó a la comunidad indígena, investigó la historia hablada y escrita de sus antepasados, buscó la asesoría de otros Cabildos indígenas y ayudó a reconstruir el Cabildo del El Caguán-Los Dujos. Ocupó allí los cargos de Tesorero, Alcalde y Gobernador. Se preocupó siempre por que niños y jóvenes del cabildo fueran asimilando su historia y comprometiéndose en la lucha, pues era consciente de que podía morir asesinado a causa de su compromiso.

Salvador Ninco Martínez:

Nació el 26 de febrero de 1965 en el corregimiento de El Caguán. Trabajó como jornalero y por temporadas ayudaba en las tareas de organización del Cabildo. Representó a este en varios eventos nacionales y regionales de Solidaridad Indígena, Campesina y Popular.

Luz Stella Vargas Tierradentro:

Nació en Neiva el 15 de agosto de 1964 en el seno de una familia pobre donde fueron 5 hermanos. Ayudaba a su madre en algunos trabajos para conseguir el sustento y participaba en el grupo de teatro “Tupac”, de la Parroquia de Jesús Obrero. Al lado de Nevardo se fue comprometiendo en tareas de solidaridad. Visitó muchas veces la isla de Cuba, donde ayudaba en la atención de los niños indígenas y fue integrante del Comité de Solidaridad y Emergencia de los indígenas y campesinos. Desarrolló una profunda sensibilidad frente a la solidaridad y la justicia. Durante los últimos meses había sido persistentemente amenazada por hombres armados que se movilizaban en motos, quienes le exigían retirarse del grupo de teatro. Ella manifestó repetidas veces

a sus amigos cercanos que el trabajo de concientización y de servicio a la gente más oprimida era lo que le daba sentido a su vida y que no lo abandonaría, así le costara la vida.

Nevardo Fernández Obregón:

Nació en Bogotá el 1 de noviembre de 1962. Luego de terminar su bachillerato, prestó el servicio militar, estudió Arte y Teatro y luego Pedagogía, estudios que no concluyó. Buscó por varios caminos el desarrollo de una vida espiritual intensa. Se sintió particularmente atraído por la espiritualidad franciscana, lo que lo llevó a buscar una inserción en medios pobres y marginados. Pasó algunos meses en el Cauca al lado del sacerdote indígena Álvaro Ulcué (asesinado en 1984). Desde 1986 se vinculó a un trabajo popular en zonas marginales de Neiva, donde estableció su vivienda. Trabajó como profesor de primaria en la Escuelita Claretiana de “Filo de Hambre”; organizó grupos de teatro; fue animador de las comunidades eclesiales de base y fue integrante del Comité de Solidaridad y Emergencia con los indígenas y Campesinos. Su compromiso cristiano en medios empobrecidos y atravesados por agudos conflictos sociales, le inspiró profundas reflexiones, oraciones, poemas y canciones donde se fue plasmando el sentido de su vida y la aceptación generosa de todo el sufrimiento que esto le implicaba, incluso el riesgo constante de la muerte.

CANTO MENOR PARA LOS CAÍDOS EN EL HOBO

J.G.G. - Sevilla, enero 3 de 1988

Mil novecientos ochenta y siete...

El 22 de octubre

*el sol, ángel guardián insomne,
se nos llenó de niebla a pleno día.*

Ojo-testigo fiel

que siguió paso a paso

la breve caravana de víctima y mastines.

Y gritó su lamento el gran llano en silencio

que se sorbió la sangre

toda ella caliente

para ser fecundado por raza de valientes.

Y acogió, madre buena.

los cuerpos abatidos, como cogollos tiernos,

por el golpe letal del mercenario.

El veintidós de octubre

los mastines del régimen

celadores de la riqueza ajena,

perdidos para el amor humano,
 adiestrados para la tortura, insaciables de escarnio,
 que vendieron sus fauces sanguinarias
 por pálidas monedas recibidas
 de blancas manos lánguidas ociosas
 que han llenado sus arcas con rapiña,
 para la usura magas,
 ávidas de tierras y de vidas,
 que se nutren de horror,
 manos nefastas,
 se llenaron de muerte y de lascivia
 y agredieron la conciencia naciente
 de Estrella, Luz Stella, Luz fulgente
 que en el supremo instante de la vida
 logró su fulgor último
 y junto al que ella amaba
 cayó valientemente.

Y quebraron el cuerpo de Salvador, carne primera
 nutrido con los limos del río Magdalena
 con la dulzura de la sandía y la papaya rojas
 y con sus zumos sazónada creció su rebeldía
 y su coraje y fuerza no vencida.

Y rompieron el pecho varonil de Carlos Páez,
 paéx-tama, recio como el roble
 que rescató de la región del olvido y la ceniza
 la bandera de Juan Tama y Quintín Lame
 y ofreció su rostro de pedernal insobornable
 a las avaricias del terrateniente
 que invoca títulos robados
 y se cubre tras la señal de la cruz plácidamente.

Y vaciaron el cuerpo de Nevardo:
 dulzor de manzana,
 vida ofrendada,
 pie misionero.
 mano prodigiosa,
 voz de jilgero,
 son de guitarra,
 canción prodigada
 que despertó la conciencia adormecida
 y levantó torbellino huracanado de repente.
 Hermano solidario del despojado,
 cantor de las humildes desesperanzas,

*destino unido al sino del humillado,
y con ÉL, también él CRUCIFICADO.*

*Se saciaron de sangre y de despojos,
se envilecieron en su propia miseria,
regresaron vencidos.*

*No supieron
que sus víctimas, todas inocentes.
no mueren, VIVEN,
están transfiguradas,
resucitan en la indomable voluntad del pueblo,
en sus luchas constantes,
por conquistar la vida y derrotar la muerte.*

*No supieron
que la sangre ilumina un nuevo día,
prende en la tarde luces libertarias
y es el cimiento incommovible
de una Patria nueva
donde el sol es de todos
y la lluvia fecunda una tierra que es de todos,
donde fábrica y máquina es de todos
y todos los humildes y explotados
nos unimos en un abrazo inmenso
y alzamos la bandera florecida
v entonamos el canto de la VIDA.*

HOMILÍA

Texto de la homilía pronunciada en la ceremonia de inhumación de los restos de Nevarro Fernández, en la iglesia de San Ignacio de Bogotá, el 23 de octubre de 1991.

“Cada vez qué nos encontramos frente a unos despojos humanos, signo evidente de la fragilidad y de la caducidad de nuestra existencia terrena, nos preguntamos por el sentido que tiene nuestro vivir en la tierra, nuestro caminar por la historia.

Nadie tuvo jamás el privilegio de asomarse con clarividencia al momento final de su vida, para desde allí hacer opciones que lo llevaran a recorrer su propia existencia por la ruta que mejor le garantizara esta evaluación final: valió la pena vivir así.

La ausencia de esa seguridad nos lleva a apoyarnos en testigos de valores; en personas cuya vida pueda ser evaluada con esos “vale la pena”: vale la pena vivir así, vale la

pena comprometerse así, vale la pena sacrificar lo que este sacrificó para moldear su vida en función de los valores que le dieron sentido.

Todos nosotros, consciente o inconscientemente, buscamos testigos en los cuales fundamentar el sentido de nuestras vidas. En la tradición cristiana, la palabra **mártir**, que en el lenguaje común de los griegos designaba simplemente al que rendía un testimonio, fue reservada para designar al que testificaba, no con palabras sino con hechos, que había valores supremos a los cuales había que supeditar el valor de la vida misma.

Quizás en nuestro imaginario tradicional, al mártir lo colocamos en la esfera del heroísmo, de lo tremendamente distante de nuestras experiencias cotidianas. ¿Por qué?

Tal vez por la idea distorsionada de que es mártir el que busca con audacia una muerte violenta, con evidente desprecio de su vida o idealizando el dolor y el tormento. Pero la psicología se ha encargado de mostrarnos que esas actitudes no son humanamente sanas, sino que son síntomas de esa patología que se ha llamado “masoquismo”.

La materia prima del Martirio cristiano es el testimonio de los valores evangélicos; es el esfuerzo que hace un cristiano por transparentar en su vida los valores del Reino.

Sin embargo, el camino para hacerse ciudadano del Reino no está exento de contradicción, de conflicto y de sufrimiento. Ese camino implica necesariamente la ruptura y el enfrentamiento con el anti-Reino, o sea con todo aquello que en el Evangelio de San Juan se llama “el mundo”, como símbolo de las fuerzas que se oponen al Reino. Por eso San Juan puso en boca de Jesús palabras como éstas: “Mi Reino no es de este mundo” (Jn. 18,36); “El mundo los odia a ustedes” (Jn. 15,19); “Tendrán que sufrir mucho en este mundo, pero sean valientes, yo he vencido al mundo” (Jn. 16, 33); “Padre, no te ruego por el mundo, sino por los que Tu me diste... les he dado tu mensaje y por eso los odia el mundo” (Jn. 17,14).

Combatir la iniquidad del mundo y enfrentar las fuerzas del anti-Reino es, pues, una dimensión intrínseca de la existencia cristiana, sin que ello implique de ningún modo sacralizar el conflicto, el sufrimiento o la muerte.

Los poderes del mundo tienen una dinámica contraria al Reino y, en momentos decisivos, revelan toda su fuerza de muerte en la destrucción del justo, en el asesinato del inocente, en la persecución a muerte de los que buscan la justicia. Y es allí donde el testimonio adquiere también su nivel supremo: cuando queda rubricado con la sangre.

Por eso entre los primeros cristianos los mártires no necesitaron canonización para ser venerados como tales; por eso también el martirio fue considerado como un don, como un regalo del Señor; como la consagración testimonial de una vida que había buscado asimilar los valores del Reino; como una victoria sobre las fuerzas de muerte del anti-Reino, victoria que fue simbolizada, en el Martirologio de la antigüedad cristiana, con la corona y la palma.

A mediados del siglo XVIII, el Papa Benedicto XIV quiso expresar en un tratado sistemático, sobre “La beatificación de los Siervos de Dios y la Canonización de los Beatos”, las características del martirio cristiano. Allí consignó estas condiciones: (1) La existencia de un perseguidor externo que intervenga de alguna manera en la muerte del mártir; (2) Que ese perseguidor inflija una pena al mártir hasta causarle la muerte; (3) Que la muerte sea infligida por odio a la fe cristiana o a una virtud relacionada con ella.

El Papa advierte allí que no es necesario que el perseguidor mismo explicité su odio a la fe o a las virtudes cristianas, pues muchos mártires murieron a manos de católicos confesos. El odio a la fe o a las virtudes cristianas puede estar disfrazado bajo múltiples pretextos, o puede estar presente en los acusadores o en los instigadores, y no necesariamente en el perseguidor directo que inflige los tormentos y la muerte.

Si bien en épocas pasadas, la fe se consideró principalmente como la adhesión a una doctrina, nuestra época ha recuperado la dimensión más integral de la fe, entendiéndola como una opción de vida; como el compromiso con un sistema de valores que se funda en el Evangelio; como la adhesión a un testigo referencial de valores -Jesús de Nazareth- escogido como eje de confrontación permanente de nuestra vida.

Esta opción hace del cristiano un militante de la construcción del Reino de Dios. Y aunque ese Reino tiene una perspectiva escatológica, la praxis cristiana se define como una búsqueda continua de aproximaciones históricas del Reino. Por eso el compromiso cristiano que se materializa en la lucha por la justicia, por la verdad, por la fraternidad, por la igualdad histórica es, sin lugar a dudas, dimensión esencial de la fe.

A nadie se le oculta que ese compromiso, en la medida de su radicalismo, entra necesariamente en conflicto con quienes defienden y usufructúan estructuras injustas que destruyen y deshumanizan al hombre, así sus defensores lleven la etiqueta de “cristianos”.

El odio y la persecución a una fe así entendida, asume, en nuestra época también, múltiples y sutiles revestimientos ideológicos, que materializan la oposición a los valores del Reino, en posiciones que gozan de una no restringida legitimación social.

América Latina y Colombia han vivido en nuestra época una intensa era martirial con esas características, donde los poderes dominantes, casi todos representados por gobernantes y clases dirigentes que exhiben la etiqueta de “cristianos”, persiguen a muerte a otros cristianos que impulsados por su fe combaten la injusticia, desenmascaran el engaño y reivindican condiciones de respeto a la dignidad humana.

A la luz de la Teología del Martirio, en esta noche no podemos sino dar gracias al Señor por el regalo tan cercano que nos ha hecho en la vida y en la muerte de Nevardo.

Hace tres años, los grupos cristianos de Neiva me invitaron a participar en el primer aniversario de la muerte de Nevardo y de sus tres compañeros de suplicio. En los

meses anteriores yo había pasado muchas horas leyendo, descifrando y seleccionando textos escritos y grabados, recogidos después de la muerte de Nevardo. Aparecían allí páginas de sus agendas; papeles que habían quedado entre las páginas de algún libro, donde había escrito reflexiones, evaluaciones, oraciones, letras de canciones o poemas, cartas a su mamá o a sus amigos. Todo ello recogido por Ornar, su hermano, antes de que la realidad de su muerte los hundiera para siempre en el olvido. También tuve entre mis manos los testimonios frescos de quienes vivieron cerca de él en los últimos años: los niños de la Escuelita Claretiana de “Filo de Hambre”, los pobladores de “Zona Verde”, la madres maestras, los indígenas, los miembros de las comunidades de base y muchos de sus amigos.

A través de las páginas autógrafas de Nevardo, muchas de ellas escritas para su propia intimidad, era posible tener acceso a todos los repliegues de su alma. Allí expresaba, con una frescura y espontaneidad que impresionaban, sus sensaciones, sus sentimientos, sus ideales y utopías, sus dolores y sus alegrías, sus momentos de luz y sus horas de tinieblas, sus presentimientos, sus autocríticas, sus propósitos, sus opciones. El corazón que allí se transparentaba era ciertamente el de un muchacho de nuestros días, enfrentado a nuestras más cotidianas y concretas realidades, pero que buscaba en lo profundo de esa cotidianidad, darle a su vida un sentido, inspirado en los valores del Evangelio.

Qué impresionante fue confrontar esas páginas dispersas de Nevardo con las impresiones de quienes vivieron junto a él, expresadas bajo el dolor de su muerte. Allí se podían percibir las respuestas que iba generando su entrega, su trabajo, sus picardías y sus bromas, sus desórdenes, su estilo de vida, sus afectos. El perfil de su alma quedaba así completo, al pulsar el mensaje que dejó en el corazón de quienes con él convivieron, de quienes a él se acercaron, de quienes por él se sintieron acogidos.

Por eso aquel viaje a Neiva para el primer aniversario lo viví como una experiencia profunda del sentido de la encarnación. Aquellas calles con sus buses, donde Nevardo se subía a cantar a veces para conseguir algunos pesos, acosado por su pobreza franciscana; aquellas casitas de Zona Verde donde él vivió, hirientes expresiones de la pobreza y la miseria; aquella pequeña isla en medio del río Magdalena, a donde quedó confinada la comunidad indígena, donde Nevardo pasó tantas horas enseñando canciones a los niños y acompañando los momentos de protesta y de zozobra de aquella comunidad (alrededor de la cual, también, se fue tejiendo la trama de su martirio): aquella marcha fúnebre de protesta, caminando, bajo un sol calcinante, al lado de tanta gente que cantó y protestó junto a él tantas veces al ritmo estimulante de su guitarra; todo aquello, en su prosaica inercia, se me revelaba como una preciosa materia de donde había podido salir una obra de arte del espíritu.

Se imponía, entonces, comprender que Jerusalén o Neiva, Cafarnaún o El Caguán, El Hobo o el Calvario; los tediosos mediodía o los frescos amaneceres, las riveras del Jordán o las del río Magdalena, las noches de miedo o las veladas de fiesta, la canción distensionante o los puños cerrados de la protesta; los días, las horas y los minutos,

enmarcados en el mal humor o en la euforia, en el entusiasmo o en el desaliento, en la luz o en la oscuridad; todo eso y cada una de esas realidades, son el lugar -y único lugar- donde se pueden dar cita la gracia de Dios y la libertad humana para construir preciosas obras maestras de sentido.

La vida de Nevardo no debemos encumbrarla a las esferas del heroísmo, alejándola peligrosamente de nuestra cotidianidad que fue su suelo nutricio. Si lo hiciéramos, quizás pondríamos enormes obstáculos para recibir el don tan cercano que El Señor nos hace en su martirio.

Asesinado a sus 25 años, Nevardo estaba aun en búsqueda de lo que iba a hacer en su vida, de una manera más estable.

Cuando termina su bachillerato, se vincula a un grupo juvenil que no llena sus aspiraciones. Parecía buscar una manera auténtica de vivir la dimensión trascendente de su vida, fuera de lo convencional. Por eso se vincula, por cerca de un año, a la secta de los Mormones, pero allí tampoco encuentra lo que busca. Luego se somete a la disciplina de ascesis y meditación que le ofrece la escuela oriental de los Bramas Kumar. A las tres de la madrugada salía muchas veces de su casa en bicicleta, para llegar a tiempo a los ejercicios del amanecer. Tampoco esta experiencia satisface su búsqueda, aunque le deja elementos de disciplina que sabe apreciar. Presta el servicio militar en Arauca y todo da a entender que lo hace con entusiasmo y con sentimiento de patriotismo. Estudia durante algunos meses Arte y Teatro en la Escuela de Bellas Artes. Ingresa a la Universidad Distrital para hacer una Licenciatura en Educación Primaria, proyecto que tampoco concluye, pues tiene un raro afán de entregarse a una práctica que canalice su desbordante energía. En 1984 asiste a una convivencia de aspirantes franciscanos, experiencia que lo marca profundamente. Encuentra en Francisco de Asís uno de esos testigos de valores que le conmueve sus fibras más íntimas y lo arrastra a caminar tras sus huellas. En este mismo año pasa algunos meses en el Cauca, al lado de Álvaro Ulcué. El testimonio de este sacerdote indígena, radicalmente comprometido en la liberación de su raza oprimida, lo marca también profundamente y le ilumina más de cerca el camino a seguir.

Un día en febrero de 1986, a la 1:15 de la madrugada, mientras espera un bus para irse a Neiva donde se vinculará a un trabajo popular largamente buscado, le escribe estas líneas a una amiga: “Ahora me voy a luchar por esos locos ideales”. Inicia así el último período de su corta vida con un enorme entusiasmo. Está enamorado del Evangelio, el que ha leído bajo el prisma del testimonio de Francisco de Asís. Siente un atractivo irresistible por esa dama desconcertante que algún día del siglo XII había seducido con extraños encantos al hijo del más rico mercader de Asís, Pedro Bernardo: era la Dama Pobreza. Con ella parte hacia su nuevo compromiso, ya secretamente desposado.

La escolita Claretiana de “Filo de Hambre”, el sector marginado de Zona Verde, la Parroquia de Jesús Obrero de los franciscanos; la comunidad indígena del Caguán-Los

Dujos, son los escenarios donde Nevardo vive su opción por el pobre, por el explotado, por los ausentes de la historia. Allí se desempeña por un tiempo como profesor de primaria; organiza grupos de teatro; impulsa la vida de las comunidades cristianas de base; compone canciones y poemas; participa en luchas y protestas; se propone acercarse, con interés y con amor, a los problemas de estas humildes familias; su amistad se vuelve cautivante para todos y él comienza a cargar sobre sí los problemas de los que le rodean.

Párrafos entresacados de algunos testimonios nos revelan el impacto que causa su presencia en aquel medio empobrecido:

- "... Me parecía que había llegado alguien nuevo, alguien con vida, a darle ánimo al equipo". (Así se expresaba una compañera de trabajo).
- "... Tenía un valor humano de comprender a todos con sus diferentes problemas... Ejemplo, el problema que yo tenía con el hijo mío. El fue el único... que lo comprendió y lo supo apreciar a pesar de sus defectos... Y pude comprender que él tenía un análisis, una sicología para la gente, como él me dijo: que todos no eran malos, como decía la gente, sino que había era que comprenderlos en sus defectos que tenían; que esos defectos... de una manera o de otra, eran por la situación que vivíamos...". (Esto lo decía una madre de familia de uno de los barrios de la zona).
- "... Para él, el hecho más gratificante este año fue el haber podido estar allá en el barrio donde estaba... Aunque él aspiraba incluso a una pobreza y a una humildad todavía más... él deseaba no tener más que una o dos mudas de ropa... Es que él era realmente una persona tremendamente especial, despegada de toda riqueza material, de toda aspiración a cosas materiales, pues para él contaba mucho era el trabajo que pudiera hacer con la gente...". (Así lo veía una compañera de trabajo).
- "... Llegaba una persona con hambre al momento que él iba a comer, él sacaba ese plato y se lo pasaba a esa persona, se sentía tan satisfecho, que decía que con haberle dado ese pan a ese hermano, para él era más que si él se lo hubiera comido; no le habría alimentado tanto como le alimentó lo que la otra persona se comió... También él veía, por ejemplo, que iban a desalojar a una persona, a una madre de familia con sus siete, ocho o diez niños, para él eso era demasiado duro, y él se ponía a fregar, a luchar, a hablar en la Personería, a hablar en la Alcaldía, a donde fuera, para ver cómo se le iba a rescatar el lotecito a esa señora, para que ella tuviera donde meterse con sus hijitos...". (Así lo vio otra señora del Barrio).
- "... De Nevardo recuerdo como algo especial, la capacidad de escuchar. Así tuviera recargo de trabajo, siempre estaba en primer lugar oír a la persona que lo necesitaba, sin hacer distinciones, pues dialoga con niños, ancianos, jóvenes, etc. Eso sí privilegiaba a las personas que pocas veces tienen quien las oiga...". (Así se expresaba otra compañera de trabajo).
- "Nunca pensó en si mismo; siempre estaba en una actitud de servicio. Cualquier cosa que le pidiera, enseguida estaba aquí... Fue una persona llena de ternura hacia los demás, de respeto hacia la mujer...". (Así lo vio otra señora del barrio).

Nevardo vive esta experiencia como una opción que busca moldear en su propia vida los valores del Evangelio. El día que partió para Neiva escribió estas notas en su

agenda:

Tengo muchas expectativas y un poco de temor, ya que la ruptura es total y la entrega al servicio es realmente una opción difícil, pues tomar el camino angosto siempre nos cuesta y nos asusta. Pero el Señor camina con nosotros en los momentos difíciles y siento que la entrega es incondicional, para que el Señor nos tome como herramientas en la construcción de su Reino.

En su primer mes en Neiva, su agenda registra esta especie de programa de acción:

Dialogando con las personas de la comunidad, se descubren los grandes problemas que la envuelven, tales como la falta de acueducto y la inseguridad. La noche anterior asesinaron a tres personas del sector que se compone de siete barrios. La politiquería que envenena los ideales comunitarios y que ha costado la desaparición de personas valiosas de la comunidad, ha retrasado su proceso liberador. Se debe tejer un plan de trabajo que permita despejar y limpiar las mentes de tantos elementos aberrantes, cambiándolos por mejores caminos que respondan a las necesidades y exigencias de la comunidad, como el incremento del teatro popular, las comunidades eclesiales de base y los movimientos populares. El trabajo es largo y dispendioso, pero pondremos todo lo que esté a nuestro alcance, sin desilusionarnos en momentos difíciles.

Un año después escribiría, en una carta a su mamá, estas impresiones:

He comenzado a vivir junto a los frailes nuevas experiencias, con quienes comparto esta vida difícil pero gratificante y llena de encanto. Me he sentido bien. Es el Señor quien actúa, aunque no sepamos por dónde nos conduce ni cuáles serán sus planes, pero lo importante es mantenerse firme, aun cuando tengamos miedo.

Una nota de cuaderno nos permite sorprenderlo en un momento de diálogo íntimo consigo mismo, en el fondo del cual descubre la presencia misteriosa y silenciosa del Señor:

*¿Qué quieres de mí?
Háblame claro para vencer el miedo.
Ser discípulo de Jesús.
¿Qué puedo hacer por mi pueblo?
El es un profeta, pero yo no.
¿Cómo responder a las tentaciones?
Somos débiles.
¿Qué es lo que quieres?
Nos hace falta pensar, prepararnos;
todo lo hacemos a la carrera y mal hecho.
Hace falta la oración.
Oración y ayuno motivador de nuestra misión.*

Comprender lo humilde;
fieles a Dios.
Vivir más de acuerdo con los pobres.
Ser disciplinados y organizados.
Pensar, reflexionar, no caer en el activismo,
organizar la práctica, planearla bien,
actuar en la práctica.
Ayuno, oración,
organizados, disciplinados,
saber lo que vamos a hacer y cómo.
¿Qué es lo que quieres?

Las letras de sus canciones, compuestas al vaivén de luchas y protestas, de obras de teatro y de momentos de oración, van reflejando su inserción en aquel medio, que sólo puede producir rebeldía en un corazón sensible. Este canto de 1987 trata de expresar los resortes íntimos de su canción:

Miseria es vivir en soledad
vivir esta vida sin pensar en los demás
Miseria es de los engaños no tomar conciencia
olvidar al pobre
y al rico hacerle venia.
Miseria es cantar sólo por amor
y olvidar a aquel que de hambre murió.
Por eso hoy no canto por amor.
Por eso siempre llevo una canción:
la canción de la libertad
para este mundo que en la miseria está.

En uno de sus cuadernos dibujó un crucifijo con una guitarra al través y copió junto a él estos versos que le impresionaron:

Procura que tus cantos
vayan al pueblo a parar
aunque dejen de ser tuyos
para ser de los demás;
que al fundir el corazón
con el alma popular
lo que se pierde de gloria
se gana en eternidad

Los días y los meses, las horas y los minutos, iban materializando, entre momentos de alegría y de tedio, de euforia y de cansancio, de luz y de oscuridad, la realidad de una consagración. En uno de sus cuadernos dejó escrita esta preciosa oración de consagración:

Hoy me consagro a Tí, Señor,
 con todos mis errores y mis fallas.
 Comienza un nuevo vuelo,
 vuelo de las tinieblas a la luz.
 Y si antes caía buscando las tinieblas,
 como ciego espiritual,
 ahora, si caigo, será buscando la luz.
 Ese vuelo de paz y amor que comienza
 no puede llevar sino a Tí
 que eres la fuente de la justicia,
 del amor, de la paz y la verdad,
 pues toda verdad nace de Tí
 a Ti confluye.
 Sé que he caído muchas veces
 y me he levantado de nuevo,
 ahora estoy asustado, inseguro, incapaz,
 pero así ofrezco tantos esfuerzos y sufrimientos
 ahora no mis limitadas fuerzas
 sino junto a Ti, sacando de mi interior
 todo aquello que me cierre el camino.
 Y al encontrarte, creeré en mí,
 pues aquí adentro es donde Tu estás,
 y seremos uno
 a la locura hecha luz.

El cristiano locamente enamorado del Evangelio, trata a veces de reproducir en su vida las vivencias de Jesús. Así lo hicieron muchos santos, en algún momento de su itinerario espiritual. Una señora cuya casa frecuentaba Nevardo me contaba que él un día le había comentado entusiasmado, que ya había descubierto el camino hacia el Desierto de la Tatacoa, y que pronto iría allá a pasar cuarenta días de ayuno y oración, alimentándose de pan y agua. Mucha gente recuerda también aquella Semana Santa en que Nevardo hizo el papel de Jesús; la víspera del Viernes Santo ayunó, para vivir en profundidad el drama de la pasión, identificándose lo mejor posible con el papel que representaba.

A mediados de 1987 sus actividades comienzan a ser sutilmente vigiladas por los organismos secretos del Estado. Un joven venido de fuera a insertarse en aquellos medios de pobreza y de miseria, resulta altamente sospechoso; los mensajes de sus canciones son una aguda crítica al establecimiento; el entusiasmo que despierta en las masas empobrecidas puede ser una “bomba de tiempo”: su presencia frecuente en aquella pequeña isla del río Magdalena, donde una comunidad indígena lucha decididamente por su derecho a la tierra, es algo que perturba el “orden establecido”. Nevardo es pues, sin duda, un “subversivo”.

Misteriosos personajes en moto comienzan a intimidar a amigas cercanas que participan en el grupo de teatro; les advierten que deben retirarse de ese grupo si no quieren

morir pronto. Entre tanto, las luchas en la isla se agudizan. Personas armadas comienzan a merodear las entradas a la isla y la comunidad indígena tiene que extremar sus medidas de seguridad. Miembros de esa comunidad comienzan a ser ilegalmente detenidos. El círculo del miedo se empieza a cerrar en la medida en que las intimidaciones se multiplican. Nevardo comienza a vivir sus horas de Getsemaní. Esta oración angustiosa encontrada en una de sus libretas, debió corresponder a esa coyuntura:

Estoy angustiado y dolorido,
no sé que me pasa,
es como si me apretaran la garganta.
Señor: esa luz que Tu me das
por momentos se apaga
y no aparecen sino tinieblas.
Sin embargo, seguiremos adelante.
Haz de mí lo que quieras.
Llévame al lugar del sacrificio
pero no me dejarás solo.
Así tenga que caer
me levantaré y lucharé
aun cuando no me sienta bien.
Y hasta el final estaré contigo
en el amor a mis hermanos.

También en uno de sus cuadernos fueron hallados un dibujo y unos versos, con fecha del 9 de septiembre de 1987. Allí se reflejan tristes presentimientos asumidos con una conmovedora generosidad. En el dibujo se ve un ave que vuela sobre un paisaje oscuro, cruzando el mar, en cuyo horizonte apenas el sol se asoma. En los versos dice:

Ya no se encontrarán mis ojos en tus ojos
ya no se endulzará junto a ti mi dolor
pero a donde vaya llevaré tu mirada
y hacia donde camines llevarás mi dolor.
Seguiré volando en la oscuridad
hasta encontrar la luz
que luego daré con mi vida
a los humildes y sencillos

Estos versos los rubrica con el seudónimo que tanto le fascina: "Francisco Puebla".

A comienzos de octubre de 1987 se organiza un Comité de Apoyo a los Indígenas y Nevardo es uno de sus integrantes. Toca muchas puertas de solidaridad con el fin de que esa comunidad, despojada de sus derechos más elementales, se sienta fortalecida en los momentos más decisivos de su lucha por la tierra. Una señora del barrio escribiría después esta nota: "Vino a contarme que habían organizado un Comité de Apoyo a los indígenas y que él había quedado dentro de ese Comité: que se iban a reunir para

ver algunas tareas. Lejos estaba yo de imaginarme que ese Comité era su sentencia de muerte”.

El 22 de octubre de 1987, Nevardo se da cita temprano con Luz Stella Vargas, amiga cercana y compañera en el grupo de teatro, con Carlos, el gobernador de la comunidad indígena y con Salvador, un joven indígena. Debían dirigirse a la vereda Los Rosales, del municipio de Campoalegre, donde un grupo de campesinos también luchaba por defender su tierra. Llegan a Campoalegre y visitan una cooperativa donde reciben indicaciones para llegar a los Rosales y dinero para el transporte. Hacia las 9:30 de la mañana se dirigen a tomar un bus, pero en el trayecto son detenidos por la Policía del lugar.

Toda la secuencia del crimen estaba, al parecer, minuciosamente preparada. Esa misma mañana había salido de Neiva una camioneta de la SIJIN (cuerpo de inteligencia de la Policía) con dos oficiales y cuatro agentes, con dirección al municipio de El Hobo, pero permanecieron algún tiempo en Campoalegre, en momentos que coincidieron exactamente con la captura de Nevardo y de sus compañeros. La comunidad indígena esperaba a su Gobernador a comienzos de la tarde para otra reunión. Al ver que no llegaban, se alarman. Los momentos que han estado viviendo son de extrema zozobra.

Inmediatamente organizan dos comisiones de búsqueda. Una de ellas llega a Campoalegre hacia las 6 de la tarde y preguntan en el Comando de la Policía si hay detenidos. La Policía responde que no hay ningún detenido, aplicando todas las tácticas criminales de la Desaparición Forzada de Personas. Los indígenas se arrepentirían más tarde de haber creído con tanta ingenuidad en la repuesta, cuando algunos de ellos pudieron observar rostros y manos que se asomaban por entre las claraboyas de los calabozos.

Las investigaciones posteriores pudieron establecer que hacia las 5:30 de la tarde de aquel día, dos agentes de la Policía de Campoalegre salieron, en trajes civiles, con dirección a El Hobo, donde sus nombres no serían registrados en los libros de la Minuta de Guardia. Todo da a entender que esos agentes, emisarios de la muerte, iban a seleccionar el lugar secreto y seguro del suplicio. La misión de esos agentes, así como la del grupo de la SIJIN que había salido de Neiva en la mañana, quedaba registrada con extrema vaguedad: habían salido a realizar “labores de inteligencia”.

Un testigo observaría furtivamente que hacia la media noche del jueves, cinco personas eran sacadas del Comando de la Policía de Campoalegre y subidas a un camión.

Al amparo de la noche y de la oscuridad, los victimarios condujeron a sus víctimas hasta la quebrada Zanja Honda, un poco más adelante del casco urbano de El Hobo, donde los sometieron a crueles torturas hasta arrancarles la vida.

Los perros de las fincas Buenavista y La Australia, cercanas a Zanja Honda, latieron sin interrupción durante dos horas, mientras se consumaba la masacre. Único sonido de alarma que denunciaba en el silencio de aquel oscuro amanecer del viernes, el crimen que clandestinamente ejecutaban seres que se dicen “humanos”.

Tras dos días de angustiosa e intensa búsqueda, los indígenas encuentran los cuerpos destrozados y descompuestos al medio día del domingo 25. Los conducen hacia Neiva donde llegan al anochecer. El grado de descomposición de aquellos cuerpos no permite siquiera una ceremonia exequial. Rápidamente se organiza una marcha hacia el cementerio, hacia las 9 de la noche. Un millar de personas se congrega para expresar agitados sentimientos de protesta y de dolor, de gratitud y de solidaridad, de indignación y de nostalgia.

Según el acta de una precipitada y negligente necropsia, Nevardo había sido asesinado con dos disparos en la región temporal izquierda de su cabeza. En la difícil exhumación de sus restos, se comprobaría que su cráneo había sido destrozado con objetos corto-contundentes. La Procuraduría dejaría constancia, además, de que aquellos cuerpos habían sido rociados con ácido, como forma de tortura.

Nevardo había concluido así la aventura de su compromiso “con esos locos ideales”. Había querido hacerse constructor del Reino en un medio empobrecido y había pagado generosamente el precio que le fue demandado.

Cómo no recordar aquella página que había escrito un día en sus tiempos de la universidad, haciendo una reflexión sobre su cuerpo:

“Me pregunto: ¿qué será de mí cuerpo? Así como ha soportado tantas cosas, ¿qué otras cosas tendrá que soportar? Considero que es muy fuerte, no por su forma atlética, sino porque en circunstancias adversas no se ha doblegado y ha dado mucho más de lo que esperaba de él. Pero bueno, al pensar en tantos cuerpos humanos mutilados, masacrados, asesinados, explotados por nuestro sistema, ¿qué pasará? Tal vez uno de esos cuerpos sea el mío en el futuro. No lo sé. Hay tanta violencia que de pronto ni mi cuerpo pueda escapar a ella. Sólo el tiempo dará la respuesta. Lo único que espero es poder asumirlo lo mejor posible”.

Cómo no recordar también aquella pequeña nota que escribió en su libreta, en 1984, cuando asistía a la convivencia de aspirantes franciscanos:

Francisco, Señor:
déjame sentir tus sufrimientos.
Que yo pueda compartir tu dolor
si me crees digno.

Cuántos versículos del Evangelio se agolpan en la mente y en el corazón para sugerimos profundas reflexiones junto a este sepulcro:

- “No he venido a traer la paz sino la espada...” (Lc 10,34)
- “No teman a los que masacran el cuerpo, pero no pueden doblegar el alma” (Lc 10,28)
- “No es el discípulo mayor que su maestro; si me persiguieron a mi, también los

- perseguirán a ustedes...” (Jn 15,20)*
- *“Los llevarán a sinagogas, los harán comparecer ante reyes y gobernantes por causa mía...” (Mc 13,9)*
 - *“... llegará un tiempo en que incluso aquel que les da muerte, pensará que hace un homenaje al Padre que está en el cielo...” (Jn 16, 2)*
 - *“Nadie tiene un amor más grande, que aquel que da la vida por sus amigos...” (Jn 15,13)*
 - *“Vengan, bendecidos por mi Padre, a poseer el Reino... porque tuve hambre y me dieron de comer; tuve sed y me dieron de beber; estuve sin techo y me albergaron; estuve desnudo y me vistieron; estuve enfermo y me visitaron; estuve en la cárcel y fueron a verme...” (Mt 25, 34-35).*

Y de allí, de esa sabiduría evangélica, pareciera surgir esta oración, este poema, este diálogo entre Jesús y Nevardo:

*Ven con ellos Nevardo, bendecido por mi Padre,
porque cuando viví en ranchos miserables, sin ningún atractivo,
tu te acercaste a compartir mi pobreza;
cuando fui despojado de las tierras de mis ancestros y confinado a un islote
que se inundaba, sin poder cosechar alimentos,
tu estuviste a mi lado, en mis angustias y protestas, incondicionalmente solido-
dario;
cuando me desalojaron, dejándome a la intemperie con mis niños,
tu no descansaste hasta conseguirme un techo;
cuando descubriste que mi conciencia había sido ennegrecida por quienes me
explotaban,
tu te acercaste con ternura y con paciencia, y a fuerza de canciones y de obras
de teatro, me la despejaste, me la limpiaste.*

*Señor, siempre quise escuchar tu voz;
en muchas horas de oración te grité,
pero nunca me hablaste.
Quise que me hablaras claro para despejar mis caminos;
quise tener algún consuelo y saber si lo que estaba haciendo
respondía a tus planes,
a tus proyectos sobre mí,
pero sólo obtuve como respuesta un desconcertante silencio.*

*Te lo aseguro, Nevardo,
yo no tengo otra voz en la historia
que el grito de los expoliados.
He sido víctima de todas las guerras y de todos los conflictos;
he estado en todas las cárceles y en todos los tugurios;
he sentido todas las hambres y todos los dolores;
yo no sé sino clamar, y gritar, y llorar. Esa es mi voz.*

*Te lo aseguro, Nevardo,
cuantas veces lo hiciste... conmigo lo hiciste.*

“Muy bien, servidor bueno y leal, porque fuiste fiel en lo pequeño, te confiaré lo grande, entra ya en el descanso, en la fiesta sin fin de tu señor” (Mt 25,21).

Durante estos cuatro años que nos separan de su muerte, múltiples y extrañas circunstancias se confabularon para hacer desaparecer su tumba. Solamente el testimonio de aquellas piadosas mujeres que habían acudido sagradamente cada lunes, para orar sobre la tierra que había cubierto sus despojos, nos dio seguridad para cavar y rescatar estos restos que hoy tenemos aquí junto a nosotros.

Este templo colonial de San Ignacio, varias veces centenario, cuyas hermosas estructuras y decorados nos transmiten artísticamente los símbolos de la santidad de otras épocas, recibe en esta noche estas sagradas reliquias. Ellas seguirán proclamando entre nosotros, la indestructible, la perenne, la siempre nueva vitalidad del Evangelio.

Javier Giraldo M., S. J.

ORACIÓN SOBRE EL FÉRETRO
(Cereemonia de inhumación de sus restos mortales)

Señor Jesús
que entraste en la gloria del Padre
a través de la ignominia del Calvario:
Bendito seas en todos aquellos
que prolongan en la historia
la fecundidad redentora de tu cruz.

Querido Nevardo
que ahora nos escuchas desde la otra frontera del Misterio,
gozoso ya entre la multitud de aquellos
que lavaron sus vestidos en la sangre del Cordero:
ciñe la corona en tu cráneo destrozado
y toma en tus manos la palma,
símbolos con que la tradición cristiana adornó a los iconos
de los testigos ensangrentados del Señor,
y ven y camina con nosotros.
Te necesitamos de veras.

Antes de cerrar nuevamente tu sepulcro
escucha las súplicas que te hacemos:
vuelve a llenar de alegría
a las comunidades y grupos cristianos con tus cantares libertarios:

*donde hay desaliento
vuelve a inspirar el optimismo y la esperanza;
donde hay miedo,
infunde valor;
donde hay divisiones,
haz que todos vuelvan a mirar al norte:
al hombre oprimido que busca su concreta liberación
-rostro inconfundible del Señor Jesús-*

*Recibe la aspersión del agua que recuerda tu Bautismo,
el que ratificaste con tu vida.
Recibe el homenaje del incienso,
signo con que la tradición cristiana honró los cuerpos de los
creyentes,
como templos que fueron del Espíritu,
y respuesta silenciosa a quienes profanaron tu cuerpo.*

*Ven luego por el mundo,
por nuestros tortuosos caminos llenos de luchas y conflictos,
proclamando, como siempre lo hiciste,
que la voz de Dios no se pierde
y que el amor de Dios no se acaba.*

14 Padre Jaime León Restrepo López



Enero 17 de 1988

Padre Jaime León Restrepo López

Enero 17 de 1988

Nació en la Unión (Antioquia) el 7 de septiembre de 1943. Terminado su bachillerato en el Liceo Salazar y Herrera de Medellín, ingresó al Seminario Arquidiocesano. En 1969 recibió la orden del Diaconado y fue enviado a ejercer el ministerio diaconal en La Susana, corregimiento del municipio de Maceo (Antioquia); allí fundó un Hogar Juvenil Campesino, donde se proporcionaba alimentación y alojamiento a campesinos pobres que venían a estudiar al pueblo.

Ordenado sacerdote el 6 de febrero de 1971, su primera parroquia fue la de Cristales (corregimiento de San Roque, nordeste antioqueño), donde permaneció 8 años. En aquel tiempo los párrocos de la zona conformaban el Grupo del Nus, conocido por su gran sensibilidad social y por sus intentos de desarrollar una pastoral de conjunto. En este medio y contexto, Jaime le fue dando un perfil especial a su ministerio, tratando de vivir ideales que tomaron lugar preponderante en su vida: comprometerse con el pobre; encarnarse en su realidad; promover la participación del laico; crear comunidad; desarrollar la solidaridad.

En el pueblo fundó un colegio de bachillerato y organizó otro Hogar Juvenil Campesino, en su misma casa cural, para que allí llegaran los muchachos pobres del campo a alojarse mientras estudiaban. Para financiar ese Hogar, compró una pequeña finca que él mismo trabajaba.

Pero el centro de su apostolado estaba en el campo, en las veredas, donde iba promoviendo comunidades de base conformadas por campesinos. A ellas les dedicó lo mejor de su ministerio. En su apariencia externa trataba de identificarse con los campesinos, trabajaba con ellos, recorría con ellos, a pie, enormes distancias. “Nosotros que lo conocíamos sabíamos que él era el Padre -decía un campesino- pero para cualquier otro pasaba desapercibido”.

La gente importante del pueblo desaprobó su trabajo y lo acusó repetidas veces ante el Arzobispo. Decían que mantenía descuidado el templo y el pueblo y que se de-

dicaba demasiado a los campesinos, en los cuales sembraba inconformismo... Las acusaciones fueron logrando su objetivo. A comienzos de 1980 Jaime recibe la orden de trasladarse a Medellín, a la Parroquia de San Vicente Ferrer, en el barrio San Javier-La Loma. Los terratenientes de la región y las autoridades civiles y militares que les sirven, ya no soportaban su presencia. Si no lo cambiaban, se las arreglarían para deshacerse de él.

Poco tiempo después el Arzobispo lo envió a estudiar Filosofía en la Universidad de Santo Tomás (El Angelicum) de Roma. Sus dotes intelectuales y sus inquietudes personales hicieron que aprovechara a fondo esta experiencia. Pero su estadía en Italia no se limitó a labores académicas. En Bolonia conoció una experiencia de comunidad de base en la granja La Isola, la cual lo marca profundamente. Se hizo amigo del Padre Carlo Cenacchi, quien acompañaba esa comunidad en la cual él vio concretizados algunos de sus viejos ideales.

Al regresar a Medellín fue nombrado profesor de Filosofía en la Universidad Pontificia Bolivariana, trabajo que desarrolló al tiempo con la atención a la Parroquia de Nuestra Señora de la Presentación, en el barrio La América, de Medellín. Como profesor universitario tuvo éxito y se sumergió con dedicación en un trabajo intelectual que supo, además, disfrutar. Pero al mismo tiempo promovió y acompañó una comunidad de base, en la cual fue concretando su búsqueda de una comunidad cristiana auténtica y de un ejercicio del ministerio donde pudiera sentirse menos “funcionario”.

A finales de 1986 Jaime renunció a sus clases de Filosofía y a su Parroquia del barrio La América. Le había entrado el desespero por encontrarse a fondo consigo mismo; por evaluar profundamente la experiencia vivida en sus 15 años de sacerdocio; por hacer un discernimiento radical sobre lo que el Señor quería de él. Desde sus años de seminario había acariciado la idea de vivir una experiencia de retiro en una montaña, dedicado al trabajo material y a la oración. Le pareció llegado el momento de hacerlo. Su alma estaba llena de inquietudes, de descontentos, de oscuridades.

El Arzobispo le concedió el permiso y entonces eligió vivir con una familia campesina en la vereda de San Rafael, del municipio de El Jardín (Antioquia). Antes de retirarse allí, aceptó una invitación de sus amigos de Italia para visitar La Isola por pocos días. El 7 de marzo de 1987 inició su período de desierto.

EL FÉRTIL DESIERTO

Entre marzo y octubre de 1987 Jaime se encontró consigo mismo y sus reflexiones quedaron consignadas en un diario íntimo que nos quedó como precioso fruto de su discernimiento. Examinó a fondo el sentido de su vida, de su fe, de su sacerdocio, de su compromiso histórico.

Cuando se preparaba para iniciar la experiencia, describió así su estado de ánimo:

“No veo claro lo que busco: no veo claro para dónde voy: pero, aún ahora, veo claro que no es (¿habrá que insistir de nuevo?) lo que estoy haciendo (Enero 21/1987).

He experimentado un gran descanso: pero no por no tener trabajos concretos con la gente, sino por haberme liberado de un estilo, por haber “roto” con la estructura en que podía cobijarme, y porque ahora me siento abocado a enfrentarme a mí mismo, a encontrarme con responsabilidad histórica. El descanso de no sentirme cohonestando un estilo preciso de absolutismo y de pretender no querer cohonestar con ninguno.

Un gran descanso, ciertamente, y una gran soledad; es como un cierto abandono en la vislumbrada conciencia de mis impotencias en tantos órdenes.

Lo mejor de todo es que cada vez voy quedando más pobre; mientras tenga algo, me voy entrenando. Cuando se me acabe, ¿no será capaz de vivir de mi propio trabajo? Estoy seguro de que el entrenamiento va a ser difícil: son muchas las partes que me duelen cuando hago los primeros esfuerzos materiales (y eso que me duele más el alma)”. (Enero 22/1987)

En una carta a una tía religiosa, describía así la materialidad de su experiencia:

“En este año, con licencia del Obispo, he estado retirado en la montaña. Vivo con una familia campesina muy pobre: paso los días trabajando con ellos en las labores del campo y dedico varias horas a la oración y al estudio”

En efecto, cada día se levantaba temprano, y luego de un sencillo desayuno se ponía a trabajar, como lo hacen los campesinos. Al medio día regresaba a la casa para almorzar, y la tarde la dedicaba al estudio, la reflexión y la oración. Hacia las 4 de la tarde meditaba durante una hora en la Biblia; luego rezaba el Breviario. Ya al anochecer, rezaba el Rosario con la familia que lo había acogido. Los sábados por la tarde ayudaba al párroco de El Jardín hasta el domingo al medio día, cuando celebraba la Eucaristía de las 12, que era la tradicional “Misa de los campesinos”. Luego regresaba a su montaña. En una página del Diario escribe sobre el sentido de sus eucaristías dominicales en El Jardín:

“Celebré la Misa de la Parroquia el sábado a las seis y media p m. También la de los campesinos del domingo a las doce. Pensé que podría pensar en un estilo de vida sacerdotal ministerial en el cual yo pudiera vivir toda la semana, más o menos, como viví aquí la semana pasada, para que yo, campesino como tantos, consagrara el trabajo en la Eucaristía: pensé ante todo en la bondad del campesino y de muchísima gente. Son presencias de Jesús que se consagra en la Eucaristía”. (Marzo 16/1987)

Su primera reflexión en la montaña le hace sentir el contraste con lo que ha vivido hasta ese momento:

“Aquí estoy viviendo el privilegio de sentirme en responsabilidad histórica. La gran mayoría debe vivir respondiendo a las exigencias de las convenciones.

Y hoy, trabajando -y el trabajo es realmente duro- me sentía de verdad como un rey. Qué puede uno esperar de la vida sino la posibilidad de trabajar de un modo tan personalizante, no como un objeto, no por un jornal (yo sé que esto que escribo es injusto) (...).

No es que huya de la convención, sino que no puedo aceptar que se absolutice, y creo que cuando se le absolutiza, hace de los hombres objetos. La historia ha sido, creo, la constante superación de las necesidades de la urgencia; y yo siento que mi caracterización es la historia; no el sumergirme en las necesidades, en la lógica, aún a pesar de su atracción sutil, por inteligente”. (Marzo 9/1987)

Dos meses después, sintetiza así su fruición de esa experiencia:

“Hace varios meses, de visita en Jardín, escribí en un sobre: “No es una huida con toda seguridad; porque yo puedo con lo que tengo; porque no estoy aburrido, ni cansado, y mucho menos frustrado”. Yo entiendo que es un paso en la búsqueda; y lo doy con ilusión. Búsqueda personal pero con responsabilidad histórica, cristiana.

Porque siento lo que vivo, cada vez más, como acomodo, como facilidad. No es que pretenda que así debe vivir la gente, sino que se debe romper la estructura, no oponiéndosele, sino tratando de ir más allá con el carisma.

Sí, Señor, por aquí es mi camino. Aquí tiré yo mis primeras puntadas. Puedo trabajar, leer, escribir, convivir y vivir testimonialmente; amar desinteresadamente; no esperar de mí, yo no espero de nadie. Y me parece como si todo lo demás fuera (tuviera que ser) sobrepaso o no tendría sentido”. (Mayo 25/1987)

Acercándose ya el fin de los meses de desierto, valora así su experiencia:

“Esta experiencia representa las situaciones límites (algunas al menos) frente a las cuales mi vocación de libertad se acrisola, y entonces cualquier opción puede aparecer como su expresión. Esta experiencia me permite medirme. Por eso no es sólo una “aventura” para compararme con los valores de la estructura, sino algo vital, íntimamente personal; en ella me juego; expongo mi vida. Como quien dice: “si no la hago, me reviento”.

En realidad, el fruto de esos meses de encuentro consigo mismo no fue ninguna ruptura exterior. Poco después volvería a aceptar el trabajo parroquial. Fue un profundo

situarse en su vida. El 26 de octubre, a muy pocos días de concluirla, resume así su cosecha:

“Tanto estudio, y me parece que lo aprendido en este año se resume en unas cuantas líneas, aun cuando tengo que reconocer que es muy importante. Tal vez lo definitivo no es lo teórico, sino la implicación vital. He visto claramente la esencialidad del Testimonio; creo que es lo único definitivamente valioso, la gratuidad, y entonces, todo el fondo de amor que está a la base del testimonio: la honestidad de la búsqueda; y el no reducirlo a fundamentaciones lógicas (no ser maestro). Pero es que cada día es más grande la perspectiva que se abre; y uno tiende a sentirse importante.

El valor del testimonio es la riqueza de la presencia. Por eso la preocupación central no puede ser sobre lo que vamos a decir, porque eso lo soluciona el Espíritu Santo. Y ciertamente, ¡es tan poco lo que tenemos que decir!” (Octubre 6/1987)

Durante esos meses de reflexión, Jaime aprende, pues, a centrar su vida, su historicidad, su fe y su sacerdocio, en el testimonio. Todo da a entender que el Señor lo preparaba, en la soledad de aquella montaña, para rendir, muy pocos días después, el Supremo Testimonio (en griego: martyrion).

Pero ¿cuál es la situación anímica que lleva a Jaime a buscar esos meses de desierto?

A través de las páginas de su Diario aparece, ciertamente, un hombre en crisis. Pero la crisis que allí se revela no es la característica de un camino agotado; ni la de una frustración; ni la de una pérdida de sentido. La crisis que allí se evidencia es la que caracteriza a quienes tienen conciencia de haber encontrado el horizonte fundamental dentro del cual su vida tiene sentido, pero sienten el afán de explicitarlo, de despejar sombras, de superar incongruencias, de radicalizar las opciones.

A través de las páginas de su Diario, Jaime cuestiona las estructuras sociales y eclesiásticas (“las convenciones”); explicita su inconformismo frente a los roles que le ha tocado desempeñar: el de maestro, el de jerarquía, el de sacerdote, el de dirigente. Quiere resituar estos roles en un horizonte de sentido, apoyado en principios y valores que no son los corrientes. Ante todo, quiere reubicarse como persona, como ser histórico, tratando de superar determinismos que lo convierten en esclavo de las urgencias, de los roles, de los clichés, de las estructuras. Quiere rescatar lo que la sociedad convencional ha ahogado en sus determinismos: la vida, la espontaneidad, la amistad verdadera, la fraternidad, la autenticidad. Quiere volver a descubrir a Cristo y su Evangelio, poniendo entre paréntesis los lastres históricos de la Iglesia, de sus instituciones y estructuras.

En su Diario encontramos párrafos de una particular crudeza donde se puede percibir el fondo de sus crisis, pero al mismo tiempo de una gran lucidez, lo que lleva a percibirlo como alumbrado por los resplandores que le iluminaban sus nuevas rutas. Hay varios temas que van apareciendo como ejes de su discernimiento.

En sus notas del 24 de marzo de 1987, encontramos estas reflexiones alrededor de **LA ASISTENCIA SOCIAL DE LA IGLESIA**, donde manifiesta:

“Con frecuencia dicen quienes dirigen la Iglesia estructural, que todo va bien; si hacemos Semana Santa decimos que nos fue muy bien, y a más alto nivel, especialmente, se dice que la Iglesia va bien porque se hacen obras de promoción social, o sea limosnas a los pobres, (y en el mejor de los casos obras asistenciales), y porque tiene una bien montada estructura para responder, en clave de organización burguesa, a todas las necesidades materiales y espirituales de la gente del pueblo.

Como hecho concreto de constatación, y de acuerdo con las informaciones de los medios del sistema, el mundo va en retroceso: se citan por ejemplo, el narcotráfico (o enriquecimiento al margen del sistema), las guerrillas, la proliferación de los vicios, el olvido de los valores, el desempleo (o expresión del subdesarrollo y la consagración del sistema capitalista), y en fin, el abandono de las prácticas religiosas o de Dios. Se pueden presentar, ciertamente, obras que la Iglesia realiza; pero son obras que en definitiva, buscan su propia reproducción.

Así las misiones, o sea el I.O.R., pero a nivel nuestro, los innumerables “servicios” que dicen que prestan, particularmente en las Parroquias, a las gentes pobres, y las innumerables Vicarías y asociaciones cristianas que funcionan en las diferentes parroquias. Vicarías llenas de papeleo y de burocracia, con muchas tareas ideales para realizar, quejándose siempre de falta de tiempo, y sobre todo, de falta de presupuesto. Vicarías que podrían suprimirse sin que la pastoral sufra ningún trastorno y tal vez gane mucho por la supresión de trabas burocráticas. Ayudas, limosnas a Parroquias pobres, porque gracias a Dios, dicen “pobres siempre tendremos”, lo cual significa la posibilidad de ayudarles siempre, o sea de ser siempre caritativos. Limosnas, que por otra parte, se saben, decrecen. Pero limosnas que sirven para ser publicadas y taparle la boca a los criticones: y pobres para mostrar, cuando reciben algún beneficio; conejillos de indias, siempre sirviendo de propaganda barata a quienes les engendran y les mantienen en condiciones de inferioridad humana.

La mentalidad reinante es que la plata es de quienes la tienen porque Dios se las dio -las injustas e inicuas riquezas- es el punto focal para la solución de los problemas humanos causados por el desequilibrio económico. Siempre la solución debe llegar de lo alto. Se justifica una estructura costosa para garantizar la “honradez de las limosnas”.

Históricamente sabemos que el capital es mal habido: no parece correcto tenerlo, ni utilizarlo para hacer el bien, los males se combaten de raíz: y es imposible hacerlo cuando ella cohonesto con la injusticia, recibiendo como ofrenda agradable y para limosnas, lo que ha sido arrancado injustamente del sudor del pobre.

La Iglesia jerárquica quiere aparecer como la “rica buena”, llena de esplendor, de dignidades, de incienso -qué diferencia con Jesús-, va sepultando a Jesús, su palabra, en la bondad aparente de una ética dualista -el capitalismo- que la constituyó poder temporal: fundamentada en una ética injusta, sólo aparentemente buena, se descubre como ideología: por eso su fuente son las leyes, las normas, la absolutización de la estructura, el funcionamiento o institucionalismo, etc. De ahí su interés por resaltar la figura del jerarca que manda, omnipotente, no del servidor. Jesucristo pasa a un plano secundario; es válido en tanto les justifica y consagra; de hecho, es tan difícil -por escasez de citas- escuchar su nombre o su palabra, cuando asistimos a reuniones eclesíásticas de cualquier índole, promovida o dirigida por ellos.”

Estas reflexiones le iluminan también una comprensión de **LO RELIGIOSO DENTRO DE UNA SOCIEDAD PROGRAMADA**. En sus notas del 20 de marzo de 1987, escribe:

“(...) la conciencia de las mayorías es programada: a las gentes nos dan motivos de preocupación bien precisos, nos llenan el tiempo, nos educan con unas creencias bien precisas destinadas a mantener lógicamente el orden vigente; nos indican que debemos tener aspiraciones: nos enseñan lo que es bueno y lo que es malo, etc.

En el fondo la moral de los diversos pueblos es muy semejante, o igual, porque los ejes son los mismos. Una moral superficial para acomodarnos en convenciones que apuntan a mantener el “orden” vigente.

Obrar bien significa no contradecir la convención; o sea, obrar lógicamente como la mayoría; y la mayoría crecimos condicionados por una concepción de la vida destinada a no subvertir el “orden”.

Normalmente obramos la mayoría como por unos mismos cánones; existen hasta los cánones de la rebeldía. “Paz” parece significar cohonestar con esta mentalidad o conciencia servil en que nos formaron, como plasmaron nuestra conciencia. En nombre de la “paz”, se debe perseguir, atacar, aislar, condenar a quienes quieren ir más allá.

Es normal que se presenten situaciones existenciales que contradicen la convención; y para esto están establecidos los tranquilizantes espirituales, cuyos agentes somos la jerarquía de la Iglesia. No es que la existencia invite a otro modo de concebir la vida, sino que a veces la existencia es “falsa”, es enferma; a veces la gente ve visiones; por eso es necesaria la pastilla que le normalice en la convención. Y en oportunidades, cuando la existencia no parece admitir tranquilizantes espirituales, entonces debemos hacer limosnas, o ayudas económicas que vienen de lo alto, que solucionan sólo provisionalmente su dificultad.

Pero todo esto muestra coherencia, lógica. En algunos casos, precisamente, muchos del pueblo utilizan esta coherencia para forzar ayudas: ¿dónde está la caridad? -dicen-, etc.

A veces la situación obliga a colocarse “fuera de”, pero en contra; es decir, siempre adentro. Realmente es difícil cambiar de mentalidad, de concepción de la vida.

La fuerza que al interior de la conciencia ejerce la religión, y por lo tanto la palabra de los jerarcas, es impresionante. Difícilmente la gente deja la Iglesia en serio; y cuando esto ocurre, por motivos muy graves, se acoge la Iglesia a la ética que la Iglesia y las religiones predicán, aunque ya no por motivos religiosos explícitamente” (Marzo 20).

En su retiro, Jaime tampoco olvida su trabajo en torno a la docencia, y esto le lleva a varias reflexiones en torno a **LA FUNCIÓN DOCENTE**:

“Nos formaron predicadores, como una profesión: hay que predicar una doctrina, y hay buenos predicadores; se trata de ser doctores o maestros de la gente. Mientras no nos “llegue” la vida, mientras no nos cuestione, predicar se entiende como el ambiente natural nuestro. Y no hay riesgo de cuestionar a nadie en la “pura” predicación; se llega, a lo sumo, a criticar fallas éticas, pero no a cuestionar la ética y la concepción del mundo, de la vida, que la engendra.

Pienso que sea una la causa de que cada vez, en tanto que intentamos una fidelidad a la vida, nos cuesta más dificultad la predicación. La ética vigente, hija de la lógica y de la metafísica, nos permite multitud de posibilidades teóricas y doctrinales.

La vida es más lenta, y el progreso es lento y hasta doloroso; se trata de comunicar experiencias, no de transmitir estereotipos doctrinales. La vida exige dedicación continua, mucha preocupación, mucho compromiso, mucho ir haciendo camino.

En tanto que “puros” predicadores, lo definitivo es llegar a la posición, adquirir el “estatus”: de ahí en adelante, lo que importa es repetir doctrina; si alguno es bien inteligente (lógico), podrá adornarse con inferencias; y si alguno es consecuente con la voluntad que debe haber al origen de la vocación, lee y ora, y es hasta capaz de sufrimientos honestos frente a la situación injusta a que se ve abocada la humanidad. Lo de Cristo, de todas formas, fue la cruz; su cruz es el Calvario. (Abril 14/1987)

Cada día, en todo caso, enseñar, maestriar, se me aparece como más injusto: aun cuando es un espejismo bastante sugestivo y atrayente; aun cuando mis argumentos son cada día más sutiles. Parece como una forma tan clara de ser

útil y válido para los hombres, es decir, una forma tan clara de caracterizarme, de afirmarme y hasta de sentirme bien a mí mismo. La mayoría de la gente que conozco y me conoce, parece que quieren verme de nuevo enseñando, diciendo, guiando. (Abril 30).

Realmente nos movemos en esquemas mentales: y esto porque así nos enseñaron: y en determinados esquemas mentales: los que nos enseñaron. Y creemos que así, mentalmente, se debe guiar nuestro comportamiento: y que del modo preciso del esquema, y no de otro modo.

Nos castraron, en tanto que nos incapacitaron para mirar la vida prescindiendo de esquemas mentales: y si bien es necesario un convencionalismo lingüístico para comunicarnos, es bueno que no sea la mente la que lo fundamente, sino con la posibilidad de “juzgar” de que somos capaces. Si lo fundamental es comunicamos, de ahí no se signe que las palabras tengan que tener, o puedan tener una referencia ontológica, o simplemente externa a priori, y no equívoca. (Septiembre 10/1987)

Hay que pensar bien, me parece, en lo que queremos significar cuando le decimos a la gente que es necesario estudiar, o que el estudio es bueno: porque confundimos la formación de la persona con la domesticación o instrucción, que es fábrica de funcionarios.” (Julio 8/1987)

La sensibilidad social, que en Jaime era preponderante, no era lejana de posiciones políticas militantes. Entre sus amigos cercanos, incluso sacerdotes y religiosas, había no pocos comprometidos en proyectos o actividades políticas que se enmarcaban dentro de la lucha por un cambio de estructuras. Jaime los acompañaba en sus reflexiones pero su posición se caracterizaba siempre por un cierto descontento que aparecía como escepticismo. No le llenaban, ciertamente, los esquemas partidistas ni los análisis ni programas de izquierda. Algo le desencantaba, aunque comprendiera la urgencia del cambio de estructuras. En esta página de su diario aparece con claridad su pensamiento alrededor de este tema del **CAMBIO DE ESTRUCTURAS**:

“Pretender cambiar el mundo puede significar que se quieren cambiar las estructuras: y es posible que en determinadas “coordenadas” se pueda dar un cambio en tal sentido: sin embargo, es muy difícil: lo que uno piensa es que sí vale la pena intentarlo, dado que no conlleva un paso en el proceso humanístico: de otra parte, piensa uno, al máximo se cambian las estructuras de una nación, o sea de una pequeña porción política del mundo: lo que esto sí conlleva es la aceptación de una lucha de grandes proporciones con las potencias de la estructura vigente y otra lucha no menos tremenda con mucha gente de la misma nación que no acepta perder los privilegios, y que no acepta perder su “formación” consumista.

Es decir, que un cambio estructural no es que lleve a demasiadas conquistas. Con frecuencia, incluso, lleva a resolverse como una “vacuna” contra el cambio.

No sabe uno, de otra parte, cual será la estructura que haya que buscar. “Un mundo de paz”, etc., son utopías que todavía le quedan grandes a la humanidad.

No sirvo para inscribirme en movimientos de soñadores fanáticos de revoluciones inspiradas en motivos inmediatistas y a lo sumo heroicos.

El papel que veo claro es el de relativizar toda expresión absolutista; aprender a señalar (a descubrir por tanto) toda opresión del hombre; comprometerme en la búsqueda y realización de posibilidades humanas, en tanto que tengan validez histórica. De hecho, renunciar al Yo, tratar de mostrarme como testigo de la Fe en la vida eterna en Jesús, para mí es lo fundamental. (Septiembre 24/1987)

LOS RESPLANDORES DEL DESIERTO

En aquellos 7 meses de reflexión en la montaña, Jaime fue explicitando en su Diario su manera de entender la fe, el sacerdocio, el compromiso. No se trataba ciertamente de enfoques “nuevos”; se trataba de un punto de llegada luego de quince años de sacerdocio, donde alcanzaban expresión experiencias reiteradas y profundas, sentimientos y reflexiones, muchas horas de crisis y descontentos, así como muchas experiencias gratificantes. Jaime buscaba justamente, en esa experiencia, clarificarse a sí mismo; decantar tantos torbellinos interiores que iba dejando su praxis. Extractamos algunas de esas expresiones.

La Fe:

- *La Fe es espacio de consagración de la Esperanza de los hombres, de la historia, lo que hacen los cristianos, que deben ser testigos por su compromiso, y recogedores del bien, de todo compromiso. (Julio 10)*
- *La Fe no justifica posiciones sino que consagra compromisos y logros históricos. (Julio 14)*
- *La Fe es una opción libre, no de necesidad; no hay pruebas lógicas ni científicas contundentes que pudieran comprobar que es necesario seguir una fe, o una determinada fe; ningún argumento puede probar que la Fe posee la verdad, en ningún campo. Por eso la Fe es opción no intelectual sino libre.*
- *Pero es que, además, el espacio de acción de la fe no es el de la verdad, no es algo intelectual. La Fe se resuelve en una vida testimonial, en vistas a un sentido de la existencia. (Julio 17)*
- *La Fe se entiende aquí como actitud, como intento, como compromiso de vida, en márgenes que no pretenden justificaciones lógicas, (¿para qué poseer verdades?*

Las verdades no se guardan), sino ser presencia relativizadora (bendita relativización) de todo, en función del valor de más allá (aun y centralmente temporal), y de infinito, inherente a todo.

- *Se entiende la Fe más como actividad, como tarea, como praxis (las doctrinas son propias de los tiempos de decadencia).*
- *El Evangelio no es doctrina, ni lógica. Se centra en Jesús, su historia, (no su inteligencia o su sistema), su ser presencia... y qué presencia! (Julio 17)*
- *La Fe no necesita -y le sobran, le contradicen- las justificaciones: la Fe necesita ser testimoniada. Y no se necesitan justificaciones, porque no se impone en una competencia doctrinal: se vive como compromiso, pero en apertura al mundo y a la historia. Ante todo es la palabra que proclama: "Paz a los hombres de buena voluntad". (Julio 15)*

El Testimonio:

- *Uno dice que en la novedad está el espacio de la historia; por lo tanto, es necesario vivir con sentido de libertad, o sea lanzándose en los espacios de la novedad; esto sería fidelidad o responsabilidad histórica.*
- *De otra parte, también uno dice que la grandeza está en lo ordinario, en lo que no es notorio, en lo pequeño; en este sentido, se trata de vivir lo básico como lo fundamental, o sea el Testimonio.*
- *O será que el Testimonio es, entonces, la gran novedad, la forma fuerte de ser; es la persona insistiendo (en lo fundamental), siendo oyente, oyente de la palabra, y por lo mismo, cada vez, su más posible espacio de expresión. (Abril 1)*
- *No dar el paso concreto hacia una vida consagrada al testimonio, es continuar siendo cómplice de la convención a la que he pertenecido y que quiere ser absolutizada; por eso, pienso, me siguen sintiendo cerca, algunos, como quien da aprobación a sus reformismos; por eso me da tanta alegría cuando encuentro quién me acepta y me respeta y comprende; quién me anima. Al mismo tiempo me duele porque ese quién me obliga a enfrentar mi ideal, y entonces mi miedo, o el sentido reformista de mi proyecto. Bendito ese quién, porque me hace experimentar que es posible estar cierto de que te quieren y te permite perder hasta la vergüenza. (Abril 30)*
- *Pensando en el desierto, a fines de este mes, se me ocurre que mi tema obligado tiene que ser el del Testimonio. Y lo primero, lo anotaba ayer, creo que debe ser el asunto de la Palabra, que implica colocarse en situación de escucha, que se vuelve pasajera (esa es su condición de absoluto), que no se encuentra fácil, que no es intelectual, encontrada por esfuerzos mentales, lógicos, de ingerencia, sino que es mística, que no encuentra palabras, que no es verdadera ni falsa. "Palabra" que se pronuncia, o se vive con susto, con disposición peregrina.*
- *Por lo mismo, se avanza poco, es el ritmo de la historia y la condición de que sí se avanza; es el avance de Cristo Encarnado, pero el avance del pobre, condición universal del amor, del compromiso, de la encarnación. (Julio 9).*

El Profetismo:

- *Yo creo que siempre quise ser Profeta; y me interesa mucho serlo. Por lo pronto entiendo que Profeta tiene relación con Resto; se trata de creer en el mundo, en la*

vida, en el hombre; buscar mantener la posibilidad de ser para el mundo presencia de esencia buscadora; de vivir dimensiones de aventura, allí donde la “proposición” no dice nada a los hombres pero el Testimonio sí es un lenguaje invitante. (Abril 30)

- *El asunto del profetismo tiene relación con todo el proyecto positivo de ser testigo; de encontrar contenidos, no de oposición sino de “ir más allá”; y particularmente en estos días con la intuición que me ha desvelado, el libro de Zilone, Aventura de un proceso cristiano, que intenta mostrar la tentación de poder que con dimensión profética aparece en la vida de Pedro Angelario del Morrone, Celestino Quinto el monje que hicieron Papa en 1294, en el cónclave de Perugia y que renunció por no poder conciliar Iglesia estructural y cristianismo (según el libro); pues bien, he descubierto la necesidad de estudiar mejor esta historia y la historia de la Iglesia en general. Son muchas las relaciones y las pautas que allí se nos dan a los hombres de hoy. (Mayo 6)*
- *El Profeta no pelea (no enfrenta) ni plantea soluciones (no pretende la utopía en la historia); el profeta crea el espacio donde toda absolutización aparece como injusta, hace aparecer la dimensión de lo infinito y de la esperanza en medio de la estructura y de las convenciones, en tanto que éstas son opresoras del hombre. (Mayo 8)*

El Sacerdocio:

- *A mí me hace mucha fuerza la convicción de que mi vocación sacerdotal es tratar de ser instrumento a través del cual las gentes puedan consagrar su Esperanza, porque creo que a la gente, en este momento histórico, le sirva que le hagan conciencia sobre este sentido de la Fe y de la Iglesia (ya que en realidad la Fe, para la mayoría, se explica como un culto mágico y se resuelve en doctrina ideológica: consuelo para una situación de opresión). Y entiendo mi vocación sacerdotal enmarcada en un contexto de vida cristiana fundamentada en el Testimonio, o sea, en la vivencia de la presencia fundamental de Jesús; presencia desinteresada, no de maestro, que no espera respuestas, que comprende y valora las personas, que no condena, que incluso agradece que le dejen estar presente... etc. (...)*
- *Lo importante... ser persona, y ser, como cristiano, testigo, -y dada la situación actual- como sacerdote, instrumento de consagración, quizás por la cobertura de eficacia que me proporciona el ser jerarquía religiosa: cobertura de eficacia significa que la gente vive en una situación de degradación tal, que hay que suplirle su incapacidad para comprender márgenes más allá de lo establecido, de aquellos que lo han caracterizado.*
- *Y que siendo instrumento, además de la posibilidad de consagración, creo que puedo ser “escándalo” saludable. Creo que Cristo no cambió el mundo, ni lo pretendió; el mundo va cambiando lentamente. Pero fue “escándalo saludable”, y continúa siéndolo, cada vez que alguno se resuelve a seguirlo. Y son las personas de “escándalo saludable” las que hacen posible que la Esperanza se mantenga viva y posible para los hombres.*
- *“Escándalo saludable” significa no pretender tener la razón; no oponer razón a la razón vigente; sencillamente, ir más allá de la razón, de toda convención por lo tanto. (Septiembre 8)*

- *Ser instrumento a través del cual la gente expresa su Esperanza: me parece una buena caracterización de mi sacerdocio. Yo sí, además puedo ser testigo, profeta. Pensar en lo anterior me produce una gran serenidad; me parece percibir que mis motivos no son oposición, y menos resentimiento. Cada vez, mi posición, mis actitudes, mis palabras, deben ir siendo, de acuerdo con lo que voy logrando, más sabias y más testimoniales (al menos eso espero). (Julio 9)*

El Compromiso Político:

- *No es marginarse de la lucha partidista o revolucionaria por miedo o por impotencia. Es situarse más allá de dichas luchas, como servicio histórico; es concientizar frente a toda pretensión absolutista (es como si fuésemos enemigos de todo). Es la manera de ser fieles al hombre. (Septiembre 8)*

El “escándalo saludable”

y la llegada del martirio

En el mes de noviembre de 1987, Jaime concluyó su período de desierto y se dispuso a tomar posesión de una nueva parroquia que le había sido asignada: la de San José del Nus.

En su diario se alcanzan a percibir los perfiles de este eje práctico de su discernimiento: ¿aceptar nuevamente, o no, una estructura parroquial?

Hay momentos en que le parece que eso sería “meterse en el seno de la tentación del poder de la estructura” (mayo 6), o “buscarse más a sí mismo, a través de un servicio estructural tan agradecido” (mayo 24). Pero, por otro lado piensa que no debe enfrentar la estructura, pues esta “es superior” y es, además, “como la naturaleza (el apego) de la gente normal” (julio 26). En algunos momentos piensa en pedir parroquias que tengan muy poco peso de estructura, para poder enfatizar el testimonio (julio 9). Considera también que la estructura parroquial puede posibilitar formas de servicio efectivo (mayo 6). Pero, en definitiva, quiere sentirse libre y relativizar toda estructura.

Llega a una posición de indiferencia, dentro de la cual, aceptar o no una Parroquia no es lo importante. Lo importante es su nueva opción de fondo, o mejor, la cualificación y la radicalización de sus opciones que ha logrado en su período de reflexión en la montaña: centrará su vida en el testimonio, en el profetismo; su sacerdocio lo vivirá como instrumento de consagración de la Esperanza, y como un escándalo saludable.

La nueva Parroquia que le fue asignada no era tan nueva para él. Estaba incrustada en una zona que le era familiar, pues estaba cerca de Cristales, donde había sido párroco durante 8 años. Volver allí era ponerse de nuevo frente al reto de formas de opresión, de conflictos, de sufrimientos que ya le eran profundamente conocidos. Su reacción quedó consignada así en su diario:

“Hoy o mañana debo recibir la parroquia de San José de Nus. Siento alegría grande porque me gusta trabajar en pueblos, con gente sencilla. ¿Por qué? ¿qué espero? Habría que pensar más despacio. De toda forma, quiero ser ante todo presencia; y quiero proclamar fe en la vida de la gente.

Siento alegría de trabajar con un grupo de sacerdotes con el que me identifico tanto en lo que vamos descartando, y en que debemos empeñarnos en la búsqueda.

Siento alegría de poder enfrentar esta nueva etapa como un reto pastoral; o sea que me siento “peleándola”, no simplemente aceptando un puesto más de funcionario; no deja de serme significativo que de nuevo haya vuelto a estas tierras; y me parece que vuelvo, que no soy simplemente mandado.

Me da temor, sí, de que me puedan matar: ante todo porque da miedo natural (biológico) morirse; pero también porque no creo que sea justo y porque no creo que haga bien a nadie. En fin, que es la situación histórica concreta que me ha tocado, y no puedo desconocerla ni evadirla (...). (Noviembre 17/1987)

Exactamente dos meses después de escribir estas líneas, el 17 de enero de 1988, a las 3:35 de la tarde, cuando abría la capilla del corregimiento Providencia, para celebrar la Eucaristía, Jaime fue baleado por un sicario y murió casi al instante.

Su cuerpo fue llevado a la morgue de Maceo, donde le practicaron la necropsia. Los habitantes de aquel pueblo pedían que su cadáver permaneciera allí. Hacia las 11 de la noche se celebró en Maceo la Eucaristía y luego fue trasladado a su Parroquia San José del Nus. Era ya pasada la media noche, pero el pueblo se congregó todo en el templo para la Eucaristía. De allí fue trasladado a Cristales, su antigua Parroquia, donde a las 3 de la madrugada fue celebrada también la Eucaristía. De allí el cadáver fue trasladado a Medellín donde el Cardenal y ciento treinta sacerdotes celebraron la misa exequial.

TESTIMONIO DEL CRIMEN Y SU IMPUNIDAD

En el mes de mayo de 1990 se presentó en la Curia Arquidiocesana de Medellín un hombre que pedía con angustia ayuda a la Iglesia. “Créanme -declaró- que yo soy bueno y lo que he hecho no es porque he querido”.

Según su relato, luego de prestar el servicio militar, fue sindicado varias veces por homicidio, pero siempre salía en libertad pocos días después. En 1970 se presentaron en su casa varios agentes del CAES (Comando Anti Extorsión y Secuestro, del Ejército Nacional) y lo obligaron a trabajar con ellos, so pena de llevarlo de nuevo a la cárcel. Durante 20 años tuvo que estar al servicio del Ejército en tareas criminales y encubiertas. Cuando intentaba retirarse o escaparse, era nuevamente forzado a continuar.

La Curia presentó a este testigo ante la Procuraduría General de la Nación y allí él hizo un recuento de sus conocimientos sobre numerosos hechos delictivos. Según su versión, el asesinato del Padre Jaime Restrepo fue motivado por acusaciones que presentaron contra él varias familias ricas de la región del Nus, “el señor Humberto Moreno, los Villegas, los Sierra y otro señor William, y una señora Ana” –afirmó-. Estas familias lo acusaron ante la XIV Brigada con sede en Puerto Berrío (Antioquia). El contenido de las acusaciones, según el relato, era simplemente su predicación (“contra los ricos y el narcotráfico”) y el ponerse de parte de los parceladores pobres.

Según el testigo, la XIV Brigada tenía a su servicio grupos de civiles colaboradores (“paramilitares”) dentro de los cuales trabajaba él mismo. El 16 de enero de 1988, el rumor sobre “un trabajo para hacerse en San José del Nus”, se extendió entre los civiles auxiliares del Ejército de Puerto Berrío, advirtiéndole que el Coronel Navas, Comandante del B-2 (Servicio de Inteligencia del Ejército), había “autorizado” dicho trabajo. Entonces “alistaron un carro, un Toyota azul, y una moto 185 Honda blanca y se dirigieron de Berrío a San José del Nus”. El testigo continuó diciendo:

“Al otro día por la tarde estaban todos comentando la muerte de un sacerdote en Providencia, donde todos comentaban la tranquilidad como el señor Alfredo Baquero, o “El Negro”, había matado un curita, que había dejado la moto a una distancia más o menos a una cuadra, y se bajó el curita del vehículo; inmediatamente le disparó a quemarropa. Con él dizque estaban unas muchachas y un muchacho para officiar una Misa ahí, y con la tranquilidad del caso lo mató, y regresó disfrazado con un sombrero blanco y poncho, se subió a la moto, la prendió y se vino mientras que los del carro lo escoltaban de lejos.”

El testigo, luego de rendir estas declaraciones en el mes de junio de 1990 ante la Procuraduría General de la Nación, fue asesinado en Medellín en diciembre del mismo año.

15 Hermana Teresita Ramírez Vargas



Febrero 28 de 1989

Hermana Teresita Ramírez Vargas Febrero 28 de 1989

En 1899, cuando algunas Hermanas de la Compañía de María viajaban a fundar su primera casa en Medellín, la que hacía de cronista registró en su diario la siguiente frase *“Atravesamos a paso largo el caserío de Cristales, cuyo nombre tampoco tiene visible explicación”*.

Quizás nunca imaginaron estas primeras religiosas que 80 años más tarde, otras hijas de Juana de Lestonac buscarían expresamente este lugar para venir a educar a los nietos, biznietos y tataranietos, de aquellos campesinos cuyos rostros apenas pudieron mirar cuando *“atravesaron a paso largo el caserío”*.

La presencia en Cristales, de la Compañía de María, corresponde a un momento de reformas estructurales dentro de la Orden, de aquellas que puso en movimiento el Concilio Vaticano II, complementados con los dinamismos renovadores de la vida consagrada que se vivían en América Latina desde los años 60.

De una estructura conventual y semi-cerrada al mundo exterior, con dedicación casi exclusiva a la educación de capas aristocráticas de la sociedad, los decretos capitulares de 1969 lanzaron a la Compañía por caminos nuevos que un discernimiento evangélico les inspiraba en el momento. Algunos de estos decretos insistían en crear *“fraternidades poco numerosas, menos estructuradas, pero mucho más exigentes comunitariamente”*, y en *“Abrir casas de verdadera encamación, insertas en ambientes pobres, para colaborar con ellos en su promoción humana y cristiana”*.

Encontrar formas concretas para lanzarse por estos nuevos derroteros no era fácil. Algunas hermanas se pusieron en búsqueda, visitaron pueblos y caseríos pobres y apartados, hasta que encontraron en Cristales algunos requisitos que ellas mismas se habían impuesto: un pueblo pobre y necesitado; un Liceo para trabajar y un párroco que las acogiera.

La primera religiosa llegó a Cristales en marzo de 1975, venciendo múltiples dificultades, entre ellas las preocupaciones del Arzobispo, quien no veía allí las mínimas condiciones para abrir una casa de religiosas y comenzó por otorgarles un permiso “provisional”.

Desde 1972 era párroco de Cristales el Padre Jaime Restrepo, cuyo proyecto pastoral se entrecruzaría profundamente con el de esta Comunidad de la Compañía de María y cuyo martirio, en 1988, se hace ahora inseparable, en perspectiva histórica, del martirio de Teresita.

Jaime trabajó en Cristales desde un poco después de su ordenación (1971). Una de las Hermanas que trabajó con él lo recuerda así:

“... el Jaime que les pedía prestada una camisa cuando estaba muy sucio después del trabajo comunitario, para celebrar la Eucaristía; el que subía a la volqueta con todos los indocumentados para presionar a que los soltaran a todos; el que hacía huelga de hambre en la puerta de la cárcel para exigir que dejaran libre a un inocente; el que no distinguía si los caminos eran malos o el tiempo lluvioso o la casa muy lejos; el que les tenía paciencia hasta que dijeran su palabra en la reflexión del Evangelio, el que se hacía papá y mamá de los muchachos del hogar... Jaime Restrepo no había sido uno...”

La obsesión de Jaime era crear comunidad. Así entendió fundamentalmente su sacerdocio. Pero creaba comunidad haciéndose él mismo miembro de la comunidad, compartiendo con los campesinos el trabajo, las penurias y los sufrimientos. Su casa cural se convirtió en el hogar de los muchachos pobres que del campo iban a estudiar al pueblo, y una finquita que consiguió, la trabajaba él mismo para sostener ese “hogar”.

A ese hogar llegaron las primeras Hermanas de la Compañía de María en 1975. Ellas confiesan que fue duro el paso de la limpieza y el orden impecable de un claustro de La Enseñanza, al desorden y a las carencias elementales de aquel hogar de muchachos campesinos que provenían de la miseria.

El trabajo de las hermanas se orientó en dos frentes: la educación en el Liceo, que en ese momento sólo contaba hasta segundo de bachillerato, y la presencia en las veredas. Los años de trabajo en el Liceo fueron logrando progresivamente la integración de alumnos, profesores y padres de familia en una gran comunidad solidaria. Esta solidaridad permitió ensanchar el Liceo poco a poco, hasta lograr establecer el bachillerato completo. Los primeros bachilleres saldrían en 1985.

Horas de trabajo gratuito aportados por los maestros y trabajo físico aportado por los alumnos y padres de familia, mostraron que el esfuerzo comunitario es el ingrediente fundamental de la superación.

El proyecto educativo, tanto en el Liceo como en las veredas, tenía como eje el dinamismo liberador del Evangelio.

Se propusieron desde un comienzo, en compañía de su párroco, Jaime Restrepo, compaginar Evangelio y vida. Esto no era fácil. El campesino estaba enseñado a escuchar y dar muestras de sumisión, pero no a participar ni a decir su propia palabra. Cuentan que Jaime a veces se mostraba radical y enérgico, para hacerles comprender que si no había participación, comunidad y reflexión sobre su propia realidad, los sacramentos no tenían ninguna base.

Poco a poco la palabra del campesino se fue liberando y fue aprendiendo a darle vida al Evangelio al conectarlo con sus propias vidas. Este proceso caló tan profundamente en ellos, que los “grupos del Evangelio”, como ellos mismos bautizaron las comunidades que fueron surgiendo en las veredas, se convirtieron en punto de referencia obligado para tomar las decisiones que afectaban a la comunidad, decisiones que trataban de iluminar siempre con las páginas del Evangelio.

Una Hermana que se vinculó a estos procesos en 1981, describía así la vida que encontró en estos grupos:

“Con la linterna en la mano y el Evangelio debajo del brazo, por caminos de toda clase, lejos o cerca, se reúnen estos campesinos -hombres y mujeres- después de una jornada de trabajo duro.

¿Qué los atrae? El Evangelio y la comunidad. Llegan, cantan, comentan las noticias que han escuchado en la radio o lo que ha sucedido en el pueblo, leen el Evangelio, todos lo comentan y lo relacionan con la vida, y terminan con una oración y un canto. No falta el tinto, que ofrecen en la casa de la reunión. Algunos grupos tienen un fondo que van haciendo con pequeños aportes voluntarios, o con rifas (una taza, por ejemplo, a peso la boleta... es realmente “a lo pobre”). Ese dinero es destinado, según dicen ellos mismos, a *educación: costearle a alguno de ellos la asistencia a un cursillo, y a la “solidaridad”: darse la mano en caso de enfermedad o en alguna necesidad de la vereda...*”

Esta misma carta, dirigida a sus co-Hermanas de la Provincia, describe también las condiciones de miseria en que viven los campesinos:

“Cada semana hay molienda de panela. Dura dos o tres días, con jornadas de trabajo de 18 horas seguidas y salario por día de \$300 pesos. Y una familia donde el papá trabaja a ese ritmo, no tiene en la casa ni mesa, ni taburetes, ni toallas, ni sábanas, ni camas suficientes, ni sanitario, ni agua cerca, ni... ni... Se le hace a uno imposible que la gente pueda vivir con tantas privaciones. Y entonces entiende con el corazón, cuando logran expresar “es que la vida del pobre es muy dura. hermanita...”.

En la medida en que estos grupos se desarrollaban, los campesinos liberaban su palabra e iban encontrando formas comunitarias y organizativas a la vez que reflexionaban más críticamente sobre su propia realidad.

PERSECUCIÓN DEL PROYECTO EVANGELIZADOR

En un mundo de profundas injusticias, como el que vivimos, este proceso no puede vivirse sin conflictos. Las familias más pudientes del pueblo y algunas autoridades, comenzaron a mirar mal la dedicación del Párroco y de las Hermanas a los más pobres.

En 1979 se vivió el primer conflicto en el Liceo. Afloró con la destitución de una profesora y la secretaria. Luego, a través de los sindicatos del magisterio, se pudo conocer una lista de quienes iban a ser destituidos en los siguientes días y estaban entre ellos casi todos los profesores, incluyendo al Párroco y a la Hermana directora. La causa: acusaciones del Alcalde y del Presidente del Concejo, quienes los calificaban a todos de “revolucionarios”.

La solidaridad de los profesores, alumnos y padres de familia logró no solamente impedir la ejecución de tales medidas, sino también recuperar, con trabajo extra, los tres meses de paro a que fueron forzados.

Aprovechando la visita del Arzobispo, en septiembre de 1979, los poderosos del pueblo acusaron a Jaime de descuidar el casco urbano por dedicarse demasiado a los campesinos; de sembrar en éstos inconformismo; de tener descuidado el templo, y de dar la comunión en la mano.

El Arzobispo no juzgó prudente su traslado inmediato, para no dar la impresión de que daba la razón a sus acusadores, pero seis meses después Jaime recibió la orden de trasladarse a la Parroquia de San Javier, en Medellín. En la Eucaristía de despedida, Jaime decía:

“.. parece lo normal que el ministro evangelice una comunidad cristiana, y sin embargo, en una Iglesia con madurez, la comunidad cristiana evangeliza al ministro...”

La partida de Jaime marcaba también una etapa de sufrimiento moral intenso para las Hermanas. Entre los diversos sacerdotes que reemplazaron a Jaime por cortos períodos, algunos tomaron partido abiertamente por sus acusadores y comenzaron a denigrar en público de la labor evangelizadora de los años anteriores. Prohibieron a las Hermanas el contacto con los campesinos; las acusaban públicamente y predisponían en contra de ellas a parte de la población.

Esta prueba dolorosa se prolongó por varios años, aunque no siempre en la misma intensidad, pero no logró destruir el proceso que se había iniciado. Los campesinos ya se habían apropiado del Evangelio y lo habían conectado con su vida, por eso los grupos continúan reuniéndose por su propia iniciativa e iluminando los momentos dolorosos con la luz de la Buena Noticia.

En este contexto se produjo un allanamiento de la casa de las Hermanas el 26 de mayo de 1982, practicado por 8 soldados que cumplían órdenes del Inspector de Poli-

cía. El interrogatorio a que fueron sometidas, se refería al trabajo con los campesinos. En la versión de los soldados, las Hermanas estarían tratando de “convencer a los campesinos para que no votaran”. Era bien conocida en el pueblo la amistad profunda entre el Inspector de Policía y los gamonales de la región.

La persecución se calmó hacia 1983; el Párroco y la Curia renovaron su confianza en la acción evangelizadora de las hermanas y todo esto permitió una cierta reactivación del trabajo. Para este momento además, los grupos habían logrado un sensible desarrollo. Las “Jornadas de Estudio” en las veredas fueron ayudando a los campesinos a encontrar formas de coordinación y de intercambio entre las diversas comunidades, a la vez que se avanzaba tanto en las veredas como en el Liceo, en formas de participación cada vez más amplias y consolidadas.

Jaime Restrepo luego de su salida de Cristales en 1980, había permanecido cerca de dos años en la Parroquia de San Javier. Luego fue enviado a Roma a estudiar Filosofía y a su regreso nombrado profesor de la Universidad Bolivariana en Medellín, cargo que compaginaba con la atención a la Parroquia de la Presentación en el barrio La América.

En 1987 pidió permiso para realizar una experiencia espiritual profunda, que consistió en acompañar a una familia pobre, en una vereda de Jardín (Antioquia), durante seis meses. En noviembre de 1987 fue destinado nuevamente a la región del nordeste antioqueño, como Párroco de San José de Nus, y fue asesinado el 17 de enero de 1988 en la Estación de Providencia, muy cerca de Cristales.

El asesinato de Jaime revivía la persecución contra el proyecto de evangelización de Cristales. Su presencia en la zona de nuevo exasperó a quienes se mostraron siempre enemigos de la emancipación del campesinado, los que en aquellos años habían avanzado en formas sofisticadas de violencia.

En efecto, desde 1984 los grupos paramilitares se habían venido multiplicando en forma alarmante en el país, cimentados en la Doctrina de la Seguridad Nacional. El blanco de sus ataques eran las personas con convicciones democráticas; quienes asumían posiciones críticas frente al Statu quo, y quienes trabajaban en perspectiva liberadora con los sectores más oprimidos de la sociedad; todos ellos calificados indiscriminadamente como “agentes” o “simpatizantes” del “comunismo”.

TERESITA RAMÍREZ EN CRISTALES

El 5 de agosto de 1987 había llegado a Cristales, para vincularse a este proyecto evangelizador, la Hermana Teresita Ramírez Vargas. Nacida en La Ceja (Antioquia), en 1947. en un medio campesino, fue la penúltima de 8 hermanos, e ingresó en 1964 a la Compañía de María, pronunciando sus votos solemnes, después de los años de formación, en diciembre de 1975. Su preparación académica la hizo en la Normal An-

tioqueña de Señoritas, en Medellín y en la Universidad Pontificia Bolivariana, donde obtuvo su Licenciatura en junio de 1987.

Teresita ejerció su acción evangelizadora en diferentes lugares, con preferencia entre los pobres: en el barrio Doce de Octubre de Medellín y en el barrio El Bosque de Barranquilla, un poblado de invasión, donde estuvo al rededor de 8 años.

Llegó a Cristales con la actitud de quien quiere encarnar a Dios a través de la bondad, entre sus hermanos más pobres. Por eso su diario caminar contagiaba alegría, sencillez, cercanía, compromiso. Su tarea proyectaba inquietud y actividad constantes para que fueran mejores las condiciones de vida; reflejaba entrega incondicional, desinteresada. Varias veces en la semana, después de trabajar con los alumnos en clases, se desplazaban a las veredas para compartir la vida de los campesinos.

Con entereza y capacidad de sacrificio afrontaba gozosamente las dificultades, inclemencias y circunstancias adversas de tiempos y lugares. Eran proverbiales su sencillez y solidaridad con los más pobres, su capacidad para escoger el último lugar, para aceptar la postergación y el pasar inadvertida.

En mayo de 1988 se preparaba en varias regiones del país, entre ellas el nordeste antioqueño, una marcha campesina. Sacerdotes y religiosas de la zona, después de hacer un cuidadoso discernimiento, decidieron hacerse presentes de alguna manera en apoyo a los campesinos. Si les habían hablado de justicia, de participación y de organización, no podían dejarlos solos en momentos tan críticos. Por su parte, los campesinos habían elaborado un pliego de reivindicaciones que eran de elemental justicia; pedían satisfacción a las necesidades más básicas de la región: agua, electricidad, educación, atención a la zona, y hasta el nombramiento de párrocos. Escogieron, como sitio de concentración, el municipio de Cisneros.

Varios sacerdotes y religiosas se dieron cita en Cisneros, atendieron a los campesinos afectados por la larga marcha, en especial a mujeres y niños; ejercieron mediaciones para conseguir aulas escolares donde los campesinos pudieran descansar, o para evitar atropellos o desbordamientos de violencia en momentos de alta tensión.

Teresita estuvo allí y ante la detención, en la estación de Sofía, de los organizadores de la marcha, se vio forzada a ejercer ciertas funciones, como dirigirse al Comandante para exigir respeto y buen trato para los participantes en la marcha, ya que no había porqué dar “bolillazos” o empujar, cuando todo se hacía de manera pacífica y se estaban haciendo demandas justas: servicios de agua, luz, educación, atención a la zona, y nombramiento de párrocos para los lugares que no los tenían.

Entre tanto el contingente militar llegó a Puerto Berrío para reprimir la marcha; un oficial alto y moreno identificó a Teresita por su nombre y su trabajo en Cristales. Otros oficiales del Ejército en traje de civil, entraron a tomar abundantes fotografías dentro de la escuela donde se alojaban los campesinos.

Durante los meses que siguieron a la marcha, varias veredas de Cristales fueron militarizadas y las fuerzas armadas cometieron atropellos sin nombre contra los campesinos. El 8 de julio del 88 un comando del Ejército ocupó un predio donde existía una comunidad campesina organizada, varios de los campesinos fueron maltratados en forma ignominiosa hasta la brutalidad, para con ello intimidarlos y poder mantener en la región un régimen de terror. En agosto de 1988 apareció una inscripción misteriosa en las paredes del pueblo: “Pronto Cristales estará de luto”. Esto era apenas un signo de la zozobra que se vivía desde la marcha campesina.

Allanamientos en el pueblo y en las veredas, hostigamiento a profesores del Liceo, amenazas veladas, todo esto comenzaba a ser leído sobre el telón de fondo del asesinato del P. Jaime y de las torturas y los atropellos a los campesinos. Gentes extrañas comenzaron a llegar al poblado al anochecer y lo abandonaban al amanecer. Una noche, un soldado pasado de copas, declaraba en una heladería que había una lista de veinte personas para matar.

Por los caminos que transitaban las Hermanas para ir a sus reuniones en las veredas, comenzaron a aparecer camperos y motos extrañas a la zona, desde donde eran cuidadosamente observadas. Todo presagiaba las vísperas de momentos dolorosos.

El Martirio

El 28 de febrero de 1989, la Compañía de María celebraba los 90 años de su presencia en Medellín. Para la ocasión se había preparado una celebración de familia. Las Hermanas de Cristales se desplazaron a Medellín para compartir ese momento de Acción de Gracias al Señor. Teresita regresó el lunes 27 para no dejar a los alumnos del Liceo sin clase.

En la mañana del 28 de febrero, llegó a Cristales un campero Toyota, último modelo, de placas LC8031, con cinco hombres jóvenes a bordo, vestidos de civil, quienes ingirieron algunas bebidas y preguntaron por el Párroco y la religiosa responsable de expedir las partidas de Bautismo. Ellos no se encontraban. Entonces tres se entraron al carro y dos se dirigieron al Liceo donde preguntaron por la Rectora. Ante la negativa, replicaron: “¿hay alguna de las Hermanas?”. Los condujeron entonces hasta el salón donde Teresita dictaba clase.

Teresita dialogó unos minutos con sus victimarios y éstos, al parecer, le pidieron que anotara algo. Ella entró un momento al salón para traer una hoja de papel y entre tanto los sicarios se colocaron, cada uno a un lado de la puerta del salón. Cuando ella volvió a cruzar la puerta, le dispararon a quemaropa. Eran las 11:20 am. En ese mismo momento, en Medellín, se llegaba al ofertorio de aquella Eucaristía que conmemoraba los 90 años de presencia de la Compañía allí.

Teresita fue llevada agonizante hacia el Hospital de San Roque, pero en el camino falleció.

Desde Cristales trataron de comunicarse con la central de teléfonos de San José de Nus pero no respondían. También del Comando de la Policía de San Roque trataron de comunicarse con la estación de Policía de San José del Nus, utilizando el radio-teléfono, pero tampoco respondieron. Siempre las comunicaciones habían sido muy buenas. Esto se hizo extraño dado que era el sitio más adecuado para interceptar a los sicarios. ¿Gozaban éstos de una “misteriosa” protección para eludir la acción de las autoridades, y aun más, para detenerse en la estación de Providencia y asesinar a otras personas? Entre ellas dos campesinos que participaron activamente en la Marcha de Mayo.

En mayo de 1990, un civil que había trabajado durante 20 años como auxiliar del Ejército, vinculado a grupos paramilitares, se presentó en la Curia Arquidiocesana de Medellín y reveló numerosos datos sobre acciones delictivas del Ejército especialmente de la XIV Brigada con sede en Puerto Berrío (Antioquia.). Allí señalaba al Sargento Aurelio Benavides (conocido entre los paramilitares con el alias de “Carlos”) como el militar que dio la orden de asesinar a Teresita.

En el cuarto de Teresita quedó visible el último libro que había leído: “El Sicario”, de Mario Bahamón Dussán, cuya dedicatoria dice: “A un lector, que será la próxima víctima”.

Sobre el tablero, en el salón de clase, quedó escrito con tiza, el texto que utilizó para enseñar los signos de puntuación: “*La emoción por la patria: // banderita de Colombia, //mi banderita querida, //porque no te rindas, // iyo daré hasta la vida!*”.

En los alumnos y profesores quedó la marca imborrable de su testimonio, de su compromiso y de su alegría. En los campesinos, la vida que ella les entregó, como semilla de Evangelio, fecundada con la fuerza de su sangre.

Parafraseando el texto de Jesús, algunos alumnos después de su muerte dijeron: “*ella dio su vida por nosotros*”. Teresita entregó así su vida a Jesús, como víctima de la confabulación de los poderes de este mundo contra un proyecto de evangelización integral de los oprimidos.

De nuevo las palabras de Evangelio se hacían realidad dramática en nuestra historia cercana: “*El servidor no es más que su Señor, si me persiguieron a mí, también los perseguirán a ustedes*”. (Jn. 15,20)

16 Padre Sergio Restrepo Jaramillo, S. J.



Junio 1° de 1989

Padre Sergio Restrepo Jaramillo, S. J. Junio 1° de 1989

Sergio había nacido en Medellín (Antioquia) el 19 de julio de 1939. Su padre fue un ingeniero civil ampliamente conocido en la sociedad antioqueña, como alcalde que fue de la ciudad capital. Sin terminar aun su bachillerato, adelantado en el Colegio de San Ignacio de Medellín, ingresó al noviciado de la Compañía de Jesús el 12 de diciembre de 1957. Se ordenó como sacerdote jesuita el 7 de diciembre de 1970.

Desde 1973 se dedicó al trabajo pastoral en medios populares, primero como Vicario cooperador en la Parroquia de María Auxiliadora de Medellín, luego como director del Instituto Obrero Tomás Villarraga (1976-79), y luego como Vicario cooperador en la Parroquia de San José de Tierralta, en Córdoba (1979-89), donde fue asesinado.

El trabajo en medios populares correspondió a una opción muy clara y consiente que él hizo y que fue respaldada por sus superiores. Con alma de artista, amante de la naturaleza, de la vida y de la espontaneidad, fue un hombre descomplicado y práctico a quien repugnaron siempre las estridencias, los protocolos, la publicidad y los honores, y que buscó un estilo de vida que le permitiera sentirse sirviendo, en las formas más prácticas, a los pobres y sencillos.

Su trabajo más prolongado lo desarrolló en Tierralta, donde permaneció casi 10 años. Del equipo de jesuitas que estaba allí en 1989 era el más antiguo, pues estuvo desde que la Parroquia le había sido encomendada a la Compañía de Jesús, en 1979.

El Padre Hernando Muñoz, jesuita que compartió con él el trabajo de Tierralta en sus primeros años, nos cuenta así el trabajo que Sergio desarrolló en esa tierra cordobesa:

“El Padre Sergio empezó desde un principio una labor espiritual y cultural que no paró hasta el último momento de su vida.

La Iglesia parecía una fábrica de cemento, sucia y con un caparazón de mal gusto, la transformó en una belleza de templo, en un lugar que invitaba a la oración y al recogimiento.

La decoró interior y exteriormente con un buen gusto artístico, cambiándole por completo su aspecto físico en ventanas y paredes, con el apoyo que le prestaron artistas de la misma Tierralta, pues hay muchas pinturas y frescos que decoran el interior. Así mismo empleó para su decoración una hermosa piedra verde que se encuentra en la subida de Ventanas.

Al pie del templo existía un fangal, en donde los cerdos se refrescaban con las aguas sucias y se revolcaban en medio del barro y el lodo. El Padre Sergio canalizó las aguas sucias y transformó el lodazal en un precioso jardín.

Allí construyó primero la biblioteca que cuenta en la actualidad con 9.000 volúmenes y es la mejor de la región, y estaba echando los cimientos de un Museo de Cerámica Precolombina, para colocar piezas muy valiosas de la cultura sinuana, únicas en Colombia, encontradas por él o rescatadas de manos de los guaqueros. A los guaqueros les daba una especie de catequesis cultural, enseñándoles a respetar las ollas y a no destruirlas por buscar el oro. No le importaba el estado en que se encontraran las cerámicas; él de todas maneras las recibía, aunque estuvieran en mil pedazos, gastando meses en su reconstrucción pieza por pieza, con verdadera paciencia benedictina. En este campo realizó una labor muy hermosa y científica, con el apoyo de Colcultura, del Programa por la Paz de la Compañía de Jesús y de la misma Parroquia.

Otro campo en el que estuvo trabajando fue en el de la educación, que en esas regiones tropieza con muchas dificultades por parte de los políticos, de las administraciones municipales y a causa del mismo orden público. Con el apoyo del señor Obispo de la Prelatura y de la Parroquia, y con mucha iniciativa suya organizó profesores veredales a quienes pagaba puntualmente.

Se interesaba también por la promoción de los maestros. A veces se encontraba profesores que querían capacitarse más, pero que no lo podían conseguir; entonces el Padre Sergio buscaba la manera de que lo obtuvieran.

Hacía visitas a cada una de las comunidades en donde se encontraban los maestros, dentro de la selva, a veces a caballo o a pie, por el río o en avioneta, cuando eran sitios distantes o peligrosos. Se preocupaba por cada uno de los caseríos o veredas o sitios perdidos de la selva, procurando que se organizaran y que progresaran en el terreno de la educación.

El Padre Sergio durante toda su vida de jesuita sintió un gran amor por las orquídeas. Cuando llegaba a algún sitio o vereda, si le quedaba algún espacio libre de tiempo de iba al monte, al bosque o a la selva a buscar orquídeas.

No era una simple afición lo que lo movía sino una afición científica. Cuando encontraba una orquídea investigaba la especie a la que pertenecía, cómo se llamaba y en qué condiciones climáticas se producía.

Antes de ordenarse y siendo profesor de botánica en el colegio de San Ignacio de Medellín, encontró cerca de El Retiro una orquídea que llevaba su nombre: *Sergius Purpurea*.

El Padre Sergio fue también un gran amigo de los árboles y de la reforestación. Cuando llegó a Tierralta encontró que un alcalde había mandado talar todas las palmeras de decenas de años que se encontraban alrededor del parque, para colocar una plancha de cemento, que a 32, 34 o 36 grados centígrados no era nada atractiva para nadie. Remodeló entonces el parque, volviendo a plantar las palmeras y convirtiéndolo en un refrescante lugar de esparcimiento.

Sembró en el corazón de todas las gentes la preocupación y el amor por toda clase de árboles, por las ceibas, por las especies nativas, y en particular por las palmas, de las que hizo un vivero para obsequiar ejemplares a quien se lo solicitara.

Fue también un gran promotor de los jardines. Cuando las señoras visitaban la casa cural y se enamoraban de sus matas, les decía: “no me vaya a dañar mis matas. Dígame cuál le gusta y yo se la siembro”. Al poco tiempo aparecía con la mata, con gran contento de las señoras.

El Padre Sergio estudió también las plantas medicinales, propias de la región, incluso las plantas con las que los indígenas o curanderos trataban las mordeduras de serpiente, mostrando en todo una preocupación verdaderamente científica.

Por las noches, en donde es más peligroso salir por las fieras y las serpientes, en sus visitas a las comunidades, se dedicaba a conversar con los campesinos, sobre la historia de cada una de estas regiones, tratando de conseguir datos sobre la colonización del Alto Sinú y del San Jorge y de todo este sector del departamento de Córdoba. Es muy posible que hayan quedado entre sus apuntes datos interesantes sobre esta materia.

Pero sobre el artista, el historiador y el científico sobresalía el Padre Sergio Restrepo, el sacerdote. Era una persona que dedicaba todo el tiempo que fuera necesario a la labor sacerdotal, sin importarle el clima, las distancias ni nada. Administraba los sacramentos y daba la catequesis con mucho cariño a los colonos y a los indígenas. Organizaba con mucho esplendor las primeras comuniones. Por todo esto era muy querido y apreciado en todos los campos y veredas. Atendía con especial cuidado a todas las personas que llegaban a la Parroquia con algún problema de partidas. Dedicaba horas y aun semanas a buscar cuidadosamente el dato que el interesado necesitaba.

Nosotros los jesuitas y otras personas amigas no nos explicábamos cómo el Padre Sergio, quien era flaco y parecía de constitución endeble, resistía ese tren de trabajo, en un clima tan ardiente como el de Tierralta. El hecho es que fue el único del equipo de los cuatro que estuvo permanentemente en Tierralta durante casi diez años, hasta que lo asesinaron.

Contexto de violencia

Tierralta es un extenso municipio (cinco mil kilómetros cuadrados) incrustado en una de las zonas más afectadas por la violencia y los conflictos sociales. Tierra de latifundios en manos de ganaderos y madereros y al mismo tiempo zona de refugio de campesinos expulsados por la violencia de la vecina zona del Urabá antioqueño, fue caldo de cultivo para organizaciones guerrilleras que encontraron acogida en amplias capas de campesinos sometidos a condiciones infrahumanas de vida. Pero también fue zona codiciada por poderosos narcotraficantes, quienes la escogieron como residencia y como asentamiento y base de entrenamiento de ejércitos privados a su servicio, los que pudieron desarrollarse gracias a la tolerancia, protección y colaboración de las Fuerzas Armadas del Estado.

Moverse en esa zona durante un período tan prolongado como el que estuvo allí Sergio era ya un alto riesgo. Médicos, sacerdotes, educadores y funcionarios, obligados a desplazarse por las zonas rurales, caían rápidamente bajo la “sospecha” de estar colaborando con las guerrillas o con los militares o los paramilitares. Sergio atendió a muchas comunidades campesinas e indígenas de su parroquia, entre ellas a Saiza, un pequeño caserío cuya Iglesia fue destruida a causa de cruentos enfrentamientos entre guerrilla, militares y paramilitares.

Pero, además, vivir en aquel medio y convertirse en confidente de tanta gente victimizada por la violencia, era otro motivo de “sospecha”. Sergio era, realmente el amigo de la gente; departía con la gente sencilla en cafeterías y bares y por ello mismo tenía que convertirse en caja de resonancia del profundo conflicto que afectaba a su feligresía, donde se producían muertos a granel.

La alianza militar/paramilitar era el poder dominante, con el cual Sergio no quiso tener ninguna relación de amistad; estaban demasiado manchados de sangre, de torturas y de muerte. Por el contrario, cuando Sergio planteó la remodelación y decoración del templo haciendo pintar en él imágenes que llevaran mensajes evangelizadores para el pueblo, decidió incorporar la denuncia directa y plástica entre aquellas expresiones de arte y de catequesis.

En efecto, para el lugar central del templo, Sergio diseñó un mural que sirviera como telón de fondo al altar, inspirándose en el “Paño de Cuaresma” difundido por la organización Misereor (del Episcopado alemán) en 1982, el cual reproduce la obra del artista haitiano Jacques Chéry. Sergio le solicitó al pintor que cambiara las fisonomías negras por otras mestizas.

El artista haitiano quiso plasmar, en el Paño de Cuaresma, la Historia de la Salvación, dividiendo el cuadro en tres planos horizontales, así: Inferior: plano de la oscuridad y de la falta de fe; Centro: plano del vencimiento del mal a través de Cristo; Superior: Plano de la Esperanza y de la Promesa. Por ello en el plano inferior, en la parte central, representó, como raíces del mal, escenas de violencia, de guerra y de tortura.

Cuando Sergio dio las orientaciones al artista para ejecutar la obra, le pidió que en la escena de tortura tratara de plasmar el hecho criminal, conocido por todo el pueblo de Tierralta, de las torturas que los militares habían infligido al ex-sacerdote Bernardo Betancur. Este pecado seguía clamando justicia, ya que Bernardo Betancur, antiguo párroco de Tierralta, quien al retirarse del ejercicio del sacerdocio continuó viviendo en esa población, había sido varias veces detenido y torturado por miembros del Ejército y había sido asesinado por ellos mismos el 3 de noviembre de 1988. El artista plasmó con tanta fidelidad los rasgos físicos de la víctima, dentro de la escena de tortura, que, sin necesidad de explicación, el pueblo leyó permanentemente aquella muda denuncia y se dejó interpelar por ella.

Los militares, sin embargo, no soportaron aquella denuncia que fijaba su horrendo crimen en la memoria del pueblo. El Capitán César Augusto Valencia Moreno, Comandante de la Base Militar de Tierralta, presionó repetidas veces a los sacerdotes de la Parroquia para que modificaran el mural, pero siempre encontró resistencias. Entonces comentó confidencialmente a varias personas del pueblo y de fuera del pueblo, que ese mural iba a tener consecuencias graves y que el Padre Sergio las pagaría.

“A Sergio lo mató el mural”. Este comentario recorrió el pueblo mil veces, con sigilo, después del asesinato, cuando los feligreses, impactados por el crimen, trataban de relacionar en su memoria comentarios, gestos y actitudes de los militares.

El primero de junio de 1989 Sergio tenía un aire de preocupación desde la mañana. Su profundo conocimiento de aquel pueblo y de sus gentes, le hacía percibir con facilidad lo que se salía de su ritmo normal. Comentó a uno de sus compañeros jesuitas que había visto a dos hombres extraños con actitudes sospechosas. “Algo va a pasar”, dijo. En efecto, dos asesinatos se fueron sucediendo, primero el de un conductor de la empresa Cochetral, y luego el de un poblador que transitaba cerca del hospital.

Algunas personas acudieron a la alcaldía para pedir que se hiciera algún control, pues los asesinos se paseaban por el pueblo con la mayor tranquilidad. Entonces el agente de la Policía, Efraín Segundo Estrada Castro, asignado al servicio de Escolta del Alcalde, detuvo por unos momentos a los sicarios y les pidió que lo acompañaran a la alcaldía; sin embargo, estos exhibieron credenciales del B-2 (Servicio de Inteligencia del Ejército) y el agente los dejó libres en el camino. Pocos minutos después disparaban contra Sergio.

La Procuraduría pudo establecer posteriormente que los miembros de la Policía tenían instrucciones precisas sobre qué hacer en caso de encontrar a supuestos agentes de

servicios secretos del Estado que afirmaran estar ejecutando órdenes a cubierto. En esos casos, los supuestos agentes debían ser conducidos al Comando de la Policía, ser identificados y debía verificarse, en comunicación con sus respectivos comandos, la naturaleza de su misión. Estas normas fueron violadas por el agente Estrada Castro y por el Comando de Distrito de Tierralta. ¿Habrían recibido otro tipo de instrucciones para no aplicar normas tan necesarias aquel día en que ya se habían producido varios asesinatos?

En el momento en que los sicarios dispararon contra Sergio, el Capitán César Augusto Valencia se encontraba en la alcaldía. Las personas que estaban allí lo notaron muy nervioso, pues se asomaba cada momento al balcón, como esperando algo que tardaba. Cuando se escucharon los disparos, en visible ademán burlesco desenfundó su arma y se colocó detrás de un escritorio.

Personas que se hallaban junto a la alcaldía en el momento de los disparos, no salían de su asombro cuando vieron que varios agentes de la Policía bajaron corriendo de la alcaldía y tomaron una dirección diametralmente opuesta al sitio de donde provenían los disparos. ¿Obraría allí nuevamente la supuesta consigna de omisión, en complicidad con el crimen?

La Procuraduría pudo establecer también que la Policía, en caso de ocurrir un crimen dentro del poblado, tenía orden de taponar las vías de acceso al casco urbano y de practicar requisas en establecimientos públicos y hoteles, pues ya se sabía que, de ordinario, los asesinos provenían de fuera. Esta nueva omisión permitió a los sicarios huir sin precipitaciones, con una tranquilidad que escandalizó a todos los testigos, y tomar el camino hacia La Apartada, vía que conduce al corregimiento de Río Nuevo y allí al municipio de Valencia.

Las confesiones hechas por un paramilitar ante el Departamento Administrativo de Seguridad (DAS) el 4 de abril de 1990, revelarían que los sicarios provenían de la hacienda Las Tangas, propiedad del narcotraficante Fidel Antonio Castaño Gil, donde tenía su centro de operaciones una poderosa estructura paramilitar a su servicio. El testigo denunciante había presenciado el momento en que los sicarios que asesinaron a Sergio dieron su “parte de victoria” y relataron la ejecución del crimen con minuciosos detalles, los que coincidían con las versiones de los demás testigos.

La hacienda Las Tangas era un sitio conocido a nivel nacional por su relación con el paramilitarismo. Varios periódicos y revistas de circulación nacional la habían señalado públicamente como el centro de operaciones del grupo paramilitar que perpetró las masacres de “Honduras” y “La Negra” (en el Urabá antioqueño, 4 de marzo de 1988) y de “Mejor Esquina” (en Buenavista, Córdoba, 3 de abril de 1988), identificando nominalmente a su propietario, Fidel Castaño Gil, a quien daban el apelativo de “Rambo Colombiano”. Pasma constatar que a pesar de que esta información era de dominio público, la hacienda no fue registrada por organismos de seguridad del Estado, ni su propietario llevado ante la justicia. Esta omisión aun más grave se revela como ante-

cedente de primer orden en los hechos que conducen al asesinato de Sergio.

Pero algo más grave aun es que jóvenes de la región, que prestaron su servicio militar en esta época han revelado que fueron llevados a entrenamientos militares en la hacienda Las Tangas, o pudieron constatar que, cuando patrullaban la zona registrando fincas, sus comandantes les impedían ingresar a Las Tangas o a Jaraguay (otra hacienda de Fidel Castaño, aledaña a la anterior), a donde sólo entraban los oficiales del Ejército y luego salían con gaseosas, cigarrillos, enlatados y licores para obsequiar a los soldados rasos. También les servían a la entrada de la hacienda, exquisitos banquetes.

El cuadro del crimen con sus autorías intelectuales y materiales fue siendo, poco a poco desvelado, a pesar de los numerosos testimonios que no pudieron ser presentados ante la justicia, pues si algo ha asimilado el pueblo de Tierralta en su dolorosa experiencia, es que “quien denuncia, es persona muerta”.

El cadáver de Sergio, luego del sentido homenaje tributado por el pueblo que lo consideró “el amigo” por antonomasia, fue trasladado a Medellín con el fin de que sus familiares más cercanos pudieran asistir a sus exequias. Pero su corazón y sus entrañas, extraídas durante la necropsia, fueron luego sepultadas en un monumento dentro del templo parroquial, junto a la imagen de Cristo crucificado, donde una placa de mármol exhibe el texto del Epitafio que él mismo había escrito:

*En unos cuantos metros cúbicos
de aire y noche,
poned este Epitafio,
que es toda mi fortuna:*

*Aquí reposa Sergio, Señor de nube y sueños,
que gastó sus riquezas de amor y poesía
hasta quedar tan limpio
como esta limpia losa.*

*Si algún rumor del mundo
queréis a su retiro traerle
solamente dadle
el del ancho mar.*

*Y si osáis algún día
dibujar su retrato,
decid:
fue un navegante
varado en tierra firme.*

*Buscó siempre el amor
en las rutas incógnitas*

de la inefable rosa de los vientos.

*Creyó en la vida.
Hizo de la amistad su lema.
Su existencia fue un sueño.
Y a su muerte
devolvió a Dios su alma
y reintegró a la tierra
lo que ella le había dado:
un efímero nombre
y un puñado de huesos.*

Otros poemas de Sergio

Entre los apuntes personales de Sergio se encontraron algunos poemas como éstos:

hay sacerdotes

*¿Por qué hay todavía
sacerdotes?*

*Mientras haya
un poquito de amor
en la tierra,
Un poco de esperanza
en la vida futura,
Y un poco de fe
en la presente,
habrá hombres como él,
sacerdotes consagrados
a procurar el bien de los demás.
(1973)*

soñando

*Esclavo siempre
de mis propios sueños.
Esclavo de la música y del mar.
de las aves, del viento y las montañas.
esclavo en pos de mi cabaña,
esclavo por amor de los demás.
No me importa en el mundo
un apellido.
no me interesa la celebridad,*

ni la ciencia.
ni la fama, ni un altar.
Sólo quisiera -vedado beneficio-
un rincón campesino,
una casita
-rústica iglesia-
donde pueda
a mis amigos hospedar,
un campo abierto,
verde huerta,
orquídeas a millones
para poder mi vista recrear;
mariposas azules enmarcadas,
un libro de mi tierra,
una hamaca,
y una ventana arrodillada:
Que este sea mi mundo
y mi heredad

(Medellín, Julio de 1974)

las ceibas

Fui a despedirme de las ceibas.
Moría yo,
las ceibas no.

Las planté,
luché por defenderlas
y, al tenerme que ir,
quedan ahí,
al borde del parque,
esperando una mano enemiga
que las tumbe.

Plegaria

Señor, estoy desconcertado...
no sé como me has llamado a seguirte,
ni sé al fin qué pretendes de mí.
Siempre creí que era más bueno,
y ahora creo padecer
lo que en otro tiempo echaba de menos.
La angustia de no poder ver...
No soy malo, yo amo, amo mucho
y esa es mi única esperanza.

Pero, ¿a dónde se ha quedado mi pasión?

*Mis fuerzas flaquean,
mi carne me acosa,
mis miembros piden otra ley
que no es la de mi espíritu.
Señor Jesús aúname a tu sendero,
a tu amor, a tu vida, a tu cruz.
Siento que mi vocación
está siendo probada al fuego.
Oro tendrá que salir...
aunque por lo pronto,
creo que esto es escoria.
Señor no lo tomes en cuenta.
Dame tu gracia que necesito hoy,
tu fuerza que me asegure el mañana,
y dame tu mano,
a pesar de todo, te busco,
porque te necesito.*

Como Tú, Señor

*Como Tú, Señor,
que no descansas
de persuadirme al bien,
así quisiera obrar.*

*Como Tú, Señor,
que no economizaste
trabajo y lucha
en el nombre del Padre
por nuestra salvación,
así quisiera vivir.*

*Como Tú, Señor,
paciente hasta el fin de tus días,
no importa
que fuesen muchos,
así quisiera perseverar.*

*Como Tú, Señor,
ya levantado en alto
por tu propia voluntad
para dar ejemplo al mundo,
así quisiera morir.*

Como Tú, Señor...

Homilía

Texto de la homilía pronunciada por el Padre Gerardo Remolina, S. J., Provincial de la Compañía de Jesús en Colombia, durante la celebración eucarística organizada por la Conferencia de Religiosos de Colombia, en la Iglesia de San Ignacio de Bogotá, el 14 de junio de 1989.

Cargados de tristeza por la desaparición de uno de nuestros hermanos, nos reunimos en esta Eucaristía para unir su sangre a la sangre del Señor Jesús y ofrendarlas juntas por nuestra Iglesia y por nuestra patria colombiana.

1. Sentimientos humanos y cristianos ante el Señor de la Vida

Muchos son los sentimientos que se agolpan en nuestros corazones. El primero de ellos es, sin duda, el de dolor. No solamente por la desaparición de nuestro ser querido, sino porque nuestra pena se ve reforzada por la forma cobarde, violenta y absurda en que fue arrebatado de la vida. En Sergio nos duele toda nuestra Patria: los campesinos y soldados; los líderes y pordioseros; los sacerdotes y los indígenas; las religiosas y los gamines; los religiosos y todos los incontables hermanos anónimos que han visto sus vidas cegadas por esta ola implacable de violencia. Nos duele, de veras, ese Cristo de nuestro pueblo, atado a miles de cruces, que sigue muriendo día a día entre nosotros.

Nos embarga también un sentimiento de indignación, de repudio, de protesta. Casi diría de rebeldía. Porque nos sentimos ofendidos, irrespetados, pisoteados en nuestros derechos más elementales de la vida. Y todo por el egoísmo de unos cuantos, por la sed del dinero fácil, por los intereses mezquinos de todo género, por las complicidades ocultas y manifiestas; por las omisiones y cobardías de quienes debieran actuar responsablemente. Por ello queremos sentar nuestra voz de protesta y proclamar una vez más, así sea con la inutilidad de la voz de quien clama al desierto, ¡que no se puede matar! ¡Ni con balas, ni con hambre! Que Dios es el único dueño de la vida humana y que ella se nos ha dado para que disfrutemos como hermanos de todos los bienes de la tierra que el Señor generosamente nos ha dado.

Pero sobre todo, y este es el sentimiento más humano y más divino, constatamos una gigantesca e imprescindible necesidad de perdón. De ese perdón que es único capaz de purificar nuestros corazones y de romper el círculo demoníaco de la violencia que nos atenaza. Por eso en esta Eucaristía queremos retomar con nuestros labios y nuestro corazón las palabras de Cristo moribundo en la cruz: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Y repetir conmovidos las palabras de Esteban, el primero de los mártires cristianos, quien cayó abatido por el odio asesino de quienes no aceptaban a Jesús y a su causa: “Padre, no les tengas en cuenta este pecado”.

2. La sal de la tierra

Pero celebrar la Eucaristía es además de orar y de expresar ante el Señor nuestros sentimientos, iluminar nuestra vida con la Palabra misma del Señor. El hecho de vida que

hoy queremos exponer a esa iluminación, es la vida y la muerte de nuestro hermano Sergio.

Hace 9 años llegó con sus compañeros a Tierralta. Una Parroquia de 5.000 kilómetros cuadrados y de unos 15.000 habitantes, ya roturada con su amor y con cariño por los valientes misioneros Claretianos que los precedieron. Tierra de latifundios, de pobreza, de ausencia del Estado en ese entonces. Hoy, escenario donde se enfrentan toda clase de fuerzas: el Ejército, la Policía, la Guerrilla, el Narcotráfico, los Grupos paramilitares y los Sicarios... y en medio de ellos, el pueblo sencillo y sus servidores desinteresados.

Sergio llegaba con dos disposiciones fundamentales: su amor sin estridencias, a los pobres y sencillos, y su exquisita sensibilidad artística. Quiso siempre trabajar entre los pobres. Así lo manifestaba con frecuencia. Fue extraordinariamente sensible a la belleza: desde las plantas y las flores (las orquídeas fueron su pasión), hasta la música y la poesía, pasando por las obras de pintura y escultura, y todas las creaciones de la cultura humana.

Curiosa mezcla, podría decir alguno, de amor a los pobres y de pasión por la cultura. Como si los pobres no tuvieran derecho a las grandes riquezas del espíritu; y como si la evangelización integral no cobijara todo lo que es humano.

Así comenzó Sergio por restaurar y adornar artísticamente el templo parroquial; por sembrar árboles en la plaza, hoy convertida en parque, y antes un árido y desmantelado pedregal. Y así fue constituyendo una colección de libros, y revistas y periódicos, hasta dejar formada una biblioteca con 9.000 volúmenes, la mejor del país en temas de la Región. Y con la paciencia de un coleccionista y la pasión de un artista no sólo fue descubriendo y coleccionando figuras de la cultura Sinuana, sino incluso reconstruyendo a la manera de un armador de rompecabezas, las hermosas ollas y ánforas de Betancy y de otras culturas indígenas.

Y el Centro cultural, y la Casa de las Hermanas Misioneras, tanto de las Lauritas, testimonio de amor en esas tierras hasta hace algunos meses, como las Hijas de Cristo Rey que con tanta abnegación y cariño dirigen el Colegio. Y la recién fundada Escuela de Música, y la Banda de Pueblo, que en más de una ocasión hizo vibrar de alegría las almas entristecidas por el terrible fantasma de la violencia. A un lugar insípido y atormentado Sergio supo llevarle la sal del espíritu. “Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se torna insípida, con qué se la salará?”

Sergio bien hubiera podido preguntarle a sus asesinos con las palabras de Cristo: “Muchas obras buenas he hecho entre Ustedes; ¿por cuál de ellas me quieren asesinar?”.

3. La Luz del mundo

Pero el apóstol es todo la luz del mundo. El que ha de iluminar la vida de los hombres con la luz del Señor. “Quien me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz

de la vida”. Aquí se ubica la labor sencilla, ordinaria y más directamente pastoral de Sergio. Su predicación en el templo parroquial, sus catequesis en las veredas lejanas, (algunas a muchas horas de automóvil, como Saiza); los bautizos en las capellanías, las primeras comuniones... En fin, el trabajo ordinario de un sacerdote de pueblo. Conversaciones con sus amigos en el café, en las casas, en la droguería, con temas aparentemente profanos pero inspirados por el deseo de acompañar a las personas y de hacer el bien. Sergio fue un hombre ordinario y sencillito. Quizá sin la muerte violenta de que fue víctima no hubiera sido conocido y admirado por la mayoría de nosotros. Ayer me decía uno de sus compañeros que lo conoció muy a fondo: “lo ordinario de Sergio era lo extraordinario”. Y él mismo escribió unas estrofas encontradas en su habitación poco después de su muerte, y las cuales curiosamente les puso por título de “Epitafio”:

Aquí reposa Sergio, //Señor de nube y sueños, //que gastó sus riquezas de amor y poesía, //hasta quedar tan limpio //como esta limpia losa. //Si algún rumor del mundo //queréis a su retiro traerle //solamente dadle //el del ancho mar. //Y sí osáis algún día //dibujar su retrato, //decid: //fue un navegante //varado en tierra firme. //Buscó siempre el amor // en las rutas incógnitas //de la inefable rosa de los vientos. //Creyó en la vida. //Hizo de la amistad su lema. //Su existencia fue un sueño. //Y a su muerte //devolvió a Dios su alma //y reintegró a la tierra //lo que ella le habla dado: //un efímero nombre //y un puñado de huesos.

En esta existencia sencilla y ordinaria se cumple hoy el Evangelio que hace poco leíamos: *“Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestra buenas obras y glorifiquen al Padre que está en los cielos”*.

4. ¿Por qué mataron a Sergio?

El acontecimiento que hoy celebramos, deja, no obstante, flotando una pregunta en nuestros corazones: ¿Por qué mataron a Sergio? Me atrevo a pensar que si la enfocamos desde la perspectiva de la justicia humana nunca lo sabremos.

Pero si tratamos de responder desde la fe, la respuesta no se deja esperar. La sociedad corrompida en que vivimos no padece que se promueva a los pobres; no tolera que se predique la justicia ni que se realicen sus obras; porque ellas mismas constituyen una amenaza, una descalificación. No permite que se capacite a las personas para defender sus derechos. En una palabra no permite que se realice una Evangelización Integral en la que la Palabra de Dios ilumine la vida de los hombres y vaya íntimamente ligada a sus realizaciones.

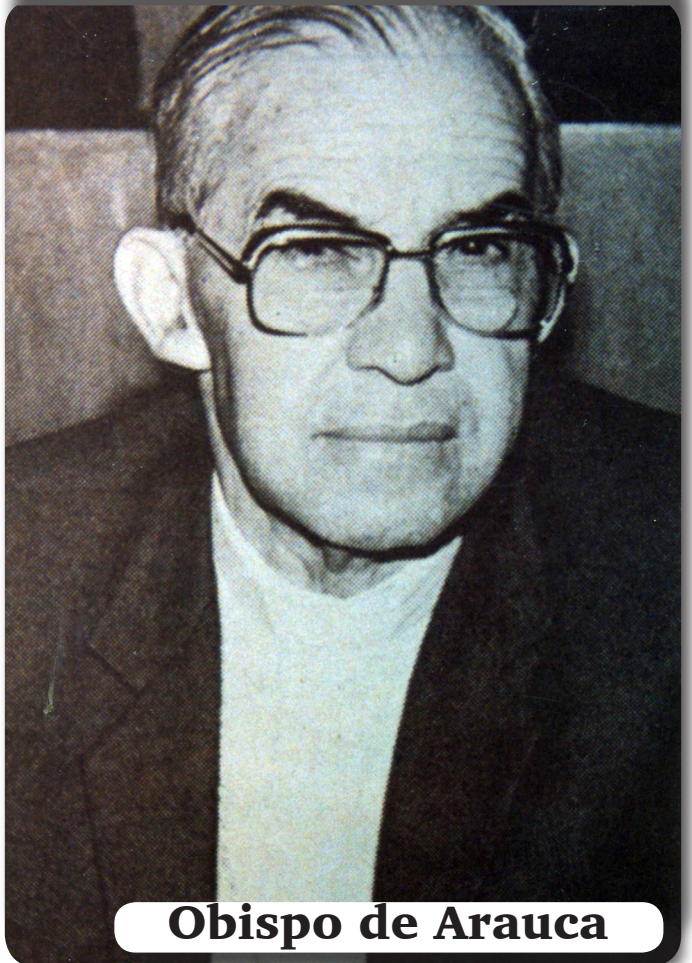
Uno de mis compañeros me decía: el asesinato de Sergio se inscribe dentro de una acción de la Parroquia que no se limita a la pastoral de los sacramentos, sino que de acuerdo con las orientaciones generales de la Iglesia, de la Vida Religiosa y de la Compañía de Jesús, que desean integrar Fe y Justicia, Evangelización y promoción

humana. Por eso dentro del Plan Apostólico de nuestra Provincia se la cataloga como el Centro de Evangelización Rural Integral, en el que a lo propio de cualquier parroquia (administración de sacramentos, catequesis, liturgia) se unen la promoción de la salud, las empresas comunitarias, la formación de líderes, la denuncia de la violación de derechos humanos, etc. Sergio fue una víctima de este tipo de Evangelización; quizás la víctima que menos esperábamos.

Desafortunadamente, Sergio no será el último de los mártires de esta generación de una Iglesia empeñada en realizar el ideal de la fe y de la justicia.

Pero es bueno que terminemos estas reflexiones fraternales con una nota de alegría. Según nos cuentan los Hechos de los Apóstoles en el capítulo cinco, los discípulos después de haber sido azotados, se marcharon “contentos por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el nombre de Cristo”. La Compañía de Jesús, la Vida Religiosa y la Iglesia colombiana, se sienten hoy felices porque uno de sus hijos ha sido considerado digno de padecer la muerte por la causa de Jesús. Que el Señor nos conceda, por la gracia de la Eucaristía, cumplir las palabras con que continúa el libro de los Hechos: “Y ellos no cesaban de enseñar y anunciar la Buena Nueva de Cristo Jesús cada día en el templo y por las casas” (Hechos 5,42). ¡Así sea !

17 Monseñor Jesús Emilio Jaramillo Monsalve



Obispo de Arauca

Octubre 2 de 1989

Monseñor Jesús Emilio Jaramillo Monsalve Obispo de Arauca Octubre 2 de 1989

La noticia fue impactante en un país de tradición católica aunque habituado a la noticia cotidiana de numerosas muertes violentas. Esta vez la víctima era un Obispo y los victimarios miembros de una organización guerrillera que se identificaba con los nombres de dos sacerdotes caídos en combate: Monseñor Jesús Emilio Jaramillo había sido “ajusticiado” por el Frente *Domingo Laín* que hacía parte de la Unión Camilista - **Ejército de Liberación Nacional**.

El relato de los hechos es profundamente conmovedor: Monseñor regresaba fatigado hacia la población de Fortul, después de atender espiritualmente a las poblaciones de Puerto Nidia, San Francisco y otras veredas, donde había presidido liturgias penitenciales, bautismales y eucarísticas. En el sitio llamado Puente Caranal, entre Fortul y Tame, fue interceptado por el comando guerrillero.

Preguntaron por él y él se identificó. Obligarón entonces a un sacerdote a conducir el carro y despidieron a los demás acompañantes. Después de avanzar cerca de 80 kilómetros, lo obligaron a descender del vehículo y comunicaron al sacerdote que podía irse. El sacerdote insistió en acompañar a su Obispo, pero éste le rogó que lo dejara enfrentar sólo esa situación de la cual seguramente no saldría con vida. Tras repetirse varias veces este conmovedor diálogo, el Obispo ordenó al sacerdote que se retirara para que salvara su vida, aún joven, y le pidió que le diera la absolución como preparación para la muerte. El sacerdote decidió obedecer, ante la insistencia del Obispo, pero luego el remordimiento lo invadió y regresó en su búsqueda. Ya era tarde. La noche había caído y los victimarios habían conducido a su víctima por caminos desconocidos.

El comando guerrillero había pedido al sacerdote regresar al día siguiente, con la promesa de que dejarían libre al Obispo, haciéndolo portador de un mensaje para el

gobierno. Al regresar, al día siguiente, el sacerdote encontró en un recodo del camino, en el sitio llamado Santa Clara, del corregimiento de Panamá, municipio de Arauquita, el cadáver de su Obispo. Intentó levantarlo pero la masa encefálica se derramó por el suelo. Había recibido varios impactos de bala en la cabeza. El sacerdote pidió ayuda a campesinos de la región para avisar a quien pudiera hacer el levantamiento oficial del cadáver y sólo varias horas después lo lograron. El cadáver fue trasladado a Arauca, su sede Episcopal, donde el pueblo lo recibió profundamente estremecido. La necropsia reveló que fue sometido a torturas cuyos efectos dejaron varias fracturas y heridas en el brazo y en la mano derecha.

En el mismo mes de octubre de 1989, el Frente Domingo Laín, a través de su boletín “Liberación”, No. 28, publicó el texto de condena, así:

“... Determinamos el ajusticiamiento del Obispo Jesús Emilio Jaramillo, por DELITOS CONTRA LA REVOLUCIÓN, apoyados en los siguientes motivos:

Monseñor Jaramillo hacia parte del sector más reaccionario de la jerarquía eclesiástica colombiana y como tal fue defensor, amigo, apoyador e impulsor directo de los programas ideológicos del Estado, materializados a través del enfoque del PNR y de su acción contrainsurgente en Arauca, hechos manifestados en su abierta amistad y relación política y personal con el intendente militar Fernando González Muñoz; su actividad de penetración ideológica con los programas de la educación contratada y los últimos cambios en coordinación con el intendente militar, su acción político-ideológica personal frente a comunidades y dirigentes populares en las que camuflada o abiertamente rabiaba y exponía contra la organización, contra la revolución y contra el comunismo, en la forma más reaccionaria; y últimamente su activa y descarada utilización de su investidura e “influencia” ideológica en la DEFENSA DE LOS MILITARES Y SU APOYO PUBLICO A LA ACCIÓN DE ANIQUILAMIENTO Y POLÍTICA DE TIERRA ARRASADA DESARROLLADA POR LAS ASESINAS FUERZAS ARMADAS DE ARAUCA.

Así mismo Monseñor Jaramillo fue claro defensor de los supuestos beneficios que deja para nuestro país, la presencia SAQUEADORA de las multinacionales norteamericanas OCCIDENTAL y la SHELL (Holandesa), apoyando sus programas y de paso recibiendo beneficios económicos de las mismas para que cumpliera fielmente su papel de guía espiritual de Arauca respaldando la presencia de la OXI-SHELL y vociferando contra el llamado “terrorismo” del ELN al dinamitar los oleoductos.

Manifestaba Monseñor Jaramillo en uno de sus sermones su honda tristeza al ver los catafalcos llevando los cadáveres de soldados y policías, exaltaba hondamente su valor en la defensa de la patria, etc. PERO NUNCA SE PRO-NUNCIO Monseñor, frente a los bombardeos, torturas, asesinatos ejecutados por el ejército contra el campesinado en las operaciones militares de junio, julio y agosto pasados... NUNCA DIJO NADA MONSEÑOR ANTE LOS CRÍMENES

*ATROCES Y SALVAJES CONTRA CINCO CAMPESINOS EN LA VEREDA DE SAN JOSÉ (FORTUL) EN LOS QUE EL EJERCITO TORTURÓ, FRAC-
TURÓ, DEGOLLÓ Y AHORCÓ a cinco propietarios de parcela que hicieron
aparecer como guerrilleros del ELN, muertos en combate el 16 de agosto de
1989 y entre los que se encontraba JOEL SIERRA, CONOCIDO LÍDER Y
DIRIGENTE DE LA REGIÓN. No se dijo nada a pesar del levantamiento legal,
resultados de medicina legal y visita ocular de las autoridades municipales...
NO HA PASADO NADA EN ARAUCA...*

*Igualmente de toda la población araucana, es conocido el manejo económi-
co en beneficio personal que hizo con algunas relaciones que mantuvo en
compañías como la MANESSMAN y la OCCIDENTAL, en las cuales canalizó
grandes sumas de dinero de la comunidad y como supuesto vocero espiritual
de los intereses de la región captó dineros en representación de los pobladores
araucanos ante dichas compañías.*

*Algunos de estos fondos se manejaron en PASCO (Programa de Acción Social
para la Comunidad) después transformado hábilmente en PASCOL, programa
financiado por estas compañías y manejado totalmente por la Iglesia a través
del “honesto” Monseñor Gaitán Mahecha en Bogotá, el “honesto” sacerdote
Genaro Yepes en Saravena y el “honesto” Obispo Jaramillo en Arauca”.*

[Comunicado publicado en *Liberación*, boletín del Frente Domingo Laín, #
28, octubre de 1989]

Como puede deducirse de esta “sentencia”, el grupo insurgente le hizo dos cargos fundamentales: 1- Ponerse de parte del Estado: defender sus programas de mentalización ideológica y su acción contrainsurgente de “tierra arrasada”, manteniendo una estrecha relación de amistad con el intendente militar y protestando por las muertes de soldados mientras guardaba silencio sobre las torturas y asesinatos de campesinos, y 2- Cohonestar con las compañías petroleras multinacionales y recibir beneficios económicos de ellas, en nombre de la comunidad, para invertirlos en favor de intereses particulares.

¿Serían justas estas acusaciones?

Respecto a la primera, un documento suscrito por el mismo Monseñor Jaramillo, en abril de 1987 prueba que su posición en el conflicto era muy diferente. Allí afirmaba:

“Los fieles mismos deben renunciar a su tendencia a querer parcializar a la Iglesia, a ubicarla en un determinado partido o a una determinada acción. El valor del agua está en que sea insabora e incolora, de otra forma no sirve al hombre. Sí la Iglesia se parcializara con un grupo, impediría que los otros busquen en ella los sacramentos. ¿Cómo podría un soldado enfermo pedir

la absolución, si la supiera comprometida con la guerrilla? ¿Y cómo podría un guerrillero pedirle el Bautismo o la Primera Comunión para sus hijos, si la supiera confidente o cómplice del Ejército? Ella tiene que ser imparcial como una madre cuyos hijos están peleando entre sí. Ella no puede ser testigo de un hijo contra el otro.

Esta imparcialidad de la Iglesia no significa cobardía, no compromiso. Al contrario, es una posición heroica, es un sacrificio cruento en favor del hombre. Es posición difícil el no dejarse parcializar, cuando todos los bandos en conflicto halan de sus vestidos en sentido contrario. Esta imparcialidad es el mejor servicio de la Iglesia de la Comunidad.

Que la Iglesia de Arauca siga siendo fiel a su imparcialidad evangélica. Y que todos los grupos en conflicto, en lugar de ubicarla, le ayuden a ser fiel al hombre universal y a la vida”.

Respecto a la segunda acusación, el mismo clero de Arauca reconoce que los dineros recibidos de las compañías petroleras multinacionales y del mismo Estado, para beneficio de la comunidad, no fueron manejados limpiamente, pero los responsables eran otros.

Quienes conocieron de cerca a Monseñor Jaramillo sabían que él profesó una repugnancia especial por el dinero y que era un hombre profundamente pobre. Esto lo llevó a confiar la administración económica a otras personas a quienes, inocentemente, consideró honestas.

Un seminarista recuerda que, cuando alguien lo acompañaba a sus correrías apostólicas, “había que gustarle hasta una gaseosa”, pues tenía verdadera aversión a llevar dinero consigo. El mundo de las finanzas así como el de las maniobras de los poderes políticos, le eran ajenos y en ellos se movía, cuando le tocaba hacerlo, con una preocupante ingenuidad. Era un hombre espiritual, de fina sensibilidad poética, casi un contemplativo. Esa ingenuidad le pudo llevar a cometer peligrosos errores administrativos y políticos, pues, aunque ése no era su mundo, sobre él gravitaban necesariamente, como depositario de un poder eclesástico, decisiones de carácter económico y político que desbordaban su personalidad.

Pero, al margen de estas consideraciones, Monseñor muere víctima de una supuesta “justicia revolucionaria”, que es la negación misma de la justicia. La intimidación por medio de panfletos infamantes; la ausencia de una confrontación entre acusaciones y descargos; la desproporción abismal entre acusación y pena; la modalidad del secuestro; el crimen de la tortura; la privación violenta de la vida en condiciones de absoluta indefensión, son acciones que jamás podrían cobijarse bajo la calificación de “justicia revolucionaria” sin desnaturalizar completamente el vocablo.

A juzgar por el preámbulo de la “sentencia”, que encabeza el boletín Liberación, antes citado, Monseñor fue víctima de una actitud, anti-religiosa que hizo carrera en el Fren-

te Domingo Laín de la UCELN, inspirada en una vertiente dogmática del más espúreo marxismo, aunque todo muestre que ni tal actitud, ni el crimen de que fue víctima, hayan sido compartidos por el conjunto de la organización guerrillera, sino más bien rotundamente censurados por su dirigencia.

En efecto, antes de formular la “sentencia”, el boletín sienta su posición ante los cristianos. Si bien explicita una posición de respeto por los cristianos revolucionarios, sólo valora en ellos su *“lucha por transformaciones políticas, económicas y sociales”*, o a lo sumo, su *“lucha contra... la Iglesia reaccionaria, contra la Iglesia de la oligarquía, contra los cristianos que hacen parte de esa oligarquía y que defienden sus intereses ideológicos, económicos y sociales, que no están interesados que en Colombia haya una transformación revolucionaria que acabe con la injusticia y la desigualdad...”*.

Allí, a la Iglesia se la valora solo *“como símbolo de explotación y alienación ideológica por medio de la cual ha sometido la oligarquía a todo el pueblo colombiano a través de los siglos y desde la llegada de los españoles cuando evangelizaron nuestros indígenas a punta de espada, lanza y escopeta”*. Y el papel de la religión es considerado como *“expresión social, cultural y espiritual de las sociedades divididas entre explotadores y explotados, como la sociedad colombiana...”*.

Tal declaración de principios, abiertamente hostil a lo religioso, se exhibe como fundamento de una “sentencia de muerte” que echa mano de acusaciones injustas y que se ejecuta con métodos criminales.

Una profunda paradoja no deja de impresionar en esta galería de testigos, la mayoría de los cuales han derramado su sangre victimizados por agentes del Estado o de las capas dominantes de la sociedad, casi todos estigmatizados como “revolucionarios” o “subversivos”, en nombre de una “transformación revolucionaria que acabe con la injusticia y la desigualdad”.

Si algo nos revela dramáticamente el cadáver ensangrentado de Monseñor Jaramillo, son los alcances deshumanizantes del dogmatismo, del maniqueísmo político y del militarismo de izquierda, cuyo ejercicio del poder puede llegar a confundirse con el del fascismo.

Pero también ese cadáver ensangrentado nos lanza un llamado de alerta sobre las solidaridades de la Iglesia con el sistema, con los poderes opresores, con las transnacionales expoliadoras de los recursos del Tercer Mundo, que pueden sutilmente usufructuar nuestras ingenuidades.

Su vida y su obra

Monseñor Jesús Emilio Jaramillo había nacido en Santo Domingo (Antioquia) el 14 de febrero de 1916. En 1929 ingresó al Seminario de Misiones Extranjeras de Yarumal (Antioquia) donde se ordenó como sacerdote el 1 de septiembre de 1940. Luego estudió Teología en la Universidad Javeriana de Bogotá y regresó al Seminario de Yarumal donde fue Prefecto, Rector del Seminario, Maestro de Novicios, Asistente, Vicario y, más tarde, Superior General del Instituto de Misiones. El 1 de enero de 1971 fue consagrado como primer Vicario Apostólico de Arauca, donde ejerció su ministerio episcopal durante 18 años, hasta su muerte.

Fue un hombre de fina sensibilidad que hizo de él un humanista, literato, teólogo, escritor y orador sagrado, unido todo esto a una profunda espiritualidad y sencillez de vida.

En la parcela que la Iglesia confió a su cuidado pastoral, diversas formas de violencia se desarrollaron crudamente durante los años de su episcopado: la violencia de los colonizadores sin ley, la violencia de la exploración escandalosa de ingente fuerza de trabajo migrante, la violencia de la protesta social que de cuando en cuando estallaba con manifestaciones de desesperación; la violencia de las guerrillas que encontraron allí un campo abonado para sus luchas en un mar de injusticias sociales; la violencia de la represión militar que asumió todos los métodos criminales de la guerra sucia.

A comienzos de los años 60 fue publicada su obra ***He ahí al Hombre***, que encierra profundas páginas sobre Jesucristo. En una de esas páginas escribe hermosamente el sentido de su ministerio como mensajero de Jesús:

“Me siento forzosamente apóstol, mensajero. Llevo una Buena Nueva a mi pueblo sentado en sombras de muerte. No llevo sólo el báculo del profeta enmudecido para curar al niño: llevo el sólo nombre que salva. Diré a los ciegos: llegó la luz; diré a los muertos: llegó la resurrección; a los equivocados: la verdad; a los cautivos: la libertad; a los combatientes: la paz. Porque todo eso es Cristo, y el mundo moderno, mi mundo, él también es todo eso: el ciego, el muerto, el extraviado, el cautivo y el sin paz.

Pero quiero asimilar el mensaje, identificarme con él. El mensaje no irá en mi boca sino en mi vida. Yo mismo seré el mensaje, identificado con Jesús, Vida Universal.

Quiero que los que tienen vínculo conmigo de sangre, de amistad, de fraternidad religiosa, sean acordes conmigo. Quiero que ardan en mi llama. Deseo contagiarles mi fiebre y mi enfermedad de amor. Que sean apóstoles de Jesucristo. Por tanto, que lo sacrifiquen todo por el mensaje: familia, cosas terrenas, carne y sangre. Que su ideal, su obsesión y su vida sea Cristo...”

Releyendo en retrospectiva otra página de ese libro, desde la realidad de su martirio, conmueve profundamente esta profesión de su fe pascual:

“Quiero que la muerte realice, por fin, mi incorporación con Cristo y sea una reproducción de su dolor y una expiación de mis pecados y de los ajenos. Quiero, a pesar de mi naturaleza frágil, divinizar mi agonía, uniéndome al terror del Cristo de la agonía.

Sobre todo, dejo constancia de mi plena Resurrección, que me será participada por su misericordia. En mi pecho tengo la certeza de que me incorporaré de nuevo un día, después del tiempo y de la historia, después del olvido, la soledad y la podredumbre. Entonces la inmortalidad vestirá mi mortalidad y la vida se absorberá mi propia muerte. El grano de trigo podrido surgirá hecho colino de perenne verdor y el cuerpo tendrá la luz de las estrellas.

San Efrén Siró cantó a la negra Cruz que quizás erigirán sobre mi tumba, como el postrer testimonio de mi fe: ¡Santa Cruz! Tú que erigiste templos magníficos en tu honor, levanta del polvo nuestra frente y devuélvenos todos los miembros triturados, pulverizados. Los moradores abandonaron sus hogares y estos se han quedado sucios y sus cuerpos, impotentes para soportar el dolor, soltaron el alma.

Cruz reparadora del Salvador de la vida, expulsadora de la muerte. Tú, casa limpia y bien conservada, guarda al mundo puro, intacto y sin daño.

Padre omnipotente que nos sellaste con la verdad: Conserva en nosotros la herencia de tu hijo, según tu promesa fiel, rehaciendo el cuerpo que formaste de barro”.

[Monseñor Jesús Emilio Jaramillo Monsalve, *“He ahí al Hombre”*, pág. 172].

18

Padre Tiberio Fernández Mafla



Párroco de Trujillo, Valle

Abril 17 de 1990

Padre Tiberio Fernández Mafla **Párroco de Trujillo, Valle** **Abril 17 de 1990**

De origen campesino, nacido en la vereda La Vigorosa, del municipio de Riofrío (Valle), el 9 de abril de 1943, el Padre Tiberio se destacó en su juventud como líder campesino y fue uno de los primeros alumnos de la universidad campesina de Buga, fundada por la Compañía de Jesús. Allí nació su entusiasmo por el cooperativismo, lo que le mereció un viaje a Israel en 1969 para conocer de cerca la experiencia de los Kibutz. En 1970 se sintió llamado al sacerdocio e inició sus estudios en el seminario de Cristo Sacerdote, de La Ceja (Antioquia) y luego los continuó en la Universidad Javeriana de Bogotá, siendo ordenado como Presbítero el 25 de marzo de 1977, adscrito a la Diócesis de Buga. Entre 1977 y 1980 ejerció su ministerio en la Parroquia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, en el barrio Las Américas de Tuluá; entre 1980 y 1985, en la Parroquia de San Vicente Ferrer, del municipio de Andalucía, y entre 1985 y 1990 en la Parroquia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro de Trujillo.

Desde su llegada a Trujillo, Tiberio promovió la participación del laicado en los organismos parroquiales; hizo contactos con profesionales, universidades y centros de promoción social, que le ayudaron a levantar un diagnóstico de la realidad social de su parroquia. Apoyado en estos análisis, elaboró el Plan Pastoral, donde tenían particular importancia iniciativas en beneficio de los sectores económicamente deprimidos. En cinco años promovió 20 empresas comunitarias, entre rurales y urbanas, donde la gente comenzó a descubrir el valor de las organizaciones de base. En un proyecto que redactó en el último año, describía así este campo de acción:

“Como uno de los objetivos de la Parroquia es lograr elevar el nivel de la vida de sus gentes, se promueve, a través de este programa, la organización de las comunidades en diferentes formas asociativas: cooperativas, grupos pre-cooperativos, asociaciones, microempresas urbanas y rurales, etc. Es así como actualmente se tienen promovidas

diez microempresas y otras diez están en etapa de deformación, las que agrupan a más de quinientas personas de mínimos recursos de la Parroquia”.

Trujillo no escapaba, sin embargo, a las múltiples manifestaciones de violencia que afectan a Colombia. Varios traficantes de droga, oriundos de la región, se establecieron allí y buscaron ejercer un control territorial favorable a sus intereses. Organizaciones guerrilleras se aproximaron a algunos sectores rurales y conquistaron la simpatía de algunos pobladores. Grupos paramilitares y sicarios a sueldo fueron atraídos por las condiciones favorables que ofrecía a su accionar criminal la no disimulada alianza entre narcotraficantes y organismos de seguridad del Estado, lo que reportaba altas remuneraciones económicas y la garantía de impunidad para sus crímenes.

En este violento escenario, las empresas comunitarias, las diversas organizaciones de base y las manifestaciones legítimas de protesta ciudadana, fueron leídas por las instancias de poder como signos de “apoyo a la guerrilla”, y por ello mismo las convirtieron progresivamente en blanco de una estrategia destructiva.

Los métodos utilizados se inspiraron en las más extremas manifestaciones de la crueldad que la historia registra y en los procedimientos de los regímenes más totalitarios, donde todos los derechos son desconocidos. El círculo fue cerrado por la más aborrecible impunidad.

La tormenta se desató a raíz de una marcha campesina sobre el casco urbano de Trujillo, el 29 de abril de 1989, contra la cual los organismos de seguridad del Estado descargaron violentas medidas de represión. La actitud asumida por Tiberio, al facilitar algunos alimentos a los campesinos cercados por el ejército y al brindar atención a las mujeres y niños extenuados por la marcha, hizo que oficiales del Ejército comenzaran a calificarlo como “auxiliador de la guerrilla”.

Entre abril de 1989 y abril de 1990 Trujillo fue sometido a un cruel baño de sangre. Consta, por investigaciones oficiales que no han conducido hasta el momento a la más mínima sanción de los criminales, que el Ejército, la Policía y los organismos secretos del Estado, en asocio inconfesable con narcotraficantes de la región y ayudados por un escuadrón de sicarios a sueldo, se trazaron un plan de exterminio de la guerrilla y de todos sus simpatizantes y colaboradores de la zona. El criterio -como se deduce de los hechos ya cumplidos- fue el de identificar toda organización popular que utilizara la protesta, la denuncia, la reivindicación de sus derechos o formas de organización autogestionarias, como expresiones visibles de la “subversión” que debía ser eliminada, pasando por encima de toda norma legal y de todo principio jurídico y ético. Pero aun más, para erradicar ese mal, se propusieron utilizar el terror como método disuasivo, de tal manera que todo intento de reproducción ideológica de la “subversión”, o de denuncia o censura de la represión contra ella, fuera disuadida de antemano por la contundencia del terror generado.

Entre junio de 1989 y enero de 1990 fueron asesinadas en Trujillo 38 personas. En la mayoría de estos casos los testigos pudieron reconocer a agentes de organismos

de seguridad del Estado entre los victimarios. El párroco de Trujillo clamó desde el púlpito por el cese de la violencia e invitó a sus feligreses a denunciar los crímenes. Cuando en una ocasión, fue perpetrado un asesinato casi en su presencia, cerró por dos semanas el templo y se negó a celebrar actos litúrgicos hasta que se esclareciera el crimen. Sus protestas públicas y sus súplicas a las autoridades para que se investigaran los hechos no surtieron efecto alguno y poco a poco él mismo se convenció de que los crímenes eran ordenados desde las mismas instancias del Estado. Con valentía denunció, entonces, esta realidad desde el púlpito y la tormenta se volvió contra él y sus colaboradores más cercanos.

Desde el comienzo de marzo de 1990, la Tercera Brigada de Ejército, con sede en Cali, al mando del General Manuel José Bonett Locarno, diseñó planes de contrainsurgencia en coordinación con la Policía Nacional. Bajo la “Operación Relámpago” fueron detenidas más de 50 personas en Cali y Trujillo, sometidas a crueles y degradantes torturas, no registradas en los libros de detenciones y víctimas de burdos montajes en que los hacían aparecer ante la prensa junto a arsenales de armas que les eran ajenas. En los operativos colaboraron reconocidos sicarios al servicio del narcotráfico de la región; la mayoría de estas víctimas eran sindicalistas, dirigentes populares, miembros de cooperativas y de grupos de Derechos Humanos.

El Plan “Democracia 90”, diseñado para preservar el orden público durante el proceso electoral de marzo, fue aprovechado también para operativos contrainsurgentes que siguieron modalidades violatorias de la legalidad vigente y abiertamente criminales. Dentro de dichos operativos fue sacado de su casa, torturado y asesinado el trabajador Marco Antonio Peña en zona rural de Trujillo. El Coronel de la Policía Libardo Díaz Ortiz estuvo presente en el crimen.

El “Plan Pesca”, diseñado por el General Bonett en el mismo mes de marzo, estaba más directamente dirigido a exterminar un grupo del Ejército de Liberación Nacional (ELN) detectado en una zona rural del municipio de Trujillo. Al Batallón Palacé, con sede en Buga, le encomendó la dirección de los operativos. Su Comandante, el Teniente Coronel Hernán Contreras Peña, envió primero a la zona un grupo de inteligencia y estableció un Puesto de Mando Adelantado en la zona; dicho puesto fue encomendado al Mayor Alirio Urueña Jaramillo, tercer oficial en antigüedad del Batallón.

Cuando el 29 de marzo de 1990 fueron detectados algunos miembros de la guerrilla en el corregimiento La Sonora, de Trujillo, el grupo de rastreo del Ejército atacó a bala a un grupo de trabajadores que laboraba en la construcción de una vía. La guerrilla a su vez, atacó al grupo localizador del Ejército en la vereda Playa Alta, donde se presentó un combate que dejó vario militares muertos.

En la noche del 31 de marzo, treinta militares y paramilitares de los acantonados en la Hacienda La Granja subieron a La Sonora en una caravana de vehículos, algunos suministrados por los narcotraficantes, irrumpieron con violencia en las humildes viviendas, las allanaron y detuvieron a 11 personas a quienes condujeron, a las 4:30

de la madrugada, a la hacienda Las Violetas (entre Salónica y Andinópolis, propiedad del narcotraficante Diego Montoya). Un testigo presencial describió posteriormente ante la Procuraduría General de la Nación, la horrenda y salvaje sevicia que precedió a los asesinatos: les introducían mangueras a presión por la boca y las narices; con una navaja les levantaban las uñas; les cortaban a pedazos las plantas de los pies y les echaban sal en las heridas; les quemaban con un soplete los órganos genitales o se los cortaban y se los introducían en la boca; finalmente los descuartizaban con una motosierra. Tan infernales tormentos eran dirigidos por el Mayor Urueña, quien se reservaba para sí los de mayor sevicia. Los cuerpos mutilados eran depositados luego en camiones y arrojados al río Cauca.

En la mañana del 2 de abril, cinco ebanistas fueron detenidos en uno de los costados del parque central de Trujillo, y subidos con violencia a un campero y conducidos a las dependencias de F-2 de Tuluá, donde fueron vistos por testigos. De allí fueron llevados en vehículos suministrados por el narcotraficante Henry Loaiza, hasta la Hacienda Las Violetas, donde esa misma noche fueron sometidos a los mismos tormentos de los anteriores, descuartizados por el Mayor Urueña y arrojados al río. Tanto el teniente José Fernando Berrío, Comandante del Puesto de Policía de Trujillo, como el Mayor Alvaro Córdoba Lemus, Comandante del Tercer Distrito de la Policía de Tuluá, negaron la detención de estas personas, cuando todas las evidencias los delataban.

Entre tanto otras personas eran asesinadas en el área urbana de Trujillo ante la mirada impasible de la Policía del lugar. Por el río Cauca flotaban cadáveres a granel, pero rescatarlos era exponerse a correr la misma suerte. Los sacerdotes de la Parroquia organizaron grupos de búsqueda y pronto las amenazas de que ya eran objeto se arreciaron. El Padre Diego Villegas, Vicario cooperador de la Parroquia, recibió sufragios, llamadas amenazantes y mensajes intimidatorios para que suspendiera la búsqueda de cadáveres. Cuando el Padre Tiberio se desplazó el jueves Santo (12 de abril) al corregimiento de Guasanó, para celebrar los actos litúrgicos, fue seguido por un vehículo con cinco hombres fuertemente armados, del cual sólo pudo escapar por sus habilidades como conductor.

Consciente de que estaba cada vez más cercado por amenazas de muerte. Tiberio decía a sus amigos: *“Si mi sangre contribuye para que en Trujillo amanezca y florezca la paz que tanto estamos necesitando, gustosamente la derramaré”*.

La atrocidad del martirio

El martes 17 de abril, hacia las 2 pm., Tiberio se desplazó a Tuluá para presidir las exequias de Abundio Espinoza, asesinado el día anterior. Iba acompañado por su sobrina, Ana Isabel Giraldo, el arquitecto Oscar Pulido y el empleado de la Parroquia Norbey Galeano. Al regresar de Tuluá a Trujillo fueron interceptados por un numeroso grupo de hombres armados que se movilizaban en varios vehículos. Desde entonces

desaparecieron. Dos días después, el 19 de abril, fue hallado el campero Daihatsu Roky en que se movilizaban, junto a las riberas del río Cauca.

Cuarenta horas después de la desaparición de Tiberio y de sus acompañantes, desde una oficina de Bogotá estrechamente ligada con el narcotráfico, fue enviado un documento destinado al servicio de Inteligencia de la Policía Nacional, donde se leía: *“El alcalde (...) y el cura Tiberio Fernández, mantienen una ideología izquierdista y al parecer no simpatizan con la Policía y las Fuerzas Armadas en general (...)”*.

En un informe posterior (10 de mayo de 1990) la Dirección de Inteligencia de la Policía Judicial e Investigaciones (DIJIN), de la Policía Nacional, concluía que la *“desaparición y posterior asesinato del sacerdote Tiberio Fernández Mafla, al parecer, se realizó por la colaboración que este hacía a los integrantes de ELN por su ideología de izquierda”*.

Una vez en manos de sus victimarios, Tiberio y sus acompañantes fueron conducidos a la Hacienda Villa Paola, propiedad del narcotraficante Henry Loaiza, donde el criminal sanedrín de narcotraficantes, militares, policías y sicarios, luego de someterlos a la más morbosa orgía de sangre y sevicia, los descuartizaron y arrojaron sus despojos a las aguas del Cauca.

El 23 de abril, en el sitio conocido como El Remolino, en el corregimiento de El Hobo, del municipio de Roldanillo (Valle), fue hallado flotando en las aguas del Cauca, el cadáver de Tiberio. Estaba mutilado y sólo fue reconocido al cotejar placas de radiografías que ayudaron a identificar las cicatrices de fracturas sufridas anteriormente en una pierna. Había sido sometido a la castración, la evisceración, la amputación de sus manos y la decapitación, presentando además 8 perforaciones de bala. Los cuerpos de Oscar Pulido y de Norbey Galeano fueron vistos flotando en el Cauca por pescadores, de acuerdo a descripciones hechas posteriormente, pero no fueron rescatados. El cuerpo de Ana Isabel Giraldo nunca fue hallado.

El martirio de Tiberio se produce en un contexto de horror a que es sometido su pueblo. Él se destaca como pastor que no abandona a sus ovejas cuando llega el lobo, sino que decide correr su misma suerte.

Una reflexión jurídica sobre estos escalofrantes relatos, identificaría aquí los cánones vigentes de la “guerra sucia”, que por sí solos ilegitiman con radicalidad cualquier estructura estatal.

La Sociología, la Política y la Ética encuentran, sin duda, aquí, un arsenal desafiante para profundas reflexiones. Pero, por encima de todos estos hechos, o más bien, en la profundidad de los mismos, nos encontramos con el misterio que envuelve a la existencia humana, donde vida y muerte, amor y egoísmo, poder y despojo, utilidad y sentido, comunión y violencia, se revelan como antinomias dentro de cuya tensión es

necesario construir -dialécticamente- el sentido de toda historia humana, sin posibilidad de evadir la conflictividad de sus condicionamientos.

La muerte constituye un punto terminal donde se apaciguan ansiedades y violencias que obran como ingredientes de toda búsqueda humana de sentido. Ese silencio supremo transforma las vidas ya consumadas en testimonios interpelantes de sentido o de sin-sentido.

El cadáver destrozado de Tiberio nunca será posible separarlo, imaginariamente, de esa macabra montaña de cadáveres de feligreses suyos, que exhibieron en su humanidad las más aterradoras huellas de la barbarie. ¿Cómo no reconocer en esas víctimas lo que histórica y trágicamente fueron?: campesinos, obreros, trabajadores, golpeados por la pobreza y por los sinsabores y sufrimientos que ésta acarrea, y marcados por los enervamientos que produce la injusticia, sobre todo cuando ésta se presenta arrogantemente escoltada por formas de violencia prepotente; hombres y mujeres que soñaron con construir justicia o con alcanzar niveles de vida menos deshumanizantes, algunos de ellos poniendo su esperanza en una lucha armada que enfrentara las armas del Estado, transformadas ilegítimamente en instrumentos de represión contra los clamores del pueblo; seres humanos habitados por la imperiosa necesidad de luchar por la supervivencia e impulsados por anhelos de superación, pero en un medio social donde el dinero mal habido tuvo poder de compra de conciencias, de autoridades y de estructuras, de neutralizar la vigencia de toda ley, norma y principio que no fueran los suyos, y de garantizar la absoluta impunidad de sus actuaciones.

Pero lo que más define a estos seres es su categoría de víctimas. En ellos la dignidad humana fue negada y aplastada; en ellos los derechos humanos fueron desconocidos y su clamor por ellos ahogado en sangre y en tormentos; en ellos las utopías de justicia fueron castigadas con sevicia.

Frente a esa montaña de cadáveres marcados con las más impresionantes huellas de dolor humano, ¿cómo no recordar aquel texto de Bonhoeffer ante la proximidad de su muerte en el campo de concentración Nazi?:

“Muerte: abate las molestas cadenas y murallas de nuestro cuerpo mortal y de nuestra alma cegada, para que por fin podamos contemplar lo que aquí nos está vedado.

Libertad: te hemos buscado largo tiempo en la disciplina, la acción y el sufrimiento. Moribundos ya, te reconoceremos en la faz de Dios.”

Homilía de Monseñor Rodrigo Arango Velásquez,

Obispo de Buga

en las exequias del Padre Tiberio Fernández

Trujillo, abril 25 de 1990

Textos: 1 Cor. 4,9-15; Salmo 130; Jn. 12,23-28.

“Querido hermano en el Episcopado, Monseñor Roberto López Londoño, Obispo de Armenia; queridos hermanos en el Sacerdocio; queridas religiosas; queridos seminaristas; hermanos todos en el bautismo:

*En un acto de humildad profunda ante la gracia tremenda de la vocación apostólica, San Pablo escribe así a los fieles de Corinto: **“Pienso que a nosotros los Apóstoles, Dios nos ha asignado el último lugar, como condenados a muerte, y nos ha puesto como espectáculo ante el mundo, los ángeles y los hombres; hemos venido a ser como la basura del mundo y el deshecho de todos”**.*

*Sin duda alguna cuando Pablo escribía estas palabras, tenía ante sus ojos el espectáculo de su Maestro, Cristo Jesús, levantando como escarnio en el estandarte ignominioso de la Cruz y convertido en escándalo para los judíos y en locura para los gentiles. Como dice Isaías: **“Muchos se apartaron de El porque tan desfigurado estaba que no parecía hombre, ni tenía aspecto humano”**. En la Cruz del Calvario a Cristo le fue desconocida su condición de criatura humana, le fue conculcada su dignidad de persona divina. Pisotearon sin consideración sus atributos legítimos de profeta, de sacerdote y de Rey.*

El discípulo no puede estar por encima de su maestro. El Padre Tiberio, nuestro hermano en el sacerdocio, ha sido víctima inocente de un cruel y despiadado asesinato. Sus verdugos lo torturaron con sevicia rayana en barbarie. Le negaron todo respeto a su carácter de hombre de bien. Despreciaron por completo su dignidad de persona humana. Ignoraron con cinismo sacrílego su investidura sacerdotal de pastor bueno. No sólo le segaron la vida, sino que lo desfiguraron hasta dejarlo, como dice Isaías también de Cristo, sin aspecto atrayente, desestimado y menospreciado aun en su misma existencia.

La Iglesia Diocesana, como sanción ejemplarizante tiene que descargar sobre ellos el anatema de excomunión. Pero la misericordia de ese mismo Dios que demostró su grandeza infinita en el perdón sin límites de Cristo a quienes lo crucificaron en el calvario, está también abierta para ellos si ellos se vuelvan a Dios como pecadores arrepentidos de su crimen.

El Padre Tiberio Fernández en cinco años de pastoreo espiritual al frente de esta Párrroquia de Trujillo estaba cumpliendo una labor sacerdotal meritoria que le granjeó

el amor de su feligresía como expresión de gratitud y de aprecio. Su preocupación pastoral se inclinó sobre todo hacia el pueblo campesino para fundar e impulsar en las veredas múltiples empresas comunitarias de tipo cooperativo que están dando trabajo y beneficiando económicamente a numerosas familias de toda la región. Al tiempo que prestaba sus servicios ministeriales en su propia Parroquia, se proyectaba también con caridad pastoral sobre el Arciprestazgo. Animaba espiritualmente a los compañeros sacerdotes, los ayudaba en sus proyectos apostólicos, coordinaba y presidía las reuniones sacerdotales, y estimulaba aun las obras materiales de las Parroquias de la zona. Era hombre profundamente humano, alegre, siempre dispuesto al servicio y a la ayuda fraterna, comunicativo, de excelente relación fraterna y acendrado sentido de comunión eclesial.

El huracán de la violencia que azota a Colombia, producido por el desenfreno de sus pasiones ciegas, sin Dios, sin ley, sin barreras morales, sin consideraciones humanitarias, sin miramientos por la honra, la dignidad y la vida de las personas, ha llegado con su borrasca de muerte para arrasar la existencia de ese servidor de la Iglesia. El Padre Tiberio ha caído en tierra y ha muerto, pero su caída y su muerte se inscriben en la dinámica de esperanza de la ley pascual formulada por Jesucristo y rubricada históricamente con su propia muerte y resurrección: **“Si el grano de trigo al caer en tierra no muere queda infecundo, pero si muere da mucho fruto”**. Por servir pastoralmente a sus fieles de Trujillo, el Padre Tiberio les mostró su amor evangélico pasando por alto muchas veces los rumores que oía de amenaza contra su vida.

Cuando el peligro del lobo fiero lo acechaba, no quiso como pastor bueno abandonar a su grey y por eso desestimando su propia vida, murió sacrificado al pie de su rebaño. Cumplió así con abnegación y valentía el consejo de Cristo en su Evangelio: **“El que ama su vida en este mundo la perderá, pero el que en este mundo odia su vida por mi causa la conservará para la vida eterna”**.

Nuestra Iglesia diocesana está acongojada y triste. Se siente solidaria con la familia del Padre Tiberio Fernández y con la feligresía de Trujillo en el dolor inmenso de esta pena que a todos nos afecta por igual. Pero como cristianos, creyentes en el Misterio Pascual de Jesucristo, abrimos nuestro corazón a la esperanza de esa resurrección y esa vida sólo se vislumbra si emprendemos el camino del perdón y de la reconciliación.

Con San Pablo, como cristianos y como apóstoles de la misión eclesial, debemos repetir: **“Si nos insultan bendecimos, si nos persiguen lo soportamos, si nos difaman respondemos con bondad. No podemos temer como dice Jesucristo, a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma”**.

Que este grano de trigo caído en tierra y muerto, nos dé el fruto fecundo del retorno a la fraternidad y la paz. Que esta vida sacerdotal meritoria, ofrendada en aras de tan cruel sacrificio, sea el comienzo de fraternidad y de calma. Recibe Señor esta ofrenda que te hacemos por tu Iglesia, por Colombia, y por la comunidad parroquial de Trujillo”.

Anexo:

**Traslado de los restos del P.Tiberio Fernández
al parque-monumento de Trujillo. Mayo 10 de 2003.**

Nota: En 1992, cuando se publicó por primera vez este libro, el relato sobre el el martirio del Padre Tiberio Fernández apenas insinuaba la magnitud del horror: “Los métodos utilizados se inspiraron en las más extremas manifestaciones de la crueldad que la historia registra y en los procedimientos de los regímenes más totalitarios, donde todos los derechos son desconocidos. El círculo fue cerrado por la más aberrante impunidad” (p.244 de la edición original).

A pesar de la impunidad, las denuncias instauradas ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos lograron un pálido reconocimiento de los crímenes de Trujillo de manera que, el 31 de enero de 1995, el entonces Presidente Ernesto Samper Pizano, “aceptó la responsabilidad del Estado sobre los respectivos insucesos y las demás conclusiones y recomendaciones de la comisión”.

Entre las reparaciones exigidas al Estado Colombiano –muchas de ellas incumplidas- figura la construcción de un Parque-Monumento en memoria a las víctimas de Trujillo, sitio a donde fueron trasladados los restos del Padre Tiberio Fernández, el 10 de mayo de 2003. Son estas las palabras de la Homilía pronunciada ese día.

“Antes de cerrar nuevamente este sepulcro, los invito a un momento de reflexión, que intente sondear algunas de las densas y profundas dimensiones de este acto.

Abrir un sepulcro y volverlo a cerrar, es un gesto que bien puede transcurrir en la rutina de nuestras tradiciones funerarias, que nos han acostumbrado a “sacar los restos” de nuestros seres queridos para colocarlos en lugares más definitivos, una vez concluida esa etapa natural de desintegración de la materia blanda de los cuerpos.

Pero ese gesto material y práctico invita a miradas profundas sobre el cuerpo, sobre el tiempo y la historia, sobre la vida humana, su sentido y sus desafíos, y en este caso concreto del cuerpo del Padre Tiberio, este gesto exhuma necesariamente el sentido desafiante de un ministerio sagrado sellado con sangre, así como la memoria dolorosa de episodios históricos que no pocos de ustedes se resistirían emocionalmente a exhumar, si no fuera porque la responsabilidad frente al futuro nos exige rescatarlos siempre del olvido, para poder exorcizar la amenaza persistente de que esos episodios se

repitan con mayor fuerza destructora en el futuro, cuando el miedo y la inconsciencia, cauterizados con olvido, logren neutralizar toda reacción ética frente a las barbaries que nos envuelven.

Estamos hoy ante los despojos de un cuerpo humano destruido con sevicia, como culminación simbólica de un proceso prolongado de destrucción de numerosos cuerpos, cuyos despojos se han ido congregando en esta colina sagrada de la memoria.

El cuerpo humano, esa estructura material y frágil en la cual se invierten y se expresan todos los dinamismos vitales y misteriosos de lo humano, se juega ordinariamente, en su ciclo vital, dándole expresión y buscando satisfacer dignamente las necesidades esenciales que la naturaleza reclama en él. Y esa lucha por la subsistencia digna se va convirtiendo en la base de la convivencia humana, de las luchas e ideales políticos, y por eso mismo de los sueños y utopías, de la construcción del sentido de la historia y de los valores más definitivos de la existencia cuyos bordes no pueden sino sumergirse en el misterio mismo de Dios. Una página del Evangelio de San Mateo expresa esta realidad con imágenes en extremo desafiantes: *“tuve hambre y ustedes me dieron de comer ... estuve encarcelado y ustedes me fueron a visitar ... y cuantas veces lo hicieron con los más desprotegidos, conmigo mismo lo hicieron”*, como diciéndonos que el único acceso a la realidad última y definitiva, en nuestro ciclo vital, es el que atraviesa por los pasillos atiborrados de cuerpos discriminados, excluidos, oprimidos y destruidos.

Este cuerpo del Padre Tiberio se jugó a fondo en esa aventura de hacer causa común y apasionada allí donde había concentraciones de cuerpos que reclamaban subsistencia digna. No puedo olvidar su entusiasmo juvenil con el que llegó, a mediados de los años sesenta, a hacer parte del grupo fundador de la Universidad Campesina, en Buga, donde desplegó sus cualidades extraordinarias de líder agrario. Tampoco puedo olvidar el entusiasmo con el que se acercaba a las experiencias de compromiso social de muchos cristianos, mientras realizaba sus estudios de Teología en los años setenta en Bogotá. Su ministerio sacerdotal en Trujillo, como todos aquí lo sabemos, estuvo marcado por la promoción de experiencias organizativas que afirmaran la dignidad humana mejorando las condiciones vitales de los cuerpos; de ello dan testimonio las 20 empresas comunitarias que alcanzó a impulsar. En su corazón tuvieron resonancia todos los gritos de protesta que reivindicaban la subsistencia digna de los cuerpos y lo hicieron vibrar muchas veces los puños cerrados, las manos levantadas y los pies marchantes de las luchas reivindicativas de los excluidos, gestos todos que acompañaban la expresión y el grito de palabras no aprendidas ni impuestas por ningún poder sino que brotaban como manifestación intermitente de cuerpos que comenzaban a ser honestamente fieles a sí mismos.

Pero el cuerpo humano, al mismo tiempo que es un volcán de vitalidad y de resistencia, es también frágil y vulnerable al sufrimiento. Todo ser que tiene cuerpo, por ese mismo hecho puede ser herido y sometido al dolor. Y por eso también todos los poderes se reivindican como fundados en algo que está más allá de lo corpóreo, para

poder herir sin ser heridos; para poder destruir sin ser destruidos, y para poder utilizar el dolor como un arma que arrebate las palabras o las razones a los que se apropian de ellas para proteger los cuerpos del dolor. Podríamos decir que todo poder se apoya, en última instancia, en su capacidad recóndita de causar dolor. También en este esquema nos han vendido por mucho tiempo la misma imagen de Dios. Y el dolor comienza por apagar la voz de la víctima, convirtiéndola primero en gemidos que extinguen poco a poco la posibilidad de articular palabras. En el dolor, la realidad de ser cuerpo se experimenta en su forma más intensa, hasta que el desenlace de la muerte logra separar el cuerpo de la voz de la víctima, haciendo posible que esa voz descorporizada se convierta en un texto. Pero es entonces cuando la fuerza de otro texto: el texto social de la muerte, elaborado e impuesto por todos los poderes, trata de aniquilar los textos que brotan de los cuerpos victimizados. Según ese texto social, la muerte corta definitivamente el acceso a la persona como tal y clausura sus prácticas históricas, haciendo que la persona y sus prácticas entren a formar parte del reino del pasado, que ya no vuelve más.

El Cristianismo nos transmitió un núcleo de fe que ha resistido a muchos asaltos de las ideologías dominantes. Ese núcleo subvierte y vuelve añicos en su base más profunda, la legitimidad de los poderes que se reivindican por su capacidad de herir sin ser heridos; de destruir sin ser destruidos, puesto que allí Dios mismo -ese ser que parecía legitimar en su origen todos los poderes incorpóreos- se hace vulnerable a través de un cuerpo que sufre las formas más aberrantes de tortura y de muerte dolorosa. Ese mismo núcleo de fe, subvierte también y vuelve añicos el texto social de la muerte, convirtiendo la tumba de Jesús en un seno materno que relanza la vida hacia fuera, en lugar de clausurar sus prácticas en esa quietud inerte que caracteriza el pasado terminado que no vuelve más.

En el momento supremo de su confrontación con los poderes de muerte, el Padre Tiberio bebió intensamente en las fuentes de su fe cristiana y enfrentó la muerte con la esperanza propia de los discípulos del crucificado. Nunca podremos olvidar su frase heroica, pronunciada en los momentos más crudos de la tormenta: *«Si mi sangre contribuye para que en Trujillo amanezca y florezca la paz que tanto estamos necesitando, gustosamente la derramaré»*. Tampoco podemos olvidar su renuencia al exilio, al que quisieron forzarlo todos sus amigos cercanos, comenzando por su Obispo, pues no quería sentirse como “un pastor que abandona a las ovejas cuando ve llegar el lobo”.

Ese texto que el dolor infligido a través de la tortura y la muerte pudo hacer desprender de su cuerpo masacrado, una vez extinguidas y ahogadas en sangre sus palabras y su voz, es un texto que nos vuelve a señalar con fuerza el compromiso vital con el mundo de los excluidos, de los cuerpos oprimidos y destruidos que reclaman subsistencia digna, como punto de partida ineludible para la construcción de otros mundos menos inhumanos; es un texto que censura sin palabras, sino con la contundencia moral de los hechos sufridos que hablan por sí mismos, la ilegitimidad del poder que nos rige, que desaparece y tortura, que masacra y aterroriza, que desplaza y reprime a los buscadores de justicia; es un texto que invita a encontrarse con el misterio de

Dios en la ruta misma de las luchas por unas estructuras justas; es un texto que invita a reencontrarse, en la alegría pascual, con aquellos que valoraron tanto el camino de la lucha por un mundo justo y solidario, que lo consideraron más valioso que sus propias vidas; es un texto que habla al corazón y no al cerebro frío de las racionalizaciones; es un texto en el que, más que palabras o ideas, quedaron impresas imágenes cálidas y apasionadas, risas y abrazos, sentimientos y ritos, gestos y acciones.

Ese texto precioso, desprendido del cuerpo masacrado del Padre Tiberio, se incorpora hoy a este otro texto monumental que es esta colina de la memoria. El pastor vuelve a sumarse a su pueblo, que ahora, desde la desnudez de unos huesos limpios y ya no vulnerables al dolor, protesta, grita y denuncia, y con el más convincente de los lenguajes, reivindica la dignidad humana y deslegitima las estructuras que destruyen cuerpos con hambre y miseria escoltadas por represión brutal.

El mismo perfil arquitectónico de este mausoleo, inspirado en el más humilde arte religioso, forma una unidad armónica con la Ermita del Abrazo, dándole un carácter de ciudadela a este conjunto del parque monumento, el cual se levanta en promontorio donde se esfuman la últimas calles del poblado, como montaña simbólica exhumada de las profundidades de la conciencia colectiva, o como volcán incandescente donde arde también la zarza de la memoria sin consumirse, inspirando éxodos liberadores, como la que sembró el desasosiego en el corazón de Moisés en las soledades del Monte Horeb. La vida simbólica de esta ciudadela ha ido rescatando las voces y palabras que fueron arrancadas brutalmente de los cuerpos masacrados, y esas voces resuenan y resonarán sin apagarse más en esta necrópolis viviente.

Por eso esta colina subvierte el texto social de la muerte. Aquí las víctimas dialogan intensamente con el país y con el mundo y nos explican con riqueza y variedad de lenguajes, lo que NUNCA MÁS debe volverse a tolerar.

Querido Hermano Tiberio, que ahora nos escuchas desde la otra frontera del misterio:

Venidos hoy desde muchos rincones de la patria y algunos desde otros pueblos del mundo, marchando junto a este pueblo de Trujillo que fue tu última grey, hemos rodeado y venerado lo que quedó de tu cuerpo con profundos sentimientos.

No lo hemos hecho con ninguna pretensión supersticiosa que buscaría sacralizar lo efímero y revestirlo de fuerzas imaginarias. Paradójicamente, lo que le da mayor fuerza simbólica a estos restos de tu cuerpo, es tu aceptación consciente de perder ese cuerpo, en la flor de la vida, para afirmar en esa pérdida, valores que consideraste patrimonio imprescindible de la humanidad.

Hoy depositamos tus restos incrustándolos en otra materia, o en otro gran cuerpo vivo que es este parque monumento, donde tu voz vuelve a cobrar fuerza, en otras dimensiones que ya no son vulnerables al dolor ni a muchas otras industrias del poder.

Háblale desde esta cátedra silenciosa e imponente a nuestro país y al mundo; háblale con fuerza a los peregrinos que visitarán este parque en los años por venir y que vendrán angustiados desde los numerosos Trujillos de Colombia donde el pueblo sigue siendo masacrado; háblales desde ese silencio que desenmascara los torrenciales y vacíos discursos sobre la justicia y la paz que solo encubren y disfrazan las violencias institucionales; háblales desde la sencillez y la alegría de tus gestos y tus bromas que no pudieron apagar los más duros momentos de la persecución; háblales desde tu fe insobornable en un Dios que no legitima los poderes injustos sino que hace causa común, hasta la muerte, con los excluidos; háblales desde tu cuerpo destrozado y desde tu sangre derramada, que desde el Río Cauca se levantaron como fuerza moral incuestionable, que desenmascara la podredumbre de los poderes que nos rigen.

No te decimos que descanses en paz, porque queremos verte más activo que nunca en el proceso de humanización de nuestra historia. Más bien te decimos que camines siempre con nosotros en nuestros tortuosos y ensangrentados caminos que van en pos de un mundo menos inhumano, ¡Hasta siempre y hasta siempre!

Javier Giraldo M., S. J.

19 Hermana Hildegard María Feldmann



Septiembre 9 de 1990

Hermana Hildegard María Feldmann

Septiembre 9 de 1990

Hacia el mediodía del nueve de septiembre de 1990, el grupo de guerrilleros pasó de nuevo por aquella pequeña aldea de El Sande, que apenas se divisa en una profunda hondonada, en las montañas del sur, dentro del municipio de Guachavés (Nariño). Los humildes pobladores de aquel caserío se habían habituado a verlos pasar y sabían, incluso, que a veces pernoctaban en un rancho deshabitado en las afueras de la aldea, cerca de la casa de Don Ramón Rojas, un hombre maduro que colaboraba como catequista. Esta vez los guerrilleros hicieron una de sus acostumbradas invitaciones a “unirse para salir adelante”, palabras que dejaban sensaciones de esperanza en quienes soportaban el duro peso de la miseria y del abandono.

El Ejército, por su parte, había montado operaciones de inteligencia en la zona. Según el Mayor Armando Cajiao Ortíz, desde el cinco de septiembre habían detectado los movimientos de esta columna guerrillera, al parecer perteneciente al Frente XXIX de las FARC.

Ese mismo nueve de septiembre, a las cuatro de la tarde, los habitantes de El Sande fueron sorprendidos por una incursión violenta del Ejército. Las Compañías de Contraguerrilla Primera de Numancia y Pantera 5, adscritas al Grupo de Caballería Mecanizado # 3 “Cabal”, con sede en Ipiales, bajaron de la montaña y rodearon la aldea por varios flancos, disparando indiscriminadamente contra los pobladores.

Todo el mundo corrió a esconderse en sus casas. Hernando García Zambrano y su esposa, estaban visitando a unos familiares; al oír las ráfagas corrieron para regresar a su casa, pero Hernando fue herido en una pierna; un vecino le ayudó, entonces, a esconderse en una zanja, pero los militares llegaron hasta allí y lo remataron. Luz Marina Erazo iba también con su esposo para donde unos parientes; para protegerse de las balas se refugió en la casa de Don Luis Torres; cuando creyeron pasado el peligro salieron, pero ella fue alcanzada por una bala en el tórax, quedando gravemente herida.

Los militares, al mando del Teniente Néstor Armando Beltrán Dussan y del Subteniente Germán Darío Otálora Amaya, ingresaron brutalmente al poblado. Con palabras

soeces obligaban a todos los pobladores a salir de sus casas y a concentrarse en el campo de deporte, afirmando que “todos eran guerrilleros”. En medio de su criminal bajeza, indagaban: “¿dónde están las monjas hijueputas que atienden a la guerrilla?”.

Los guerrilleros, luego de su arenga a la población al medio día, habían ido a bañarse en el río Cristal, no lejos del poblado. Uno de ellos, sin embargo, se quedó haciendo guardia a la salida del caserío. Cuando fue sorprendido por el Ejército, disparó e hirió al soldado Julio César Caicedo Ángulo, cayendo inmediatamente abatido por las balas del Ejército, mientras los otros guerrilleros huían hacia la montaña.

Los militares avanzaron hacia las afueras del poblado y rodearon rápidamente la casa de don Ramón Rojas. Él acababa de regresar del campo y estaba en la cocina, mientras su esposa le preparaba algo de comer. Allí mismo se encontraba Hildegard, quien había ido hasta allí para atender a la anciana Florinda Quiroz, de 80 años, que estaba muy enferma.

Cuando se escucharon los primeros disparos junto a la casa, don Ramón fue herido, pues las balas atravesaron varios cancelos de madera de la humilde vivienda y llegaron hasta la cocina. Su esposa se abrazó a él para auxiliarlo y ambos cayeron al suelo. La hijita le gritó a la mamá: “mamá, no se deje matar, corramos”, pero ella le respondió: “no hija yo quiero que me maten aquí junto a mi marido”; la hijita, entonces, le dice: “mamá, ¿cómo me va a dejar huérfana?”. La madre reflexiona y trata de huir por la puerta de atrás, arrastrando consigo a Doña Florinda, la anciana enferma. Entre tanto Hildegard se lleva las manos a la cabeza preguntando: “¿qué es lo que pasa?”, pero rápidamente una bala le atravesó el corazón y cayó muerta junto a don Ramón, quien había sido alcanzado por nuevos impactos.

El Ejército obligó a todos los pobladores a pasar la noche encerrados en la capilla de la aldea. Entre tanto, los soldados destruyeron algunas viviendas, saquearon la droguería que administraba Hildegard y dijeron a algunos pobladores que si alguien preguntaba por la droga, dijeran que “se la había llevado la guerrilla”. A algunos jóvenes los obligaron a transportar los cadáveres de las víctimas hasta el campo deportivo. Cuando los pobladores salieron de su encierro aterrorizados, al día siguiente, ya los perros comenzaban a destrozar los cadáveres. Tuvieron que sepultarlos precariamente, como pudieron. Los militares también les impidieron, por varios días, salir a comunicar la trágica noticia.

El General Manuel José Bonett Locarno, Comandante de la III Brigada del Ejército, con sede en Cali, expidió un comunicado el 13 de septiembre, donde trataba de justificar el crimen apoyándose en datos objetivamente falsos, como lo pudo comprobar la Procuraduría General de la Nación. En dicho comunicado afirmaba

“...se produjo un contacto armado (sic) el día 9 del presente mes a las 5 de la tarde (...) entre los muertos se encuentra la Misionera laica de nacionalidad suiza, María Feidelman Hildegard (sic)(...) quien cumplió labores de enfer-

mería en la casa donde fue sorprendido el grupo armado y desde la cual se disparó a la patrulla (sic)...

Esto dio pie para que la prensa, por lo habitual cómplice de los crímenes de Estado por silencio, encubrimiento, tergiversación o aval, publicara titulares como estos: “Misionera laica entre guerrilleros abatidos” (Occidente, septiembre 14/90); “Monja extranjera entre subversivos dados de baja” (El Espectador, septiembre 14/90).

El Obispo de Ipiales, Monseñor Gustavo Martínez Frías, expidió un comunicado donde afirmaba:

“La vida y el trabajo de Hildegard María Feldmann en Colombia, se realizó por varios años en el Vicariato de Tumaco, como misionera, en la pastoral de la salud: siempre vivió al servicio de los enfermos más pobres y necesitados; su vida fue un ejemplo de sencillez, de entrega, de oración.

La Diócesis de Ipiales, en donde Hildegard María prestó sus servicios y dio testimonio de Jesucristo, durante algunos meses de este año; el Vicariato de Tumaco, testigo de su entrega callada y generosa; la Sociedad Misionera de Belén, comprometida con nuestras Iglesias particulares en la ardua tarea de la evangelización; la Comunidad de Misioneros Laicos, para cuyos integrantes el testimonio de vida y de servicio apostólico de Hildegard María seguirá siendo ejemplo que imitar; los pobres de las regiones que recibieron sus incansables desvelos, rechazan confundidos e indignados la versión difundida por algunos medios de comunicación, de que Hildegard María Feldmann formara parte del grupo guerrillero que tuvo enfrentamientos con el Ejército Nacional. Por otra parte, y para que haya total claridad sobre las circunstancias de la muerte de Hildegard María Feldmann y de Ramón Rojas, solicitamos a la Procuraduría General de la Nación y a la Comisión Internacional de Derechos Humanos, una exhaustiva investigación “(...)”

Por su parte el Vicariato Apostólico de Tumaco, Monseñor Gustavo Girón, decía en su comunicado:

“(...) Es ella una víctima más de la situación de violencia que vive el país y que ahora ha tocado ya a las puertas de nuestra casa. Durante casi 6 años la Hermana Hildegard estuvo vinculada al Vicariato de Tumaco como enfermera en el puesto de salud de la población de Bocas de Satinga y como integrante del equipo misionero, integrado además por las hermanas María Portmann y Valentina Cortés. Fue su actuación en Satinga un ejemplo de dedicación y atención a las personas. Sólo cuando vio que su misión ya estaba cumplida, pasó a la Diócesis de Ipiales, donde siguió ejerciendo su apostolado. Hacemos constar nuestro más completo rechazo a la acción injusta que le quitó la vida. Las noticias son confusas en sus detalles. Sólo sabemos que la mataron injustamente como víctima de su entrega al servicio de los enfermos.

(...) Tal vez esta muerte, como tantas muertes en Colombia, quede en la penumbra de lo oculto y el misterio y, desde luego, cubierto con el manto de la impunidad. Sólo Dios sabrá hacer justicia a su tiempo.

(...) Confiamos que la posteridad haga luz sobre estos hechos y reivindique la memoria de esta esforzada colaboradora que ha sabido rendir su vida en la brecha de su apostolado”.

Su vida y compromiso

Hildegard María Feldmann había nacido en Näfels, cantón de Glarus, de Suiza, el 4 de abril de 1936. Trabajó 18 años en la India y un año en Bangladesch, prestando servicios de salud en comunidades muy pobres. Vino a Colombia en 1983 y se vinculó al trabajo pastoral en el Vicariato apostólico de Tumaco. Durante 5 años estuvo en Bocas de Satinga, con otros miembros de la Sociedad Misionera de Belén. En 1990 había pasado a trabajar en el corregimiento de El Sande, del municipio de Guachavés, (Nariño), en la Diócesis de Ipiales.

Mujer sencilla y totalmente entregada a los más pobres, a quienes consagró su vida con generosidad comprometida, mirando siempre en ellos la imagen sufriente del Señor Jesús.

Los hermosos testimonios de Monseñor Miguel Ángel Lecumberri O.C.D., Vicario apostólico emérito de Tumaco, y del Padre Jairo Ochoa O.C.D., quienes estuvieron muy cerca de ella en su ministerio, nos descubren su perfil espiritual.

Homilía

Texto de la homilía pronunciada por Monseñor Miguel Ángel Lecumberri O.C.D., Vicario apostólico emérito de Tumaco, durante la celebración eucarística en memoria de Hildegard, ofrecida por la Conferencia de Religiosos de Colombia, en Bogotá.

“Agradezco la invitación de la Conferencia Colombiana de Religiosos para presidir la Santa Misa por la Hermana Hildegard Feldmann, Misionera Seglar de la Sociedad Misionera de Belén, de nacionalidad Suiza.

En la vida de S. Alberto de Sicilia, carmelita, se cuenta lo siguiente: Con ocasión de su muerte y entierro hubo una discusión entre el pueblo y el clero sobre la misa que se debía celebrar. El Clero obediente a las rúbricas opinaba que la Misa a decir era de difuntos o de Réquiem. El pueblo convencido de la santidad de vida de San Alberto exigía que se cantase la Misa de Gloria. Dice la leyenda que el mismo cielo dirimió la controversia, ya que aparecieron dos ángeles entonando el Introito de Gloria de

la Misa de Confesores: *Os Justi Meditabitur Sapientiam: La boca del justo meditará sabiduría.*

También ahora afloran dos sentimientos al parecer encontrados. Sentimos la tristeza de la separación temporal de la querida, sacrificada y santa Hildegard Feldmann, a quien conocí durante cinco años, que laboró como enfermera en la Costa del Pacífico, del Vicariato Apostólico de Tumaco. A la vez sentimos la alegría de verla coronada con la palma del martirio en un acto de servicio de Dios a través del servicio al hombre. Le conocí durante cinco años, a partir del mes de agosto de 1984, cuando comenzó a integrar la comunidad Bethlemita de Bocas de Satinga junto con las Hermanas María Portman y Valentina Cortés, para la atención pastoral de una vasta y difícil región, carente de lo más esencial para la vida. Con ocasión de la inauguración de la modesta residencia tuvimos el honor de recibir al Obispo de Friburgo-Ginebra, Mons. Pier Mammi. Y allí permaneció hasta mediados del presente año.

La Providencia ha querido que la Comunidad Bethlemita permanezca en Satinga hasta este año, en que los sacrificados hijos de San Francisco, en la persona de los p.p. Antonio Gaviria y Narciso Díaz, se han hecho cargo de esa sección, habiendo sido nombrados párrocos in sólidum a partir del próximo 24, fiesta de la Merced. La labor previa de roturación ha sido llevada a cabo por la Comunidad Bethlemita. Allí ha trabajado incansablemente como enfermera la Hermana Hildegard.

Mujer silenciosa. La Hermana Hildegard, de un frágil físico, era por naturaleza tímida casi hasta el extremo. Su alta sensibilidad le imposibilitaba pronunciar apenas palabras. No era un silencio que asustaba, más bien un silencio lleno de Dios y de cordialidad. Hablaba más bien con su presencia alegre a la vez que discreta.

El Alcalde de Bogotá puso como slogan de su propaganda al cargo: Diciendo y Haciendo. El slogan de la Hermana Hildegard diría que fue: Haciendo y Sirviendo, en silencio, al estilo de San José, de quien dice el Evangelio: Hizo lo que el Señor le ordenaba por el ángel, sin pronunciar una sola palabra.

Tal vez trató de imitar al Santo Patrono de Suiza, San Nicolás de Fine, hombre silencioso, penitente y devoto, a la vez que comprometido en el servicio de los demás. Repetía las palabras del Santo Patrono de Suiza: “*Señor mío y Dios mío, aleja de mí todo lo que me aleja de tí. Señor y Dios mío, líbrame de mí mismo y concédeme poseerte solo a tí.*”.

Mujer Servicial. El célebre padre Luis De Granada dice que Dios nos dio una lengua corta y los brazos largos para que hablemos poco y obremos mucho. Desgraciadamente muchas veces sacamos la lengua más que los brazos. La Hermana Hildegard llevó a la práctica la sentencia del padre Granada.

Siempre disponible para el servicio, sobre todo a través de su profesión de enfermera en beneficio de todos, preferentemente de los hermanos más pobres, como lo son los

hermanos de la Costa Pacífica en Satinga, carentes de luz, de agua, de medicinas, de caminos.

Como otro Martín de Porres, se multiplicaba para -iba a decir- a la vez en tantos lugares que le solicitan para la cura de los enfermos. Y cuando la fama de su santidad y servicio sobrepujaba su persona, pidió ser trasladada a un lugar más retirado como era el de El Sande, en la serranía nariñense, a donde para llegar se requieren más de doce horas a pie y en lomo de bestia. En una de las recientes correrías para atender a indígenas se había fracturado un brazo.

El martirio la encontró en acto de servicio. Hay dos versiones: La oficial, aireada por cierta prensa y medios de comunicación, titula: “Monja extranjera entre subversivos dados de baja. En el enfrentamiento murieron otros tres guerrilleros. En la casa se encontraron granadas, carabinas, dinamita, etc.”. Como queriendo manchar la limpia vida de la Santa Hermana con la calumnia.

La versión verídica, recogida por el pueblo sencillo y fiel, avalada por el comunicado de la Comisión de Justicia y Paz de la CRC, dice y reafirma que a la hora del martirio la Hermana atendía a una enferma. Los asesinos entraron en la casa, ultimaron a la Hermana Hildegard María, al catequista Ramón Rojas y a un joven que asustado intentó huir, así como a un guerrillero que hacía guardia en una casa vecina.

Edith Stein, martirizada en una cámara de gas de Auschwitz, en agosto de 1942, ha sido elevada a los altares por el Papa Juan Pablo II, a pesar de haber sido muerta, no por sus convicciones cristianas o su condición de religiosa carmelita, sino por pertenecer a la raza judía. O sea, mártir de Lesa Humanidad.

De la misma manera, muy bien la Hermana Hildegard puede ser considerada santa y aun elevada a los altares por haber ofrendado su vida en acto de servicio, culminación de una trayectoria de entrega a Cristo. El pueblo fiel que tiene el sentido de Dios, “vox populi, vox Dei”, así lo ha entendido, cuando ha visto, tanto en Bocas de Satinga como en Sande, en Hildegard, a un ángel de Dios.

Por ello no es extraño que a sus funerales acudiese tanta gente llegada de todas partes: Tumaco, Pasto, Salahonda, Popayán, Ipiales, sobre todo de El Sande, Guachavés y Samaniego, con sus autoridades civiles y religiosas, alcaldes y el Obispo de la Diócesis al frente como hemos visto en las fotografías.

Como en el caso de San Alberto de Sicilia, carmelita, ¿qué vamos a hacer? ¿pedimos por Hildegard, o pedir que ella ruegue por nosotros? En la Eucaristía nos unimos íntimamente a ella, pues recibimos la sangre de Cristo y ella es un miembro vivo del Redentor.

Cuando tenía ya organizado mi sermoncito, he aquí que me llega hoy carta del Párroco de la Hermana Hildegard María, el P. Jairo Ochoa, carmelita, quién mejor que este servidor retrata a la hermana.

Carta del Padre Jairo Ochoa
sobre la vida de la Hermana Hildegard

Mi memoria no es muy feliz que digamos, pues no puedo precisar bien el mes y el día en que conocí a la hermana Hildegard, a la que familiarmente hemos conocido en el Vicariato por Hilda. Lo cierto es que hace seis años ella hizo parte del equipo fundador de las hermanas que llegaban a Bocas de Satinga. Se me hacía imposible que dijeran el sí de la aceptación. Las vi tan delicadas, al fin y al cabo uno quiere para las mujeres lo mejor en medio de aquellas mal llamadas calles llenas de fango y de aguas negras, en aquella capilla desvencijada y llena de rotos en el techo, en aquella casa que les ofrecíamos, me parecía imposible que ellas aceptaran tal aventura. Pero su sonrisa y sus ojos brillantes ante la expectativa de la gente, dejaba entrever que esas mujeres que hablaban enredado se quedarían *con nosotros. Allí estaban la Hermana María Portman y la Hermana Hilda.*

La Hermana Hilda era una religiosa laica, que pertenecía a la Sociedad Misionera de Belén. Mujer delgada, de unos cincuenta años de edad, nacida en Näfels, en el Cantón de Glaus, en Suiza. Trabajó durante 20 años en la India al servicio de comunidades muy pobres y entre pueblos de las más diversas culturas y creencias. Hizo su intento por entrar a trabajar en Bangladesh. Allí estuvo por un año, aprendiendo el idioma y esperando en compañía de la Hermana María que el gobierno le diera la posibilidad de ingresar a dicho Estado. Intento que a la postre quedó fallido. Así que de la India, con su rica experiencia y con su maestría en el campo de la salud, vino al Vicariato Apostólico de Tumaco.

En ella se encontraba una mujer sencilla, casi frágil, suave y limpia hasta la pulcritud, seria y amable, discreta y servicial. No metía ruido pero era eficaz y consagrada. Observadora y sensible. Muy amante de la naturaleza, parecía que tenía un particular tino con el conocimiento de las plantas. Una mujer verdaderamente competente en los conocimientos musicales, identificaba y gustaba de la música clásica con una atención y gusto que daba envidia. Atendía con particular pericia a las mujeres puérperas y a los niños. Contrastaba mucho verla manosear las más repugnantes enfermedades como las *sífilis en estados avanzados* y heridas putrefactas. Cuando estaba en su tarea de enfermera se le medía a todo. Era muy hábil para dar a conocer y comunicar sus conocimientos a las promotoras de salud. Ordenada y metódica hasta lo increíble pero sin ser rígida y sabía hacer chiste de su misma disciplina. Se puede decir que tenía el don especial para hacer extracciones dentales. Uno se quedaba sorprendido viendo sus manos tan delicadas haciendo las complicadas extracciones de los más rudos y fuertes campesinos. Parecía que estaba haciendo de todo menos sacando una muela.

Esta Hermana Hilda pasó casi cinco años en Bocas de Satinga, que por entonces hacía parte de la Parroquia de El Charco y por eso me tocó en suerte estar muy cerca de ella y compartir su vida. Esta es la misma Hermana Hilda que al salir de Bocas de

Satinga eligió como lugar de trabajo El Sande, vereda del municipio de Guachavés. Allí estaba prácticamente un año trabajando como promotora de salud con un equipo de mujeres muy integrado a la Comunidad. Para llegar a El Sande tenía que llegar a Samaniego, un municipio que verdaderamente está en la cola del mundo. De allí internarse por un mal camino llamado carretera. Continuando desde allí a lomo de bestia unas doce horas. Sólo así podía hacer su arribo a la Comunidad de El Sande. Ella era la única de la Sociedad Misionera de Belén que trabajaba allí, las compañeras eran seglares que formaban el equipo con ella. Pero allí estaba en lo que ella quería, estar con unas de las gentes más abandonadas de Colombia. Allí desempeñaba sus servicios de salud. Allí, por cierto, debido a lo fragoso del camino, meses antes se había accidentado sufriendo la dislocación de un brazo. Allí ella admiraba esas gentes sencillas que en Colombia parece que no tienen otro derecho sino a morir de abandono y de promesas. Aquí trabajaba y aquí murió la Hermana Hilda en su ley, en ese preciso momento atendía a un enfermo. Esta es la que en los noticieros de la prensa y en los datos suministrados por el mismo ejército han calificado como una mujer guerrillera y de la que se han atrevido a decir que tenía uniformes de las Fuerzas Armadas.

Ese tiro certero en todo el corazón, la única herida que le vimos. No está al acaso y está dejando salir una serie de interrogantes. En la zona sólo había un guerrillero y tres campesinos más, sencillos y nobles que también han calificado de guerrilleros. La casa humilde donde vivía la Hermana fue revuelta en todos los sentidos. Todo quedó por el suelo, nada quedó en su puesto. El deseo de encontrar lo que no podía haber los enloqueció.

Esta muerte brutal y absurda fue el domingo nueve de septiembre a las cuatro de la tarde. Como las compañeras del equipo estaban ausentes, los campesinos en su atolondramiento, la enterraron el día martes sin ninguna preparación porque el Ejército no permitió que se le hiciera nada. Tampoco permitió que saliera gente a los poblados vecinos a comunicar la noticia. Solamente el miércoles a las once de la mañana se vino a saber la noticia y gracias a las buenas gestiones de las Hermanas Franciscanas y del Padre Jairo Chamorro, se pudo desenterrarla, a pesar de que ya estaba en estado de descomposición, para llevarla a enterrar a Samaniego. Allí la vimos y se pudo ver también de cerca la herida certera y artera en el corazón que deja flotando mil interrogantes, que confirman la guerra sucia, la absurda locura de guerra que nos invade en Colombia.

Es cierto, su entierro fue una apoteosis y una manifestación de rechazo a esta brutal guerra. El pueblo campesino abarrotó la impotente Iglesia; la concurrencia de las religiosas fue nutrida; la presencia de sus compañeros de la Sociedad Misionera de Belén vigorosa y cálida y también un buen grupo de sacerdotes con el Obispo de Ipiales, Mons. Gustavo Martínez Frías. La juventud se hizo sentir, acompañó toda la ceremonia y en sus pancartas dejaba ver su inconformidad, su protesta y su rechazo a la violencia militar: “Fuera soldados asesinos, por qué nos vienen a matar a los que sirven al Pueblo? No queremos entre nosotros ni el Ejército, ni la Guerrilla. ¿Qué hacen aquí si nadie los llamó?”.

No dudemos: América tiene sus mártires. Hilda, la sencilla Hermana, que tanto trabajó en el Vicariato y a la que aprendimos a amar, es una de esas mártires. Su sangre no puede ser en vano y de ella tiene que brotar la estirpe vigorosa que nos dará el Señor. Nuestra Iglesia es grande cuando tiene personas tan maravillosas y sencillas como Hilda que lo dan todo por los hermanos. Nuestros tiempos son gloriosos cuando podemos vivir todo esto desde la fe. Allí estuvimos participando de esta hora de gracia, como representación del Vicariato estábamos junto a la amiga noble y la compañera fiel. Como colombianos, como hermanos de los pobres, allí diciendo gracias, a la Iglesia, a Suiza, a la Sociedad Misionera de Belén y a la misma Hilda, porque Dios nos dio mucho en ella. Nos queda por lo tanto una gran responsabilidad, recoger su lección de vida llevada hasta las consecuencias de la muerte. Es evidente que no podemos ser neutrales en esta hora y quizá la peor de las violencias es la que puede cohonestar nuestro silencio cómplice y nuestro conformismo. El problema de Colombia tiene que tocar muy en lo vivo el corazón de la Iglesia. Hilda es un testimonio brutal de esto y si no lo creemos vamos a morir muchos con el corazón despedazado como el de la Hermana Hilda”.

Ausencia que es Presencia

Extractos de una carta del Padre Carlos Alberto Calderón, sacerdote colombiano, a los miembros de la Gemeinschaft der Laienmissionarinnen -GLM- (Comunidad de Misioneras Laicas), de Suiza.

(...) Es una noticia que de primer momento me llenó de angustia, como ha pasado con todas las noticias de muertes absurdas que hemos vivido en nuestro país últimamente; pero luego, al leerla desde la fe, al mirarla con los ojos del Evangelio, es una noticia de vida, de fuerza, de esperanza: “*No hay amor más grande que éste: dar la vida por sus amigos*” (Jn. 15,13). Los amigos de Hildegard fueron los pobres, los enfermos, los excluidos... Por ellos y con ellos dio la vida, ¿puede haber otra manera más hermosa de terminar la vida? ¡Yo creo que no! Por eso la ausencia de Hildegard, ciertamente dolorosa, es en el fondo una presencia, en primer lugar para sus amigos los pobres del sur de Colombia con quienes compartió su fe, su vida y su sangre; es una presencia, en segundo lugar, para ustedes, para la GLM con quien ella creció a la fe, de quien ella aprendió ciertamente a amar radicalmente, a vivir su vida de mujer creyente, de misionera, al estilo de Jesús; es, en tercer lugar, una presencia para la Iglesia, para esta nuestra Iglesia Latinoamericana preñada de vida y de resurrección a través de tanta sangre martirial... Pero también para la Iglesia europea, para la Iglesia suiza llamada a hacer más fecundo su compromiso aguijoneada por sangre martirial como la de Hildegard y la de tantos hermanos y hermanas suizos caídos en los surcos del Evangelio, en Nicaragua, en El Salvador y en otras partes.

Esa ausencia de Hildegard no solamente se vuelve presencia leída desde la fe y desde el Evangelio; ella se vuelve también desafío, reto, llamado... es un desafío a nosotros aquí en Colombia a continuar a través de nuestro compromiso, la obra de Hildegard, a hacer más radical nuestro compromiso. Es un desafío a ustedes, a la GLM, a continuar

la línea de formación y de crecimiento como comunidad misionera, de una manera más comprometida con los pobres, con los desheredados, con los oprimidos, a ser presencia en medio de ellos del amor bondadoso de Dios, a vivir el carisma misionero de una manera comprometida y fiel al lado de los pobres, acompañándolos en su camino de liberación, al estilo de Jesús (Lc. 4,14-21).

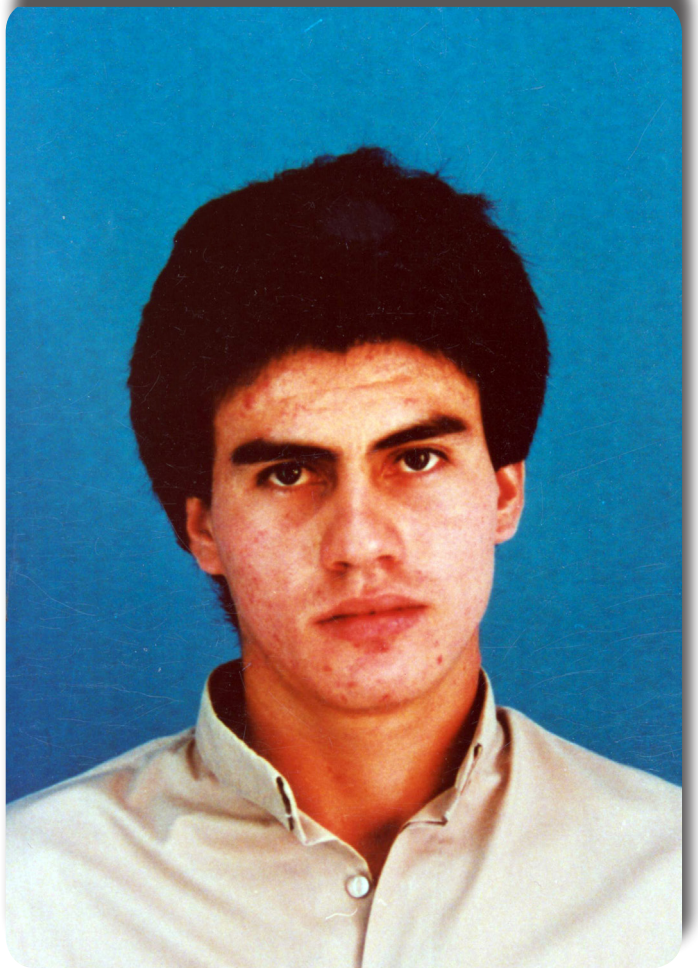
La muerte de Hildegard es también un desafío a la Iglesia suiza; yo pienso que la Iglesia suiza tiene que dejarse salpicar, penetrar por la sangre de sus mártires; no solamente lamentarla. Y salpicada y movida por la sangre y el testimonio de quienes se han atrevido a ser fieles, será una Iglesia más fecunda, más profética.

Qué bueno que el testimonio de Hildegard y de tantos otros creyentes, nos anime, nos despierte, nos ponga en el camino de la esperanza, en el camino de vivir la radicalidad del Evangelio; es esta mi plegaria en este momento; plegaria que hago unido a toda la comunidad misionera, pero muy especialmente a la familia de Villa Beata, mi hogar durante el exilio allá en Suiza.

No me queda más que felicitarlos... porque eso es lo que merece una comunidad como la de ustedes ¡felicitarlos por toda la vida, la esperanza y la resurrección que les ha traído el martirio de Hildegard!”.

20

Aldemar Rodríguez Carvajal



Abril 15 de 1992

Aldemar Rodríguez Carvajal

Abril 15 de 1992

Era la semana de Pascua. Desde el Domingo de Resurrección los pobladores del corregimiento La Dolores (jurisdicción de Palmira, Valle), habían visto flotar un cadáver en las aguas del río Cauca, pero no se atrevían a sacarlo. Como esos hallazgos eran frecuentes, la experiencia les decía que “eso traía problemas”. Los periódicos de Cali sacaron, sin embargo, la información, y eso puso sobre pistas definitivas al padre de Aldemar, quien había venido desde Neiva en búsqueda de su hijo, y a los religiosos Basilianos en cuya parroquia Aldemar trabajaba como catequista.

El miércoles de Pascua los diestros trabajadores de una funeraria de Buga, luego de calcular las velocidades de corriente del río, rescataron el cadáver cerca de Riofrío. Su cabeza, a pesar de estar presionada entre capas de plástico, estaba casi deshecha, pero podían observarse gruesas franjas de cinta pegante que rodeaban su boca. Varias cortadas y punzaciones en el cuerpo, así como un cable que le rodeaba el cuello, daban cuenta de las torturas a que había sido sometido. El médico legista dictaminó “muerte por asfixia”.

Ocho días antes -el Miércoles Santo- Aldemar fue temprano a trotar como era su costumbre. Luego salió de prisa para una reunión. Nunca más se le volvió a ver. Al día siguiente en varios sectores de Cali había alarma y angustia, pues varias personas no aparecían. El jueves en la noche fueron hallados cuatro cadáveres en la morgue, traídos de El Hormiguero, corregimiento situado al suroccidente de Cali, en la vía hacia Jamundí. Eran cuatro jóvenes que habían desaparecido el miércoles mientras asistían a una reunión en el Parque de la Salud, zona del río Pance, en el extremo suroccidental de Cali. Todo daba a entender que Aldemar había estado también en esa reunión.

En los días posteriores, diversas organizaciones de Cali denunciaban la desaparición y muerte de que fueron víctimas algunos de sus dirigentes. En efecto, los jóvenes desaparecidos en la zona del Pance eran seis y cada uno de ellos militaba en organi-

zaciones de masas: el movimiento cívico del Distrito de Aguablanca; el movimiento estudiantil; el movimiento de las negritudes; el movimiento de mujeres; los grupos cristianos de base y la campaña de los 500 años. Pero todo da a entender, también, que alguna militancia o simpatía política los ligaba entre sí, militancia o simpatía que ellos guardaban “en reserva” dadas sus características: eran, al parecer, militantes o cercanos colaboradores de la Corriente de Renovación Socialista, agrupación que se había desmembrado del Ejército de Liberación Nacional, buscando un ejercicio amplio de la política, y que había ya iniciado diálogos con el gobierno.

Aldemar apenas entraba a sus 20 años de vida. Había nacido en Pitalito (Huila) el 24 de enero de 1972. Pero a pesar de su corta edad había vivido intensamente una búsqueda de compromisos cada vez más radicales por la justicia.

Su corta vida estuvo profundamente marcada por lo religioso. La búsqueda de Dios aparece como el eje que define todas sus rutas. Pero ese Dios que le interpela y que le hace renunciar a toda opción egoísta de seguridades personales, lo conduce prioritariamente hacia un compromiso con el pobre y con la búsqueda de un cambio radical de la sociedad.

Unas notas encontradas entre sus objetos personales, tomadas durante el retiro vocacional realizado en agosto de 1990, describen retrospectivamente su camino hasta entonces:

“1985, tiempo de cuaresma... la Parroquia preparaba un grupo de teatro para que trabajáramos intensamente para los días posteriores. Fue así como nació la primera idea de ir seguido a la casa cural...”

...en ningún momento había interés por eso (religioso) por varias razones que hasta esa fecha tenía: -quienes entraban a un seminario era por ser ricos;- no me gustaba rezar a toda hora; -detestaba a las religiosas;- porque para ser sacerdote tenía que ser santo y no lo era... Luego conozco a un franciscano que ayudó mucho en mí... se limitaba a ayudarme a la formación como individuo. Para esa época tenía 13 años...

Llega la época de ser acólito, de la sotana, etc. Pero también por el servicio que se cumplía alrededor de eso nace un interés complementario, es el de trabajar con la gente en los grupos de trabajo, y cada vez me iba sintiendo satisfecho y alegre por lo que hacía. Ya se iba volviendo una obsesión ser sacerdote...

Y así iba siendo más consciente de lo que quería, aunque era mínimo: una de las formas para servirle a la gente era ser religioso; religioso con un sentimiento más humano, sensible, más práctico...

Llega la confrontación con lo que es la opción franciscana y lo que uno quería ser hasta que conoció ese modelo de ser persona... Todo esto va siendo objeto

de aclaración en el camino, y por eso: “caminante, se hace camino al andar”. Ese camino va ayudándome a descubrir el trabajo popular como parte de la vocación, como parte del Reino en la tierra...

Estos cinco años se han ido buscando qué es lo que se quiere... La situación que actualmente estoy viviendo; trabajo, acompañamiento, vida, fraternidad, oración comunitaria, servicio”.

Aquel adolescente, entre sus 13 y sus 16 años vive intensamente la vida de la Parroquia ubicada en una zona popular de Neiva y orientada por religiosos de profunda sensibilidad social.

Sus agendas, entre 1986 y 1988, nos reflejan de algún modo lo que Aldemar vive, lo que hace, lo que busca, lo que ama. Aquellas páginas combinan numerosas citas y esquemas de reuniones en las cuales participa, con textos de poesías, canciones, consignas, resúmenes de lecturas, de talleres, de conferencias, etc. De vez en cuando, algunas reflexiones personales nos van revelando con mayor transparencia sus estados anímicos y sus búsquedas más profundas.

Impresiona comprobar, leyendo esas páginas misceláneas, que la dimensión de fe y el compromiso político se entrelazaron tan profundamente en su vida, que no era posible separarlos ni casi distinguirlos. Eran un tejido único formado por hilos multicolores, donde todo intento de separar los hilos de un color llevaría a destrozarse de tal manera el tejido, que perdería toda su textura.

Atrapado para participar en un grupo de teatro que debía preparar dramatizaciones para la Semana Santa, Aldemar ve abrirse ante sí un mundo que le subyuga, donde la pasión de Cristo y la pasión del hombre marginado son expresiones de un mismo misterio desafiante, donde se conjugan el pasado y el presente, la historia y la trascendencia. Es aún casi un niño, pero desde entonces comienza a buscar cómo madurar en una fe que potencie su compromiso y en un compromiso que materialice la radicalidad con que quiere vivir su fe.

Entre 1986 y 1988 sus agendas registran infinidad de reuniones de la Infancia Misionera, pues él es líder de este movimiento a nivel diocesano. Marca citas en la catedral, recepciones de nuevos miembros, esquemas de reuniones, evaluaciones, planeaciones, conferencias, etc. El 7 de marzo de 1987 su agenda marca una convivencia para consagrar la Infancia Misionera en el municipio de Campoalegre (Huila). Allí anota el pequeño esquema con que explicará el sentido de esa consagración:

“Celebración: envío de una misión.

¿Qué persona? Jesús, a través de la Iglesia para misión de catequizar todo cristiano, de anunciar la nueva o buena noticia: la Muerte y la Resurrección, lo que se llama Pascua.

Es para que exista el Reino: es un ir hacia el Padre que empieza desde la realidad”.

Ese “*empezar de la realidad*” lo tomó muy en serio. Al mismo tiempo que coordina la Infancia Misionera, se desplaza a los barrios marginados para empaparse de la realidad del pobre. Muchas páginas de sus cuadernos y agendas las llena con síntesis históricas de Zona Verde y de otros barrios marginados y con inventarios de sus problemas.

Sigue participando en el grupo de teatro TUPAC (Teatro Unido para la Acción Cristiana). Ayuda a desarrollar un movimiento cívico de los barrios populares. Busca capacitarse en técnicas de comunicación popular (en sus agendas resume conferencias y talleres sobre cómo hacer graffitis y otras técnicas). Participa en el Comité de Comunicación Popular, CCP. Al mismo tiempo hace parte de la Coordinadora de Solidaridad y Lucha Popular cuyas reuniones son abundantes, pues la sigla CSLP se multiplica profusamente en sus calendarios.

Pero Aldemar para esa época es un estudiante de bachillerato y busca también cómo comprometerse en el movimiento estudiantil. El FER-SP (Frente Estudiantil Revolucionario Sin Permiso) copa otra parte de su tiempo y le franquea desde muy temprano el acceso a la militancia política, pues el FER se integra luego al movimiento político A Luchar.

Aldemar comienza a esbozar en sus libretas esquemas de teoría revolucionaria. Resume lecturas y conferencias y va registrando ideas y términos que le inquietan, que le iluminan o que debe estudiar mejor. Pero, sobre todo, puede percibirse en sus notas el impacto que causan en su vida ciertos personajes que le van subyugando por su testimonio: Francisco de Asís; el Che Guevara, Camilo Torres, Álvaro Ulcué. Podría decirse que ellos van moldeando su corazón, revolucionario y creyente, que late al ritmo de frases y consignas de estos testigos que él va copiando en sus agendas, alternándolas con poesías de Neruda y Benedetti y con canciones de Serrat y de otros cantores inquietantes.

La dura realidad que él percibe y vive en los barrios marginados, le lleva a preguntarse un día (en un proyecto de carta para una amiga):

“¿Sabes una cosa? ¿Qué? ¿Por qué será que todo lo que funciona, todo el estudio y toda la técnica maestra, no es para nosotros los oprimidos, los explotados, la mayoría de los necesitados, sino para unos pocos, los ansiosos, los egoístas, por qué será? ¿Sabes una cosa? Pues bien, ya lo sabemos. El Señor no quiere esto, la opresión, la explotación, la miseria, sino que todos nos queramos como hermanos...” (Enero 15/87)

Encrucijadas del seguimiento

En el año 1987 Aldemar vive muy cerca de Nevardo Fernández, quien fue desaparecido, torturado y asesinado el 22 de octubre de ese año. En la agenda de Aldemar se lee por esos días: *“Nevardo, sabes que el pueblo, nosotros, tus amigos, te abandonamos, te dejamos solo, como cuando los discipu...”*. Esta frase no terminada revela un cierto remordimiento nostálgico que se convirtió en decisión de seguimiento.

Luego de la muerte de Nevardo, aparecen en sus agendas letras de canciones que Nevardo compuso, acompañadas de comentarios como este: *“Nevardo: La canción que hiciste para navidad, hoy hace un año la cantabas con tu propia voz para Jesús, ese niño pobre que nació en Belén... Hoy más que nunca te seguiremos recordando y seguiremos tu lucha”*.

Ya en este año sus inquietudes vocacionales parecen canalizarse más hacia una vida laical, dentro de la espiritualidad franciscana, aunque no abandona todavía las perspectivas de ser algún día religioso. El 4 de junio de 1989 parece que hace su último esfuerzo para definir su vocación como religioso. Antes de conversar con el Provincial de los Franciscanos, escribe esta oración:

“Señor Jesús, ayúdame a seguirte y a que me dejen seguirte. Hoy estoy pensando hasta dónde es que Tú me sigues llamando para trabajar por tu camino y a trabajar por todos mis hermanos, los jodidos, los presos, emboladores, por el obrero, el estudiante, el campesino. Y Tú me has dado el camino de trabajar con los Hermanos Menores y que voy a pedir entrada para seguir teniendo una formación y para seguirte. Hoy te pido Señor que me des fuerza para pronunciar y decir. Hay posibilidades de que me den entrada. Señor, ayúdame a seguirte”.

Pero ya desde enero del 87 Aldemar asiste a la primera asamblea del Movimiento Laico Franciscano y todo muestra que el compromiso laical se va afirmando cada vez más en él. Asiste a otra asamblea del Movimiento en 1988 en Popayán; a la del 89 no asiste pero a finales de ese año o en 1990 redacta una propuesta sobre criterios y etapas para organizar el Movimiento. El primer criterio que señala es *“tener por lo menos como perspectiva de cada uno la opción preferencial por nuestros hermanos pobres”*. En esa propuesta Aldemar quiere concretar lo que ha venido buscando: *“Una vida colectiva de oración, estudio y trabajo seglar, o sea como laicos... Partiendo de que la mayoría de los hermanos tienen un conocimiento de Francisco y que sus expectativas son a conocerlo y a vivirlo, se pueden mirar las condiciones de cada lugar para: formar pequeñas fraternidades donde se empiece a vivir el Evangelio de una forma laical, o sea, quienes han optado o quieren optar por esa forma de vida”*.

No hay duda de que Aldemar vivió subyugado por el testimonio del Poverello de Asís, pero la vida y el carisma de Francisco los leyó también en su contexto. Una nota intermitente de una de sus agendas nos abre la ventana a esa lectura que hacía:

*“El reparar mi Iglesia = Fco. materialmente = La realidad de Neiva.
- La Iglesia es toda mi gente. Ayudar a la gente, a la organización, el pueblo se
quedó atrás,
- empobrecidos-, poderosos
¡Signo!
Proyecto formación!”*

A finales de 1988 Aldemar pasa a vivir otra etapa de su vida. En Neiva ha comenzado a sufrir hostigamientos y tiene que abandonar la ciudad. Se traslada a Cali donde inicia la última y corta etapa de su vida que dura tres años y algunos meses.

La persecución, en lugar de alejarlo de todo compromiso, lo radicaliza. Aldemar entra de lleno en la militancia política pero sigue aferrado, más que nunca, a su fe. Vive experiencias duras para un joven de su edad. Su trabajo político tiene que ser ya discreto, en gran parte clandestino. Tiene que enfrentarse a la evaluación implacable de otros militantes mucho mayores que él, donde predomina una racionalidad más fría y donde se dan, y donde afloran, en ciertos momentos, conflictos característicos de la lucha por el poder. No está ya rodeado de amigos con quienes pueda compartir momentos de oración, sueños y celebraciones, como la hacía en Neiva.

Vive al comienzo donde una tía suya, pero luego pasa a habitar en apartamentos de compañeros de trabajo, donde ciertas dimensiones de su espíritu tienen que enfrentar una dura soledad. Hay momentos en que la penuria económica lo desespera y así lo consigna en sus agendas. Al salir de Neiva interrumpió sus estudios de bachillerato y optó por una autoeducación. Esto no dejó de causarle, sin embargo ciertas inseguridades.

Todo este desarraigo e inseguridad, que responde a una opción generosa de no buscarse a sí mismo, sino de entregarse radicalmente a una lucha que de algún modo materialice la búsqueda de liberación de los oprimidos, no deja de hacerle sentir con fuerza sus efectos, en ciertos momentos. Así lo da a entender en una nota de febrero de 1990:

“A nivel personal no voy teniendo como algo concreto, porque en el momento que salga de aquí no tengo nada que hacer. No llegaré a tener ninguna cosa concreta. De todas (formas) es bueno irme preparando para lo que pueda venir. Tratar de racionalizar primero para luego juzgar, porque de otra forma no puedo aprender ni aportar”.

En una de sus agendas consigna una larga descripción reflexiva de un conflicto que vive en una de las estructuras que enmarcan su militancia política y que revela sus sufrimientos interiores:

“Cuando ya no esperaba más que siguiera la crisis personal; cuando creía que ya estaba superando algunos vacíos, y desde luego me encontraba en un punto difícil, llegó la evaluación sobre la vida colectiva, teniendo en cuenta que estaba cuestionado por varias cosas...”

Por falta de experiencia en el juego político cometí errores que ahora son mirados mal por todo el mundo...

La mayor parte de la gente se había radicalizado por el comportamiento de (xx), pero esa radicalización era en lo teórico -discusión interna- porque los hechos prácticos eran otros...

Estaba muy mal. Me encontraba en la soledad igual de tenaz que mantenía desde hace año y medio. Sin embargo, quería hacer un esfuerzo más para superar ese vacío, esa etapa, sin haber logrado nada con la superación de esta crisis, viene ya como en serio una supuesta “propuesta” de irme para otro lado...

Escribo una carta a (y), la leo en (g) y todo en silencio, sólo se escucharon preguntas, pero de ningún lado salió voz de aliento, de apoyo. Eso, como otras cosas, me acabaron de destruir moralmente. Me encontraba supermal, agotado...

Luego... cae el tarrado de agua fría, una carta de (pp) en respuesta de la carta enviada... Nuevamente se sintió el silencio acostumbrado... Fue otro dolor intenso. Sin embargo, logré descubrir lo que había debajo de la manga un buen tiempo, ..ya no es misterio que detrás de este juego habían varias fichas escondidas. (...) Aunque es duro vendrán nuevos tiempos y esos tiempos serán mejores”.

Una de las actividades de Aldemar en Cali es la solidaridad con los presos políticos. En un día de su agenda aparece una extraña lista de productos que debe comprar, que incluye una nevera de icopor, electrodos, sábanas, espumas, etc. Esto se esclarece cuando encontramos entre sus papeles una carta venida de la cárcel donde le agradecen el envío de todo esto y le dicen:

“Son estos gestos los que impulsan y agradan nuestra resistencia en las mazmorras del régimen: es la práctica de estos valores revolucionarios lo que nos inscribe en la gestación del hombre nuevo, el cual, como bien sabemos, hay que crearlo, hacerlo palmo a palmo, gota a gota, idesde ahora, sin darnos tiempo de reposo! Precisamente creo que es un humanismo socialista bien distinto al actual hombre cotidiano... egoísta e individual frente al dolor humano... Creo en el ser nuevo que en aguda lucha contra su otro yo, despliegue su capacidad de amor al prójimo”.

En su último año, Aldemar busca concretar un campo de apostolado y lo encuentra en la Parroquia de la Asunción. Los Padres Basilianos lo acogen allí como catequista y encuentran en él un valioso colaborador y un excelente amigo. Prepara diligentemente la catequesis de confirmación y se hace querer enormemente de los niños y jóvenes que se preparan a dar ese paso en la madurez de su fe.

Desde 1991 Aldemar buscaba también su sueño de realizar una Fraternidad Laical. El 14 de febrero de 1992, con tres compañeras que se encuentran en la misma búsqueda

da inauguran la Fraternidad. Los criterios que les sirven de base son estos: Poner los bienes en común; Vivir un compromiso pastoral en una Parroquia; Aportar para los gastos comunes: arriendo, alimentación, etc.; Hacer reflexión comunitaria una vez por semana; Hacer oración en común los fines de semana.

Aldemar se siente feliz de haber realizado su sueño. Se preocupa por llevarlo adelante y porque la experiencia no se diluya en rutina sino que tenga vida espiritual. El Señor lo preparaba así para la prueba suprema.

La muerte violenta y cruel, como supremo testimonio y precio de los valores que dieron sentido a su vida, no sorprendió seguramente a Aldemar. Los testigos sobre los cuales él había construido su mundo de valores; las numerosas frases que de ellos seleccionó como guías y que transcribió en sus agendas; el ejemplo de amigos cercanos como Nevardo; las reflexiones, análisis y poemas que fueron expresando en sus análisis el desarrollo de su conciencia y de sus opciones militantes; todo lo llevaba a presupuestar la muerte violenta como posibilidad no remota.

Francisco de Asís había hablado de la *“Hermana Muerte”* y había bendecido a Dios por ella; el Che Guevara le dio la bienvenida anticipada *“en cualquier lugar donde...”*; Camilo Torres había dicho de su *compromiso*: *“es una lucha en la que hay que comprometer la vida misma”*; Álvaro Ulcué también había dicho: *“el cuerpo lo pueden acabar los hombres, pero el espíritu seguirá luchando presente en la comunidad”*. Leyendo el Evangelio (Mt. 10,24), en un día de enero del 90, Aldemar había escrito este comentario: *“identificarse con Jesús y con el proyecto de vida, significa jugarse la vida entera por el Reino”*.

El 29 de mayo del 90, Aldemar escribe una carta a una amiga donde le dice:

“Tenemos que estar dispuestos a recibir la muerte y bienvenida sea. Porque quien lucha por la vida, el amor, la justicia del mendigo, del niño, estará siempre en la mirada del proyectil asesino (...).

Esperamos la muerte que por lo general llega de las manos de un sistema corrupto (...).

Últimamente he pensado bastante sobre el trabajo, sobre mi responsabilidad. Y me asusto, oíste. Muchas ocasiones siento miedo, miedo de no poder responder como debe ser y no poder saber conducir los diferentes espacios de agudización que se van a presentar. Y también miedo de morir sin haber hecho todavía nada, sin poder dejar una escuela, un jardín que vaya desarrollando todo este gran banquete que falta por servir. De todas maneras quiero irme preparando para cuando llegue el momento inesperado. Ese momento en que dormiré profundo pero convencido de que Jesús trabajó por construir también una patria mejor. Aunque es doloroso hablar de ello, pero es mejor ser consciente; por eso es bueno seguir volando en esta oscuridad hasta poder

encontrar el sol. Siempre habrá que decir: Bienvenida (aunque duela, aunque no quiera) como se le dice a alguien cuando llega a su casa con alegría y con tristeza se va.

La vida nunca será indefensa mientras podamos gritar: ¡basta ya! ¡No más! Hasta aquí... Y nos levantemos gritando, haciendo...

Bueno, hasta que el sol aclare, salga a nuestros ojos

Hasta pronto”.

El jueves 23 de abril en la Iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción, en Cali, el Padre Francisco Antonio Amico, de la Congregación de San Basilio, despedía los restos de Aldemar con estas palabras, eco espontáneo del corazón de quienes lo conocimos: “Aldemar, hermano, ¡te agradecemos todos los aquí presentes y te saludamos! Gracias porque has sido testigo con tu vida. ¡Gracias por tu vida entregada!”.

Homilía en la Misa de funeral de Aldemar Rodríguez Carvajal

catequista de la Parroquia de la Asunción de Cali.

Jueves 23 de abril, de la Semana de Pascua, 1992 –

Francisco Antonio Amico, C.S.B.

Lecturas: Hechos 3,11-26: Lucas 24,35-48.

“Hace tres semanas Aldemar y yo recorrimos el barrio de Sanín, visitando los líderes de las cuadras e invitándolos a una convivencia en preparación para el Viacrucis del Viernes Santo. El se había comprometido conmigo a organizar esta actividad con la comunidad. El Miércoles Santo, muy temprano, al estar caminando hacia el convento de las Hermanas de la Caridad, lo vi en la cancha corriendo con sus compañeros. Le dije que tenía que correr más rápido porque estaba muy gordo y me contestó con una invitación a correr con él porque, según él, yo era el gordo. Nos reímos. Esta fue la última vez que hablé con Aldemar.

Llegó el Viernes Santo cuando quedó de estar conmigo en el Viacrucis y nada de Aldemar. Sabía en ese momento que algo estaba mal, pero no me imaginaba que Aldemar estaba viviendo el Viernes Santo en carne propia.

Me gustaría comentarles los hechos para que todo quede en claro y para que se den cuenta de lo ocurrido en esta segunda Semana Santa de la Parroquia: el día de Miércoles Santo por la tarde o el día Jueves Santo, seis jóvenes fueron asesinados. El Jueves Santo encontraron cuatro cadáveres flotando en el río Cauca cerca de El Hormigero; después encontraron al quinto y ayer (miércoles) encontramos el cadáver de

Aldemar cerca de Riofrío y Buga; manos atadas con alambre, pies atados con alambre, chuspa de plástico negra tapando la cabeza y atado con cinta de plástico al cuello. Se dice que los jóvenes murieron por asfixia. ¡Qué barbaridad! Ayer, trajimos el ataúd desde Riofrío acompañado por su papá, quien vino de Neiva en búsqueda de su hijo. Toda la noche velamos a Aldemar en su casa de La Asunción, en las tinieblas del templo donde Teresita Ramírez, Oscar Romero y Álvaro Ulcué, velaron con nosotros.

En la lectura de hoy escuchamos que los discípulos reconocieron a Jesús al partir el pan; ¡con ese gesto tan familiar sabían quién era él! Su pan y su vida eran una sola cosa en gesto sagrado: en el compartir el pan se reconoce a Jesús. En la Eucaristía reconocemos a Jesús en nuestro medio. ¡El gesto sagrado nos dice todo!

Aldemar fue catequista de esta comunidad donde se parte el pan. Para compartir con los jóvenes de la Confirmación venía cada sábado -y lo reconocían por su constancia y por su compromiso-. Lo reconocían como seguidor del maestro, Jesús. ¿Será por esto que lo mataron?

Aldemar iba semanalmente a La Playa -sector más pobre de Puerto Mallarino- acompañado por otros jóvenes evangelizadores de la comunidad. Allí van para compartir la palabra que da vida -para dar vida a los humildes, los pobres; para darles ánimo en sus luchas y luz en las sombras de la pobreza; para reírse y bailar con ellos. Aldemar era predicador de la Palabra, era apóstol, era maestro de la vida. ¿Será por eso que lo mataron?

Aldemar venía a la Eucaristía con frecuencia: recibía a Cristo para así hacer los gestos de Cristo entre los demás. Se presentaba a la asamblea para compartir el pan; era hombre de la comunidad, caminando solidario con sus hermanos. ¿Será por eso que lo mataron?

Aldemar trabajaba con Derechos Humanos aquí en Cali, bien comprometido con la situación de nuestro país; comprometido en búsqueda de caminos de justicia y paz -los signos ciertos del Reino de Dios-; estuvo muy interesado en estudiar más, en conocer mejor la realidad y saber la verdad. ¿Será por eso que lo mataron?

Aldemar era amigo de todos -sencillo, humilde, servicial, amistoso-. Les digo sencillamente que lo conocía pero muy bien y sé que no era capaz de intencionalmente herir a nadie. Hermano formal, respetuoso, bueno. ¿Será por ser bueno que lo mataron?

Hermanos, estamos en la época litúrgica de recordar la muerte y la resurrección de Cristo nuestro hermano mayor. Aldemar ya pasó por el ciclo completo: sufrió la pasión y murió trágicamente. Lo torturaron, hermanos ¡pero ya resucitó! Está resucitado con el Padre Dios y también vive aquí entre nosotros porque tocó la vida de todos nosotros y llegó a ser parte de nuestro ser. Yo les confieso que como forastero, aquí Aldemar tocó realmente mi vida, en especial en términos de su bondad y de su compromiso con su pueblo, esta Colombia. ¡Caminamos con Aldemar resucitado!

“Arrepiéntanse y conviértanse, así todos sus pecados serán perdonados”. Así nos dice la primera lectura de hoy. Como seguidores de Jesús creemos en la necesidad de la conversión así como creemos en la misericordia infinita de Dios, a pesar de que a veces parece tan difícil perdonar: no podemos llamar al arrepentimiento y no ofrecer el perdón: no seremos cristianos. A pesar de los sentimientos tan fuertes que sentimos en contra de los asesinos en este momento la nueva vida es la del perdón y reconciliación!. Y tenemos que perdonar a varios de nuestros hermanos, porque eran varios los asesinos y eran los grandes y poderosos. Estamos indignados del trato que dan a nuestros hermanos y podemos pedir que se haga justicia -pero es necesario perdonar-. Ellos mismos se han excolmulgado del corazón de Dios, el daño se lo han hecho a ellos mismos. No busquemos venganza, sino justicia y reconciliación.

Es difícil pensar que las cosas van a cambiar. Es difícil creer que las autoridades van a investigar y encontrar a los criminales de esta masacre en contra de nuestro pueblo. Ya sabemos que en nuestro país estas cosas quedan en la impunidad: ¡y nadie sabe nada! Las torturas son para llenarnos de miedo, para que siga lo mismo. ¡Nuestra gente es la que sufre hasta de un miedo de la verdad, un miedo de perder su vida! El compromiso cristiano es tan riesgoso en la sociedad nuestra. Parece que vivimos en las tinieblas en la oscuridad. Y aún así, la Biblia nos recuerda y nos interpela: “ustedes son testigos de todo esto” -de la resurrección, de la vida, de la fuerza, del amor!- Y así es que tenemos que seguir viviendo -como luz, como sal, como Cristo- en las tinieblas de estos días somos nosotros la presencia resucitada de Jesucristo. No como los cobardes escuadrones de la muerte que tomaron a Aldemar en las tinieblas sino como testigos valientes de la Palabra que da vida.

Aldemar, sabemos que sigues caminando con nosotros. Hermano, tu sonrisa nos anima y tu espíritu firme nos fortalece en nuestro caminar; sabemos que no quieres que te lloremos sino que desees que sigamos viviendo la vida alegres y firmes en nuestro compromiso con Jesús.

Aldemar, Hermano, te agradecemos todos los aquí presentes, y te saludamos. Gracias porque has sido testigo con tu vida. ¡Gracias por tu vida entregada!

Aldemar, mártir de la Asunción, ruega por nosotros tus hermanos y hermanas peregrinos, para que firmes caminemos y compartamos y así podemos un día gozar aquí en Colombia una fraternidad verdadera y después un día allá sentarnos juntos contigo en ese banquete celestial que estás disfrutando.

Aldemar, amigo y compañero, maestro y mártir, nunca, nunca nos olvidaremos de ti.

Amen.”.

21

Norman Pérez Bello



Junio 10 de 1992

Norman Pérez Bello

Junio 10 de 1992

*... y si alguien me quiere recordar,
que no me llore ni me extrañe.
que cierre su puño, me tome de la mano
y se funda con mi gente en un solo canto.*

Norman nació el 29 de junio de 1967 en Sogamoso, departamento de Boyacá. Hizo sus primeros estudios y su bachillerato en establecimientos públicos. Se graduó en el Instituto Integrado Joaquín González Camargo, de Sogamoso, en 1986. Desde sus años de bachillerato manifestó una inocultable tendencia a la acción social y política. Primero hizo parte de la Asociación Estudiantil Sogamoseña (ASES). Luego se integró al movimiento juvenil Kigüe-Yacta (Tierra de Hermanos), cuya sede en Sogamoso fue allanada y Norman y otro compañero, detenidos. A los 15 días fueron puestos en libertad, libres de todo cargo. En junio de 1988 ingresó a la Universidad Nacional a estudiar Psicología, al tiempo que trabajaba para sostenerse. Al final del 89 se vinculó al trabajo pastoral de la Parroquia San Bernardino de Bosa, en el barrio José Antonio Galán. Este compromiso lo mantuvo hasta el final de su vida.

Desde enero de 1990 vivió en Bosa junto con otros compañeros, dedicado a estudiar Ciencias Sociales en la Universidad Distrital y a animar diferentes grupos de pastoral. El 5 de junio de 1992 participó en la Asamblea Regional de Comunidades Eclesiales de Base. Allí fue elegido para formar parte de la delegación de Bogotá a la Asamblea Nacional que se celebraría al final del mismo mes en Cali.

El 10 del mismo mes, hacia las 4 de la tarde, cuatro balas asesinas cegaron su vida en las calles de Bogotá. Al día siguiente se divulgó la noticia. Los habitantes de Bosa acudieron masivamente a una Eucaristía que se celebró en el templo parroquial a las 9 pm. No fue posible llevar sus despojos mortales a Bosa, porque sus familiares lo trasladaron esa misma noche a Sogamoso. Esto no fue obstáculo para que sus numerosos amigos fletaran un bus y se fueran a acompañarlo con cantos y oraciones hasta su últi-

ma morada. Así demostraron el inmenso cariño que le tenían. Sus familiares quedaron admirados al ver que *“el corto camino trasegado por Norman caló tan hondo, dejando a su paso una huella de amor, fraternidad y compromiso con la sociedad”* (Carta de los familiares a los amigos de Bosa).

La frase que más se oyó durante la velación y el entierro fue: *“Norman no está muerto. El nos sigue acompañando y nosotros continuaremos su trabajo”*.

Norman, hombre del pueblo

Un compañero que lo conoció desde su infancia y compartió con Norman prácticamente toda la vida, dio el siguiente testimonio:

Nacido en Sogamoso, tierra de dioses chibchas, hijo de la tierra, el maíz y el agua, guerrero por naturaleza, cristiano y revolucionario por convicción, hermano, amigo, compañero incondicional... Quiero, con estas líneas, compartir algo de lo mucho que podría contar de su vida. Es preciso que entendamos que solamente fue un hombre, joven, del pueblo cotidiano, sencillo, como muchos otros... Su proceso de búsqueda lo inició muy pollo. Picó aquí y allí, lo husmeó todo y se quedó con lo bueno. Si usted pregunta en Sogamoso, muchos lo vieron participando en actividades políticas, tanto con liberales como con conservadores. Los conoció, convivió con ellos... Pero la verdad es tan sencilla y transparente, que los falsos discursos y promesas no lo engañaron.

En el año 86 el Integrado vivió una coyuntura importante como movimiento estudiantil, debido a las constantes enlagunadas de la salida del colegio. En ocasiones fue necesario llevar los carros de los bomberos para desalojar a los estudiantes. Estos realizaron dos grandes movilizaciones por las calles de Sogamoso. Los resultados fueron la vía pavimentada y conductos de desagüe. Norman estuvo siempre al frente de este proceso y del desarrollo de las fuerzas que se habían despertado. En pocos meses se construyó la Asociación Estudiantil Sogamoseña (ASES). Nuestro lema fue sencillo y claro: *“Educar no es solamente transmitir conocimientos. Es enseñar a vivir”* (R. Tagore).

Se logró movilizar al estudiantado. Se realizaron festivales culturales durante días enteros. Nos solidarizamos y participamos en paros y marchas cívicas, locales y regionales. Me acuerdo que en uno de esos paros, apareció Norman en el periódico Voz tirado en la calle, con muchos compañeros más, impidiendo que la Policía destruyera las barricadas construidas para detener al tráfico.

El movimiento estudiantil fue coyuntural. Allí aprendimos de todo. Pero el compromiso era ya, para Norman, una opción de vida, por los pobres y con los pobres. Había necesidad de darle continuidad a este proceso. Fue así como entró al movimiento juvenil Kígüe-Yacta (Tierra de Hermanos). Allí participó como miembro del comité de audiovisuales y publicidad. Conoció la vida del Che, de Camilo, Oscar Arnulfo Romero y muchos otros ejemplos de vida y lucha. Siempre de los más entusiastas, tra-

bajadores, responsables y disciplinados. Recuerdo que por iniciativa propia aprendió serigrafía y dibujó al Che y un Cristo. Luego los pegó en el periódico mural de la sede: uno en cada esquina.

Para el año 88, en junio, ingresó a la Universidad Nacional a estudiar Psicología. En tono jocosos decía: “estudio Psicología para entenderme. Luego estudiaré Zoología para entender a los demás”. Le perdí el rastro por un año. En este lapso trabajó en un chance, vivió solo en su apartamento, tropeleó de vez en cuando y tuvo la oportunidad de vivir una vida normal. Pero fue más fuerte su compromiso por la liberación de su patria, que la vida tranquila. En diciembre del 89 estaba trabajando como celador, pero se escapó a acompañarnos en la celebración de la novena de Navidad en el barrio José Antonio Galán de Bosa. Esta experiencia lo acabó de decidir. En enero lo ayudamos a hacer trasteo. Allí la comunidad lo vio plenificarse en el compromiso.

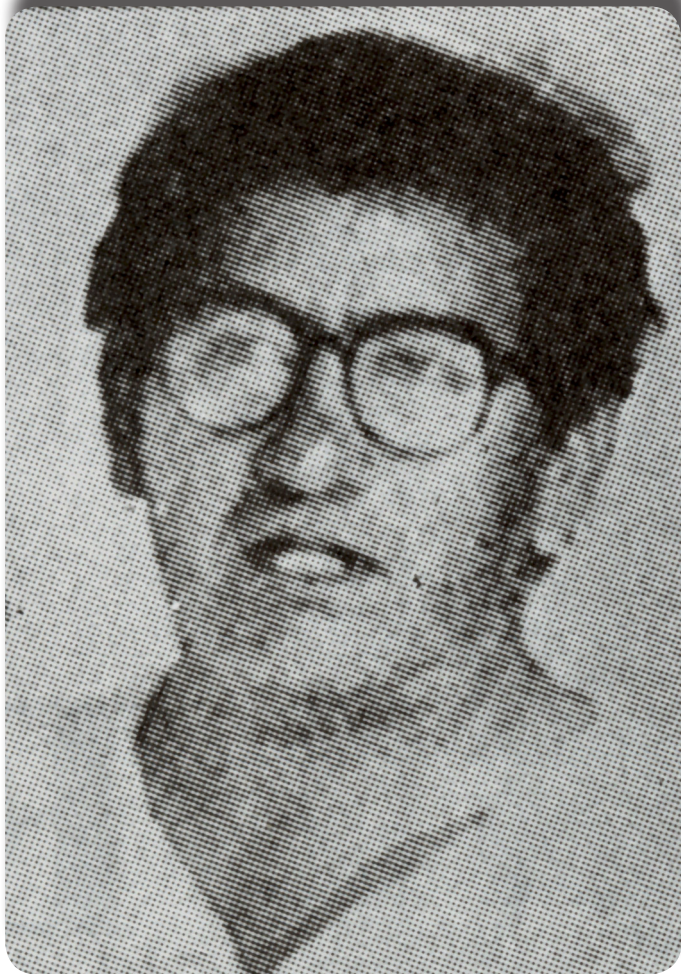
Norman no fue el mejor estudiante, tampoco de los destacados. Nada de eso. Tampoco un hombre importante. Al contrario, recuerdo que una vez su hermano Jairo estuvo en mi casa, hablando con mi mamá y decía: “Norman es muy extraño, escribe cosas raras en su agenda, se la pasa de aquí para allá, es muy callado, se va solo a dar la vuelta al valle en cicla. Yo creo que está loco”. Y era verdad. Norman era extraño y tal vez loco para una sociedad como la nuestra: el vivir plenificado en la libertad es extraño o es una locura. Y Norman, en medio de tanto dolor, logró ser libre. La gente aún recuerda su frase: “Es que a mí no me manda nadie. A mí no me manda ni el Gobierno”.

Ahora volver al barrio y encontrar a nuestros seres queridos, es algo muy especial y muy extraño: los encuentras alegres, mamagallistas, con la moral en alto. En las reuniones dicen cosas que Norman les quiso enseñar, pero que el tiempo no se lo permitió... pero las dicen. Y es que Norman está en su sangre, en sus huesos, en sus mentes, en sus corazones... Y ellos, conscientes de ello, permiten que por medio de sus bocas y de sus manos se vuelva palabra y obra. Se vuelva realidad y hechos en el lugar en donde encontró la verdad: en la práctica revolucionaria, en el amor omnipresente por el pueblo. Por eso si alguien lo recuerda, lo hará con la imagen del negrito alegre, trabajador, corriendo de un lado para otro, con su mochila terciada y con la calma y frescura del paciente pueblo colombiano. Lo recordará con cartones, tablas, pancartas, afiches cargados sobre la cabeza, dispuesto a decirles sus tres verdades a los opresores y al pueblo, sin miedo para afrontar al que fuera. Radical y silencioso como es la verdad. Como es el pueblo. Como es Norman.

Norman: naciste pueblo, te hiciste pueblo consciente y en su seno vivirás para siempre.

22

Padre Alcides Jiménez Chicanganá



Septiembre 11 de 1998

Padre Alcides Jiménez Chicangan Septiembre 11 de 1998

El viernes 11 de septiembre de 1998, a las 6:45 p. m., mientras celebraba la Eucaristía en su templo parroquial de Puerto Caicedo, Putumayo, fue asesinado el Padre Alcides Jiménez Chicanganá, de 49 años.

Oriundo del departamento del Cauca, pertenecía al Vicariato Apostólico de Sibundoy y había prestado durante 15 años el servicio de Párroco de Puerto Caicedo. Hacía parte de un grupo de sacerdotes diocesanos de profunda sensibilidad social, quienes trabajaban en esa región profundamente afectada por el conflicto social y armado que vive Colombia.

Siempre había trabajado prioritariamente con los campesinos, víctimas de múltiples formas de violencia. En los últimos años, en los que el conflicto armado se había agudizado y había cobrado numerosas víctimas en la región, Alcides desarrolló muchas iniciativas para preservar espacios de protección de la población civil en medio de la guerra. Para ello pidió ayuda e iluminación a grupos de religiosos y a muchas organizaciones de defensa de los derechos humanos.

Fue también amante de la naturaleza y militante de la protección del medio ambiente, desarrollando entre su gente proyectos ecológicos.

Alcides fue un gran buscador y constructor de la Paz. El día de su asesinato había participado en una gran marcha por la Paz que él mismo había convocado y organizado, dentro de la programación de la Semana por la Paz. Simbólicamente murió en la Semana por la Paz y luego de terminar su Marcha por la Paz.

Mientras celebraba la Eucaristía, dos hombres armados ingresaron al templo y le dispararon; él intentó protegerse corriendo hacia el patio interno de la casa parroquial, ubicado detrás del templo, pero allí cayó y se fracturó una pierna; sus victimarios lo alcanzaron y se ensañaron contra su humanidad.

Sus despojos recibieron el homenaje humilde de todas las comunidades del Medio y Alto Putumayo, Nariño y Cauca, hasta llegar a Popayán donde se oficiaron sus exequias.

Buscador incansable de la Justicia y de la Paz, valores inconfundibles del Reino anunciado por Jesús, los testificó con el precio de su propia sangre. Su testimonio será semilla de nuevos testigos.

23

Miguel Ángel Quiroga Gaona



Septiembre 18 de 1998

Miguel Ángel Quiroga Gaona Septiembre 18 de 1998

El viernes 18 de septiembre de 1998, en cercanías de Lloró, Chocó, fue asesinado el religioso marianista Miguel Ángel Quiroga Gaona, de 26 años.

En la mañana del viernes, junto con el Padre José María Gutiérrez y otros miembros de la parroquia, se dirigía en un bote a la comunidad de Nipurdú por el río Tumutumbudó. A unos 10 minutos de Lloró fueron interceptados por un contingente paramilitar y obligados a descender del bote y a mostrar sus documentos de identidad, los cuales fueron revisados por los armados. Uno de los campesinos no llevaba sus documentos y los paramilitares le dijeron que debía quedarse con ellos, frente a lo cual Miguel Ángel protestó y recibió un disparo que le arrancó inmediatamente la vida.

En palabras de uno de sus formadores, “estaba en un momento espléndido de su vida”. Había hecho su profesión religiosa el 12 de diciembre de 1992 y desde comienzos de 1998 se había incorporado a la comunidad de Lloró, en el Chocó. Un día antes de su muerte había dicho: “*qué feliz me siento, porque cada vez me voy sintiendo más identificado con la gente, con los de mi pueblo*”.

Al transmitir la noticia a las comunidades religiosas, su Superior Provincial escribió: “*Michel ha muerto como vivió: defendiendo a los pobres de la tierra, apasionado por la paz y la justicia. Sus hermanos nos sentimos orgullosos de él, y con nosotros, la Familia toda de María*”.

**Palabras del Padre Cecilio de Lora, S. M.,
Superior de la Compañía de María en Colombia,
en las exequias de Miguel Ángel**

- “Dichoso tú, Michel, que tienes espíritu de pobre y con ello has buscado el Reino de Dios;

- *dichoso tú, Michel, el humilde, el que no quiso ni siquiera asistir a su fiesta de graduación en la universidad, porque le parecía que rompería con sus afanes de sencillez;*
- *dichoso tú, Michel, que has peregrinado por Colombia hasta unir tu vida con los pobres en las espesuras del Chocó, con hambre y sed de justicia, que si no, no hubiera sido allí;*
- *dichoso tú, Michel, misericordioso, eso sí, con un corazón lleno de ternura por todos los que sufren;*
- *dichoso tú, Michel, limpio de corazón, de mirada transparente, de sonrisa alegre;*
- *dichosos los que trabajan por la paz, como tú, Michel;*
- *dichosos los perseguidos como tú, Michel, por practicar la justicia, por defender a los pobres, por reclamar respeto a la persona humana;*
- *dichoso tú, Michel, cuando te insultan los paramilitares, y no simplemente te persiguen y calumnian, sino que te disparan a quemarropa al corazón.*
- *dichoso tú, Michel.”*

24 Hermana Yolanda Cerón Delgado



Septiembre 19 de 2001

Hermana Yolanda Cerón Delgado

Septiembre 19 de 2001

Yolanda se había incorporado a la Compañía de María Nuestra Señora y en ella había recibido la misión de trabajar en Tumaco, una ciudad y región profundamente marcada por el cruce de violencias. Allí fue asesinada el 19 de septiembre de 2001, a las 12:15 del mediodía, frente a la Iglesia de La Merced, en el Parque Nariño de la ciudad de Tumaco.

Yolanda dirigía entonces la Pastoral Social de la Diócesis de Tumaco y especialmente en la última década antes de su muerte se había dedicado a impulsar la toma de conciencia de la población negra y su organización en torno a la reivindicación de sus derechos. Había promovido numerosos talleres, foros, encuentros y reuniones para estudiar la aplicación de la Ley 70 de 1993, que reconocía algunos derechos a las comunidades negras, buscando asesoría y apoyo en muchas otras organizaciones.

Nadie ignora, en Colombia, que la afirmación de los derechos de los pobres es profundamente conflictiva, toda vez que afecta los intereses de quienes les han arrebatado sus tierras y los utilizan como instrumentos de explotación, participando, al mismo tiempo, en las altas instancias de poder. La Costa del Pacífico ha sido escenario de grandes proyectos mineros y de biocombustibles, los cuales han asociado a su gestión, a manera de escolta de seguridad, a grandes contingentes paramilitares fusionados con poderosas redes del narcotráfico. Todo esto creó un contexto de violencia en el que se han entrecruzado muchos intereses pero que produce muertes a granel.

A Yolanda le hirió profundamente tanta muerte y entendió su misión en la Pastoral Social como una defensa de la vida y de la dignidad de las víctimas, en lo cual se concretaba y tomaba cuerpo su consagración religiosa. El testimonio de un líder comunitario que trabajó a su lado, lo reconoce desde su más espontánea memoria:

“ella decía que ningún cristiano ... que ningún ... que ningún bautizado, ¿sí?, era realmente cristiano si no aprendía a defender los derechos de su

comunidad. O sea que la verdadera valoración de uno como ... como cristiano, o como creyente en Dios, se debería identificar en el trabajo con la gente, en el trabajo como comunidad, en la defensa de los derechos, en ... en la valoración de su cultura, en ... en todo ese conglomerado de cosas, ¿no?, que integran la parte identitaria de un pueblo, se puede decir. Y a mí me parece que desde mis inicios con el trabajo catequístico con ella, o sea, las referencias que hacíamos siempre, digamos, tendíamos a llegar a ese punto, ¿no?, de que es una obligación, ¿sí?, de nosotros los cristianos empezar, o sea, poder apoyarnos y, poder valorar nuestra fe en Dios trabajando con la gente y por la gente”¹

Yolanda fue intransigente y clara en la denuncia. En los últimos meses de su vida, actuando como Directora de la Pastoral Social, le envió un documento al comandante local de la Infantería de Marina, Capitán de Fragata Nicolás Montenegro, en el cual relataba muchos crímenes y señalaba el silencio cómplice de todas las autoridades frente a las atrocidades perpetradas por los paramilitares, así como la connivencia de la fuerza pública con ellos. Un Consejo de Seguridad llevado a cabo en Tumaco el 30 de abril de 2001, al cual fueron invitados todos los organismos de seguridad, está, sin lugar a dudas, en los antecedentes de su muerte. Allí se analizó el documento de denuncia de la Hermana Yolanda Cerón y en el acta se dejó constancia de que el Capitán de Fragata de la Infantería de Marina, Juan David Múnera, había expresado que dicho documento “*parecía escrito por subversivos*”. Ha sido rutinario, no sólo en los medios castrenses sino en las instancias del poder político, calificar como expresiones de la insurgencia toda reivindicación legítima de derechos reprimidos y toda denuncia de la represión, con el fin de poder acallarlas por métodos violentos que se reivindican como “*contrainsurgencia*”.

La fluida circulación de información entre fuerza pública y paramilitares, llevaría muy pronto el texto de denuncias de Yolanda, ya calificado como “*subversivo*” por un Capitán de Fragata, a conocimiento del líder paramilitar Guillermo Pérez Alzate, quien, según un testigo declarante en el proceso, afirmó: “*a esa mujer hay que matarla*”. Hombres de sus huestes paramilitares denominadas “**Bloque Libertadores del Sur**”, harían efectiva esa orden el 19 de septiembre de 2001. Agentes judiciales vincularían después al proceso, como autores materiales, a los paramilitares Santos Martínez Cáceres y Jorge Enrique Ríos, quienes recuperarían su libertad por los medios rutinarios de “*fuga*” o “*libertad provisional*”, pero, como también es rutinario en los cánones de impunidad colombiana, ningún funcionario de la justicia se ha preguntado siquiera por las estructuras que facilitaron o determinaron el crimen, según lo ordenan los códigos legales. Todos se contentan con alguna apariencia de investigación que recaiga en algún

¹ BOTERO VILLEGAS, Luis Fernando, Pbro, “*Si el grano de trigo ...*” – Vida, Misión y Legado de Yolanda Cerón”, Edición Diócesis de Tumaco, 2008, pag. 200

“chivo expiatorio”, sin tocar estructuras, ni instituciones, ni ideologías, ni contextos, ni dinámicas delictivas afianzadas en el Estado y en el Establecimiento, ni nada que permita revelar las raíces de los crímenes para erradicar la posibilidad de su permanente repetición.

Diez años después del sacrificio de Yolanda, la Costa del Pacífico sigue en poder de los mismos actores violentos, aunque hayan cambiado de nombres, y se sigue produciendo un incesante baño de sangre.

No hay duda de que en Yolanda, las fuerzas de muerte que nos dominan quisieran silenciar la denuncia. Su memoria, sin embargo, nos recuerda el radicalismo del amor al pueblo como el más genuino valor evangélico: ***por la Vida, hasta la vida misma.***

Javier Giraldo M., S. J.

25

Monseñor Isaías Duarte Cancino



Arzobispo de Cali

Marzo 17 de 2002

Monseñor Isaías Duarte Cancino

Arzobispo de Cali

Marzo 17 de 2002

Monseñor Isaías Duarte Cancino nació el 15 de febrero de 1939 en San Gil, Santander. Hizo sus estudios de bachillerato en Bucaramanga y sus estudios de Filosofía en el Seminario de Pamplona, Norte de Santander. Luego viajó a Roma donde cursó los estudios de Teología en la Universidad Gregoriana y fue ordenado allí mismo como Presbítero, por el Arzobispo de Bucaramanga, durante las sesiones del Concilio Vaticano II, el 1° de diciembre de 1963. Luego de su regreso a Colombia se desempeñó como vicario cooperador de la Catedral de Bucaramanga, profesor y director espiritual de los seminarios de Pamplona y de Bucaramanga, párroco de la Catedral de Bucaramanga y de las parroquias de Girón y Málaga. El 10 de abril de 1985 fue nombrado Obispo Auxiliar de Bucaramanga y consagrado el 17 de junio de ese año. El 18 de junio de 1988 fue nombrado primer obispo de la recién creada Diócesis de Apartadó, Antioquia, donde ejerció hasta el 19 de agosto de 1995 cuando fue trasladado a Cali como Arzobispo, tomando posesión el 23 de septiembre del mismo año. Fue asesinado el sábado 16 de marzo de 2002, a la edad de 63 años, minutos después de haber oficiado una gran ceremonia nupcial de más de cien parejas de la ciudad de Cali, en la Iglesia del Buen Pastor, en el Distrito de Aguablanca, cuando dos sicarios le dispararon.

En su desempeño ministerial en las parroquias y seminarios se caracterizó por su mentalidad tradicional y autoritaria, pues tenía un temperamento recio y a la vez ejecutivo. El Papa lo había escogido propiamente como primer obispo de la Diócesis de Caldas, Antioquia, y para Apartadó había nombrado a quien ejercía como Vicario Apostólico de Tierradentro (Cauca), Monseñor Germán García Isaza. Sin embargo, un atentado sufrido en Belalcázar por Monseñor García, hizo que el Nuncio Apostólico pidiera al

Vaticano reconsiderar los nombramientos, ya que no era prudente que un Obispo que estaba corriendo tan altos riesgos fuera enviado a una región tan terriblemente violenta como Urabá, donde actuaban intensamente todas las estructuras armadas. Por ello el Vaticano prefirió que Monseñor Duarte Cancino, quien no era mirado con prevención por ninguna fuerza armada, dado su talante conservador, asumiera en Urabá, y a Monseñor García lo envió a Caldas. Por extrañas coincidencias, cuando Monseñor Duarte era asesinado en Cali, Monseñor *García se posesionaba como tercer Obispo de Apartadó.*

Llegado a ese mar de violencia que ha sido Urabá, Monseñor Duarte sufrió una verdadera conmoción interior. Todos sus esquemas ideológicos y pastorales se le derrumbaron. Un día en Cali le confesó al suscrito que él “*se había convertido en Urabá*”. Lo primero que se propuso fue hacer de su iglesia diocesana un “*punto para la paz*”. Quería parar ese baño de sangre de tan descomunales proporciones y comprendió que había que acercarse a todos los actores armados y promover un diálogo de fondo. Designó a un sacerdote para que tendiera puentes con las guerrillas y a otro sacerdote para tendiera puentes con los paramilitares. Se acercó a todos los bandos y los invitó a dialogar y parar las matanzas. No se le ocultaba que en el mundo de lo político se cocinaban las violencias más determinantes y por ello impulsó y apoyó un movimiento de “*Consenso*” en el cual participaran todas las fuerzas políticas de derecha e izquierda mediante un programa de concertación; dicho movimiento logró elegir una Alcaldesa no comprometida en militancia alguna pero de fina sensibilidad social, la socióloga Gloria Isabel Cuartas, quien trabajaba en proyectos sociales. Sin embargo, los “*procesos de paz*” de los Presidentes Barco y Gaviria, en lugar de desactivar la lucha armada en Urabá, la re-incentivaron debido a los rumbos que tomaron los grupos supuestamente desmovilizados y sus relaciones con los no desmovilizados. El baño de sangre se reactivó y los gremios económicos y políticos se encargaron de atizar el fuego.

Mucho aprendió Monseñor de política y de guerra en esos años dolorosos, pero sus análisis y experiencia lo llevaron a valorar como el “*mal mayor*” de nuestra sociedad, la estrategia paramilitar. Así se lo confesó al suscrito durante una conversación confidencial en Cali. No ignoraba que el fenómeno paramilitar hundía sus raíces en la fuerza pública y era respaldado por los sectores más adinerados del país. Ello lo impulsó a acercarse a los sectores más desprotegidos y a ayudarles a planificar su supervivencia. En una reunión con campesinos del corregimiento de San José de Apartadó, poco antes de ser trasladado a Cali, les aconsejó constituirse como una comunidad neutral, mediante declaración pública, que reivindicara con fuerza los derechos de la población civil en medio de la guerra. Los campesinos acogieron su consejo y este fue el origen de la Comunidad de Paz de San José de Apartadó, la cual se constituyó públicamente el 23 de marzo de 1997, con el apoyo del nuevo obispo, Monseñor Tulio Duque.

Recién llegado a Cali, contexto citadino de características sociales diferentes pero que albergaba enormes poblaciones marginadas y excluidas y sometidas también a brutales formas de violencia, rápidamente comenzó a tomar partido por los excluidos.

Cuando el suscrito le presentó un Informe, elaborado con el acompañamiento de varias organizaciones de derechos humanos, sobre la situación de los jóvenes de la calle vinculados a “pandillas juveniles”, los cuales estaban siendo sometidos a un verdadero genocidio, Monseñor Duarte respondió enfáticamente que “*firmaba ese informe desde la primera hasta la última página*” y que quería que la Arquidiócesis lo asumiera como si fuera suyo. No reparó en que el Informe (titulado “*A lo bien, parece*”) incluía denuncias crudas que lo podrían poner en la mira de instituciones y de fuerzas sociales muy poderosas. Dio a entender que estaba listo a enfrentar todas las consecuencias. Esto lo rubricó con un gesto testimonial muy valioso: la noche en que se iba a clausurar una semana de socialización del Informe con diversos sectores de la sociedad caleña y estaba programada una Eucaristía con las víctimas (los jóvenes de la calle vinculados a pandillas), Monseñor se apareció, sin avisar, para presidir él mismo la Eucaristía, en la cual logró un nivel de comunicación muy cercano con los jóvenes victimizados y atrapados en redes delincuenciales que les imponía la lucha por sobrevivir.

Desde su llegada a Cali comenzó a descubrir que el eje del poder en la ciudad estaba concentrado en los narcotraficantes, quienes manejaban secretamente el rodaje de la ciudad, amalgamados con las estructuras paramilitares más poderosas, en las cuales se entrelazaban las instituciones estatales. Al mismo tiempo descubrió que esas estructuras de poder habían avanzado bastante en una cooptación de la Iglesia, ofreciendo donativos a las parroquias e incluso construyendo iglesias o capillas. Fue muy drástico con los sacerdotes que se estaban dejando atrapar en esas redes e incluso con aquellos demasiado tolerantes con la fuerza pública; hizo traslados y amonestaciones que le generaron problemas y descontentos en el clero.

La campaña electoral de 2002 hizo que todo este poder, hasta cierto punto clandestino, se hiciera más visible y audaz. Su recio temperamento lo llevó a no condescender y a salirle al paso a la extrema corrupción de la política. Sin temor alguno, comenzó a denunciar el dominio de esos poderes perversos en el proceso electoral, hecho que rebozó el odio de quienes ya lo veían como un peligro para sus intereses. El 17 de marzo de 2002, al salir de un matrimonio múltiple en la Parroquia del Buen Pastor del deprimido Distrito de Aguablanca, dos sicarios le dispararon y lo asesinaron. En esa misma semana, el Presidente Pastrana, molesto con sus denuncias, lo había retado a que presentara pruebas del dominio del narcoparamilitarismo en el debate electoral. Monseñor había aceptado el reto y había ofrecido presentar las pruebas.

Antes de salir de Urabá, la Fundación “Alejandro Ángel Escobar” le había otorgado el Premio Nacional de Paz, fondo que él reinvertió en los esfuerzos por la paz en Urabá y en una Escuela de Derechos Humanos que fundó en Cali. Al llegar a esta ciudad, uno de los periódicos locales lo saludó con titulares que lo llamaban “*El Apóstol de la Paz*”. En Cali creó la Universidad “Lumen Gentium”, el Banco Arquidiocesano de Alimentos, una Escuela de Derechos Humanos y un centro de investigaciones, fuera de numerosas obras en las parroquias y en el terreno de la educación.

Rápidamente las instituciones, el poder judicial y los grandes medios le atribuyeron el crimen a las FARC. Manipularon las interpretaciones para afirmar que sus mayores condenas y denuncias se habían dirigido contra las guerrillas y que la guerrilla de las FARC había tejido un plan para asesinarlo, tomando algunas cautelas para que el crimen no apareciera claramente bajo su responsabilidad. El mismo Carlos Castaño, en una carta pública, rechazó las denuncias que apuntaban a los paramilitares y afirmó categóricamente que el crimen lo habían cometido las FARC. Con rapidez fuera de lo común, el 11 de junio de 2002 los medios registraron la captura de los supuestos “asesinos” de Monseñor Duarte Cancino: John Fredy Jiménez alias “El Basilio”, a quien sindicaron de autor intelectual y a quien condenaron a 35 años de prisión en 2005, pero el Tribunal Superior revocó la sentencia por falta de pruebas, siendo asesinado posteriormente, y Carlos Augusto Ramírez, sindicado de autor material, a quien muy pronto asesinaron en la cárcel de Palmira. Posteriormente la “justicia” le atribuiría el crimen a la cúpula de las FARC, de manera genérica, y dictaría condena contra todos ellos. No es algo excepcional. Multitud de veces se ha comprobado que la “efectividad de la justicia” frente a magnicidios que conmueven a la sociedad, se apoya en condenas de “chivos expiatorios” a quienes se coopta o se compra por dinero y luego se les ejecuta para no pagarles o para que no denuncien los montajes. Un último recurso consiste en condenar a estructuras insurgentes sin prueba alguna o con pruebas ficticias, apelando a la “condena social y mediática” que protege fallos tan deleznales.

Pero la incomodidad del Establecimiento frente a un Obispo que no pudo ser cooptado o silenciado por instituciones corruptas, debía ir más allá: era necesario estigmatizar su memoria cuando él ya no pudiera defenderse. Varias declaraciones de narco paramilitares trataron de señalarlo como miembro de un supuesto grupo denominado “Los Doce Apóstoles” (para unos) o de un “Consejo Asesor del Paramilitarismo” (para otros). Nada más lejano a su talante y a sus convicciones. Si él asistió a reuniones en las cuales participaron grandes capos del paramilitarismo, como Carlos Castaño, lo hizo dentro de su estrategia de acercarse a todos los actores de la guerra para suplicarles que se parara tan atroz baño de sangre. Como lo atestiguó el Padre Jorge Cadavid, quien también asistió a la reunión en la cual estuvo presente Carlos Castaño, líder nacional del paramilitarismo, y a la cual asistieron también el ex Ministro Horacio Serpa, el posteriormente Gobernador de Antioquia Sergio Fajardo, y el Obispo auxiliar Héctor Gutiérrez Pabón, quien más fustigó, en dicha reunión, a Carlos Castaño, fue justamente Monseñor Duarte, exigiéndole parar las masacres.

En el video titulado “Un mártir tras la huella de un profeta” se reproduce un llamado en vivo de Monseñor Duarte Cancino, seguramente motivado por las amenazas de muerte de que eran víctimas algunos de sus sacerdotes. En dicha expresión parece adelantarse y leer su propio martirio:

“Todo profeta tiene un riesgo y es dar la vida por la causa que defiende. Eso le sucedió a Cristo Nuestro Señor. Sus discípulos

no pueden ser inferiores a su maestro. De todas maneras hacemos un llamado a todas las gentes de Colombia para que valoren el trabajo abnegado, humilde, desinteresado y generoso de los sacerdotes y entiendan que solamente ellos quieren servir a su pueblo, hacerles el bien, ayudarlos en su promoción integral en esta vida y para la eternidad. Por eso no se justifica la amenaza contra un sacerdote, mucho menos el secuestro y de ninguna manera la muerte de uno de ellos”.

El Arzobispo de Bucaramanga Héctor Rueda Hernández, quien lo recibió en el seminario, lo ordenó como Presbítero y lo hizo nombrar su Obispo Auxiliar por varios años, luego de su muerte declaró:

“Era un hombre de carácter que sabía decir la verdad y tenía la capacidad de decir lo que otros no se atreven a decir por falta de carácter o por temor, pero él sí decía la verdad; la presentaba siempre sin disfraces, sin disminuirla y sin desfigurarla”.

El Papa Juan Pablo II, el domingo siguiente a su asesinato, lo presentó así:

“Fue un pastor generoso y valiente en el anuncio de la Buena Nueva. Ha pagado con tan alto precio su enérgica defensa de la vida humana, su firme oposición a todo tipo de violencia y su dedicación a la promoción social desde las raíces del Evangelio”.

Javier Giraldo M., S. J.

Reflexión de Monseñor Isaías Duarte Cancino

al cumplirse el 50° aniversario

de la Declaración Universal de los Derechos Humanos

Diciembre de 1998 - Extractos

“Próximo a terminar el presente siglo, no podemos menos que reconocer el carácter paradójico que nos presenta en su aproximación al ser humano. Ya lo decía el Santo Padre Juan Pablo II en su discurso inaugural en Puebla de los Ángeles -hace ya casi veinte años- al afirmar que el siglo XX es «la época de los humanismos y del antro-

pocentrismo»; pero también es «la época de las más hondas angustias del hombre respecto de su identidad y destino (...) época de valores humanos conculcados como jamás lo fueron antes»

En la situación que vive hoy Colombia, detenernos a pensar por unos momentos en la Declaración de los Derechos Humanos significa comprender que tenemos un camino por recorrer para superar la violencia que nos embarga y encontrar las sendas de la paz.

Las dos Guerras Mundiales son hoy para nosotros trágico testimonio internacional de esa realidad. La muerte de más de cincuenta millones de personas, muchas veces con métodos racionales y científicamente elaborados, nos ha mostrado hasta qué punto el hombre ha podido ir, con su razón, en contra del mismo hombre. La exagerada espiral de violencia surgida hace más de ochenta años no ha cesado. Baste pensar, hoy mismo, en la sufrida realidad de nuestra patria, en donde el terrorismo y la violencia -que llega a todos los sectores sociales de nuestra población-, presentan dramáticos rasgos de la lucha del hombre contra el hombre.

En el contexto de las dos Guerras Mundiales surgió, en 1945, la Organización de las Naciones Unidas, reunidas con el objetivo de velar para que se mantuviese la paz mundial y se promoviese un auténtico desarrollo humano. Tres años después, el 10 de diciembre de 1948, exactamente hoy hace cincuenta años, la Asamblea General de las Naciones Unidas adoptó la Declaración universal de los derechos del hombre que, en palabras de Juan Pablo II, «continúa siendo en nuestro tiempo una de las más altas expresiones de la conciencia humana». Su influencia es innegable, así como su aceptación teórica en la mayoría de las naciones del mundo. Como afirmará también el Santo Padre: «En Asia y en Africa, en América, en Oceanía y en Europa, hombres y mujeres decididos y valientes han apelado a esta Declaración para dar fuerza a las reivindicaciones de una mayor participación en la vida de la sociedad». A ella se apela, en ella se sustentan muchas esperanzas, a ella se acude para pedir justicia, liberación, solidaridad. (...)

No podemos menos que alegrarnos al considerar que, principios vividos desde los primeros tiempos de la vida cristiana, han sido puestos en una Carta que refleja un ideal común de la humanidad. Por otro lado, repetidas veces se nos ha preguntado cuál es la relación entre el trabajo eclesial y el de los Derechos Humanos; por esa razón, con ocasión del quincuagésimo aniversario de la Declaración de San Francisco, queremos aprovechar la presente oportunidad para exponer cuál es el Magisterio Pontificio al respecto, de modo que tengamos criterios claros y una acción común, firme y decidida en favor del hombre, pues la Iglesia entiende, con el poeta Terencio, que “nada de lo humano le es ajeno”.

La preocupación por la persona humana es parte fundamental de la misión evangelizadora. Debemos decir, en primer lugar, que es intrínseco al trabajo evangelizador de la Iglesia el empeño en favor de lo que hoy podríamos denominar “cultura de los

derechos humanos”. El mandato del Señor de amarnos los unos a los otros impulsó la primitiva predicación apostólica, que no cesó en su empeño en pos de una auténtica promoción de la persona humana. San Pablo lo resume diciéndonos que en medio de la comunidad cristiana: «no hay griego y judío; circuncisión e incircuncisión; bárbaro, escita, esclavo, libre, sino que Cristo es todo y en todos», de modo que San Juan puede afirmar en su primera carta: «Si alguno dice: “Amo a Dios”, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve».

Desde sus inicios, entonces, la Iglesia ha puesto el máximo de sus intereses en servir a la humanidad. El empeño evangelizador de los primeros tiempos estuvo acompañado de muy creativas formas de promoción humana; baste recordar por el momento el papel protagónico que tuvo la Iglesia en la creación de hospitales y universidades; en el progreso científico y el cultivo de los campos; en el cuidado por la persona y la vida social, política y económica de acuerdo a la suprema ley del Amor. El testimonio de los monjes, civilizadores y creadores de Europa, de diversas congregaciones que, impulsadas por un carisma particular han servido de muy distintas maneras a los hombres de su tiempo; el trabajo de Obispos y sacerdotes en beneficio de su pueblo; la acogida de la Buena Nueva en numerosas actividades promovidas por laicos a lo largo de la historia... todo eso nos muestra una rica herencia en favor de los derechos humanos, en favor de la promoción humana. (...)

El hombre de hoy teme por la obra de sus manos. «No tengáis miedo» ha sido el mensaje que el Santo Padre Juan Pablo II ha transmitido con vitalidad sorprendente desde el inicio de su pontificado. Ese mensaje evangélico refleja la preocupación grave que siente el Pontífice ante quien teme, principalmente, por el destino que ha labrado con la obra de sus manos: «El hombre actual -nos dice- parece estar siempre amenazado por lo que produce, es decir, por el resultado del trabajo de sus manos y más aún por el trabajo de su entendimiento, de las tendencias de su voluntad». Las potencias humanas no están al servicio de su fin último, sino que son utilizadas para la autodestrucción. Una de las más nobles actividades que el ser humano puede realizar, como puede ser el uso de su entendimiento, es empleado para destruir al mismo hombre.

Sentimos amenazada nuestra existencia no por otra causa sino por nuestras obras. En diversas oportunidades y de varias maneras ha afirmado: «El hombre contemporáneo tiene pues miedo de que con el uso de los medios inventados por este tipo de civilización, cada individuo, lo mismo que los ambientes, las comunidades, las sociedades, las naciones, pueda ser víctima del atropello de otros individuos, ambientes, sociedades». En muchos lugares no puede manifestar la verdad de la que está convencido, la fe que profesa. El hombre de hoy, en diversos lugares del orbe, ni puede obedecer a la voz de su recta conciencia, coartado como está por la alienación o por regímenes que violentan lo más íntimo de su ser: el “sagrario del Espíritu”, que es la propia conciencia.

Estas consideraciones hacen ver que los derechos humanos, tal como han sido enunciados en la Carta de 1948, no son respetados; es más, son violentados. Sin embargo,

el Papa es capaz de decir que no tengamos miedo. Su visión de la realidad lo hace capaz de lanzarnos más allá de estos fenómenos y nos invita a tratar de buscar cuáles son las razones de esta crisis de los derechos, así como cuáles son los fundamentos reales de los mismos.

La Declaración de los Derechos Humanos es instrumento adecuado para que el hombre viva en confianza. No se crea, entonces, que la Iglesia y el Santo Padre tienen una visión negativa de la Declaración. Todo lo contrario. Cuando reflexiona sobre este siglo de grandes calamidades y opresiones, de devastaciones materiales y morales, Juan Pablo II reconoce la presencia de la necesaria actividad de las Naciones Unidas: «No se puede menos de recordar aquí -afirma-, con estima y profunda esperanza para el futuro, el magnífico esfuerzo llevado a cabo para dar vida a la Organización de las Naciones Unidas, un esfuerzo que tiende a definir y establecer los derechos objetivos e inviolables del hombre, obligándose recíprocamente los Estados miembros a una observancia rigurosa de los mismos. Este empeño ha sido aceptado y ratificado por casi todos los Estados de nuestro tiempo y esto debería constituir una garantía para que los derechos del hombre lleguen a ser en todo el mundo, principio fundamental del esfuerzo por el bien del hombre». (...)

Ante los derechos humanos, denuncia el Santo Padre, hay dos características que se ven amenazadas: la universalidad y la indivisibilidad. Por un lado, ninguna experiencia humana agota lo que es el hombre, aunque sí lo pueda expresar. Ninguna cultura, raza o lengua, sino sólo Jesucristo es quien nos puede mostrar la auténtica naturaleza humana. Por esa razón, la aplicación de los derechos humanos debe ser universal, porque su sustrato es universal. Y al mismo tiempo, no se puede dividir el concepto en un modo de opinar sobre el hombre, en un punto de vista, no se puede “parcelar” o dividir la naturaleza humana. Es universal pero una al mismo tiempo: «Universalidad e indivisibilidad -nos dice- son dos principios guía que exigen siempre la necesidad de arraigar los derechos humanos en las diversas culturas, así como de profundizar en su dimensión jurídica con el fin de asegurar su pleno respeto».

De la naturaleza humana brota el sentido del auténtico desarrollo del hombre. Entiende el Papa Montini (Pablo VI) que para lograr una auténtica vivencia de humanidad, el hombre debe hallarse a sí mismo, asumiendo valores superiores como son la amistad, la oración, la contemplación. Es todo un programa de vida, que consiste en pasar de «condiciones menos humanas a condiciones más humanas», expresado de la siguiente manera: «Menos humanas: las carencias materiales de quienes están privados del mínimum vital y las carencias morales de los que están mutilados por el egoísmo. Menos humanas: las estructuras opresoras, que provienen del abuso del tener o del abuso del poder, de la explotación de los trabajadores o de la injusticia de las transacciones. Más humanas: el remontarse de la miseria a la posesión de lo necesario, la victoria sobre las calamidades sociales, la ampliación de los conocimientos, la adquisición de la cultura. Más humanas también: el aumento en la consideración de la dignidad de los demás, la orientación hacia el espíritu de pobreza, la cooperación en el bien común, la voluntad de paz. Más humanas todavía: el reconocimiento, por parte del hombre, de los valores

supremos, y de Dios, que de ellos es la fuente y el fin. Más humanas, por fin y especialmente: la fe, don de Dios acogido por la buena voluntad de los hombres, y la unidad en la caridad de Cristo, que nos llama a todos a participar, como hijos, en la vida de Dios vivo, Padre de todos los hombres». Podemos interpretar que, en el pensamiento del Papa Pablo VI, este programa responde con precisión a los derechos que nacen de la dignidad humana.

Una Pastoral de los derechos humanos:

Finalmente, no podemos dejar de revisar, aunque sea brevemente, cómo este planteamiento sustentado en el hombre debe tener una puesta en práctica. Es decir, debemos descubrir cómo realizar una pastoral de los Derechos Humanos.

¿Qué significa todo esto en opciones pastorales concretas? El Santo Padre dirigió un discurso a los participantes del primer Congreso mundial sobre la pastoral de los derechos humanos, realizado en julio del presente año. En él marcaba algunas directivas que merecen ser acogidas para poner por obra todo lo anterior.

Ante todo, recordaba que el centro de los derechos humanos, es la dignidad de la persona humana. Tomando la idea expuesta en la *Redemptor hominis*, indicaba que «el primer objetivo de la pastoral de los derechos humanos es, pues, lograr que la aceptación de los derechos universales en la «letra» lleve a la puesta en práctica concreta de su «espíritu» en todas partes y con la mayor eficacia, a partir de la verdad sobre el hombre, de la igual dignidad de toda persona, hombre o mujer, creado a imagen de Dios y convertido en hijo de Dios en Cristo». Esto significa que cada uno pueda conocer la verdad sobre sí mismo; que, de acuerdo a su propia identidad personal, trabaje desarrollando su personalidad, los dones que Dios ha depositado en su interior: en su trabajo intelectual, o como obrero, en su familia, en la sociedad. Es, como vemos, el mismo trabajo que realiza la Iglesia...

El segundo objetivo de la pastoral de los derechos humanos -enseña el Papa- «consiste en plantear «los interrogantes esenciales que afectan a la situación del hombre hoy y en el mañana» (*Redemptor hominis*, 15), con objetividad, lealtad y sentido de responsabilidad. En ese sentido, se deben atender las condiciones económicas y sociales, sobre todo de quienes viven en un estado de pobreza extrema, más contrastante aún cuando vivimos en medio de grandes avances humanos y mucho empleo y despilfarro de riquezas. Los derechos sociales y económicos derivan de esta perspectiva. Y, al mismo tiempo, se debe tener una atención especial a la dimensión educativa, en donde se forja al hombre del mañana.

Finalmente, iluminados por el Magisterio de la Iglesia, debemos decir que la pastoral de los Derechos Humanos tiene también, en nuestra tierra, un rostro específico: el trabajo por la paz. El reconocimiento de una común dignidad como hijos de Dios, nos lleva a preocuparnos por el trabajo efectivo de pacificación en que nuestra nación debe involucrarse. Esto implica, ante todo, el trabajo por el reconocimiento de que «la fe y la oración son nuestras armas espirituales, ciertamente más poderosas que las

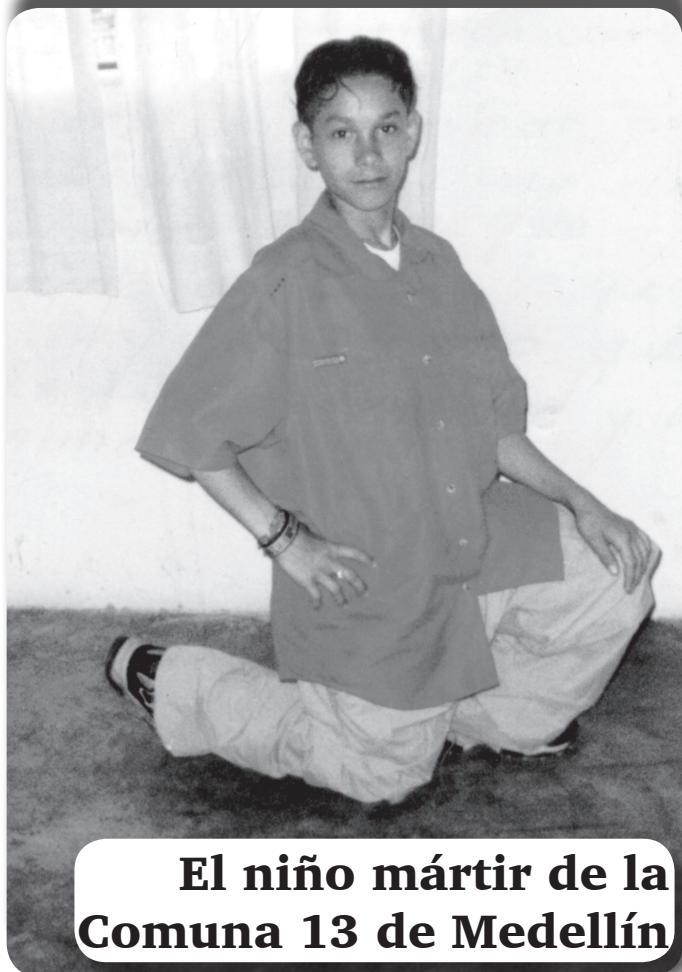
armas destructoras y homicidas de los enemigos de la patria», pero al mismo tiempo, el esfuerzo sostenido de cada uno de nosotros para que la ley moral, que se desprende de nuestra común naturaleza, se impregne en todos los estamentos de nuestra patria.

Siguiendo las enseñanzas de los pontífices, debe haber un trabajo de lucha frontal contra el egoísmo, pues «no es posible que erijamos nuestra personal conveniencia en norma para calificar de buenas o malas las reformas que el país necesita con urgencia», de modo que trabajemos eficientemente porque el bien común prime sobre el bien particular.

Finalmente, «como formas concretas de estos esfuerzos y compromisos es necesario el desarme de los espíritus, el rescate de la justicia, el combate contra la miseria, la defensa de los derechos humanos, la comunicación cristiana de bienes, la reconciliación entre todos».

26

Carlos Alberto Castaño Noreña



**El niño mártir de la
Comuna 13 de Medellín**

Noviembre 12 de 2002

Carlos Alberto Castaño Noreña El niño mártir de la Comuna 13 de Medellín

Noviembre 12 de 2002

La vida de cada ser humano refleja, de una o de otra manera, su entorno social y cultural y ese mundo de valores que los desafíos históricos ayudan a fraguar y que interactúan así con el patrimonio ético de la humanidad.

El drama de la Comuna 13 de Medellín, como el de tantas de nuestras zonas de conflicto, arrastra, junto con sus ríos de sangre, la historia concreta de seres humanos que dentro de ese drama encontraron la única oportunidad de ser humanos, fraguando su ser concreto e individual dentro del lodo y con el lodo que fue su mundo y su momento.

Incursionar en las biografías de las víctimas es algo que resulta siempre interpelante y sobrecogedor. La Comuna 13 ofrece ya arsenales de biografías impresionantes que desgarran las conciencias, sobre todo cuando éstas llegan cargadas con interrogantes levantados en los entrecruces de las injusticias y violencias que inundan a Colombia.

A manera de un *flash* disparado fugazmente sobre una de las víctimas de la Comuna 13, aparece la vida y la muerte de este niño de 15 años, asesinado el 12 de noviembre de 2002, en el momento de sedimentación de la “**Operación Orión**”, cuando ya los nuevos amos de la Comuna 13 –ejército y paramilitares- estaban posesionados y en ejercicio pleno de su control territorial.

Se trata de **CARLOS ALBERTO CASTAÑO NOREÑA**, un niño que vivió la tragedia de la Comuna en interacción profunda y hermosa con su entorno social. Los recuerdos de su madre, de sus vecinos y de sus amiguitos y amiguitas, nos reflejan, como en un espejo, sus valores humanos.

Fue asesinado probablemente por los miembros de un escuadrón infantil paramilitar que el Cabo Torres, del Ejército Nacional, había conformado en la Comuna, trasmitiéndole una mística bélica a niños sumergidos en el vicio y la drogadicción, pero felices de poder usar puñales y armas simbólicas de fuego para resolver sus conflictos infantiles y barriales, como prolongación del poder armado de las fuerzas del Estado, a cuyo servicio se consagraron con orgullo, como flores primaverales de este nuevo Estado, tejido con redes infinitas de **cooperantes** de la violencia oficial.

Seguramente nunca se podrá saber con certeza por qué mataron a Carlos Alberto. Quizás le cayó mal a uno de los niños paramilitares armados por el Cabo Torres, porque Carlos quería ayudarle a *salir del vicio* a la niña que ese niño armado reclamaba como *amiga exclusiva*. Quizás quisieron eliminar *antes de que fuera tarde* a un niño que había dado muestras inconfundibles de un liderazgo solidario, tan peligroso cuando se quiere construir comunidades sumisas y resignadas. Todas las hipótesis caben, pero no existe ninguna justicia imparcial que pueda prometernos una verdad limpia. Su testimonio ensangrentado es la verdad más limpia.

Carlos Alberto, desde muy niño, según el testimonio de su madre, compartía sus pobres alimentos con sus amiguitos más pobres. Tal era su amor a la vida, amor solidario y no egoísta, que muy niño aún, hizo que su madre tuviera otro niño, aún corriendo riesgos de salud. Así lo recuerda ella:

- “Yo muchas veces recuerdo algo que Carlos Alberto me dijo cuando estaba muy niño; se ponía a mirarme, y me decía: mammy, ¿usted no va a tener otro hijo?; yo lo miraba y le decía: Carlos Alberto, no, no voy a tener más hijos, mi amor, porque no puedo tener más hijos; él me decía: mammy, ¿por qué no?; yo le decía: pappy, porque yo ya no puedo tener más hijos; se quedaba mirándome y me decía: mammy, qué rico otro hermanito porque es algo que yo he pensado y mire que de pronto usted me llega a faltar, yo quedo solo, en cambio uno con un hermanito, se consuela con él o con ella, y si yo le llego a faltar algún día, mammy, no va a quedar sola, va a quedar con otro hijito. Yo me puse a pensar y dije: sí; lo intentaba, me hacía exámenes; el médico me decía que no podía tener más hijos; e intenté. Cuando un día que pasaba por el frente de la casa de la Madre Laura, cuando estaban haciendo el monumento de la Madre Laura, me quedé mirando y dije: Madre Laura, no puedo tener hijos; regáleme un hijo. Las cosas se quedaron así, cuando a los diitas ya estaba embarazada. Este hijo, Iván Darío, me lo regaló la Madre Laura.[...] Y se lo ofrecí. Cada vez que mi hijo está enfermo, cada vez que a mi hijo le pasa algo, porque él es muy enfermito, le pido a la Madre Laura: alívieme a mi hijo que usted me lo dio, alíviemelo. Fue un milagro que fue muy lindo para mí. Aún ahora que Carlos Alberto me falta, a ella y al Señor yo le pido que me dé resignación para salir adelante”.

Su sensibilidad frente a la vida indefensa lo llevaba a amar especialmente a los indefensos y a preocuparse por ellos. A su madre le decía: “yo veo que alguien

maltrata a un anciano, a un niño o a un animal, y me da rabia [...] los niños son indefensos, los ancianitos también y los animalitos también; ¿por qué hay gente que les da malos tratos?". Su madre recuerda también que *"adoraba tanto a los mudos que aprendió el idioma de los mudos; hablaba con ellos. Había un mudito por la casa, a ese mudito le pegaban y mi hijo lo defendía, se lo llevaba para la casa"*. En un espectáculo público, alguien le tiró una piedra al mudito y lo hirió en la cabeza; Carlos Alberto persiguió al agresor hasta castigarlo.

Reprendía también a las niñas del barrio que se dejaban arrastrar a "meter vicio" consumiendo alucinógenos baratos, como aspirando sacol o boxer. El último domingo de su vida, mientras estaban mercando, su madre presenció este encuentro:

- *"Algo que recuerdo muy hondo de mi hijo fue que ese domingo, antes de ir a la Misa, madrugamos a merca y él se encontró en el camino a una amiguita que hacía 15 días se había ido de la casa a tirar vicio al centro; él iba con el mercado al hombro, cuando la vio y le dijo: venga; entonces descargó unas bolsas que llevaba y yo me quedé cuidándolas, cuando él le dijo: eh Ave María!, usted no piensa en su mamá, usted no sabe el sufrimiento que ella ha tenido lo que hace que usted se fue, todo lo que la ha buscado; la mamá le pedía el favor a él que si la veía en el centro, que hablara con ella, y él la cogió, la aconsejó, le dijo: vea, ese vicio no le trae nada bueno; una niña tan joven, estudie, salga adelante; qué pesar de su mamá, cuando yo la he visto llorar, me da rabia, porque una niña tan jovencita como usted haciendo sufrir a su mamá, y se puso a aconsejarla, y ella le decía: no, yo no estaba tirando vicio, y entonces él le decía: sí estaba tirando vicio, yo me había dado cuenta. Y entonces ya nos fuimos para la casa y él se puso a contarme de una amiguita de él que se llamaba D, que a veces la veía con el vicio en la mano y él se lo botaba y ella le pegaba."*

Una de esas niñas, que seguían siendo sus amigas privilegiadas porque quería "sacarlas del vicio", escribió una hermosa carta después de que Carlos fue asesinado. Allí decía:

- *"Era como un hermano para mí. [...] Él un día me vio fumando marihuana y me dijo: Y, no haga eso, porque usted está muy joven y no le conviene que haga esas cosas, porque puede perjudicarla más adelante para desenvolverse en la sociedad. Y también me dijo: Y, si la vuelvo a ver tirando vicio le pego una pela. Y yo en memoria de él nunca jamás lo volví a hacer. Carlos y yo vivíamos muchas cosas bonitas. Lo único que no pudimos compartir fue su muerte. Carlos, aunque te hayas ido de nuestra presencia, nunca te podré olvidar ..."*

En un barrio donde la miseria induce muchas formas de violencia intrafamiliar, Carlos vivía pendiente de las víctimas más indefensas. Entre los recuerdos de su madre permanece imborrable éste:

- “Cierta día estaba yo en la casa preparando la comida por la tarde, cuando llegó Carlos Alberto y me dijo: mammy, ¿me regala alcohol? Yo le dije: sí, mi amor, vaya que allá está encima del chiffonier; él fue y me dijo: présteme el algodón; yo le dije: ¿para qué es, mi amor?, y él me dijo: mammy, ¿me lo presta?; yo le dije: vaya sáquelo del cajón que está en el cajón; salió, cuando yo vi que había un pelao, yo salí y me asomé por la ventana y entonces le dije: Carlos, ¿qué pasa? y me dice: mammy, mire la herida que la mamá le hizo a X, un amiguito de él; yo le dije: ¿cómo así? y le dije: venga, tráigalo para acá; lo entró para dentro y se puso a limpiarle esa herida que la mamá le había hecho, un hueco en la pierna; entonces yo le pregunté al niño: ¿por qué su mamá lo castigó tan duro? ¿qué motivo le dio para esa mamá dejarle la pierna así? Carlos Alberto me dijo: eso no es nada, mammy, mire como está el cuerpo; entonces le quitó la ropa, le quitó la camisa y me mostró. Carlos Alberto se puso a llorar y me dijo: mammy, es imposible que una mamá lo castigue a uno así; yo le dije: sí mijo. Carlos Alberto me dijo, y le dijo a él y a los amiguitos que estaban ahí: le doy gracias al Señor porque me dio una mamá tan buena, echada para adelante, cariñosa, que nunca me castiga, me da consejos, yo creo que sí, porque yo sé que para mí, mamá no hay sino una. El me dijo: mammy, ¿me va a regalar un poquito de comida para darle a este niño? Yo le dije: sí, mijo, vaya sírvale; fue y le sirvió comida y comió y habló con él, lo aconsejó, le dijo: venga, vamos donde su mamá; y recuerdo que ese niño se fue corriendo porque al día siguiente iba alguien y él no podía ir a la casa. El niño me contaba que Carlos Alberto era el que le daba el desayuno y el almuerzo. Carlos Alberto se fue con él para arriba, para donde la mamá, a hablar con la mamá; llegó allá y la mamá cuando vio que asomó a la puerta ese niño, le dijo: vea niño, usted viene a decir que ... una palabrita muy fea, y le dijo: ni lo piense, si pasa de acá para dentro, lo ahogo en el tanque. Carlos le dijo: ¿qué clase de mamá es? Carlos se lo llevó para mi casa y ya Carlos me comentó y me dijo: mamá, ella no es ... no, se enojó y no le gustó; entonces yo le dije al niño: venga, mi amor, si quiere yo lo llevo a Bienestar Familiar; yo le ayudo para que lo reciban allá, porque usted es un niño de 9 años apenas para que esté en la calle, eso no es vida; y ese niño me dijo que bueno ...”

La violencia política y social cubría lo más cotidiano de su entorno y ante ella había que hacer las opciones básicas de la vida. Carlos Alberto supo amar y ser tierno en ese mar de balas y de sangre. Así quedó en la memoria de los suyos uno de esos episodios dolorosos:

- “En esos días hubo una masacre ahí más arribita de mi casa, quemaron una casita. Yo llamé por la mañana a la casa cuando me dijo mi hermano que la casita de enseguida la habían quemado. Yo me vine corriendo para la casa cuando yo lo primero que busqué fue a mis hijos. Carlos Alberto me abrazó y me dijo: mammy, no es justo que hagan eso. Yo le dije: ¿qué pasó?, y él me dijo: mammy, mataron a ese señor, un señor que no hacía sino hacer arepas para vender. Yo le dije: ¿sí? , y él me dijo, mammy, venga vamos donde está

tirado. Yo llegué y fui donde ese señor estaba, con mi hijo. Cuando yo vi a ese señor así, dije: ¡Dios mío, esto no es justo que esté pasando!. Fui a mi casa y estaba la esposa de ese señor allá, cogió y me abrazó y me dijo: solo saqué una bolsita de ropa y era ropa muy pobre. Mi hijo le dijo: tranquila, señora, mientras Dios exista y tengamos vida, podemos salir adelante, y ahora luce por su hijo, luce por su hijo y salga adelante con él. Mi hijo fue y me dijo: mammy, qué vamos a hacer con ese señor, no van a venir a hacer el levantamiento. Entonces fue arriba y les dijo a los policías: allá abajo, enseguida de mi casa, hay un señor que lo mataron; y le dijeron: ¿usted es capaz de subirlo?; y yo bajé y le dije a la gente que lo recogiéramos en un bus; y mi hijo fue a la casa y le preparó desayuno a la esposa de él, la consolaba y le hablaba, y cuando llegué, mi hijo me dijo: mammy, ella es más delgada que usted, yo creo que algún vestido de los que usted tiene le sirve; algo de ropa le di a ella, y unas chancitas, porque ella andaba descalza ...”

Salvar vidas en ese contexto era arriesgado, pero madre e hijo lo intentaban tratando de vencer el miedo. Este otro episodio también se le quedó grabado a su madre:

- “Cierta día que llegué a la casa, mi hijo estaba aburrido; cuando yo llegué, yo le dije: Carlos Alberto, ¿qué le pasa?, y él me dijo: mammy , hace rato, desde por la mañana, tienen al señor A., lo tienen cogido para matarlo. Yo le dije: ¿quién?, y él me dijo: ¿sabe quién?, el vecino de allí de abajo. Yo le dije: venga, pappy, acompáñeme; y él me acompañó y fuimos hasta donde lo tenían y ese señor sintió una alegría impresionante, impresionante, cuando nos vio; yo ahí mismo le dije a ese gente que lo tenía: déjenlo ir, él no es malo, él es bueno, él es un señor que es un vecino; simplemente se vino por acá por la violencia, porque ya le habían matado a un hermanito. Bueno, ya cuando vimos un carro, mi hijo salió corriendo con él. Carlos Alberto lo primero que hizo, cuando yo llegué a la casa le había dado fresco y le estaba preparando almuerzo. El señor le decía que tenía mucho miedo de dejar a su esposa y a su niño solos; decía: le doy gracias al Señor, a su mamá y a usted, porque nadie se había atrevido a ir a ese lugar donde me tenían; todo el mundo pasaba y veía pero nadie decía nada”.

Caminar por la Comuna 13 es encontrarse cara a cara con el hambre. Carlos Alberto moldeó su vida de cara a esa realidad dramática y sintió profundamente el hambre de los demás. A veces sacaba de quicio a su madre porque rasguñaba su pobreza para aliviar en algo el hambre de los otros. Así registró ella algunos de esos episodios:

- “Un día le dije a mi hijo: vaya coloque a remojar unos garbanzos para mañana; él se quedó mirándome tan franco como él siempre lo era, y me dijo: mammy, le digo una cosa; yo le dije: ¿qué le pasa?, y él me dijo: mammy, yo regalé los garbanzos, regalé la lenteja, regalé unos frijoles ... Yo le dije, ¿qué?, ieh

Ave María Carlos Alberto, le voy a pegar!; y él me dijo: mammy, es para una persona que necesita, para una gente que llegó a mi colegio, abajo, que están aguantando hambre, hay niños, hay de todo, y iqué pesar, mamacita!”

- *“También una señora recuerda de él, y eso me lo contó después de muerto mi hijo, que ella amanecía sin un pedazo de panela para darle tragos a los hijos; ella le decía: Carlitos, ¿me va a regalar un pedacito de panela?, y él le decía: ah!, usted si es cansona!; y al momentico iba llegando con arroz, papas, todo para que les hiciera un almuercito. Cuando a él lo mataron, ella pensó: Carlos Alberto se fue; y le dijo a los niños: mataron a Carlos Alberto, ahora a quién le voy a pedir un pedazo de panela para hacerles aguapanela a ustedes? Ella me vino a contar eso ahora después de que a mi hijo lo mataron. Mi hijo nunca, nunca, podía ver a alguien con necesidad. Mi hijo muchas veces me partía el jabón de lavar, y yo le decía: Carlos, ¿para qué me parte el jabón?, y él me decía: mammy, porque le di un pedacito de jabón a esa señora que no tenía con qué lavar ...”*

La realidad de la guerra a veces se sentía en toda su crudeza, pero no como guerra de dos bandos enfrentados, sino como la fuerza armada del Estado que se ensaña contra una población civil indefensa, ya bastante martirizada por la injusticia y la miseria. Hubo momentos de esa agresión en que Carlos Alberto hizo aflorar todo su liderazgo social en medio de la indignación contra la violencia de los más fuertes. Así lo registró una amiga:

- *“Cuando había balaceras salía a ayudar a los heridos. Recordamos un día que hubo un enfrentamiento y hubieron muchos heridos. Estaban en un sitio donde no los podíamos evacuar porque las balas no dejaban, a la gente le daba miedo salir. Llegó Carlos Alberto al lugar y le dijo a una profesora: ¿van a dejar morir a esos heridos acá?; y ella le dijo: no los podemos sacar porque mira cómo está. Carlos Alberto dijo: hagamos algo, pero no podemos dejarlos así. Carlos Alberto les dijo a todos los que estaban con él: bueno, vamos a quitarnos las camisetas blancas del colegio y empecemos a gritar para que nos dejen evacuar los heridos; Carlos Alberto les dijo: vamos a gritar. A Carlos Alberto se le vino a la mente gritar una frase que decía: **por qué, por qué nos van a masacrar, si somos todos víctimas, de la bota militar; por qué, por qué no salen a gritar, para estos heridos poder evacuar**. La gente ante eso, pues ya donde estaban los heridos salieron a gritar, ya la gente empezó también a gritar para poder evacuar los heridos. Fue algo que Carlos Alberto hizo ese día por los heridos que había [...] Carlos Alberto tuvo un corazón muy bueno; era muy franco; Carlos Alberto era muy sincero; a veces no se cuidaba de las balas cuando había balaceras ...”*

Carlos Alberto lloró la muerte de amiguitos y amiguitas, antes de que otros muchos lloraran la suya. Su madre recuerda la honda impresión que le causó la muerte de una niña que fue destrozada por una granada. A esa niña él la llamó “la

vendedora de rosas”, pues él sabía que vendiendo flores le ayudaba a su mamá para sobrevivir. También lloró la muerte de su amiguito Juan Carlos; lloró por no haber podido estar a su lado y salvarle la vida llevándolo a un hospital cuando lo dejaron herido desangrándose.

La Biblia y la devoción a la Virgen y al Niño Jesús, le sirvieron de fuerza espiritual en su dura y corta vida. A veces su madre llegaba del trabajo y lo encontraba sumergido leyendo la Biblia. Le decía: *“Mammy, el salmo 91 es el que me protege de todo mal y peligro ya me lo sé de memoria ... cada que tengo miedo o le temo a algo, cojo la Biblia y leo el salmo 91 y le pido a Dios que me dé mucha vida para ayudarle a que salgamos adelante los dos, con mi hermanito”*.

Después de su asesinato, jóvenes del barrio escribieron un hermoso testimonio:

- “ ... todas aquellas personas que tuvieron la oportunidad de compartir contigo esos bellos momentos de vida, hoy te recordamos y te extrañamos a cada momento de nuestra vida y nunca hemos logrado entender el porqué cierto día, unos seres humanos como tú, pero con el corazón manchado, pudieron arrebatar tu vida, dejándola para siempre en las tinieblas, acabando desde ese momento con todas esas virtudes buenas que tú poseías para con todas las personas con las cuales te relacionabas cotidianamente sin importar su sexo, color o religión. Hoy todos nosotros sentimos un vacío muy grande, el que tú llenabas con esa risa loca y las formas tan maravillosas con las cuales diariamente tú nos distraías en los momentos de tristeza y desesperación (...)”

27 Padre José Reinel Restrepo Idárraga



**Párroco de
Marmato, Caldas**

Septiembre 1° de 2011

Padre José Reinél Restrepo Idárraga **Párroco de Marmato, Caldas** **Septiembre 1° de 2011**

En la noche del 1° al 2 de septiembre de 2011 la Policía recogió el cadáver de una persona no identificada, en la carretera entre Mistrató y Belén de Umbría (Risaralda). No tenía documentos de identidad y junto al cadáver se encontraba una motocicleta. Le habían disparado a quemarropa. El cadáver fue llevado a la morgue de Belén de Umbría donde muchas personas se acercaron y no lo reconocieron. Sólo cuando una pareja de Mistrató, angustiada por la desaparición del Párroco de Marmato, quien era su amigo y del cual se habían despedido pocas horas antes con temor de que sufriera un nuevo accidente, llegó a esa morgue, entre otros sitios donde lo fueron a buscar, fue reconocido. Era el Padre José Reinél Restrepo, Párroco de Marmato, Caldas.

Le habían robado el celular y el sencillo morral con sus pertenencias, donde llevaba sus documentos, la Biblia, algunos papeles, algunos medicamentos y elementos de uso personal. Todo muestra que no hubo móviles de robo, pues dejaron allí la moto, sino más bien búsqueda de informaciones que podría tener la víctima en relación con el conflicto en el cual estaba involucrado y –lo más probable- una decisión de eliminarlo para modificar la correlación de fuerzas en ese conflicto.

El amigo que lo despidió en Mistrató le había advertido que le iba a timbrar al celular repetidas veces durante el trayecto, pues dos meses antes el Padre Reinél se había accidentado en la moto y se había fracturado una pierna, por lo cual la familia amiga temía que sufriera otro accidente. El silenciamiento del celular causó las primeras alarmas.

El sábado 3 de septiembre de 2011, en la Parroquia de la Inmaculada Concepción de Viterbo, donde 12 años antes había celebrado su primera Eucaristía, el Obispo de

Pereira, acompañado por 80 sacerdotes y un crecido número de personas que colmó el templo, venidas de muchos lugares, despedía sus despojos y entregaba su vida al Misterio insondable de Dios.

El Padre José Reinel Restrepo Idárraga había nacido en Viterbo, Caldas, el 2 de octubre de 1975. Cursó los estudios de bachillerato en el colegio del mismo pueblo en medio de grandes dificultades económicas. Para que se ayudara a financiar los estudios, su papá le regaló un “llevo-llevo”, carrito de madera para transportar cosas. Haciendo esos sencillos acarreos, pudo terminar sus estudios y graduarse de bachiller en 1990.

Su madre cuenta que desde muy niño había definido su profesión como sacerdote. Le comentaba que este era su ideal y su proyecto de vida. Nunca faltaba a las Eucaristías de los domingos en su parroquia y ponía especial atención a las homilías del sacerdote, para luego resumírselas a su madre en la casa. Cuando cursaba el último grado de secundaria, unos sacerdotes de la Diócesis de Pereira visitaron su colegio para descubrir jóvenes que sintieran inclinación por el sacerdocio. Según Reinel, “él fue el único que levantó la mano” y tuvo luego entrevistas para ir concretando su ingreso al seminario. Una convivencia en Pereira, junto con otros candidatos al sacerdocio, lo dejó muy preocupado, pues descubrió que los costos de matrícula, pensión y dotación de ajuar, eran muy altos y excedían las capacidades económicas de su familia. Sin embargo, no se desanimó. Sus relaciones con muchas familias del pueblo, a quienes quizás había conocido en los servicios de acarreo, eran muy cordiales y esas familias le profesaban un inmenso cariño. Cuando Reinel comenzó a comentarles informalmente sus dificultades para ingresar al seminario, esas familias comenzaron a ofrecerle todo su apoyo, en dinero y en especie. Su madre cuenta que en ese mes de diciembre Reinel llegaba a la casa con enormes paquetes de ropa, sábanas, colchonetas, dinero y muchas otras cosas. El problema estaba solucionado, pues la solidaridad de quienes lo querían y deseaban verlo de sacerdote, todo lo pudo.

Ingresó al seminario en febrero de 1991 y con frecuencia se la aparecía a su madre de visita con compañeros del seminario con los cuales desarrolló grandes amistades. El 18 de noviembre de 1999 vio colmados sus ideales al recibir la ordenación sacerdotal en la Catedral de Pereira, junto con otros cuatro compañeros. Ocho días después celebraba su Primera Eucaristía en la Parroquia de La Inmaculada, de Viterbo, donde tantas veces había memorizado el mensaje cristiano para asimilarlo y hacerlo vida.

Su primer ministerio lo ejerció por pocos días en Belén de Umbría, entre diciembre y enero de 1999 /2000. Luego fue enviado, como Vicario Cooperador, a las parroquias de Anserma, Riosucio, Pereira (Parroquias de La Santísima Trinidad y de Nuestra Señora de la Valvanera) y Santuario, en las cuales sirvió entre dos y tres años en cada una. Cuando fue trasladado a Irra, corregimiento de Quinchía, fue designado ya como Párroco, de donde pasó, también como Párroco, a San Antonio de Chamí, corregimiento de Mistrató, y luego a Marmato en 2008.

En este último campo de su apostolado se vio enfrentado a un profundo conflicto social que le exigió discernimientos y opciones difíciles que finalmente lo llevaron a la muerte.

Marmato ha sido un pueblo minero durante toda su historia y fue uno de los primeros pueblos fundados en Colombia (en 1538). La población indígena, afrocolombiana y mestiza que se asentó allí desde tiempos muy remotos, ha extraído su subsistencia de la minería, dado que el cerro sobre el cual se construyó el poblado: el Cerro El Burro, resultó ser una “montaña de oro”. Pero principalmente desde 2005 una empresa multinacional de capital canadiense, la cual ha cambiado varias veces de nombre y razón social [*Colombia Goldfield; Medoro Resources Limited; Compañía Minera de Caldas; Gran Colombia Gold*], luego de hacer exploraciones que le mostraron la inmensa riqueza que allí se esconde, comenzó a apoderarse del lugar mediante compra de títulos mineros, cierre de minas tradicionales y expulsión de los trabajadores dejándolos sin medios de subsistencia; elaboración de un mega proyecto de mina a cielo abierto que cubriría todo el Cerro El Burro, el cual sería totalmente destruido en 20 años para extraer toda la riqueza que los pobladores han usufructuado con paciencia durante 500 años y han proyectado para otros 500 años al ritmo “humano” de la vida.

La vida de Marmato, desde comienzos del siglo XXI, ha sido, pues, profundamente conflictiva. La ambición y el egoísmo de los capitales transnacionales se han ido imponiendo con arrogancia y prepotencia, ultrajando a los mineros tradicionales cuyos derechos adquiridos han ido desconociendo y arrasando. En todo ello ha entrado a jugar la proverbial corrupción de los poderes estatales, que incluso han llegado a cambiar la legislación minera para acomodarla a los intereses de las empresas foráneas cuyos asesores han redactado los últimos códigos, y han puesto al poder judicial y a los organismos de seguridad del Estado al servicio de la transnacional, en lugar de defender los derechos laborales de los colombianos de a pié, para cuya defensa – teóricamente – está diseñado el Estado en su Constitución y leyes. Tampoco han sido sensibles las instituciones del Estado al descomunal desastre ecológico que implica la proyectada mina a cielo abierto en Marmato, pues el interés de lucro revela cada vez más sus atributos divinos para el poder vigente.

Desde su llegada a Marmato, el Padre Reinel fue percibiendo y analizando el conflicto que revelaba una agudización progresiva. Todo le decía que tendría que definirse frente a las fuerzas en conflicto, ante las cuales era imposible permanecer neutral.

La crisis se produjo cuando un misterioso personaje colocó una Acción de Tutela contra la Parroquia de Marmato, alegando que los discapacitados no podían ingresar al templo por carecer éste de rampas, lo cual era falso. Al ser apelado el fallo, el expediente pasó a un tribunal que no se contentó con ordenar la construcción de rampas sino que ordenó el “*traslado del templo a un lugar plano*”. Era evidente que detrás de esas decisiones arbitrarias y fundadas en desinformaciones palpables, estaba el interés de la transnacional, la cual venía presionando el desalojo de todas las viviendas y edificios institucionales del centro histórico de Marmato, para ubicarlas en El Llano,

corregimiento a donde piensan trasladar todo el poblado para poder destruir el cerro y apoderarse de sus riquezas. Antes de esto, los grandes medios habían informado al país sobre una falsa “avalancha” que habría destruido más de 90 casas y el centro institucional del poblado. En esa mentira se apoyaron para cerrar edificaciones y desalojar a grupos de pobladores.

La orden judicial de traslado del templo sembró interrogantes en la población marmateña opuesta al mega-proyecto minero. Una delegación de mineros abordó, entonces, al Párroco, para conocer su posición. Desde ese momento el Padre Reinel hizo pública su opción: se jugaba su suerte con la población minera raizal de Marmato, ahora amenazada en su vida, cultura, tradiciones y posibilidades de subsistencia, por los capitales multinacionales: *“De aquí me sacan muerto”* - les dijo - *“yo me la juego con ustedes”*.

En las Eucaristías dominicales fueron interviniendo los mineros y sus abogados, en algunos momentos de la homilía, para explicar los alcances de la injusticia y de la violencia que implicaba el mega-proyecto. En la semana del 23 al 26 de agosto de 2011, el Padre Reinel aceptó acompañar a una delegación de mineros a Bogotá, donde denunciaron el criminal proyecto en diversos medios e instituciones. Se supo que en una reunión tenida en dependencias de la Conferencia Episcopal, en Bogotá, le recomendaron no meterse en esos problemas, pues temían por su vida.

En esa misma semana, la última de su vida, el programa “Oriéntese” del Oriente Antioqueño, hizo pública una entrevista al Padre Reinel en la cual afirmó:

“ esta multinacional si es canadiense, ellos lo que quieren es aprovecharse de la población, quieren desalojar la población, y también han llegado a tal grado de querer desalojar la Parroquia, porque aquí mismo han venido y me han preguntado si yo estaría de acuerdo en esa reubicación del pueblo y yo personalmente los he ignorado a ellos, les he sacado el cuerpo y les he dicho que no, directamente les he dicho que no estoy de acuerdo. Y además, la Iglesia es defensora de los pobres; la Iglesia se declara como defensora de los pobres, y realmente los pequeños mineros de Marmato son perjudicados en esa situación (...) La voz del pueblo es la voz de Dios, y “el pueblo unido jamás será vencido”. Yo declaro también el poder tan grande de la fe. O sea, si en el pueblo estamos unidos y le pedimos a Dios y tenemos una fe grande y consideramos que no vamos a ser derrotados humana y espiritualmente, yo creo que contra el poder de la fe no existe nada, así sea esa multinacional, que dicen que tiene fuerza internacional y el apoyo del Presidente y el apoyo de la Gobernación. (...) Yo creo que lo último que sería, sería la violencia. Más aún, me atrevería yo a pensar que si hay que recurrir, en última instancia, al medio de la violencia, hay que hacerlo. Si a mí, como Párroco, Medoro va a venir donde mí y me va

a decir: usted tiene que irse, entonces yo les diría con todo respeto: “lo que yo tengo es que morirme; si a mi me van a sacar de acá, yo les diría a ellos: me tienen que sacar a bala o a plan, como sea” (...) Entonces yo pienso que el pueblo también debe hacer así”.

En las dos últimas semanas de su vida, el Padre Reinel se sintió angustiado y deprimido; así se lo comentó a algunos de sus familiares. Les decía que estaba recibiendo llamadas telefónicas insultantes y amenazantes y concluía: “*El sacerdocio es una cruz muy pesada*”.

Los organismos de inteligencia y seguridad del Estado se apresuraron a insinuar que el crimen tenía rasgos de delincuencia común, a pesar de que no había indicio alguno de móviles de robo o atraco. Una Fiscal delegada se apoderó del disco duro del computador de la Parroquia, sin ninguna cadena de custodia y sin dejar copias en manos de autoridades independientes y bajo control de la familia y de la Iglesia, para evitar la tan acostumbrada manipulación, borrado, grabado y reforma de archivos, con fines inconfesables. La Parroquia se vio impedida para expedir partidas de sacramentos, pues todo estaba en ese computador. La actitud desobligante de la Fiscal ante los dolientes del Padre Reinel siembra excesivas sospechas de montaje, lo que lleva a rechazar de antemano cualquier veredicto que salga de allí. Tales procedimientos han sido consuetudinarios en la falsa “justicia” colombiana, mucho más cuando los indicios apuntan a crímenes de Estado en complicidad con sus transnacionales protegidas.

Al terminar sus estudios de Teología, el Padre Reinel había escogido como tema central de su tesis el valor de la SOLIDARIDAD, enfocada desde una visión cristiana. Tomó como documento de referencia central la exhortación apostólica del Papa Juan Pablo II titulada “***Ecclesia in America***”, documento que recogía las reflexiones del Sínodo de las Américas celebrado en el Vaticano de noviembre a diciembre de 1997. Consultó varios números del periódico del Vaticano “*L’Osservatore Romano*”, de donde extrajo intervenciones de cardenales, obispos, sacerdotes y laicos que participaron en dicho Sínodo, complementadas con citas de algunos libros que le habían impactado. Con todo ese material construyó un esquema muy lógico que llevara a comprender la SOLIDARIDAD desde muchos ángulos concretos anclados en la realidad de nuestro continente americano: primero LOS PECADOS CONTRA LA SOLIDARIDAD: la deuda externa; la corrupción; la anti-cultura de la muerte; la discriminación; el drama de los emigrantes y el armamentismo. Luego las PROPUESTAS DE UNA ETICA DE LA SOLIDARIDAD: su arraigo en la comunión; en la doctrina social de la Iglesia; en los derechos humanos, así como su manera de enfrentar la drogadicción y la globalización. Finalmente, el ASPECTO CRISTOLÓGICO DE LA SOLIDARIDAD: el mensaje bíblico de la solidaridad de Dios con un pueblo en su historia: el pueblo de Israel, y el misterio de la Encarnación de Dios en Jesús de Nazaret, como culmen de la solidaridad entre Dios y la Humanidad, profundizando en la solidaridad de Jesús con los oprimidos.

A través de este escrito es posible penetrar en sus más arraigadas convicciones que le dieron sentido a su vida y a su ministerio. Al escoger los párrafos de otros, él fue cons-

truyendo un tejido coherente que le daba expresión a su sentir. Son cortos los párrafos interpretativos o conclusivos de su propia cosecha que él va intercalando entre la multitud de citas, pero son justamente los que nos dan acceso a su pensamiento propio y a la fe que alimentaba sus decisiones cruciales, las que culminaron en el holocausto de su vida. Estos son algunos de esos párrafos personalizados:

DEUDA EXTERNA: *“Entre los síntomas que manifiesta la gravedad de la deuda externa se destacan la baja calidad de los servicios educativos y sanitarios, el alto índice de desempleo. Los préstamos internacionales que se hacen, en vez de favorecer a los pobres, lucran el bolsillo de quienes los hacen y de quienes los reciben, que son instituciones dominadas por intereses egoístas y corruptos. A esto debía hacer frente la economía y un fuerte trabajo evangelizador (...) Le corresponde a la Iglesia establecer principios de justicia y hacerlos vales denunciando la actitud de los prestamistas, quienes buscando sus propios intereses, cometen grandes abusos, descargándole al pueblo el pago de la deuda externa (...) Cargan grave responsabilidad moral quienes malgastaron los créditos y también quienes los facilitaron sin poner serios requisitos para su pronto pago”.*

CORRUPCIÓN: *“Cuando se comete todo tipo de robos en la administración pública, los primeros en sufrir las graves consecuencias son los pobres, a los cuales se les priva de lo necesario para sobrevivir: alimento, vivienda, vestido, salud, educación, ec. Ellos también padecen fuertes atropellos cuando la corrupción afecta al orden justo.(...) hemos descubierto que la corrupción ha perjudicado gravemente a nuestra sociedad americana, dañando el corazón de gran cantidad de personas y deteriorando valores tan grandes como la honradez. Siguiendo el ejemplo de Jesucristo: Camino, Verdad y Vida, podemos ayudar a las futuras generaciones para que no sean cómplices de este mal”-*

ANTI-CULTURA DE LA MUERTE: *“es muestra clara del poderío que ejercen los fuertes sobre los débiles. La Iglesia, ante esta dura realidad. Está llamada a combatir la anti-cultura de la muerte comprometiéndose a defender la vida (...) Se ha perdido últimamente la solidaridad de las naciones ricas hacia las naciones pobres; las primeras realizan programas para que en las naciones pobres sean más los que mueren que los que viven (...) Jesús mismo es quien sufre hoy en las personas pobres y desvalidas. Todo progreso técnico y científico debe redundar en beneficio del mismo hombre. (...) La Iglesia siempre se ha puesto del lado de los pobres e indefensos y ha luchado a su favor oponiéndose al sistema neoliberal que sacrifica vidas por defender sus intereses. Corresponde a los jerarcas hacer una denuncia profética para que se respete la dignidad integral de toda persona. A pesar de los atropellos que cada día se cometen contra la vida, no se puede caer en una actitud de indeferencia (...) Todos los signos de muerte que nos presenta el mundo de hoy, no pueden opacar nuestro horizonte esperanzador; debemos empuñar las armas de la luz, llenarnos de ánimo y valor adhiriéndonos a Jesucristo, el Señor de la Vida, para hacer frente a todo lo que amenace nuestra vida”*

DISCRIMINACIÓN: *“La Iglesia se siente llamada a solidarizarse con todos aquellos a los que la sociedad ha discriminado, especialmente a los indígenas que habitan nuestras tierras; esto implica atenderlos en todo y repararlas brechas que han posibilitado una sana relación(...) También cabe mencionar que los afroamericanos han sufrido fuertes rechazos y discriminaciones, lo cual ha afectado la integridad de su fe. Reconociendo que todos somos hijos de Dios al haber sido creados por Él, debemos promover la unidad y el diálogo con ellos que demuestren una auténtica fraternidad fundada en el amor cristiano (...) Hay que valorar la gran riqueza cultural que han aportado a nuestro continente americano, no sólo los indígenas y afroamericanos, sino también los diversos grupos procedentes de muchos países. A pesar de sus diferencias culturales y religiosas, es posible la unidad en Cristo (...) La Iglesia expresa por medio de sus jerarcas su viva voz de solidaridad con los indígenas por los atropellos cometidos con ellos en todo tiempo; igualmente con los afroamericanos que han sufrido la esclavitud. Debemos empeñarnos cada vez más en el compromiso de promover la dignidad de todos ellos, respetando sus valores y haciéndolos partícipes de los beneficios concedidos por Dios a todos sus hijos”*

DRAMA DE LA EMIGRACIÓN: *“La grave situación de violencia en que se vive está generando graves desórdenes que obligan a personas, familias y poblaciones a huir por el bien de sus vidas, buscando oportunidades de progreso, así sea en otros países, en donde muchas veces experimentan el rechazo” (...) los que emigran lo han arriesgado y sacrificado todo; y lo peor de todo es que se hacen víctimas de los más grandes abusos corriendo el peligro de perder sus más auténticos valores (...) La situación de crisis por la que pasan los emigrantes es algo que debe cuestionar el estado actual de justicia. Se han de aprovechar todas las iniciativas que contribuyan a aliviar el dolor moral de tantos hermanos nuestros, víctimas de continuos desplazamientos”.*

ARMAMENTISMO: *“es uno de los pecados más graves que constituye un auténtico atentado contra la solidaridad. Es un mal que debe denunciarse proféticamente ya que genera más pobreza (...) el método para la verdadera paz es el diálogo que a pesar de las resistencias, va afirmando y requiere lealtad, perseverancia, magnanimidad, en cuantos participan de él. Sólo basándose en estos principios se podrán resolver los desacuerdos y divergencias existentes, logrando así que cada nación tome conciencia de su responsabilidad de promover valores para una humanización”*

SOLIDARIDAD: FRUTO DE LA COMUNIÓN: *“la realidad que vive el mundo es la división y el egoísmo; los ricos buscan sus propios intereses despreciando y marginando a los pobres. La Iglesia ha recalcado la necesidad de percibir a Jesucristo en los más pobres. Hay que crear conciencia que el servicio que se presta al hermano pobre deriva de la comunión que se tenga con Cristo y con los otros (...) Al mismo tiempo esta solidaridad será el mayor impulso para la Nueva Evangelización que se está llevando a cabo en las Diócesis de nuestro continente; también será signo de la gran estima que la Iglesia tiene por la persona humana y se convertirá en distintivo de los cristianos ante aquellos que no creen en Cristo. La solidaridad de la que habla la Iglesia, para que sea*

efectiva, corresponde no sólo a lo económico, sino también a lo pastoral.(...) La solidaridad genera auténticas relaciones de fraternidad, haciendo propias las necesidades de los demás y resolviendo todo problema que atente contra este fin. (...) La Iglesia, que predica la Palabra de Dios, motiva urgentemente a que se practique la solidaridad con los más pobres, sobre todo con los emigrantes; también ha de generar iniciativas entre los Estados para que exista una mayor justicia y progreso”

DERECHOS HUMANOS: *“Hoy en día se vive una realidad trágica en nuestras comunidades que se refleja en las constantes violaciones y atentados que se cometen contra la dignidad del hombre (...) En muchos de nuestros Estados americanos, el propósito de la promoción de los derechos humanos se ha visto truncado, sobre todo en las últimas décadas (...) Jesús como verdadero hombre, se constituye en el primer defensor y promotor de los derechos humanos e invita a la Iglesia a esta urgente tarea, antes de emprender cualquier labor evangelizadora (...) La Iglesia sostiene que todos los hombres gozan de iguales derechos, ya que cada uno de ellos constituye un lugar privilegiado de la presencia de Cristo”*

ASPECTO CRISTOLÓGICO DE LA SOLIDARIDAD: *“lo que realmente ha impactado a toda la humanidad es el testimonio de su propia vida que estuvo marcada por su acercamiento a los pobres, movido por sentimientos profundamente humanos (...) No podemos pensar en un Dios aislado de nuestra realidad histórica. Hemos tenido la experiencia de Jesús, hecho Hombre por nosotros, quien ha pagado con el derramamiento de su sangre el precio de nuestro rescate (...) La muerte de Jesús será el suceso salvador por excelencia que manifiesta la profundidad del Misterio de Dios (...) Pero la Muerte de Jesús no constituye su derrota; su sufrimiento y entrega generosa es camino de Glorificación, de Resurrección, de Exaltación. Este estado del cual Jesús participa a todos los que creen en Él, es algo nuevo, enafable, planificación de la existencia humana y de todo el cosmos”*

28 Eduar José Lanchero Jiménez



Junio 27 de 2012

Eduar José Lanchero Jiménez

testigo de la verdad y de la vida en medio de océanos de falsedades y de muerte

El 27 de junio de 2012 Eduar falleció en Barranquilla, luego de soportar por un poco más de un año el desarrollo de un cáncer terriblemente agresivo que fue destruyendo su vida. Su muerte puso fin a una ensañada persecución de 14 años, en la cual agentes del Estado y del Paraestado buscaron asesinarlo numerosas veces y lo sometieron a amenazas y a campañas de difamación permanentes que seguramente minaron y destruyeron su precaria salud de manera progresiva. La Comunidad de Paz de San José de Apartadó, a la cual le consagró los años más hermosos y productivos de su vida, recibió sus despojos y los colocó en el centro de su Monumento a las Víctimas, reconociendo que de él había recibido el más radical testimonio de solidaridad y entrega total, inseparable de lo que la Comunidad construyó como identidad y resistencia en sus primeros 15 años de vida.

Eduar nació en Bogotá el 31 de marzo de 1969 en una familia de muy arraigada tradición y principios cristianos. Entre sus 6 y 11 años cursó sus estudios de primaria en el Liceo San Javier y entre sus 12 y 17 años sus estudios de secundaria en el Colegio José María Córdoba donde el 5 de diciembre de 1986 obtuvo su título de bachiller. A pesar de las precarias condiciones económicas de su familia, cursó 3 semestres de matemáticas en la Universidad Distrital (1987 – 1988), para lo cual él mismo se rebuscó los recursos produciendo y vendiendo masato en una cadena de tiendas populares, con la asesoría y apoyo de su madre, Doña Isabel, quien hizo los mayores esfuerzos económicos para su educación. En 1989 se sintió llamado a la vida religiosa e ingresó al Pre-noviciado de los Salesianos en Mosquera, Cundinamarca. El 15 de enero de 1990 fue admitido al Noviciado de la misma congregación en La Ceja, Antioquia, donde el 24 de enero de 1991 pronunció sus primeros votos religiosos. Después realizó los estudios de Filosofía en la Universidad Santo Tomás, en Bogotá, con miras a la licenciatura (1991 – 1993) aún vinculado a la congregación de San Juan Bosco, en la cual se inspiró su primer compromiso con la juventud pobre y marginada del país. El

24 de octubre de 1993, al solicitar que se le permitiera renovar su profesión religiosa por otros tres años, le expuso al Superior Salesiano sus motivaciones así:

“ Confrontado con la lectura de nuestras fuentes (Constituciones, Capítulo General XXIII, Conferencias episcopales Latinoamericanas) y con nuestra historia: presencia activa y salvadora de Cristo, me siento llamado a continuar en la opción religiosa salesiana, que me invita al compromiso educativo radical con los pobres, aquellos con que Don Bosco “salió a su encuentro con una actuación ejemplar, eligiendo el camino de la educación completa, que respondiera a las necesidades de los jóvenes de entonces” (Cf. CG XXIII, # 207), y donde de igual forma el espíritu salesiano histórico de la comunidad, a través de las constituciones “nos lleva a ser solidarios con los pobres y a amarlos en Cristo. Por ello nos esforzamos en estar a su lado y aliviar su indigencia, haciendo nuestras sus legítimas aspiraciones a una sociedad humana” (Cf. Constituciones Art. 79). Considero que en estos años de experiencia religiosa Cristo me llama a seguirlo en el servicio y entrega de la misión salesiana, a través de la convivencia diaria en comunidad, buscando ser signo en una sociedad de tantas contradicciones, en donde la condición vocacional de toda persona a la vida y a su realización (presencia del Reino de Dios) es cada vez más negada, en especial de los pobres, aquellos que diariamente se les calla su voz”.

El 8 de julio de 1994 la Universidad Santo Tomás le otorgó el título de Licenciado en Filosofía. Luego de un período de Tirocinio o experiencia pedagógica y apostólica, desarrollado en los colegios salesianos de Duitama (1994), Mosquera (1995) y San Vicente del Caguán (1996), se desvinculó definitivamente de la Comunidad Salesiana pero continuó una relación amistosa con muchas de sus obras y personas. Su vida posterior demostraría que los ideales que buscaba en su profesión religiosa continuaron intactos en su compromiso laical: siguió buscando *“ser signo en una sociedad de tantas contradicciones, en donde la condición vocacional de toda persona a la vida y a su realización es cada vez más negada, en especial de los pobres, aquellos que diariamente se les calla su voz”*.

La tradición pedagógica de la familia salesiana lo llevó también a interesarse por las más avanzadas corrientes de la pedagogía y a participar en seminarios y experiencias de pedagogía popular. Fue lector asiduo del filósofo argentino Enrique Dussel, impulsor de una filosofía latinoamericana de la liberación, y entre los campos teóricos en que más incursionó, leyó y escribió, estaba el de la ética, en su confluencia con la pedagogía. En 1994, la Fundación Konrad Adenauer le publicó, en su serie de Cuadernos de Educación y Cultura, un ensayo sobre *“Ética Discursiva y Educación Popular: una Relación Liberadora”*. La Universidad Santo Tomás lo vinculó como docente, entre 1995 y 1996, en seminarios sobre Lógica, Epistemología y Ética y el 28 de junio de 2002 le confirió el título de **Especialista en Educación - Filosofía Colombiana**.

Cuando Eduar iniciaba su vinculación a la congregación salesiana y sus estudios de filosofía estaba recién creada la Comisión Intercongregacional de Justicia y Paz, la cual agrupó a más de 60 congregaciones religiosas que querían actuar de alguna

manera en la defensa de los derechos humanos y en la búsqueda de justicia, en un país bañado en sangre y hundido en abismos de injusticias y violencias, donde la voz y la acción de la Iglesia institucional eran demasiado tenues. Eduar se fue acercando a esa Comisión desde 1989. Quien escribe estas líneas lo recibió allí e inició un diálogo y una amistad con él que perduraron y se profundizaron hasta su muerte. Eduar buscaba afanosamente acercarse a las víctimas y trabajar hombro a hombro con quienes querían “**transformar el dolor en esperanza**”, según expresión suya predilecta.

Entre 1991 y 1996 Eduar fue asumiendo, en sus tiempos libres o sustraídos a sus otros compromisos, diversas tareas en Justicia y Paz: primero colaboró en la sistematización de información sobre violaciones graves a los derechos humanos; luego se vinculó al equipo pedagógico y participó en elaboración de módulos y realización de talleres de derechos humanos para diversos tipos de beneficiarios; entre 1994 y 1995 asumió por unos meses la coordinación del Albergue para refugiados internos en Barrancabermeja, Santander, en una zona de agudo conflicto social y armado en que el albergue sufrió permanentes estigmatizaciones y ataques, y luego se fue involucrando en acompañamiento a grupos de desplazados y en talleres formativos para grupos de jóvenes y campesinos que buscaban compromisos en la defensa y promoción de los derechos humanos. En este período impulsó varios proyectos para jóvenes en parroquias y colegios salesianos, como Mosquera, Duitama, Ciudad Bolívar en Bogotá, la región del Ariari en el Meta y también en el Caquetá y el Putumayo con algunos párrocos. A finales de 1996 Eduar se trasladó a Turbo como integrante del Equipo Misionero que la Comisión de Justicia y Paz estableció allí para acompañar a los miles de desplazados del norte del Chocó y de la zona del Urabá antioqueño que llegaban allí.

En la última semana de marzo de 1997 al Equipo Misionero de Turbo se le presentó un gran desafío: la recién proclamada Comunidad de Paz de San José de Apartadó estaba siendo sometida a la más cruda represión, como respuesta del ejército y de los paramilitares al atrevimiento de proclamarse como población civil que no quería dejarse involucrar en la guerra contra su voluntad y que exigía respeto a sus derechos de población no combatiente; hubo bombardeos en todas las veredas, desplazamientos masivos, muertes y torturas en gran cantidad y muchas otras formas de barbarie. Muchos campesinos huyeron aterrorizados pero cerca de mil, concentrados en el pequeño centro urbano de San José de Apartadó, prometieron que si Justicia y Paz los acompañaba 24 horas sobre 24, ellos resistirían con firmeza sin abandonar sus tierras. Para Eduar este fue el momento de opción fundamental en su vida. Desde el primer momento se ofreció a acompañarlos de manera permanente sin reparar en los inmensos riesgos que eso le acarrearía y, una vez que comenzó a internarse en el doloroso caminar de esa comunidad, descubrió que eso era lo que él estaba buscando ansiosamente: esta sería la comunidad con la cual él caminaría sin dar marcha atrás, buscando “**transformar el dolor en esperanza**”.

La situación que Eduar encuentra al llegar a San José es en extremo trágica: en el pequeño caserío están refugiadas más de mil personas venidas de numerosos núcleos rurales; casi todos los niños y muchos adultos están enfermos; hay hambre intensa,

pues los paramilitares no dejan pasar alimentos y con lo poco que cosechan en las fincas cercanas preparan ollas comunitarias para compartir el poco alimento disponible; militares y paramilitares rodean el poblado en forma amenazante; llegan continuas noticias de asesinatos y desapariciones; comisiones arriesgadas van a rescatar los cadáveres; cuando bajan a la ciudad de Apartadó en los escasos vehículos públicos que se arriesgan a ir hasta el caserío, tienen que pasar por un retén paramilitar, instalado a tres minutos de la base militar, donde son obligados a mostrar sus documentos de identidad, y si el nombre de algún pasajero se encuentra en una lista que los paramilitares portan, lo obligan a bajarse del carro y lo asesinan a la vista de todos o se lo llevan detenido y pocas horas después su cadáver es arrojado en la carretera; algunos quedan definitivamente desaparecidos. Eduar acompañaba muchas veces a miembros de la Comunidad que se arriesgaban a bajar al pueblo y cuando militares o paramilitares querían dejar detenido a alguien, él impedía que se bajara del carro y les respondía enérgicamente a los victimarios que si dejaban a esa persona, las tendrían que dejar a todas, y que si la mataban, las tendrían que matar a todas, pues todos iban a rodear a la víctima. Así logró salvar muchas vidas. También acompañó a quienes iban a recoger los cadáveres y varias veces lo vimos llorar intensamente al comprobar la muerte de campesinos con cuya suerte él ya había ligado su propia vida.

Esa Comunidad ya se había definido a sí misma como “Comunidad de Paz”. Construir paz en medio de una guerra tan cruel, fue el reto mayor para Eduar. En el texto mismo de su proclama inicial, la Comunidad había prometido *no portar armas ni colaborar con ningún actor armado; no recurrir a ninguna autoridad armada para solucionar conflictos; no transigir con la injusticia ni con la impunidad y participar en trabajos comunitarios*. Tales principios eran fundamentales, pero era necesario construir un Reglamento que hiciera operativos esos principios, el cual llegó a ser como su “Constitución” y su ley fundamental. El proceso de construcción del Reglamento fue radicalmente democrático, pues participaban hasta los niños de 12 años y a cada artículo se le daban varias rondas de debate antes de ser votado. La Comunidad se dio una estructura democrática en la cual las decisiones se toman siempre en asambleas y un Consejo Interno, elegido democráticamente, se encarga de velar por su ejecución. Se fue perfilando una Comunidad con rasgos de autonomía y de sueños hermosos en medio de los sufrimientos más atroces. Eduar inspiraba, acompañaba e impulsaba ese proceso de “*ir transformando el dolor en esperanza*” que él acariciaba con pasión.

Ya en junio de 1997 Eduar había elaborado la filosofía profunda de una Comunidad de Paz por la cual decidió jugarse la vida. Sus ideas las consignó en un artículo publicado en la revista Justicia y Paz de junio/97¹ y en esencia eran estas:

¹ LANCHERO, Eduar, “*Las Comunidades de Paz, una Idea Regulatoria en Búsqueda de la Paz*”, artículo publicado en la revista **Justicia y Paz**, de la Comisión Intercongregacional de Justicia y Paz, en junio de 1997, y en versión con algunos ajustes en “*San Josesito de Apartadó La Otra Versión*”, publicación del Banco de Datos de Derechos Humanos de CINEP, Caso Tipo No. 6, octubre de 2005, pg. 145 y ss.

1. La verdadera paz hay que construirla desde las víctimas:

“Es innegable que la búsqueda de un proceso de paz, o mejor, de fundamentación o de una propuesta de paz, debería estar basada en los actores del conflicto. Sin embargo, suena inquietante y a la vez causa “sospechas” el que esta búsqueda se origine, no en los violentos, sino en los verdaderos actores del conflicto: **la población civil no combatiente**. Los llamamos ‘actores del conflicto’ porque son ellos más que nadie los que sufren el terror de la preguerra, de la guerra y de la posguerra y es su situación real y la lucha por conquistar sus reacciones (de resistencia violenta o de sumisión) lo que está en el corazón originante del conflicto social y armado”. (...) A primera vista el DIH, en especial el Protocolo II de Ginebra, habla de una humanización de la guerra que parte del compromiso que contraen, al firmarlo o aceptarlo, las partes en conflicto; sin embargo el proceso de la Comunidad de Paz toma su sentido, su derrotero, su esencia, desde una raíz más profunda pero que supone a la vez un caminar más difícil, pues lo asume la propia población civil y no las partes beligerantes, desde el imperativo ético del deber de humanidad, por el reconocimiento integral de la **otredad**. Es decir, que su argumentación arranca desde los propios espacios de resistencia que ofrece el mundo de la vida de una comunidad, y que su pretensión de validez, de interlocución, se postula en un horizonte de intersubjetividad, de reconocimiento y comunicación real, por tanto de argumentación con otros y de reconocimiento del otro, superando, por tanto, desde una opción ética, el sentido de la exclusión a la que se es sometido. Si lo dijéramos cristianamente, diríamos de “devolver bien por mal”. (...) Es por tanto desde el lugar de la guerra de sus sufrientes desde donde nace la trascendentalidad de la Comunidad de Paz, y por tanto es desde sus objetividades, subjetividades y sociabilidades generadas por la guerra desde donde surge ese acuerdo ético. (...) Por tanto, la **descolonización del mundo de la vida**, colonizado por los intereses de los actores armados y por la guerra, es planteada por la solidaridad de una comunidad que se ubica en el reconocimiento del otro, del sentir con, del caminar con, en la creación de argumentaciones y por tanto de relaciones intersubjetivas distintas, planteadas en un no a la violencia, tanto internamente en la comunidad, como en el cara-a-cara con los actores armados. (...) Así la Comunidad de Paz pone su fundamento en la razón del otro; en el reconocimiento del otro (vosotros como actores violentos y/o como caminantes sufrientes de la guerra), pues no hay paz sin racionalidad (de reconocer al otro), pero no hay racionalidad sin acoger la “interpelación” del excluido, del sufriente mayor de la guerra, a no ser una racionalidad de dominación, inadvertidamente (una paz-lobo disfrazada de cordero por los actores armados)”.

2) La dimensión dominante en una Comunidad de Paz es la ética de la justicia (“construcción simétrica de interlocución por parte de los que son afectados en una realidad concreta”), dimensión que plantea los desafíos siguientes: a) el sentido de la memoria; b) el sentido de lo político-regulación de acciones; c) el sentido de lo jurídico; d) el sentido de comunidad.

En cuando a la MEMORIA, “el proceso de argumentación para poder plantear una práctica ética de la justicia, hace necesario entablar un proceso de verdad, que implica

el poner objetivamente a consideración los horrores que ha cometido la guerra contra ellos, y más que nada, colocar a consideración la destrucción del tejido social por parte de los actores armados. Una reconstrucción de este tipo pretende colocar no sólo a la comunidad sino a la humanidad ante una opción ética, donde se enjuicie a la historia, a la memoria universal, a los crímenes que se han cometido, para que estos no vuelvan a ocurrir y para que sea un imperativo categórico la negación a los atentados contra la vida y contra el sentido de humanidad por parte de los actores de la guerra, mucho más cuando ésta adquiere un carácter terrorista. (...) Una comunidad que trabaje su proceso de Comunidad de Paz debe hacer interlocución argumentativa para que estos daños irreparables sean mostrados, con el ánimo de poder mantener vivos a los que ya no viven y han sido generadores de un proceso de paz y además como factor imperante de justicia para que esto nunca más vuelva a ocurrir”.

En cuanto a LO POLÍTICO, esto “adquiere relevancia en la medida en que se pretende desarrollar un proceso diferente que implica representación y organización por parte de la comunidad, desde una opción de reconocimiento y argumentación de todos sus miembros. El poder de decisión y de representación en la Comunidad sobrepasa los límites que imponen las llamadas “democracias de mayorías”. Aquí se impone un proceso de decantación en el que se hace necesaria la participación total de los miembros. Esto es base para consolidar un proceso serio de paz, pues facilita cohesión al interior de la comunidad como un único proceso de argumentación, de un no a la violencia en medio de la guerra. Pero aquí también se presenta un segundo nivel y es el referente al exterior de la comunidad, donde se entra en diálogo con diversas instancias interpeladoras y en el que el proceso político se basa en la transparencia de los hechos, los trabajos y los resultados. Aquí la transparencia adquiere un carácter fundamental porque es casi la única forma de sobrevivencia y de credibilidad del proceso de paz en medio de la guerra, pues el argumento ante los actores armados no se basa en la solidez de una fuerza violenta de iniciativa o de respuesta; se basa en la fuerza de la transparencia como proceso que se niega a participar en forma directa o indirecta en el conflicto con las partes en disputa”.

En cuanto a LO JURÍDICO, el proceso de comunidad de paz “busca también apoyarse en una visión alternativa de lo jurídico, en el sentido de que los resultados de la argumentación y de la puesta en común del consenso acordado, puedan ser regulados. La mayor fuerza regulativa que adquiere el proceso de la Comunidad de Paz consiste en que el rechazo total a participar en acciones de guerra es lo que define e identifica a los integrantes del proceso, mientras que su colaboración en la guerra los excluye. Pero además se trata de un proceso voluntario, “el arma” es el diálogo, y la forma de poder regularse, excluirse o incluirse, es la fuerza del argumento, nunca la fuerza coactiva. Ello implica generar un proceso interno regulativo que tiene que ver con lo jurídico, pues permite ampliar y superar el sentido de lo jurídico desde la coacción que ejerce un Estado, a través de una violencia de respuesta que ejerce por derecho, para proteger los elementos constitucionales que lo regulan. No implica la generación de para-estados; implica el generar la resolución de conflictos desde espacios en los que se tenga en cuenta la realidad y sea el poder del diálogo y la concertación dentro de

un proceso argumentativo, el que genere la regulación de un proceso de Comunidad de Paz, en base al reconocimiento del otro. Pero además y conjuntamente con esto, está presente la opción fundamental por la justicia, ya que la Comunidad de Paz se exige a sí misma la búsqueda de justicia que permita corregir los horrores sufridos anteriormente, así como los que se siguen perpetrando contra ella durante el proceso. Es una justicia que se hace con un carácter universal, porque con ello se está pidiendo el respeto mínimo, no sólo al sentido de humanidad que se busca salvaguardar, sino que involucra el sentir histórico frente a las atrocidades históricas anteriores”.

En cuanto al SENTIDO DE COMUNIDAD, “la opción ética por la justicia debe apostar por una sociedad en la que quepan todos, lo que implica escucharse entre sí y con los demás que sufren, dentro de un sentido de solidaridad. Este sentido de solidaridad y de responsabilidad histórica sólo está basado en la búsqueda de un trabajo conjunto que se concreta al colocar en confrontación las diversas pretensiones o intereses de cada integrante del proceso para ser confrontadas comunitariamente y desde allí poder crear un proceso que va más allá de la concientización; un proceso que se caracteriza por la responsabilidad por el otro, como reconocimiento de sí mismo en la **otredad**, por tanto es el ser nosotros en el reconocimiento del tú, el que lo determina”

3) La Comunidad de Paz es una realidad teórico-práctica con carácter imperativo, en el sentido en que “se hace imperioso un proceso real de paz en nuestro país, que no se agote en discursos de paz sino que implique encontrar un sentido en la transformación de lo que está dado: guerra, impunidad, injusticia, exclusión, pobreza. Por tanto, el proceso de la Comunidad de Paz no sólo es un proceso teórico; es tal vez la voluntad decidida porque lo teórico y lo práctico se hagan realidad. Pues en un conflicto en que la mayor parte de nuestro pueblo sufre asesinatos, desplazamientos, lutos y desarraigados, se argumenta con una palabra hecha compromiso y experiencia, que es necesario un proceso de paz construido en comunidad desde el reconocimiento del pobre como verdadero y real argumentante ante la exclusión del ‘nosotros-violencia de iniciativa o de respuesta’”.

No queda duda de que Eduar albergaba en su mente y en su corazón, desde los primeros meses de acompañamiento y compromiso con la Comunidad de Paz de San José de Apartadó, un sueño, una idea, un estrategia y un proyecto que tenía muy claros en su líneas maestras y que era, en el fondo, la concreción de su ideal-eje: *convertir el dolor en esperanza*.

Los meses y los años se fueron sucediendo sin que la tragedia cediera: los muertos siguieron aumentando hasta llegar a varios centenares; la persecución siguió siendo aterradora hasta su muerte; varios grupos lograron retornar a sus tierras y recuperarlas luego de años o meses de desplazamiento, pero luego tuvieron que desplazarse nuevamente por algunos períodos; el paramilitarismo siguió dominando la región con pleno respaldo de las instituciones del Estado; los crímenes de lesa humanidad se convirtieron en el “pan cotidiano” durante los 15 años en que Eduar acompañó la comunidad: masacres, ejecuciones individuales, desapariciones forzadas, violacio-

nes y abusos sexuales, incineración de viviendas y cultivos, pillajes de los medios de subsistencia de los campesinos como animales de carga, animales domésticos, provisiones alimenticias, medicamentos, dineros, menajes domésticos; asaltos a mano armada para arrebatarles los dineros de la precaria comercialización comunitaria de sus productos, detenciones arbitrarias, montajes judiciales, torturas, campañas de difamación por todos los medios masivos, amenazas, calumnias, anuncios permanentes de exterminio inminente de la Comunidad, empadronamientos ilegales, bombardeos indiscriminados, colocación de minas explosivas en caminos y cultivos. Eduar convivió durante los 15 años de acompañamiento con esta infame persecución. La inmensa mayoría de estos crímenes han sido y continúan siendo perpetrados por agentes del Estado como el ejército, la policía, los organismos de “seguridad” y de “justicia”, los paramilitares respaldados sin escrúpulo alguno y a plena luz por las instituciones oficiales, las redes de informantes y cooperantes civiles vinculadas ilegalmente a la guerra, así como estructuras armadas al servicio de empresas multinacionales, igualmente respaldadas por el Estado. También la guerrilla de las FARC cometió crímenes contra la Comunidad, si bien en mucho menor escala, para castigarla por no venderles alimentos ni tolerar el paso de armas y por erradicar cualquier otra colaboración a actividades armadas.

La primera preocupación de Eduar fue defender la Vida, por eso acompañaba intensamente a las personas en mayor riesgo e increpaba a los actores armados para que no derramaran una sola gota de sangre más en el territorio. Hizo todos los esfuerzos posibles para que la justicia actuara y sirviera de freno a los derramamientos de sangre, hasta que se convenció de que la “justicia” estaba sumergida en la mayor de las podredumbres morales y no tenía capacidad alguna de cumplir con sus tareas constitucionales. Entonces apoyó e impulsó las formas de ruptura con la justicia y de objeción de conciencia para seguir colaborando con el aparato judicial.

Sin abandonar la prioridad de la defensa de la Vida, ya que asesinatos y barbaries se produjeron hasta que él estaba ya en el lecho de muerte, Eduar comenzó a impulsar rápidamente otra dimensión de su acompañamiento y de sus sueños: en las asambleas y reuniones de la Comunidad iba insistiendo en que tenían que encontrar una manera de SER DIFERENTES de los victimarios. Si no lo lograban, no estaban construyendo una auténtica paz. Para ello era necesario profundizar en la identidad del victimario –productor de guerra y de muerte-, para poder ser distintos de él y, por lo tanto, estar en capacidad de construir VIDA y PAZ en lugar de guerra y muerte. El Consejo Interno le fue encomendando a Eduar la tarea de orientar los procesos de formación, para lo cual Eduar fue redactando papeles, cuestionarios y cartillas y preparando charlas, videos, debates, etc. En todo ese arsenal formativo él fue haciendo la radiografía de ese modelo de sociedad que constituye como la máquina de producción de los victimarios en cuanto instrumentos de guerra y de muerte. Esa sociedad –caldo de cultivo o placenta del victimario- se caracteriza por reducir al ser humano a una dimensión de INDIVIDUO – CONSUMIDOR – COMPETIDOR. Por eso, desde los primeros años de su presencia en la Comunidad de Paz, Eduar intuyó que el “*ser diferentes*” de los victimarios implicaba asumir prácticas muy concretas y cotidianas que se basaran en

una identidad contraria del ser humano: SER COMUNITARIO, SOLIDARIO y NO ESCLAVO DEL MERCADO. Esas intuiciones se plasmaron desde la misma construcción del Reglamento de la Comunidad de Paz, cuando se asumió como norma de la Comunidad el que cada uno de sus miembros estuviera integrado a un GRUPO DE TRABAJO. Así el trabajo, tan fundamental en el orden de la vida y de la subsistencia, marcaba la condición COMUNITARIA de los miembros de la Comunidad de Paz, lo cual los iba moldeando como “diferentes” de los victimarios. Más adelante, Eduar y los miembros del Consejo Interno fueron impulsando la compra de tierras colectivas, de modo que se multiplicaran los cultivos colectivos, la comercialización colectiva y los espacios colectivos para construir viviendas. Así se fue construyendo poco a poco una economía solidaria que fue transformando los rasgos humanos de un grupo que quería distanciarse de la estructura antropológica y política del victimario.

Entre 2002 y 2004 la Comunidad de Paz fue sometida nuevamente a un cerco de hambre: cuatro conductores de camperos o “chivas”, en los cuales se transportaban los insumos alimenticios desde Apartadó a San José, fueron asesinados, con la intención de que ningún otro conductor se atreviera a transportar alimentos; una noche fueron masacrados cuatro tenderos del caserío y posteriormente los propietarios de pequeñas tiendas en la carretera también fueron asesinados; el desabastecimiento de alimentos fue total y la Comunidad comprendió que se trataba de una nueva estrategia de desplazamiento masivo y de despojo de sus tierras. En esa coyuntura Eduar predica intensamente la resistencia y comienza a diseñar la contra-estrategia de la soberanía alimentaria. Nuevamente ve la ocasión de “transformar el dolor en esperanza”. Con gran entusiasmo la Comunidad se empeña en producir los alimentos esenciales de su dieta alimentaria en sus mismas parcelas; aprenden a cultivar el arroz y les va bien; intensifican la siembra del frijol y del maíz; comienzan a cultivar caña de azúcar y a producir miel. Entre tanto Eduar se mueve por todas las veredas haciendo encuestas y cálculos sobre las cantidades de consumo mensual de cada alimento por familia y a través de talleres comienza a impulsar la planificación de una alimentación sana, digna y propia, que disminuya progresivamente la dependencia alimentaria de la ciudad y de su mercado anti-ecológico, transgénico y contaminado. Se organizan conjuntos de asentamientos que puedan usufructuar trapiches y trilladoras colectivas y la Comunidad avanza así en la construcción de un ser humano más comunitario, solidario y menos dependiente del mercado citadino.

En 2004 la Comunidad se confronta fuertemente con el gobierno, pues éste se propone establecer un puesto de policía en sus espacios más íntimos, lo que implica introducir un actor armado en su interior y quebrantar el primer principio fundante de la Comunidad de Paz. Aunque la Comunidad hizo propuestas transparentes para obviar este problema sin quebrantar las leyes nacionales, toda la negociación terminó en una horrenda masacre en las veredas Mulatos y La Resbalosa, el 21 de febrero de 2005, masacre en la cual fue sacrificado el líder más apreciado de la Comunidad, Luis Eduardo Guerra, con su compañera e hijo, y la familia de otro líder de la zona, Alfonso Bolívar Tuberquia, con dos niños pequeños quienes fueron descuartizados junto con sus padres. Todo esto fue acompañado de un burdo montaje mediático que quiso

ocultar la responsabilidad del gobierno en el crimen y atribuírselo a la guerrilla para poder justificar una militarización del caserío central. El dolor intenso que esa masacre significó para la Comunidad y el ver pisoteados sus principios de paz con tanta prepotencia, la llevó a un desplazamiento inmediato en el momento en que la fuerza pública se instaló en el caserío. Se trasladaron a una finca de la Comunidad, antes utilizada para cultivos. Eduar jugó allí un papel de verdadero profeta: fue el sostén espiritual de una comunidad que se veía ante el dilema de aferrarse a sus principios éticos o de optar más bien por mantener las comodidades mínimas construidas durante muchos años, representadas en servicios de agua, luz, alcantarillado, escuela, guardería, centro de salud, bodegas, centros de formación etc. Prefirieron sacrificar todo para defender sus principios y no convivir con actores armados que eran a la vez sus más crueles victimarios. Esto fue un acto de fe heroico que llenó de honda satisfacción el corazón de Eduar, pues era difícil encontrar un signo más claro de que los valores éticos asumidos colectivamente ya prevalecían sobre cualquier interés de bienestar mínimo.

El desplazamiento de 2005 planteó numerosos problemas y uno de ellos fue el de la educación. Los alcaldes paramilitares de Apartadó se negaron a suministrarle educadores a la Comunidad de Paz. Eduar comenzó a desarrollar entonces, en sus talleres de formación, todo un análisis del problema educativo. En la realidad, los esquemas oficiales de educación preparaban a niños y jóvenes para abandonar sus comunidades rurales y trasladarse a las ciudades en búsqueda de títulos y contratos de trabajo precarios y esclavizantes. Mediante antiguos contactos, Eduar organizó un proceso de capacitación de educadores salidos de la misma comunidad e impulsó la búsqueda de un modelo de educación alternativa, con metodologías y contenidos propios y con miras a que los educandos apreciaran profundamente su hábitat, su historia, sus valores y su futuro; convenció a una gran experta en educación popular y alternativa para que le ayudara en ese proceso y logró su compromiso gratuito y entusiasta.

Pero mientras las masacres y persecuciones continuaban destruyendo muchos activos de la Comunidad, sembrando dolor, lágrimas y sangre por doquier, Eduar intensificaba más y más su sueño de *“transformar el dolor en esperanza”*. Desde el comienzo él había insistido mucho en la MEMORIA como un valor central de la Comunidad de Paz. Cada que ocurría un crimen él lo documentaba cuidadosamente, entrevistaba a los testigos más cercanos, guardaba en diskettes y CDs los relatos, los transmitía a muchos centros humanitarios, los convertía en objetos de estudio y análisis de niños, jóvenes y adultos en sus diversos ámbitos de formación y promovía conmemoraciones y celebraciones que mantuvieran viva la memoria del dolor y las vidas de quienes habían sacrificado todo en el proceso. Con toda seguridad, esta memoria ha sostenido e inspirado las grandes decisiones y proyectos de la Comunidad de Paz, como una especie de fidelidad a un legado que toca las fibras más íntimas y sensibles de quienes conforman la Comunidad de Paz. Luego de la masacre de febrero de 2005, la Comunidad construyó sendas capillas donde fueron hallados los cuerpos destrozados y los convirtió en lugares sagrados. En los últimos 6 años de su vida, cuando se acercaba febrero, Eduar estaba siempre activo preparando la conmemoración de la masacre en el mismo sitio de los hechos. El lugar donde fue masacrado Luis Eduardo se fue

transformando rápidamente, de lugar abandonado y de ruinas, cubierto de maleza que llegaba a gran altura, en un centro acondicionado para frecuentes reuniones de la Comunidad. Ya en 2009 Eduar propuso que allí funcionara una ALDEA DE PAZ en memoria de Luis Eduardo Guerra. Dicha Aldea, él la concibió como una pequeña comunidad piloto, que fuera modelo de convivencia, de relación ideal con la naturaleza mediante prácticas agrícolas ecológicas, de educación y conciencia, de soberanía alimentaria y de tecnología alternativa ecológica. Según sus diseños, allí debían llegar a pasar períodos formativos las familias de los diversos asentamientos de la Comunidad. Eduar mismo se había comprometido a permanecer allí como uno de los integrantes de base de la Aldea, pero su enfermedad y muerte truncaron esos sueños.

Todo este proceso Eduar lo vivió profundamente como un proceso de RESISTENCIA. Ya en el año 2000 publicó un primer librito titulado: *“El Caminar de la Resistencia: Una Búsqueda Histórica”*², luego, en 2002, publicó un segundo librito titulado *“El Amanecer de las Resistencias”*³. En estos escritos él fue consignando su lectura profunda de ese caminar doloroso pero creativo de la Comunidad, sobre el telón de fondo de sus estudios, reflexiones y análisis filosóficos, teológicos, pedagógicos y políticos que había hecho en sus tiempos de la universidad pero que había ido reelaborando y profundizando desde experiencias tan intensas y tan dolorosas. En ambos libritos hay un capítulo sobre el proceso de la Comunidad de Paz de San José, leído en sus primeras luchas (3 y 5 años). También hay toda una elaboración conceptual de la misma Resistencia, la cual configura a su vez el concepto más auténtico de Sociedad Civil, así como un rastreo histórico de las formas de resistencia en Colombia, en Latinoamérica y en el mundo; de su entronque con la Desobediencia Civil y de los rasgos de la sociedad de mercado que es la que genera en profundidad las formas de resistencia.

Al evocar momentos del proceso de la Comunidad de Paz, Eduar no reseña solamente los momentos de “éxito” dentro de sus mismos valores; también evoca momentos de oscuridad en que todo parecía derrumbarse debido al terror, así como también momentos de “resurrección” o renacimiento de la esperanza:

“(…) Cada mata sembrada era una acción en contra de la guerra, pues se estaba diciendo no al desplazamiento, era una forma de negarse a abandonar la tierra, de reafirmar la vida y fortalecer la dignidad de una comunidad que, a pesar de la muerte, estaba dando sus primeros pasos para volver a sostenerse autónomamente y con independencia. En esta primera etapa el proceso iba echando raíces fuertes. Fueron días de trabajo entusiasta, la comunidad confrontaba al Estado cuando quería irrespetar el asentamiento, la comunidad creía firmemente en el proceso, se comenzaba a mantener los caminos, en fin, se celebraba con fervor una propuesta que se consolidaba. Sin embargo, la lógica asesina de los actores armados interrumpió este caminar; de nuevo una historia de resistencia se veía truncada por el atentado a líderes que guiaban este

² Lanchero, Eduar, *“El Caminar de la Resistencia: Una Búsqueda Histórica”*, Editorial Códice Ltda., Bogotá, 2000, ISBN: 958-9228-36-4

³ Lanchero, Eduar *“El Amanecer de las Resistencias”*, Editorial Códice Ltda., Bogotá, 2002, ISBN: 958-9228-49-6.

caminar y, durante una jornada de trabajo comunitario, ocurrió la nueva tragedia⁴. No es posible describir los días que siguieron, el llanto acompañaba la desesperación, la soledad era inmensa y el ánimo de todos estaba por el suelo; la idea de salir de San José generaba terror, se veía que el tejido social que apenas se estaba volviendo a componer había sido rasgado y la tarea de reconstruirlo se veía aún más difícil porque todos se movían por su cuenta: los talleres, los trabajos, los análisis, las jornadas de reflexión conjunta habían quedado atrás, la búsqueda comunitaria se había esfumado con el olor de la muerte. Era clara la lección que dejaba el terror impuesto: el trabajo comunitario y organizativo de las comunidades se veía como un peligro y participar de él era lo mismo que estar amenazados de muerte. Durante esta dura etapa nadie asistía a reuniones o talleres, en los trabajos comunitarios sólo se lograban reunir como máximo tres personas; era desesperanzador ver destruida una propuesta de economía diferente, de una experiencia en medio de la guerra y sobre todo de dignidad. A finales de noviembre del 97 cuando la soledad, el individualismo y el miedo rodeaban a San José, la angustia y la desesperación eran el horizonte cotidiano; los intentos por hacer renacer la esperanza eran vanos pero la convicción de lo que se creía, los ideales de su lucha, imponían la urgente necesidad de ser coherentes para ver y construir un nuevo amanecer. Un viernes por la tarde se realizó una reunión de comunidad en la capilla católica, sólo llegaron siete personas pero la decisión de abrirle una grieta al terror ya estaba tomada y así se conformó el primer grupo de trabajo, estructura organizativa que luego se generalizaría en la comunidad. De nuevo resurgía el espacio en medio de la guerra, la economía solidaria resurgía de las cenizas (...) El camino muestra que el andar era, es y será un recorrido de preguntas y respuestas, de interrogantes y aciertos, de alegrías y tristezas, de triunfos y derrotas, de muerte pero fundamentalmente de vida, pues pese a la ausencia de tantos con los que sembraron diariamente, siguen construyendo una economía de vida, un proceso de resistencia y dignidad, no sólo para los que están aquí, sino para un sentido histórico de humanidad. Nunca un proceso ha tenido que sufrir tantos golpes y se ha seguido manteniendo, se han construido cosas que muestran la realidad de la utopía de una nueva sociedad, se ha logrado una economía diferente a la del libre mercado; pese a la muerte y la barbarie, se exporta dignidad a la humanidad. La sangre y el llanto abonan las tierras pero el sabor de la vida y de la dignidad florece en el primitivo y en el cacao y ninguna peste podrá arrebatar este fruto que se ha denominado economía alternativa y solidaria en la Comunidad de Paz de San José de Apartadó.”⁵

En otra página del “Amanecer de las Resistencias” podemos sorprender a Eduar haciendo una evaluación conmovedora de esos primeros cinco años de acompañamiento a la Comunidad de Paz:

“Realmente no es fácil consignar la resistencia de la Comunidad de Paz de San José de Apartadó, su lucha diaria, su trabajo comunitario cotidiano, su economía solidaria, su

⁴ Eduar alude allí, seguramente, al asesinato de tres líderes: Ramiro Correa, Fernando Aguirre y Luis Fernando Espinosa, perpetrado por las FARC el 6 de octubre de 1997, cuando regresaban de un trabajo comunitario en la vereda La Cristalina.

⁵ “*El Amanecer de las Resistencias*”, o. c., pg. 51-52 y 56

caminar conjunto, su formación, el ánimo y la fuerza de sus mujeres, de los niños, de los jóvenes que se han negado y se niegan a vivir en el horror de un Estado terrorista. La realidad desborda la narración y las letras no permiten expresar la inmensidad del coraje y la fuerza increíble de una convicción comunitaria tan y tan golpeada. Sólo se puede dejar constancia del heroísmo de estas resistencias que recrean y mantienen la memoria de sus muertos, su alegría diaria, su llanto, su tristeza, sus esperanzas, sus anhelos, sus frustraciones y sus triunfos. Todos ellos son indescriptibles y sólo los que hemos podido estar allí y los que leerán y sabrán de ella seremos sus testigos históricos mientras la verdad sea dicha y la resistencia se muestre; entretanto, este ejemplo nos permite tener la esperanza que la dignidad no es una quimera y que la realización de alternativas distintas no es un horizonte inalcanzable sino la vivencia comunitaria de los pueblos que resisten. Esta descripción, corta y limitada, es un homenaje a estos hombres y mujeres, niños, niñas, jóvenes, ancianos y ancianas de la Comunidad de Paz de San José de Apartadó, ya que su valor y su resistencia son un ejemplo y un aporte histórico para la humanidad. Sus muertos han entrado a la historia y son la memoria constante de la transparencia de este caminar; su sangre derramada es el reflejo de la verdad y la rectitud con que han actuado. Estas no son simples palabras que nacen de la euforia; los que han tenido contacto con esta comunidad han quedado marcados por la acción de su resistencia y por ello debemos agradecer a todos estos trabajadores de la dignidad y de la vida pues nos han mostrado un derrotero real del sentido y de la praxis de la resistencia civil en medio de la guerra”.⁶

En las páginas de estos dos libritos, Eduar abunda en elementos descriptivos y en la misma conceptualización de la RESISTENCIA. Estos párrafos sintetizan muchos de esos elementos:

“ (...) Las resistencias surgen de los espacios de exclusión cuando a las comunidades se les coloca fuera de ámbitos de dignidad y las condiciones para desarrollar los diversos aspectos de la vida se reducen y llegan progresivamente a ser prácticamente inexistentes. En una palabra, la resistencia surge allí donde se generan espacios de muerte. Y dichos espacios de muerte se dan, no como resultado del azar, sino que son producto de los sistemas económicos, sociales y políticos de exclusión que condenan a las comunidades a condiciones de marginalidad y de pura supervivencia o simplemente a la destrucción. La resistencia surge como una acción de vida con un carácter esencial desde la lucha por la dignidad, lucha porque es una conquista diaria ante las adversidades estructurales que marginan dicha vida y parecen condenarla a condiciones de muerte. Esta respuesta de las comunidades ante la muerte a la que son condenadas estructuralmente es lo que se llama resistencia y es claro que esta acción de vida está enmarcada en forma de alteridad y solidaridad que conllevan la conquista de la dignidad a partir de espacios de reconocimiento y no de repetición de la misma exclusión. La resistencia es una acción práctica que lleva siglos de acción, que ha devenido históricamente y su prolongación se da desde la memoria de las víctimas y, al ser ésta su vigencia, ha permitido mantener la sobrevivencia de las víctimas y de las comunidades, pese a una

⁶“El *Amanecer de las Resistencias*”, o. c. pag. 49 - 50

exclusión de muchos siglos. La resistencia tiene como esencia la acción comunitaria desde niveles reales de comunicación que generen una participación real de todos los excluidos. La resistencia tiene un carácter cotidiano, pues la dignidad se construye diariamente, pero a la vez es histórica porque no tiene una limitación ya que avanza y retrocede y su acción es dinámica; muchas veces la resistencia se ve agotada, anulada, exterminada, sin luces ni esperanzas, lo hecho durante años se derrumba, pero nuevamente renace con mayor fuerza, pues su acción histórica permanece y se mantiene en las comunidades con diversa intensidad, dependiendo de la acción del terror. La resistencia siempre crea vida y su dinámica está en contra de acciones estructurales de muerte que generan terror y que atacan contra las comunidades y sus proyectos de vida. Las acciones alternativas en búsqueda de la vida hacen que las comunidades no se resignen a la desesperanza y las acciones individuales sean reemplazadas por acciones comunitarias. Estas conjugaciones le dan a la resistencia una connotación emancipadora pues a pesar de que las comunidades estén en situaciones difíciles, se vive una pobreza donde se está luchando y construyendo diariamente, y aunque muchas veces los que participan en estas resistencias de las comunidades no llegan al culmen de la acción emancipadora, la resistencia debe mantenerse para crear nuevas construcciones y esperanzas para las generaciones futuras. Es por ello que la resistencia es frontal, desenmascaradora, desestabilizadora de ese sistema estructural de muerte y condiciones de indignidad. Es importante tener en cuenta que la acción de resistencia parte de las comunidades que, siendo víctimas excluidas, asumen un papel protagónico con acciones alternativas de vida y su accionar busca reivindicar y emancipar a las comunidades víctimas; si se pierde este horizonte de su resistencia, si la víctima deja de luchar por la vida y por el reconocimiento de sí misma y del otro como víctima, se entraría en el mismo juego de la estructura de muerte y terminará como victimario desmoronándose la acción de resistencia en su totalidad. En el mundo actual, las acciones del poder imperialista (que se ha reagrupado con fuerza en el siglo XXI) han determinado que existen similitudes entre la resistencia y el terrorismo y a ambos se les equipara en forma manipuladora y malintencionada; por ello es necesario plantear un poco más a fondo las grandes diferencias que existen entre terrorismo y resistencia. La resistencia es una lucha de las víctimas en contra de acciones estructurales de muerte, esta lucha diaria de dignidad es una acción histórica. Por su parte, las acciones que se han denominado de terrorismo son aquellas que buscan un cambio estructural mediante el terror que genera la muerte de gente inocente. Indudablemente que cuando las acciones de resistencia dejan de ser acciones de respuesta de las víctimas y entran dentro de la lógica de los victimarios, se cae en la dinámica del terror y exclusión. Las acciones de resistencia siempre se dan desde los excluidos y sus métodos son pobres y tan diversos como los que pueden utilizar las poblaciones de civiles indefensos y que implican una confrontación desde el diálogo y una denuncia histórica de las acciones del Estado-Mercado. Los centros de poder buscan confundir terror (que ellos han realizado durante décadas) con resistencia justamente para acabar con esta última; estos centros de poder justifican sus acciones de muerte y aniquilación, ellas sí terroristas, para inventar o intervenir en guerras y conflictos como una nueva forma represiva para ahogar y deslegitimar la resistencia histórica que los pueblos han conquistado y que tendrán mientras impere el terror de los poderosos. (...) Las acciones de terror se

enmascaran con el nombre de justicia y atacan a las resistencias que se han opuesto a un mundo de miseria y libre mercado pero también es allí, en medio de las grandes dificultades universales, donde la resistencia tiene que saltar y sobrevivir para crear nuevas realidades de dignidad. La internacionalización de los principios de mercado de la derecha, no pudiendo romper las resistencias con reformas neoliberales, acude nuevamente al intervencionismo militar. La resistencia va generando toda una red que permite una nueva acción histórica para mantener la reproducción de la vida, ya que la pobreza, la miseria, es una manera de nombrar la no posibilidad de reproducir la vida; dicha búsqueda de dignidad es resistencia en comunidad que genera acciones de solidaridad, fruto del diálogo, que permite la generación de un nosotros, más allá de la individualidad excluyente que pasa por la dignidad comunidad-nosotros. Pese a todas las dificultades, la historia de la resistencia ha logrado universalizar su esencia en esa búsqueda de la igualdad económica y social en donde la libertad es esa posibilidad de la reproducción de la vida, la solidaridad se da en una relación de alteridad, la autonomía es la búsqueda autóctona de lo distinto, la emancipación es la acción alternativa frente a la exclusión y el sentido ético es visto como la justicia histórica en unidad con la memoria. La resistencia en esta búsqueda exige alternativas diarias. Tan solo desde adentro son posibles las transformaciones del capitalismo global que conduzcan, más allá del estado duradero, a una creativa destrucción iluminadora de sí mismo.”⁷

En otras páginas de este mismo librito, Eduar describe en forma muy concreta lo que significa **resistir** en la cotidianidad de una comunidad tan perseguida como la de San José de Apartadó: “La resistencia nace de la situación de no derecho, desde la periferia, desde la exclusión y exterminio al que se somete a las comunidades aunque es claro que se encuentra en posición de desventaja frente a la violencia terrorista del Estado. A pesar de ello, la resistencia corre y sobrevive, se esconde y sobrevive, genera economía solidaria y acciones pedagógicas liberadoras y sobrevive. La resistencia asume al otro desde argumentos de validez universal que solidifican la razón histórica de la lucha como clara, cierta y verdadera universalmente” (pg. 24). “Cuando hablamos de resistencia, enmarcamos sus horizontes en la creatividad cotidiana de las comunidades para hacerle frente a la exclusión; implica que los marginados se levanten a pesar de los horrores y sigan construyendo vida, implica perder hasta la misma subsistencia por la búsqueda de la dignidad y la consolidación de la justicia. Resistencia es movilidad diaria para evitar que los asesinos cumplan con su plan aniquilador, es silencio ante la tortura que pretende acabar con el hermano que camina, es compartir para construir relaciones de vida, es crear solidaridad en un mundo de mercado ...” (pg. 28).

En estos párrafos Eduar parece estar hablando de su propia vida y de sus propios sufrimientos vividos hombro a hombro con los miembros de la Comunidad de Paz. Muchos de ellos recuerdan que en las labores típicamente campesinas de manejo de herramientas agrícolas, rozamiento de parcelas, movimientos de tierras, grandes caminatas por trochas llenas de barro blando y con cuestas elevadas, Eduar sufría mucho más que ellos pues no dejaba de ser, por más que lo quería, un joven ciudadano que qui-

⁷ “*El Amanecer de las Resistencias*”, o. c. pag. 58 - 61

so ser campesino compartiendo todas las durezas de esa vida. Sin embargo, su resistencia lo llevó a asimilar lo más duro de esa vida con una generosidad a toda prueba. Llegó a tener una verdadera resistencia heroica frente a penalidades, privaciones, sufrimientos y persecuciones de todo orden. Su motivación y sus sueños eran tan sólidos e invasivos que toda dificultad pasaba a último plano. Soportó 12 veces el paludismo, evidente consecuencia de su exposición a condiciones ambientales selváticas saturadas de insectos y aguas malsanas, de noches pasadas a la intemperie, de ingestión de alimentos no ajustados a sus condiciones orgánicas, de esfuerzos físicos excesivos para su organismo. Las drogas que le aliviaban el paludismo le afectaron cada vez más el hígado y por ello sus defensas orgánicas se fueron deteriorando progresivamente. Si a esto se suma el estrés permanente de una persecución a muerte que duró 14 años, se comprende que en su frágil humanidad haya incubado una de las formas de cáncer más agresivas que lo llevó finalmente a la muerte. Su desgaste físico progresivo iba acompañado, con toda evidencia, de una fortaleza espiritual cada vez más generosa de entrega a una causa. Vale recordar aquí las palabras de San Pablo en su Segunda Carta a los Corintios: *“Dondequiera que vamos, llevamos siempre en nuestro cuerpo la muerte de Jesús, para que se demuestre también en nosotros la vida de Jesús. Pues nosotros, mientras vivimos, estamos expuestos a la muerte todos los días por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se vea en nuestro cuerpo mortal. De modo que la muerte hace su trabajo en nosotros y la vida hace su trabajo en ustedes (...) Por eso, nunca nos desanimamos. Pues aunque nuestro cuerpo se va desgastando, nuestro espíritu es renovado cada día.”* (4, 10-12; 16-17).

Eduar sobrevivió a la ejecución extrajudicial a la cual estuvo condenado durante 14 años, casi de manera milagrosa. Quizás el amor profundo que le profesaban aquellos a los cuales él les había entregado su vida, logró protegerlo multitud de veces, pues le avisaban del peligro y lo sacaban acompañado por senderos ocultos. En muchas ocasiones logramos recoger informaciones precisas y puntuales y poner en conocimiento del gobierno y de la comunidad internacional los frustrados intentos de asesinarlo, pero a pesar de ello las manos asesinas nunca se dieron por vencidas y las instituciones oficiales jamás demostraron intención alguna de protegerlo. Una cronología incompleta de su persecución a la luz del día es la siguiente:

- + El 24 de mayo de 1998, un grupo de soldados le robó una vaca a un campesino en los alrededores del caserío de San José de Apartadó; la mataron a bala y mientras la descuartizaban le repetían a los campesinos que observaban: de esta misma manera vamos a descuartizar a Eduar dentro de pocos días. Cuando el hecho fue denunciado, pocos días después, el 17 de junio de 1998 a las 12:30 horas llegaron al caserío de San José varios camiones del ejército con un fiscal títere, exigiendo que Eduar rindiera una declaración ante sus propios victimarios. Eduar se negó rotundamente a colaborar con esa pantomima de justicia ejercida por los mismos criminales y afrontó todas las amenazas de detención que le hicieron en ese momento, ofreciéndose a que se lo llevaran preso antes que colaborar con una farsa tan atrevida.

- + El 11 de septiembre de 1998 los militares incursionaron en la vereda Buenos Aires donde detuvieron gente arbitrariamente, torturaron y asesinaron. Cuando ya habían matado a Arnulfo Mora en un episodio típico de “Falso Positivo”, llegó en helicóptero el Coronel MARTÍN ORLANDO CARREÑO SANDOVAL, comandante de la Brigada 17, montó el cadáver de Arnulfo en una mula y escribió una boleta para Eduar, remitiéndole el cadáver y afirmando que, puesto que él era guerrillero, se lo enviaba para que lo sepultara en esa comunidad guerrillera.

- + El 2 de diciembre de 2002, cuando en compañía de otros tres integrantes de la Comunidad de Paz se movilizaba en un pequeño camión que la Comunidad tenía entonces para comercializar sus productos agrícolas, Eduar fue detenido con ellos por agentes de la Policía Nacional de la Patrulla de placas 08631 al mando del TENIENTE ORTIZ, a pocos kilómetros de Tunja. Durante varias horas los sometieron a insultos y vejaciones y los despojaron de todos sus documentos. Lo que más enfureció a los policías fue descubrir en sus maletines documentos relativos a los derechos humanos y a una reunión interinstitucional que acababan de tener con el Gobierno en Bogotá (28 de noviembre de 2002) sobre las Medidas Provisionales de la Corte Interamericana de Derechos Humanos en favor de la Comunidad de Paz. Pocos días después, el 13 de febrero de 2003, cuando varios miembros de la Comunidad fueron víctimas de un montaje del Ejército, el cual introdujo perversamente una caja de explosivos en el vehículo que los transportaba entre Apartadó y San José, en los ilegales interrogatorios a que fueron sometidos los pasajeros del vehículo se les preguntó insistentemente por los hechos de Tunja y por las actividades de Eduar, lo que dejaba en evidencia que “informes de inteligencia” amañados y manipulados contra Eduar y otros integrantes de la Comunidad, estaban circulando a nivel nacional, considerándolos sospechosos o delincuentes por ocuparse de asuntos de derechos humanos, actividad que, según las expresiones del Teniente Ortiz en Tunja, “es la que tiene tan mal al país”.

- + El 3 de febrero de 2003, el joven Lubián Tuberquia, miembro de la Comunidad de Paz, fue sometido a chantajes por su primo Wilson Guzmán, quien trabajaba con la Brigada XVII del Ejército, el cual le propuso rendir declaraciones en la Fiscalía contra miembros de la Comunidad de Paz, advirtiéndole que si no lo hacía sería sometido a un proceso judicial por rebelión. Cuatro días después, Lubián quiso enfrentar a los militares para explicarles que él no tenía nada que ver con grupos armados, pero los militares lo citaron a la Fiscalía donde le reiteraron la amenaza: si él no acusaba a miembros de la Comunidad, sería judicializado. Entre los miembros de la Comunidad que los militares querían acusar, estaba Eduar, contra quien ya tenían una propuesta concreta de acusación de hechos absolutamente falsos. Lubián negó todos esos hechos y en el escaso plazo que le dieron los militares para decidirse, tuvo que huir de la región y denunciar el chantaje en ministerios, fiscalías, procuradurías y otras dependencias del Estado, sin que ninguna autoridad hiciera absolutamente nada

para sancionar a los militares ni para proteger a las víctimas. La complicidad de todas las instituciones con tan criminales conductas, era evidente.

- + En agosto de 2007, un joven emparentado con la familia de Eduar recibía cursos en la Escuela de Cadetes José María Córdova del Ejército, estando adscrito al Cuarto Pelotón de la Compañía Ricaurte al mando del TENIENTE PEDRO SANTANA SOLANO. En una sesión de entrenamiento le fueron presentados videos y fotos por el CAPITÁN NELSON GUTIÉRREZ MARIÑO; allí aparecía una foto de Eduar, como ejemplo de “guerrilleros a los que había que asesinar”. Como el cadete afirmó conocer a Eduar, el Capitán le pidió conseguir documentos escritos por él para que los cadetes conocieran “cómo piensa un guerrillero”. El joven consiguió los documentos pero más tarde desertó y le informó a la familia lo sucedido. La Corte Interamericana de Derechos Humanos le exigió repetidas veces al Gobierno investigar este caso y sancionar a los culpables, pero la única respuesta del Gobierno fue encomendarle la investigación a los mismos victimarios y dejarla así en total impunidad.

- + El 16 de enero de 2008, cuando Eduar atravesaba el poblado de San José en compañía de un miembro del Consejo de la Comunidad de Paz, ambos fueron detenidos arbitrariamente por agentes de la Policía quienes los quisieron obligar a suministrar datos propios de empadronamientos, prohibidos por la Corte Constitucional, a lo cual ellos se negaron, por lo cual los dejaron detenidos bajo insultos y ofensas durante hora y media, dejándolos en libertad luego de una fuerte presión de la Comunidad que acudió en masa al puesto de policía. El subintendente GERMÁN CAICEDO se burló de las referencias que los detenidos hacían a sentencias de la Corte Constitucional, afirmando que esa Corte para ellos no significaba nada y que no acataban sus decisiones. En la última semana de marzo de 2008, cuando un grupo de acompañantes internacionales visitó la Brigada XVII, un alto oficial de la misma les dijo que la Policía había cometido un error el pasado 16 de enero, al no dejar detenido a Eduar, “sabiendo que era un guerrillero” y afirmó que la Brigada tenía pruebas fotográficas para demostrarlo (quizás las utilizadas en la Escuela de Cadetes José María Córdoba para motivar su asesinato). Durante esa misma semana, reconocidos paramilitares que trabajaban con la Brigada XVII afirmaron en barrios de Apartadó que la Policía había cometido un error al no dejar detenido a Eduar o asesinarlo, perdiendo así una oportunidad preciosa. Al mismo tiempo le enviaron mensajes a Eduar desde Apartadó, en los cuales le anunciaban que ya tenían luz verde para asesinarlo y que no lo habían hecho antes porque andaba acompañado por personas extranjeras, pero que ya tenían el permiso para ejecutarlo ante cualquier delegación extranjera.

- + El 25 de octubre de 2008, hacia las 14:30 horas, Eduar fue abordado en una calle de Barranquilla por hombres armados quienes lo trataron de “guerrillero que le haces daño a este país”. Luego de insultarlo y amenazarlo se subieron a una camioneta verde sin placas y se alejaron.

- + Muchos episodios demuestran que en el año 2009 los militares y sus brazos paramilitares se hicieron el propósito de eliminar a Eduar a toda costa. Cuando el 21 de febrero de 2009 Eduar asistió a la conmemoración de la masacre de 2005 en Mulatos y La Resbalosa, varios hombres armados abordaron a miembros de la Comunidad y a delegaciones internacionales, para preguntar insistentemente por Eduar y por sus rutas de salida. Fue necesario sacarlo por zonas selváticas con un fuerte acompañamiento.

- + El 3 de abril de 2009, a través de un informe rendido por el CTI a la Fiscalía Delegada ante la Corte Suprema (Rad: 11 001 60 00686 2009 00002) fueron revelados espionajes ilegales y criminales del DAS contra muchos grupos y personas. En la carpeta 33-2004 figuraban órdenes de espionaje absolutamente ilegales contra 10 integrantes de la Comunidad de Paz de San José de Apartadó, entre los cuales figuraba Eduar. Uno de los directivos del DAS en sus confesiones ante la Corte afirmó que el objetivo era “restringir y neutralizar su accionar”. Fueron inútiles las acciones de Tutela interpuestas ante el DAS y la Presidencia para conocer a fondo lo recopilado por el DAS contra estas víctimas. Se violaba así el principio constitucional de “Habeas data” (Art. 15)

- + El 28 de mayo de 2009, el ex Ministro del Interior y Justicia Fernando Londoño Hoyos, en su perverso programa “La Hora de la Verdad”, por la emisora Radio Super, le hizo una entrevista profundamente manipulada al ex guerrillero de las FARC alias “Samir”, en la cual éste profirió numerosas calumnias contra la Comunidad de Paz para hacerla aparecer como su colaboradora (del Frente Ottoniel Álvarez de la FARC del cual fue comandante), a pesar de haber ordenado matar a más de 20 miembros de la Comunidad y de haber tratado de “paramilitares” a todos sus líderes, entre ellos Eduar, a quienes amenazó de muerte repetidas veces. El blanco de todas las acusaciones de alias “Samir”, era Eduar y todo revela que la “entrevista” fue minuciosamente diseñada por la Brigada XVII del Ejército. Era evidente que buscaban una justificación para detenerlo, estigmatizándolo primero ante la opinión pública, con un testigo sobornado que los militares consideraban la “prueba reina contra él”. La Comunidad, en un extenso documento, probó que todo era absolutamente falso.

- + El 17 de junio de 2009, la revista holandesa Vrij Nederland reprodujo las calumnias de alias “Samir” contra Eduar y contra la Comunidad de Paz y ello le sirvió a un parlamentario conservador de ese país para hacer preguntas a su Gobierno en el Parlamento, cuestionando el apoyo de entidades holandesas a las Brigadas Internacionales de Paz, las cuales acompañaban a la Comunidad de Paz de San José. Inútiles fueron los esfuerzos para que dicha revista rectificara sus calumnias, violando todo el derecho internacional. Pronto se descubrió que una dama holandesa que había influido en la calumnia, tenía estrechas relaciones con la Brigada XVII del Ejército.

- + El 26 de agosto de 2009, en el caserío de Nuevo Antioquia fueron detenidos dos jóvenes integrantes de la Comunidad de Paz de su asentamiento de La

Esperanza, y con plena complicidad de la Policía y el Ejército allí acantonados, fueron conducidos a la base paramilitar y sometidos a interrogatorios en los cuales les preguntaron insistentemente por la ubicación de Eduar.

- + El 2 de septiembre de 2009, tropas del Ejército que ingresaron a la vereda El Guineo, preguntan insistentemente por la ubicación de Eduar.
- + El 11 de octubre de 2009, el reconocido paramilitar Wilson Guzmán, quien trabajaba para el Coronel Néstor Iván Duque, autor éste de numerosos crímenes contra la Comunidad de Paz, ingresó en moto al caserío de San José y anunció públicamente que era decisión del Ejército y de los paramilitares ejecutar a Eduar, añadiendo que los seguimientos de inteligencia ya arrojaban datos seguros y su muerte era inminente.
- + El 25 de noviembre de 2009, otro colaborador del Coronel Néstor Iván Duque, Elkin Tuberquia, localizó por teléfono a un líder de la Comunidad en la vereda Arenas Altas para ofrecerle dinero si le informaba las fechas y sitios de ingreso de Eduar a su zona. En la conversación, Elkin le aseguraba a Rodrigo que la muerte de Eduar era inminente, pues ya el Ejército tenía organizada una red para atraparlo y cumplir esa tarea.
- + El 9 de diciembre de 2009, los paramilitares reunieron a los pobladores del barrio Policarpa de Apartadó y les presentaron un “plan de exterminio” de la Comunidad de Paz, entregando una lista de próximas ejecuciones, lista que estaba encabezada por Eduar.
- + El 14 de diciembre de 2009 el diario financiero estadounidense Wall Street Journal, en evidente servicio a instituciones del Gobierno colombiano a través de la periodista sin ética MARY ANASTASIA O’GRADY, ya antes incurso en otras calumnias, reprodujo las calumnias contra Eduar y otros integrantes de la Comunidad de Paz, crimen de difamación internacional que seguramente buscaba justificar otros crímenes inminentes, sin que las directivas del diario hubieran atendido las peticiones de rectificación de las calumnias, en violación flagrante del derecho.
- + El 14 de enero de 2010, tropas del Ejército que ingresaron a la vereda Naín de Tierralta, Córdoba, afirmaron que Eduar iba a ser eliminado a toda costa.
- + El 17 de enero de 2010, el ex comandante guerrillero alias “Samir”, domiciliado en las instalaciones de la Brigada XVII del Ejército, intervino por la emisora del Ejército profiriendo nuevas calumnias contra la Comunidad de Paz. En su alocución se refirió nuevamente a Eduar y afirmó que la Comunidad “tenía que estar preocupada por él”, lo que evidenciaba que la persecución contra él era intensa.

- + El 15 de abril de 2010, agentes de inteligencia penetraron en la casa de la familia de Eduar en Bogotá en momentos en que no había nadie en su interior. Los vecinos observaron que los agentes abrieron la puerta con una llave propia y permanecieron largo rato en su interior. Revisaron libros y documentos y dejaron todo en desorden.

- + El 2 de febrero de 2011, hombres armados llegaron en motos a la casa de familiares de Eduar en Barranquilla, hacia las 17:30 horas, preguntaron por él en medio de insultos y exigían que él saliera a la calle para matarlo o agredirlo. La alarma de los vecinos los hizo retirar luego de algunos minutos.

- + El 25 de abril de 2011, hacia las 17:30 horas, dos hombres armados llegaron en motos a la vereda Caracolí, donde hay permanencia casi continua del Ejército, y leyeron públicamente una lista de personas que iban a ser ejecutadas en los siguientes días, entre las cuales estaba Eduar. Los armados solicitaron a los presentes informaciones sobre el paradero de dichas personas. En el sitio se han encontrado repetidas veces militares y paramilitares en estrecha convivencia.

- + En los últimos meses de 2011 circuló por redes de internet un video titulado “Los Hijos de la Comunidad de Paz” cuyo propósito nuevamente era difamar, calumniar y estigmatizar a la Comunidad. Intenta hacer aparecer a muchos miembros de la Comunidad como militantes o colaboradores de la guerrilla, con datos absolutamente falsos y con evidentes montajes fotográficos e incluye a muchas personas que no han pertenecido a la Comunidad como si fueran miembros de ella. El video lo encabeza la figura de Eduar con una hoja de vida donde ningún dato es verídico. No queda duda alguna de que el video proviene de la Brigada XVII, no sólo por sus objetivos sino por su lenguaje, sus contenidos y sus insumos. En el caso de Eduar, constituye una pieza más de la ensañada persecución contra él, buscando justificar su muerte de antemano con técnicas perversas de difamación y estigmatización.

- + En general, antes de que Eduar cumpliera un año de estar acompañando a la Comunidad, era ya claro que militares y paramilitares, quienes se movilizaban y actuaban de común acuerdo, lo tenían en la mira para asesinarlo. Ya desde entonces se sabía que Eduar era un blanco de persecución prioritario para la Brigada y sus brazos paramilitares. Poco a poco la Comunidad se tuvo que acostumbrar a recibir noticias de aquí y de allá, en las que muchos miembros de la Comunidad eran abordados por militares y paramilitares para que informaran sobre el paradero de Eduar. En la medida en que la resistencia de la Comunidad se afirmaba con más fuerza, también se arreciaba la persecución contra Eduar. Paramilitares que a veces les hacían confidencias a miembros de la Comunidad en la terminal del transporte de Apartadó, múltiples veces les hicieron referencia a reuniones en que se decidía la “arremetida final” de exterminio de la Comunidad de Paz, siempre acompañada de la decisión de asesinar

o capturar a Eduar, para lo cual ofrecían recompensas a quien informara sobre sus rutas. Por eso no deja de ser muy revelador el hecho de que el Gobierno, en su Informe No.39 a la Corte Interamericana de Derechos Humanos, sobre las Medidas Provisionales en favor de la Comunidad de Paz, fechado el 18 de mayo de 2012 (Of. DIDHD/GAPDH No. 30244/1279), responda así frente a las últimas agresiones contra Eduar: “Respecto a la situación del Señor Eduar Lancheros (sic), se desconoce su presencia cuando visita la región de Urabá, motivo por el cual se ha recomendado que cuando el Señor Lancheros (sic) haga presencia en la región, informe a las autoridades policiales correspondientes para brindarle la seguridad que necesita”. ¿Acaso esa información sobre su presencia no ha sido buscada durante muchos años por militares, policías y paramilitares para matarlo? ¿Acaso no fue solamente la solidaridad de todos los miembros de la Comunidad de Paz, quienes lo amaron entrañablemente, la que lo protegió en vida de los sabuesos estatales y paraestatales obsesionados por asesinarlo?

La muerte de Eduar obliga a mirar en retrospectiva la ensañada persecución que enfrentó con la más elevada altura moral y la más acendrada generosidad. Obliga a preguntarse por qué un apóstol tan radical de la paz, que se enamoró de la Comunidad justamente porque rechazaba toda connivencia con armas y con estrategias de muerte y les ayudó a buscar y a construir estrategias de vida y dignidad en medio de océanos de muerte, fue estigmatizado por el Estado como si fuera un “combatiente”, cuando eso fue lo que estuvo más lejos de sus proyectos y convicciones. ¿No revela esto una perversidad extrema en las políticas del Estado, que recurre a la mentira más infame para desprestigiar a quienes defienden la vida con entrega y compromiso insobornable?

La fortaleza espiritual de Eduar estuvo cimentada, desde los años juveniles de sus opciones fundamentales de vida, en una fe cristiana que maduró al ritmo de sus intensas experiencias y compromisos. Cuando formuló sus primeros proyectos de trabajo con jóvenes pobres, expresó su visión de la presencia y de la acción de Dios en un mundo lleno de injusticia y de violencia:

“Los actuales momentos históricos que vivimos nos colocan en incertidumbre y, por qué no decirlo, en instantes desconcertantes. Pareciera que el rostro de Dios se nos hubiera ocultado, pues las alternativas parecen quimeras que son azotadas por realidades tan duras y escalofriantes que las esfuman y llevan a mirar como muy poco esperanzadora la proyección del día de mañana. Pero es justo en estos momentos de extrema pobreza, de íntima desolación y crisis, donde Dios se nos revela como el Dios liberador: aquel que toma postura frente a los desamparados, aquellos que sufren la realidad estructural de un mundo que se hunde en la indiferencia y en el dinero como único factor de salvación, desbordando diariamente y cada vez más la distancia entre ricos y pobres, con el agravante que a los desheredados de una vida digna se les niega el mínimo derecho a la vida, a través de masacres, de limpieza social, tortura, desaparición, etc. Esto nos lleva como cristianos a interiorizar en una espiritualidad que siga creyendo en el Dios de la

vida y donde el trabajo diario como cristianos sea la construcción diaria de la mediación del reino; se hace necesario ver la salvación y redención del pecado en nuestra historia; no podemos ser infieles anhelando las cebollas de Egipto, es necesario sobrepasar estos momentos de prueba, con la certeza de que “el Dios de Israel, el Dios de nuestros Padres”, camina con nosotros. Se hace necesario un compromiso radical de vida que parta de interrogar sobre qué nos dice Cristo en estos momentos de oscuridad. Él ahora más que nunca se nos presenta como camino, verdad y vida; ahora más que nunca es denunciante de los fariseos que colocan grandes cargas a su pueblo y viven de la explotación de éste; ahora más que nunca muere por aquellos que son condenados a muerte por hambre y por bala; ahora más que nunca se hace momento de resurrección para los pobres que viven la resistencia diaria por sobrevivir y que inconscientemente están en una presencia de fe viva y dinámica, capaz de transformar y transparentar el lugar histórico en que se nos revela como camino hacia el sitio que nos ha reservado junto al Padre. (...) Esta búsqueda de resistencia nos lleva y compromete en el nombre de Dios a no pactar con la muerte del pobre, pues no puede haber fe en Dios sin la profunda convicción de la supremacía de la vida de los pobres, y como dice Uriel Molina⁸ “sin la lucha por la vida de los pobres vana es la creación de Dios”. Frente a ésta veracidad de saber que el Dios de la vida nos llama a caminar con Él en la siembra del amor y la vida en defensa de los derechos humanos, no como algo adhesivo, sino por el contrario, como esencia cristiana de fermento para el Dios de la resurrección, frente a esto podemos decir que el camino es largo, por ello se hace necesario partir ya, con la confianza que embargaba al profeta Isaías: “Vivirán tus muertos, tus cadáveres se alzarán, despertarán jubilosos los que habitan en el polvo porque tu rocío es rocío de luz, y la tierra de las sombras parirá.” (Is. 26,19) (...) El proceso para tal fin es el reflexionar y sentir al Cristo liberador y promotor de la vida y del amor, por ello crucificado en toda deshumanización y denunciante en toda injusticia, asumiendo la causa de los pobres y creando continuamente en la historia momentos de resurrección a través de diversas resistencias populares, pues así como con el pueblo de Israel, nuestra historia es historia de salvación, es un momento provocador del Dios del Amor en pro de la hermandad y la solidaridad por el bien de la construcción del Reino de Dios”.⁹

Eduar se preocupó siempre de que el proceso de la Comunidad de Paz estuviera iluminado, en sus momentos fuertes, dolorosos o alegres, por la Palabra de Dios y por su presencia sacramental. Ordinariamente proclamaba la Palabra en las celebraciones con marcada unción y consumía el pan y el vino eucarísticos siempre con un visible sentimiento sobrecogedor que parecía inspirarle el signo del cuerpo de Jesús simbolizado en un pan consumido y destruido para dar vida a otros, reflejo de su propio cuerpo cada vez más desgastado y destruido también para dar vida a otros.

Ya en sus últimos meses de actividad, Eduar escribió y publicó un último librito al que le puso un título profundamente significativo, quizás pensando en que iba a ser

⁸ Uriel Molina es un sacerdote franciscano nicaragüense quien tuvo mucha incidencia, desde la religión, en la revolución sandinista.

⁹ Parte motiva de un proyecto presentado por Eduar para trabajar con jóvenes pobres en Mosquera, Cundinamarca, en 1995.

como su testamento: “*Sembrando diariamente la Vida*”¹⁰, en el cual le dio expresión a la última versión de sus sueños sobre la Comunidad de Paz. En realidad eso fue, en síntesis, su vida: el sembrar diariamente la Vida.

A partir de la Semana Santa de 2011 se fue revelando en su cuerpo la presencia de un tumor canceroso en el fémur izquierdo que fue creciendo vertiginosamente y luego de una dolorosa operación, hizo metástasis en sus pulmones. Catorce meses después los estaríamos sepultando. El 23 de marzo de 2012, cuando la Comunidad de Paz cumplía 15 años de existencia y numerosos amigos se concentraron para celebrar el aniversario, Eduar, haciendo un gran esfuerzo ya que la asfixia le impedía casi hablar, dio su último mensaje oral, vía telefónica, a la Comunidad. Allí afirmó:

“No puedo hablar mucho porque me asfixio muchísimo. Les quería dar un pequeño saludo a todos. Hoy cumplen 15 años, de mucha historia. Muchos comenzamos a caminar, otros se quedaron, otros no quisieron volver a estar, y otros hasta el final. Pero son 15 años de resistencia, de generar Comunidad.

Mi salud no me ha permitido estar allí, este cáncer ha sido bastante fuerte, pero a pesar de eso aprendí de la Comunidad mucho tiempo. En la Comunidad todas las luchas las perdíamos, pero lo importante era la lucha y la resistencia. Yo también sigo luchando, y no sé si pueda o no ganarle a este cáncer, pero por lo menos he luchado.

A pesar de no estar allí, durante muchos años recorrí todos esos caminos y aunque no esté físicamente pero allá estoy. ¿Y qué más? Esos jóvenes que están creciendo en la Comunidad sigan esa lucha, la lucha es todo y no es diferente... por la Comunidad...

Ha sido un honor haber compartido. Muchas gracias, muchos ánimos y aunque no esté físicamente, siempre estaré allí. Muchas gracias”.

Eduar siempre quiso ser discreto, prefería siempre pasar desapercibido y no aceptar ningún puesto de liderazgo sino de servicio, a pesar de que su liderazgo natural todo el mundo en la Comunidad se lo reconocía y siempre acudían a él para buscar luz y fuerza moral. Tampoco aceptó invitaciones internacionales para exponer el proyecto de la Comunidad de Paz, prefería que fueran otros: los campesinos miembros del Consejo Interno. Sin embargo, en una peregrinación que se hizo a Bogotá en noviembre de 2010, promovida por la Comunidad de Tamera, Portugal, comunidad de Paz hermana de la de San José, se le pidió que en la visita que se hizo a la localidad de Sumapaz, al sur de Bogotá, expresara el sentido de la Comunidad de Paz. Sus palabras fueron conmovedoras y quedaron registradas en varias cámaras. Luego de su muerte, la Comunidad de Tamera puso a circular algunos apartes en internet:

“Antier que se había dicho que se iba a hacer este pequeño foro, se planteaba que la Comunidad hablara y que habláramos quince minutos sobre la Comunidad. Ayer,

¹⁰ LANCHERO, Eduar, “*Sembrando Diariamente la Vida La construcción agroalimentaria de la Comunidad de Paz de San José de Apartadó*”, ARFO Editores e Impresores Ltda, Bogotá, 2010, ISBN: 978-958-8198-61-3

cuando estábamos en la laguna, yo estaba reflexionando –porque se había dicho que hablara yo en este momento- de qué hablar. No voy a hablar de la historia de la Comunidad. Creo que en las mesas lo podemos hacer, la gente la conoce y hay algunos libros. Yo quiero hablar es sobre **cuál es la profundidad de la Comunidad**.

Dos momentos fuertes de todo lo que ha pasado en la Comunidad de gran dolor, han sido dolorosísimos. Y fue el asesinato de Ramiro Correa, en el año 97, por la guerrilla –hoy su hija está aquí- y el asesinato de Luis Eduardo Guerra en el año 2005 por parte del ejército y los paramilitares. Fueron dos momentos de sumo dolor y donde la Comunidad sangraba y casi se despedazaba. Y ¿qué es lo que la Comunidad hizo en ese momento? Y **es la profundidad que tiene la Comunidad: convertir el dolor en esperanza**. Eso es lo que hemos hecho en estos catorce años.

El Estado, los paramilitares, dicen: les hemos hecho de todo y nunca los hemos podido destruir. Y hasta ellos dicen: ¿qué más podemos hacerles? Pero la ceguera de los que son asesinos les lleva a ver que nos pueden hacer lo que quieran, pero **mientras el dolor se vuelva esperanza, siempre habrá comunidad**. No puede destruirse. Y eso es lo que hemos querido compartir con todos ustedes en esta caminata: que lo posible se puede volver realidad y lo que muchas veces dicen que es imposible, es falso porque lo podemos hacer realidad y posible. Y no es que construyamos cosas, que tengamos grandes cultivos, porque somos capaces de dejar eso, sino porque **lo imposible se hace posible cuando el dolor deja de ser dolor para volverse esperanza**.

Y ¿qué es la esperanza? La esperanza es cuando ya no odiamos al asesino. La esperanza es cuando construimos colectivamente; cuando la vida la hacemos realidad hoy y donde estamos. La Comunidad de Paz no tiene futuro, tiene es presente. Si nosotros hoy, en el partido que jugábamos, aquí sentados, no construimos comunidad, hemos perdido la esperanza. La esperanza no es de mañana. La esperanza es del hoy.

Este año, en febrero, tuvimos la conmemoración de los cinco años de la masacre donde mataron a Luis Eduardo y a 7 miembros de la Comunidad y a otra persona de la zona. Cinco años que han sido terribles. Es una época donde el país se ha paramilitarizado, donde la sociedad sólo ofrece muchas veces la muerte, donde se asesina constantemente, y con una palabra bella que decía ayer Sabina¹¹, se privatiza todo, se nos priva de todo, pero la Comunidad sigue construyendo vida y no creemos en la privatización. Creemos que la justicia es para todos; creemos que la tierra es para todos; creemos que la dignidad es para todos. Y en febrero que compartimos el Campus Global, la gente de Tamera en su espiritualidad nos ayudó en nuestra espiritualidad, porque un miembro grande de nuestra Comunidad nos dejaba después de caminar 13 años; razones tenía para dejarnos, pero indudablemente dolía, cuando uno cree y vive un proyecto y alguien lo deja, pero la fuerza de ellos nos ayudó a pensar, a sentir

¹¹ Sabine Lichtenfels, de nacionalidad alemana, cofundadora de la Comunidad de Paz de Tamera, en Portugal, teóloga y lidereza espiritual de dicho proyecto, estuvo presente en la peregrinación a Bogotá en noviembre de 2010, en solidaridad con la Comunidad de Paz de San José de Apartadó.

y a construir con más fuerza. Y teníamos que ver y sentir que lo más importante que tenemos que construir diariamente, sin cansarnos, a pesar de la altura, del miedo, del terror, es la coherencia, eso lo hemos ido aprendiendo, no lo tenemos construido.

Tenemos una pequeña aldea, no como espacio físico sino como el lugar donde la Comunidad tenemos que beber de esa fuente, de ser coherentes, a construir diariamente un mundo.

Hace catorce años hablábamos de cambiar el mundo. Hoy decimos que hemos cambiado el mundo porque hemos sido comunidad, porque hay una posibilidad real de que se pueda hacer vida y allí en la aldea es que queremos beber de ese manantial.

Agradecemos a Sabina porque aprendió de nosotros y nos enseñó la espiritualidad, esa espiritualidad universal que cuando se vive realmente puede pasar lo que sea y nunca la destruirán, es una llama viva, que puede ser muy pequeña, pero siempre estará ahí. Muchas gracias.”

“Convertir el dolor en esperanza” fue ciertamente el motivo central de la vida de Eduar. Por este sueño se jugó su vida y la entregó con una generosidad total. El 28 de junio de 2012, a la 01:00 de la madrugada, cuando sus restos llegaron al asentamiento de San Josesito de Apartadó luego de recorrer 13 horas en carro desde Barranquilla, una multitud se congregó desde varios kilómetros antes para recibirlos. Habían bajado apresurados desde veredas situadas a muchas horas de camino para recibir esos despojos con inmensa gratitud por una vida y un testimonio heroico que había construido con ellos, palmo a palmo, una ruta de esperanza desde el más atroz sufrimiento. Al terminar la ceremonia exequial, hacia las 17:30 horas, los miembros del Consejo Interno de la Comunidad cargaron su féretro y lo hicieron recorrer, acompañados por la multitud, todos los espacios comunitarios donde se había ido construyendo la esperanza. Finalmente lo dejaron descansar, al anochecer, en una bóveda construida ese mismo día en el centro axial del Monumento a las Víctimas, donde su memoria y su presencia seguirá inspirando las rutas de esperanza de esa Comunidad de Paz.

Javier Giraldo Moreno, S. J.

**Aquellas muertes que hicieron
resplandecer la vida**

**los que cayeron en combate
nota introductoria**

Los que cayeron en combate nota introductoria

En la historia reciente de Colombia, encontramos casos peculiares de sacerdotes cuyo compromiso radical con el pobre y con la causa de la justicia los llevó a militar en organizaciones armadas, siendo sacrificados en combate. Para muchos, su testimonio cristiano quedó desnaturalizado al asumir, como método de lucha, la vía armada. Otros los consideran verdaderos mártires, porque expusieron su vida generosamente, desde su ingreso a la milicia, por una causa justa, por la cual derramaron su sangre. Otros piensan que, si bien su opción militar fue equivocada –sin juzgar su conciencia–, pues “la violencia no es cristiana”, no se puede por ello descalificar su compromiso radical con la causa de los pobres y de la justicia.

Ya en la introducción se veía que, si bien algunos teólogos, como Santo Tomás de Aquino y otros, no niegan el carácter de mártires a los que mueren en combate por el bien (aún por el bien de la “república” –en el sentido de “cosa pública”, o sea, lo político–pero referido a la fe), sin embargo otros teólogos señalan en este caso la falta de una de las características del martirio cristiano, que sería la “aceptación paciente de la muerte”. Así, el Papa Benedicto XIV decía que quien muere en la milicia “no muere por voluntad sino por necesidad”, a lo cual otros arguyen que “la voluntad” estaría explicitada en la opción que los llevó a exponer su vida en la milicia por la causa de la justicia.

Un contexto social violento, como fue el ingreso de los pueblos bárbaros al cristianismo, que estuvo en el origen de la formación de la Cristiandad, inspiró toda una Teología de la Violencia, que penetró incluso en la Liturgia pontifical. En efecto, el Pontifical Romano incluía, hasta hace poco, el rito de la Bendición de Armas, las cuales, puestas sobre el altar, eran consagradas en esta fórmula: *“La bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre estas armas y sobre quien las va a portar para defensa de la justicia. Te rogamos, Señor Dios, que lo protejas y defiendas. Tu que vives y reinas, Dios, por los siglos de los siglos.”*¹

¹Pontificale Romanum, edit. H.Dessain, Archid.Mechliniae, 1895, p.304. En latín, en el original: *Benedictio Dei Omnipotentis, Patris et Filii, et Spiritus Sancti, descendat super haec arma et super induentem ea quibus ad tuendam iustitiam induatur. Rogamus te, Domine Deus, ut illum protegas et defendas, qui vivis et regnas, Deus, per omnia saecula saeculorum.*

Diversas coyunturas históricas inspiraron a Sumos Pontífices, teólogos y escritores cristianos, la defensa de la violencia, cuando esta es ejercida en servicio de la fe y de la justicia, como: en la defensa de los lugares santos y de los peregrinos (Cruzadas y Ordenes religioso-militares); la defensa de la Cristiandad contra las herejías (Inquisición); la defensa de reinos o príncipes cristianos (Guerra Justa); la defensa contra gobernantes depravados (Tiranicidio); la defensa frente a agresores injustos (Legítima Defensa y Resistencia Armada).

Desde nuestra sensibilidad actual no deja de ser impresionante releer estos párrafos de San Bernardo, en su “Loa a la Nueva Milicia”:

*“Dar o recibirla muerte por Cristo, no sólo no implica ofensa de Dios ni culpa alguna, sino que merece mucha gloria; pues en el primer caso, el hombre lucha por su Señor, y en el segundo, el Señor se da al hombre por premio, mirando Cristo con agrado la venganza que se le hace de su enemigo, y todavía con agrado mayor se ofrece El mismo por consuelo al que cae en la lid. Así, pues, digamos una y más veces que el caballero de Cristo mata con seguridad de conciencia y muere con mayor confianza y seguridad todavía. Ganancia saca para sí, si sucumbe, y triunfo para Cristo, si vence. No sin motivo lleva la espada al cinto. Ministro de Dios es para castigar severamente a los que se dicen sus enemigos. De su Divina Majestad ha recibido el acero, para castigo de los que obran mal y exaltación de los que practican el bien. Cuando quita la vida a un malhechor, no se le ha de llamar homicida, sino “malicida”, si vale la palabra; ejecuta puntualmente las venganzas de Cristo sobre los que obran la iniquidad, y con razón adquiere el título de defensor de los cristianos. Si le matan, no decimos que se ha perdido, sino que se ha salvado. La muerte que da es para gloria de Cristo, y la que recibe, para la suya propia.”*²

En nuestra convulsionada historia colombiana no ha dejado de causar agudas polémicas la canonización del Obispo Fray Ezequiel Moreno Díaz, quien no dudó en utilizar los bienes de la Iglesia para proporcionar armas a las fuerzas conservadoras que en 1899 luchaban contra el Liberalismo, del cual él afirmaba rotundamente que era “pecado”. En su Carta Pastoral del 25 de Julio de 1900, afirmaba:

“La verdadera fe es el blasón más precioso que puede tener un pueblo y debe conservado a todo trance, y aun con las armas, si se hace necesario...”

Si se puede guerrear por la integridad territorial de la patria o para reparar la afrenta hecha al honor nacional, o por otros motivos justos, ¿Cuánto más se podrá guerrear por la verdadera fe, que es más y vale más que todo eso?

Hoy tiene una innegable audiencia el movimiento de la No violencia Activa, que contesta fuertemente toda la Teología de la Violencia elaborada por la Cristiandad

² San Bernardo de Claraval, *Obras*, BAC, Madrid 1947, p.1442-1443.

Medieval y desarrollada posteriormente, pero al mismo tiempo, las luchas del Tercer Mundo por la justicia Social, leídas en el contexto de una violencia institucionalizada y de una violencia represiva que han alcanzado niveles terriblemente escandalosos, han vuelto a plantear el problema de la violencia justa que surge desde las víctimas de la violencia del poder.

El teólogo alemán Karl Rahner, frente a las luchas del Tercer Mundo propone una “ampliación del concepto tradicional de martirio”, de tal modo que puedan ser reconocidos como verdaderos mártires quienes mueren combatiendo por la justicia. Sus argumentos son estos:

“Nos preguntamos si hay que considerar como algo necesario y permanente unido al concepto de martirio tal exclusión de una muerte sufrida luchando activamente por la fe cristiana y sus exigencias morales, incluso con respecto a la sociedad...”

Ante todo, es claro que conceptos como los que aquí están en juego tienen su historia y son susceptibles de modificaciones legítimas. A decir verdad, el único problema radica en precisar si la aceptación resignada de la muerte por causa de la fe y el hecho de morir luchando por esa misma fe o por alguna de sus exigencias, pueden englobarse bajo un concepto de martirio, dado que entre ambas formas de muerte hay una amplia y profunda coincidencia y que aplicar el mismo concepto no implica negar una diferencia permanente entre las dos...

De hecho, hay muchos conceptos que engloban dos realidades en razón de su semejanza objetiva, sin que por eso se nieguen o velen necesariamente sus diferencias. En el vocabulario eclesiástico, el término “pecado” designa la “corrupción hereditaria” y el estado pecaminoso resultante de las culpas personales, sin que por ello sea preciso negar una diferencia radical entre los dos estados.

Es cierto que el hecho de soportar pacientemente la muerte por causa de la fe tiene una relación peculiar con la muerte de Jesús, quien por su muerte paciente pasó a ser el testigo fiel y fidedigno por antonomasia. Pero esta innegable diferencia entre las dos formas de muerte, no excluye que puedan englobarse bajo el único concepto y término de martirio.

Para descubrir esto, es decir, para poner de manifiesto la semejanza interna y esencial de esas dos formas de muerte, pese a las diferencias existentes entre ellas, es preciso reflexionar sobre muchos aspectos. Ante todo, la muerte de Jesús “soportada pasivamente”, fue consecuencia de su lucha contra quienes tenían en aquella época el poder religioso y político. Jesús murió porque luchó; su muerte no debe ser contemplada al margen de su vida. Por otra parte, también “soporta” su muerte quien cae luchando activamente por las exigencias de sus convicciones cristianas, incluso en lo que respecta a la dimensión de

la sociedad pública, bajo ciertas condiciones. De hecho, tal muerte no se busca directamente por sí misma e incluye un elemento pasivo, del mismo modo que la muerte del mártir en sentido tradicional encierra también un elemento activo, pues ese mártir provoca con su testimonio activo y con su vida la situación en que no podía librarse de la muerte sin renegar de su fe.

Como es natural, puede seguir constituyendo un problema determinar con qué exactitud es preciso definir la lucha activa y distinguirla de otros hechos análogos para que la muerte acaecida en esa lucha activa pueda y deba ser calificada como martirio. No todo el que cae en una guerra religiosa combatiendo en el campo cristiano o en el católico puede ser considerado como mártir. En tales guerras religiosas influyen también demasiados factores terrenos y no está claro si cada combatiente cuenta en serio con su muerte y la acepta de verdad. (...)

En cualquier caso, las diferencias entre morir por causa de la fe en una lucha activa y morir por causa de la fe soportando la muerte pasivamente son demasiado fluidas y difíciles de precisar como para que sea preciso distinguir conceptualmente las dos formas de muerte no expresándolas con el mismo término. En los dos casos se da la misma aceptación expresa y resuelta de la muerte por la misma motivación cristiana; en los dos casos es la muerte una aceptación de la muerte de Cristo que, por constituir el acto supremo del amor y la fortaleza, pone sin reservas al hombre creyente en manos de Dios y representa una unión radical de dos acciones: la del amor y la de verse privado del propio ser por el no -incomprensible pero sumamente eficaz- de los hombres al amor de Dios que se revela. En los dos casos aparece la muerte como plena y clara manifestación de la verdadera naturaleza de la muerte cristiana. También cuando se cae luchando por las convicciones cristianas constituye la muerte un testimonio en favor de la fe caracterizado por una decisión sin reservas; tal decisión integra en la muerte toda la existencia, está inspirada y sustentada por la gracia de Dios y se toma en medio de la más profunda impotencia interna y externa, que el hombre acepta resignadamente. Todo ello puede aplicarse también a la muerte sufrida en la lucha, ya que, en la vivencia de su fracaso, estos combatientes experimentan y sufren su propia impotencia y el poder del mal, lo mismo que el mártir paciente en sentido tradicional”.³

K. Rahner concluye su exposición indicando que Santo Tomás de Aquino defendía también este concepto amplio del Martirio, como se explicó en la introducción a este volumen.

Pero si no ha sido fácil este discernimiento en la historia de la Iglesia y de la Teología, tampoco lo es frente a testimonios que, si bien han sido profundamente polémicos

³ Rahner, Karl, “Dimensiones del martirio”, en: Revista Concilium, 183, marzo 1983, p.321-324.

en su contexto, también han sido interpelantes, por revelar opciones radicales por la justicia y por el pobre.

Al incluir en este libro estos testimonios, no pretendemos emitir ningún juicio sobre la opción por la lucha armada -la que continúa siendo una bandera de contradicción- pero el ejemplo de estas vidas entregadas a la causa del pobre y de la justicia nos exige incluirlas en este testimonial.

29 Padre Camilo Torres Restrepo



15 de febrero de 1966

Padre Camilo Torres Restrepo

15 de febrero de 1966

Jorge Camilo Torres Restrepo nació en Bogotá el 3 de febrero de 1929, del matrimonio formado por Calixto Torres Umaña, pediatra, e Isabel Restrepo Gaviria, viuda de Westendorp.

Hizo sus estudios primarios en el Colegio Alemán de Bogotá; sus estudios secundarios en la Quinta Mutis, dependencia del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, y en el Liceo Cervantes de donde salió bachiller en 1946. Ingresó luego a la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Bogotá en donde cursó un semestre.

Decidido a ingresar en la Orden Dominicana, sus padres se lo impidieron e ingresó, entonces, al Seminario Conciliar de Bogotá el 24 de agosto de 1947. Allí cursó tres años de filosofía y cuatro de teología. Fue ordenado sacerdote el 29 de agosto de 1954. En septiembre de ese mismo año ingresó a la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica). Mientras adelantaba estudios de sociología fundó, a finales de 1954, el Equipo Colombiano de Investigación Socioeconómica (ECISE) y se desempeñó como vicerrector del Colegio Latinoamericano de Lovaina, fundado por el Episcopado Belga para la formación de sacerdotes para América Latina.

En julio de 1958 obtuvo su licenciatura en Ciencias Sociales, después de haber presentado su memoria: *Aproximación estadística a la realidad socioeconómica de la ciudad de Bogotá*. Antes de regresar a Colombia, participó en el Primer Congreso de Estudiantes Colombianos en Europa, que se realizó en Lovaina, con participación de 24 delegados de los grupos ECISE de Alemania, Bélgica, España, Francia, Holanda e Inglaterra; allí se adoptó la nueva sigla: ECEP (Equipo Colombiano pro Estudio y Progreso). Pasó luego cuatro meses en Minneapolis (USA) donde siguió, como asistente libre, las cátedras de Sociología Urbana y Sociología del Trabajo.

En marzo de 1959 fue nombrado Capellán Auxiliar de la Universidad Nacional y se vinculó como profesor al Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Económicas. Fundó y presidió el Movimiento Universitario de Promoción Comunal (MUNIPROC) para vincular a los estudiantes con la realidad de los sectores más deprimidos de la sociedad. Participó en la fundación de la Facultad de Sociología en 1961, de la cual fue nombrado miembro del Consejo Directivo y encargado de las cátedras de Sociología Urbana y Metodología del Trabajo.

En diciembre de 1961 fue incluido como segundo suplente en la Junta Directiva del Instituto Colombiano de Reforma Agraria (INCORA). En enero del año siguiente fue nombrado miembro del Comité Técnico del mismo instituto.

En enero de 1962 fue nombrado Profesor-Decano del Instituto de Administración Social de la Escuela Superior de Administración Pública (ESAP). Cuando en junio de 1962 encabezó una protesta por la expulsión de diez estudiantes de la Universidad Nacional, el Cardenal Luis Concha Córdoba, Arzobispo de Bogotá, le ordenó renunciar a todas sus actividades en la universidad. Continuó su trabajo en la ESAP y fue nombrado Vicario-Coadjutor de la Parroquia de Veracruz, en el centro de Bogotá.

Desde octubre de 1964 reunió a un grupo de intelectuales y científicos de diversas corrientes ideológicas y políticas interesados en buscar un consenso en puntos mínimos de acción hacia un cambio de estructuras. Fue elaborando una plataforma para un Movimiento de Unidad Popular, la que expuso públicamente por primera vez en Medellín, el 12 de marzo de 1964, en un evento convocado por el Comando Departamental de las Juventudes Conservadoras. Entre tanto el Cardenal, sujeto a múltiples presiones, le ordenó renunciar a la ESAP para encargarse de una oficina de planeación pastoral de la Arquidiócesis de Bogotá. Camilo pidió un plazo para pensarlo, pero luego rechazó esta propuesta y pidió más bien se le permitiera regresar a Lovaina para preparar su doctorado.

La polémica desatada por su Plataforma y la aceptación que ésta tuvo en los sectores estudiantiles, obreros, populares y en diversas fuerzas políticas, le hizo renunciar también a su viaje en Europa. Un gran homenaje que se le ofreció en la Universidad Nacional de Bogotá el 22 de mayo, lo comprometió más con el movimiento desencadenado por su plataforma, pero a la vez ésta fue condenada públicamente por el Arzobispo de Bogotá, como contraria a la doctrina de la Iglesia. Ante múltiples solicitudes, la Curia se negó a precisar en qué puntos la Plataforma se hacía inconciliable con la doctrina social cristiana, mientras Camilo era invitado a universidades, sindicatos, organizaciones gremiales y políticas para desarrollar sus postulados.

La imposibilidad de un diálogo con el Cardenal y su creciente liderazgo popular, lo llevaron a solicitar su reducción al estado laical el 24 de julio de 1965.

Fundó el semanario Frente Unido, cuyo primer número, en una edición de 45.500 ejemplares, apareció el 26 de agosto de 1965 y se agotó el mismo día. Alrededor de

este período se gestó un amplio movimiento de unidad popular. Entre tanto Camilo mantuvo contacto permanente con el Ejército de Liberación Nacional, agrupación guerrillera que inició actividades en julio de 1964 e hizo su aparición pública en enero de 1965 con la toma de la población santandereana de Simacota.

Entre julio y octubre de 1965 Camilo desarrolló una intensa actividad política, creando a su paso por barrios, pueblos y ciudades, los Comités del Frente Unido. Logró aglutinar a grandes contingentes de “no alineados” y a militantes de las más diversas fuerzas política y gremiales.

El 18 de octubre de 1965 viajó a las montañas de Santander donde se incorporó como combatiente al Ejército de Liberación Nacional, decisión que hizo pública el 7 de enero de 1966, mediante una Proclama al pueblo colombiano.

El 15 de febrero de 1966 murió en el contexto de un combate entre fuerzas de del ELN y del Ejército Nacional, en Patio Cemento, corregimiento de El Carmen, municipio de San Vicente de Chucurí, departamento de Santander.

Algunos Textos de Camilo

La esencia del cristianismo es el amor al prójimo:

“Creo que es importante mostrar cómo el cristianismo exige para la consecución de la vida eterna, la realización plena del hombre en la vida presente, ya que la esencia del cristianismo es el amor al prójimo, y el amor al prójimo está en la realización del hombre individual y social”. (De la mesa redonda en el Colegio Nacional de Periodistas. Agosto de 1965).

“Ese amor no se puede realizar por la beneficencia... exige un cambio de estructuras. Descubrí el cristianismo como una vida centrada totalmente en el amor al prójimo, me di cuenta que valía la pena comprometerse en este amor, en esta vida, por lo que escogí el sacerdocio para convertirme en un servidor de la humanidad. Fue después de esto cuando comprendí que en Colombia no se podía realizar este amor simplemente por la beneficencia sino que urgía un cambio de estructuras políticas, económicas y sociales que exigían una revolución a la cual dicho amor estaba íntimamente ligado”. (Del reportaje que le hizo el periodista francés Jean Pierre Sergent, publicado en Hora Cero, de México. Junio 1 de 1967).

*“Para ser sincero, el amor debe ser eficaz, es necesario unirlo a la ciencia... a la acción
Yo vengo de una familia que no era practicante, más bien de librepensadores.
Y encontré el cristianismo como una forma de vivir el amor al prójimo, el amor a los semejantes. Al ver la importancia que tiene esto, resolví dedicarme al amor al prójimo de tiempo completo, y por eso me hice sacerdote. Cuando vi que la caridad, el amor, para ser sincero y verdadero era necesario que fuera eficaz, entonces vi que era necesario unirlo a la ciencia, y por eso me hice so-*

ciólogo. Pero al estudiar la sociología, me di cuenta que para darle de comer a las mayorías, no bastaba con la beneficencia del paternalismo, sino que había que organizar a nuestra sociedad en una forma diferente. Por todos los modos traté de que esto lo hicieran los laicos católicos, para que realizaran esta transformación estructural en Colombia, en beneficio de mis hermanos. Sin embargo, vi que o no se quería hacer o no se podía hacer, y después de haber ensayado por muchos medios, de recurrir a los políticos de la oposición, me resolví yo mismo a plantearlo al pueblo directamente”. (Del reportaje hecho por los periodistas Amin Hindrichs y Fernando Foncillas para una revista alemana, reproducida en mimeo por la Universidad INCCA de Bogotá).

Se ha descuidado la adhesión, por convicción, al Evangelio:

“La política de la Iglesia católica ha sido más de conservación de una sociedad [301] que se supone cristiana, que la de cristianizar. La evangelización española logró que los latinoamericanos adquiriéramos una serie de formas exteriores del cristianismo y algunos valores cristianos, pero no se llegó a implantar el cristianismo dentro de nuestra cultura espiritual. De allí que nuestro apostolado le haya puesto énfasis al culto externo, descuidando la adhesión por convicción al Evangelio, y descuidando el amor al prójimo. En mi concepto, la jerarquía de prioridades debería ser inversa. El amor, la enseñanza de la doctrina, y por último, el culto. Los jóvenes se resienten ante la imposición de prácticas externas en las que no se exige convicción, y en la imposición de dogmas que no se explican, que aparecen inconciliables con la ciencia, y que además no están respaldados por un auténtico testimonio de amor a la humanidad sin discriminaciones. (Del reportaje de Hernán Giraldo. Magazín Dominical de El Espectador. Junio 13 de 1965).

Colombia: pueblo de bautizados y... despedazado por la violencia:

“Es cierto que nuestro pueblo es en su mayoría católico; yo diría que más que católico es un pueblo de bautizados, porque si la esencia del catolicismo como la esencia del cristianismo es el amor, tanto que San Pablo nos dice que el que ama a su prójimo cumple con la ley, no tendríamos un pueblo despedazado por la violencia, un pueblo en que se oprima a las viudas, a los huérfanos, a los pobres, en que no está reinando el amor en las instituciones. Aunque nosotros tenemos leyes para todo, porque en Colombia hay leyes para todo, la aplicación de esas leyes no se hace en virtud del amor al prójimo sino en virtud del egoísmo del grupo”. (Conferencia en el Sindicato de Bavaria. Bogotá. Julio 14 de 1965).

Renovar el concepto de pobreza cristiana:

“Yo creo que una de las tendencias de la reforma actual de la Iglesia es una renovación del concepto auténtico de la pobreza cristiana. Los cristianos tenemos mucho aprecio por el concepto de pobreza espiritual, pero en ocasiones nos aferramos tanto al concepto espiritual de la pobreza para evadir la pobreza material.

Personalmente yo no creo en la pobreza espiritual que no se refleje en la pobreza material, ni en una pobreza individual de personas que pertenecen a una sociedad rica.

Creo que la pobreza debe ser material, individual y social, además de espiritual. La renovación de este concepto se tendrá que traducir en toda la vida exterior de todos los cristianos y de la misma Iglesia". (Del reportaje de Hernán Giraldo. Magazin Dominical de El Espectador. Junio 13 de 1965).

"La Iglesia debe ser una Iglesia pobre, una Iglesia que no esté ligada a los poderes temporales y que siga más la sabiduría de Dios y no la sabiduría de los hombres". (Rueda de prensa. El Espectador, Bogotá. Junio 16 de 1965).

Trabajar con los pobres... no para los pobres:

"A los eclesiásticos nos cuesta trabajo ligar nuestro amor al prójimo a un cambio fundamental de las instituciones del país. Utilizar la beneficencia para solucionar estos problemas tan graves, es como creer que el cáncer se puede curar con Mejoral. Los sacerdotes deberíamos trabajar con los pobres, a fin de que éstos sean los que realicen sus conquistas por organización y por presión". (Reportaje de Hernán Giraldo -Magazin dominical de El Espectador-junio 13 de 1965).

No basta la fe pasiva. Caridad es vivir la fraternidad humana:

"El cristiano, como tal, y si quiere serlo realmente y no sólo de palabra, debe participar activamente en los cambios. La fe pasiva no basta para acercarse a Dios: es imprescindible la caridad. Y la caridad significa, concretamente, vivir el sentimiento de la fraternidad humana. Ese sentimiento se manifiesta hoy en los movimientos revolucionarios de los pueblos, en la necesidad de unir a los países débiles y oprimidos para acabar con la explotación, y en todo eso, nuestra posición está claramente de este lado, y no del lado de los opresores. Por eso a veces, un poco en broma pero también bastante en serio, me pongo intransigente y le digo a mí gente: el católico que no es revolucionario y no está con los revolucionarios, está en pecado mortal". (Reportaje de Adolfo Gilly-Public. Semanario MARCHA, de Montevideo, junio 4 de 1965).

No permitir que la religión siga siendo instrumento de explotación:

"Todo lo que adormece conciencias, adormece la actividad de los obreros y de los campesinos porque les dice: ustedes estén tranquilos, sufran en esta vida las injusticias y los bajos salarios que tendrán su premio en el cielo. Nosotros no podemos tolerar que algo tan sagrado como la religión siga siendo un instrumento de explotación de las clases oligárquicas. Nosotros los cristianos tenemos que rebelarnos, demostrarle al pueblo que lo esencial del cristianismo no es usar escapularios ni asistir a procesiones: que lo esencial del cristianismo está en el amor al prójimo y que este amor al prójimo para ser eficaz necesita un cambio de poder político para que las leyes hablen en favor de las mayorías y que si este cambio de poder político es lo que nosotros llamamos revolución, solamente se logrará el amor al prójimo mediante la revolución en Colombia. Por lo tanto tenemos que ver que los católicos y los cristianos no solamente pueden ser revolucionarios, sino que si lo esencial del cristianismo está condicionado a

la revolución, los cristianos también seremos juzgados para la vida eterna, respecto de nuestro compromiso con la revolución y tenemos obligación de ser revolucionarios. Si el Cardenal y otros Obispos de Colombia, si los Obispos de Colombia se han atrevido a decir en otras ocasiones que es pecado mortal abstenerse en las elecciones, yo creo que la clase popular considera hoy que para los cristianos es pecado mortal abstenerse de la revolución.

Por lo tanto no nos vamos a dejar dividir, como tantas veces lo hemos planteado, en estos problemas angustiosos de Colombia; qué nos va y qué nos viene estar discutiendo entre católicos y comunistas si Dios existe o si Dios no existe, si todos estamos convencidos de que la miseria existe. ¿Por qué estamos encerrados por ahí, en los cafetines, discutiendo si el alma es mortal o si el alma es inmortal, cuando sabemos que la miseria sí es mortal? No nos vamos a dejar engañar por esas discusiones, vamos a las cosas que benefician a la clase popular colombiana, vamos a hacer una campaña, vamos a hacer lo que, por lo cual seremos juzgados los cristianos: si hemos dado de comer, si hemos dado de beber, si hemos dado vivienda, si hemos dado vestido, si hemos dado educación. Por eso seremos juzgados. Nadie nos va a juzgar por si usamos una medallita o no la usamos, nadie nos va a juzgar por tener una devoción a tal santo o a tal otro. Nosotros creemos que Cristo está en cada uno de nuestros prójimos, sea comunista, sea protestante y que, especialmente, Cristo está en cada uno de los pobres de Colombia... porque lo que hagamos con cualquiera de los pobres lo hacemos con Cristo". (Conferencia en Barranquilla, Agosto 6 de 1965).

Es necesario un cambio en el poder:

"En las circunstancias actuales de América Latina, nosotros vemos que no se puede dar de comer, ni vestir, ni alojar a las mayorías. Los que detentan el poder constituyen esa minoría económica que domina al poder político, al poder cultural, al militar y, desgraciadamente también, al eclesiástico en los países en los que la Iglesia tiene bienes temporales.

Esa minoría no producirá decisiones en contra de sus intereses. Por eso las decisiones gubernamentales no se hacen en favor de las mayorías. Para darles de comer, beber, vestir, se necesitan decisiones básicas que sólo pueden proceder del gobierno. Las soluciones técnicas las tenemos o las podemos obtener. Pero ¿Quién decide su aplicación? ¿La minoría en contra de sus propios intereses? Es un absurdo sociológico que un grupo actúe contra sus propios intereses". (Del documento "Encrucijadas de la Iglesia en América Latina", redactado por Camilo para acompañar su carta al Obispo Coadjutor de Bogotá, el 19 de abril de 1965)

El Cristianismo no está ligado a ningún sistema:

"Creo que una de las grandes ventajas del Cristianismo, es que no postula a priori ninguna economía como la economía ideal, sino que se atiene a las realidades de cada sociedad, para que los encargados de los destinos temporales de ésta, elaboren una

economía. Lo único que le pide el Cristianismo a la ciencia económica, es que salvguarde las prerrogativas de la persona humana, con todas las consecuencias que esta noción de “persona humana” implica”. (Del libro “Conversaciones con un Sacerdote Colombiano” -Reportaje hecho a Camilo por Rafael Maldonado Piedrahita en julio de 1956- Publicado en Editorial Antares, Bogotá, 1957)

He resuelto entregarme yo:

“Cuando existen circunstancias que impiden a los hombres entregarse a Cristo, el sacerdote tiene como función propia combatir esas circunstancias, aun a costa de su posibilidad de celebrar el rito eucarístico que no se entiende sin la entrega de los cristianos.

En la estructura actual de la Iglesia se me ha hecho imposible continuar el ejercicio de mi sacerdocio en los aspectos del culto externo. Sin embargo, el sacerdocio cristiano no consiste únicamente en la celebración de los ritos externos. La Misa que es el objetivo final de la acción sacerdotal, es una acción fundamentalmente comunitaria. Pero la comunidad cristiana no puede ofrecer en forma auténtica el sacrificio si antes no ha realizado en forma efectiva, el precepto del amor al prójimo.

Yo opté por el cristianismo por considerar que en él encontraba la forma más pura de servir a mi prójimo. Fui elegido por Cristo para ser sacerdote eternamente, motivado por el deseo de entregarme de tiempo completo al amor de mis semejantes. Como sociólogo, he querido que ese amor se vuelva eficaz, mediante la técnica y la ciencia; al analizar la sociedad colombiana me he dado cuenta de la necesidad de una revolución para poder dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo y realizar el bienestar de las mayorías de nuestro pueblo. Estimo que la lucha revolucionaria es una lucha cristiana y sacerdotal. Solamente por ella, en las circunstancias concretas de nuestra patria, podemos realizar el amor que los hombres deben tener a sus prójimos.

Desde que estoy ejerciendo mi ministerio sacerdotal, he procurado por todas las formas que los laicos, católicos y no católicos, se entreguen a la lucha revolucionaria. Ante la ausencia de una respuesta masiva del pueblo a la acción de los laicos he resuelto entregarme yo, realizando así parte de mi labor de llevar a los hombres por el amor mutuo al amor de Dios. Esta actividad la considero esencial para mí vida cristiana y sacerdotal, como colombiano. Con todo, es una labor que actualmente riñe con la disciplina de la Iglesia actual. No quiero faltar a esta disciplina, ni quiero traicionar mi conciencia.

Por eso, he pedido a Su Eminencia el Cardenal que me libere de mis obligaciones clericales para poder servir al pueblo en el terreno temporal. Sacrifico uno de los derechos que amo más profundamente: poder celebrar el culto externo de la Iglesia como sacerdote para crear las condiciones que hacen más auténtico ese culto.

Creo que mi compromiso con mis semejantes de realizar eficazmente el precepto de amor al prójimo me impone este sacrificio. La suprema medida de las decisiones hu-

manas debe ser la claridad, debe ser el amor sobrenatural. Correré con todos los riesgos que esta medida me exija". (Declaración entregada a la prensa el 24 de junio de 1965 al anunciar su reducción al estado laical).

Se cumplen las condiciones de la Doctrina de la Iglesia sobre la guerra justa:

[Pregunta del entrevistador]: En Colombia se ha criticado mucho su actitud a propósito del problema de la toma del poder. ¿No teme usted estar en contradicción con la doctrina de la Iglesia?

[[Respuesta del P. Torres:]] *"La Iglesia muchas veces ha expresado su doctrina con relación a la guerra justa y a la guerra contra la tiranía y entiendo que hay condiciones en ella en las que, primero, se permite agotar todas las vías pacíficas; segundo, prever un resultado satisfactorio, y tercero, poder prever asimismo que las consecuencias de dicha revolución violenta no serán peores que la situación actual. Y eso podrá suceder en el caso nuestro si se reconoce que ahora hay niños que mueren de hambre diariamente, pequeñas niñas de diez años comprometidas en la prostitución, que existe una violencia en todo el país en la que han muerto 300 mil colombianos y que hay criminales que no son más que el resultado de las estructuras vigentes. Así pues estoy seguro que las consecuencias de la revolución son justas y están en regla con la doctrina de la Iglesia".* (Reportaje publicado en -Hora Cero- México junio 1 de 1967)

Homilía

en el 40° aniversario de la muerte de Camilo

Capilla de la Universidad Nacional de Bogotá

"Evocar la memoria de Camilo, sobre todo en este contexto de una celebración litúrgica, es algo que no puede confundirse con un ejercicio académico ni político ni con un acto social y menos con protocolos de exaltación del pasado.

A Camilo es imposible recordarlo como algo que ya pasó a formar parte de nuestra historia y cuyo legado es posible disecar y conservar en anaqueles o en vitrinas o en archivos o en sepulcros o en monumentos donde reposa todo lo que ya no tiene vida.

Acercarse a la memoria de Camilo es algo peligroso y desestabilizador. El solo tocar su memoria nos vuelve a quemar y desgarrar el alma. Evocarlo significa abandonar la tranquila serenidad del estudioso y del analista y permitir que se instale en nuestro interior una espada afilada que destroza sin compasión todos los velos ornamentales con que hemos cubierto nuestras imágenes del mundo y de la patria y sobre todo aquellos que nos impiden ver nuestras incoherencias y cobardías y que adornan y disfrazan nuestras pasividades, complicidades e irresponsabilidades frente a la cruda realidad que nos envuelve.

La Eucaristía, en la tradición cristiana más auténtica, es justamente un momento de confrontación, donde el pasado no se evoca por pasatiempo ni por erudición, sino para proyectarse sobre el futuro a través de un compromiso transformador del presente. Es un momento donde la muerte no es recuerdo disecado de un crucificado sino donde la muerte interactúa profundamente con la vida dejándose absorber por la resurrección, pero sin que ésta signifique tampoco esconder todas las dimensiones de amor y de odio que configuran las innumerables crucifixiones de la historia.

Camilo tuvo el acierto de releer y revitalizar muchos elementos centrales de nuestra fe cristiana y de remover los disfraces que los hacían menos auténticos cuando eran confrontados con la cruda realidad.

En primer lugar, Camilo entendió el Cristianismo como un moldear la vida centrándola en el amor. La Biblia que utilizó en el seminario quedó subrayada en numerosas páginas del Nuevo Testamento que se refieren al amor como la esencia identificadora del seguidor de Jesús. Pero al mismo tiempo Camilo desenmascaró y denunció todas las trampas sutiles que hacen del amor cristiano un amor de fachada e inauténtico; un amor ineficaz. En el reportaje que le hizo un periodista francés a mediados de 1965 lo afirmó así con nitidez: **“Descubrí el Cristianismo como una vida centrada totalmente en el amor al prójimo; me di cuenta que valía la pena comprometerse en este amor, en esta vida; por eso escogí el sacerdocio para convertirme en un servidor de la humanidad. Fue después de esto cuando comprendí que en Colombia no se podía realizar este amor simplemente por la beneficencia sino que urgía un cambio de estructuras políticas, económicas y sociales que exigían una revolución a la cual dicho amor estaba íntimamente ligado”**.

Camilo nos destapó, no solo con sus palabras y reflexiones, sino ante todo con sus iniciativas prácticas, con sus búsquedas y sus conflictos y con su pasión, una verdad que a todos nos causa pánico reconocerla: el que no se juega su vida honestamente para que los valores en los que dice creer se plasmen en la realidad concreta, es porque realmente no cree en esos valores, aunque en todos sus discursos y proclamaciones afirme creer en ellos. El testimonio de Camilo nos dejó muy en claro que la fe no es traducible a discursos; que cuando la fe se expresa, sólo puede testimoniar valores; que el sello de autenticidad de esos valores es el apasionamiento para plasmarlos en la realidad concreta y que cuando no existe esa urgencia comprometida para que la realidad misma encarne esos valores, se podrán quizás verbalizar convicciones conceptuales pero no testimoniar ninguna fe. Y los discursos y palabras han mostrado cara dura en la historia humana para disfrazar y encubrir prácticas que se ponen al servicio de anti-valores opuestos completamente a los valores que se verbalizan y se proclaman.

En segundo lugar, Camilo sacó a primer plano, interpretándolo de cara a nuestros desafíos históricos, otro rasgo de identidad de la fe cristiana: darle al oprimido la función de juez de nuestras vidas. Ningún texto religioso expresa esto de manera tan conmovedora como lo hace la escena simbólica del juicio final del capítulo 25 del Evangelio de

Mateo: “El Rey dirá a los que están a su derecha: vengan ustedes, bendecidos por mi Padre, reciban el reino que está preparado para ustedes desde el comienzo del mundo, pues tuve hambre y ustedes me dieron de comer; tuve sed y me dieron de beber; anduve como forastero y me dieron alojamiento; me faltó ropa y ustedes me la dieron; estuve enfermo y me visitaron; estuve en la cárcel y vinieron a verme (...) En verdad les digo, que todo lo que hicieron por alguno de estos mis hermanos, por humildes que fueran, por mí mismo lo hicieron”. Camilo hizo numerosas exégesis de este texto pero siempre entendió que debía interpretarlo de cara a la realidad cruda del país. En el Comunicado público del 24 de junio de 1965, en el que anunció su retiro del ejercicio público del ministerio sacerdotal, afirmó: **“Al analizar la sociedad colombiana me he dado cuenta de la necesidad de una revolución para poder dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo y realizar el bienestar de las mayorías de nuestro pueblo. Estimo que la lucha revolucionaria es una lucha cristiana y sacerdotal. Solamente por ella, en las circunstancias concretas de nuestra patria, podemos realizar el amor que los hombres deben tener a sus prójimos”**.

En tercer lugar, como la mayoría de los profetas, incluyendo al mismo Jesús, Camilo sintió ese malestar profundo de realizar o participar en un culto que se celebra con los ojos cerrados frente a la injusticia. En uno de los momentos más dramáticos de su vida, hizo una opción radical de renuncia a volver a presidir la Eucaristía, tomando en serio las palabras del capítulo 5 del Evangelio de Mateo: “Si llevas tu ofrenda al altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí mismo delante del altar y ve primero a ponerte en paz con tu hermano. Entonces puedes volver al altar y presentar tu ofrenda” (Mt. 5,23-24). En su Mensaje a los Cristianos, publicado en la primera edición del periódico Frente Unido el 26 de agosto de 1965, Camilo afirmó: **“Creo que me he entregado a la Revolución por amor al prójimo. He dejado de decir misa para realizar ese amor al prójimo en el terreno temporal, económico y social. Cuando mi prójimo no tenga nada contra mí, cuando haya realizado la Revolución, volveré a ofrecer la misa si Dios me lo permite. Creo que así sigo el mandato de Cristo:”Si traes tu ofrenda al altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar y anda, reconcílate con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda”**. Después de la Revolución los cristianos tendremos la conciencia de que establecimos un sistema que está orientado sobre el amor al prójimo”. Camilo nos remite allí a una Eucaristía del futuro más auténtica, donde la mesa del Señor no reúna ya a explotadores y explotados que no quieren cuestionar sus injustas relaciones, sino a hermanos a quienes una revolución ha establecido en condiciones económicas y sociales de justicia y de fraternidad. Para muchos, esta es una posición utópica y un radicalismo tal, que haría imposible cualquier forma de culto religioso. Pero podemos entenderlo como un gesto profético que coloca una hipoteca sobre todas nuestras eucaristías, para obligarlas a ser rescatadas de su inautenticidad al ser celebradas con los ojos puestos en la tragedia de la injusticia, estimulando búsquedas y compromisos para superarla.

En cuarto lugar, podemos preguntarnos cómo se proyectó la fe cristiana de Camilo en ese período en que él se convierte en un líder político. Podríamos allí, quizás, encontrar algunos rasgos de lo que sería una práctica política marcada por la fe. La figura de Camilo como líder político y revolucionario no podemos encasillarla, sin más, dentro de ningún modelo estandarizado. La impronta de lo cristiano en su práctica política tampoco es posible aislarla a la luz de elementos específicos que se derivarían de la tradición doctrinal o moral o jurídica del Cristianismo. Se trata, más bien, de una vida en que la fe y el compromiso revolucionario se fundieron de tal manera, en una personalidad de aguda inteligencia y de fina sensibilidad, produciendo algo inédito y creativo, capaz de interpelar al mismo tiempo a los cristianos y a los revolucionarios. Camilo, por ejemplo, redimensionó la lucha de clases y enfrentó su dimensión fáctica ineludible como motor de un deber ser, donde la motivación del odio fuera siendo transformada y absorbida progresivamente por la del amor eficaz a la humanidad; se apartó del esquema ideológico que llevaba a una cierta identificación entre clase y partido; relativizó los esquemas simplificadores que conducían a los maniqueísmos políticos; introdujo categorías nuevas como las de “mayorías” y “minorías” o la de “clase popular”, con el fin de impedir que tendencias opresoras de nuevo signo se atrincheraran detrás de las etiquetas clasistas. Una de esas marcas cristianas más identificables en su práctica fue la concepción abierta y no dogmática de la política, quizás como efecto de una profunda tradición espiritual del Cristianismo que lleva a desmitificar las realizaciones históricas y a asumirlas como algo provisorio, imperfecto y no definitivo, marcado siempre por el mal (teológicamente por el pecado) y susceptible siempre de perfeccionamientos. Su convicción de que los oprimidos son nuestros jueces trascendentes en el atardecer de la vida, lo llevó a un ecumenismo inédito en la política, donde todos los factores de división del pueblo recibían un tratamiento pedagógico de honda sabiduría para encaminarlos hacia una amplia unidad que aproximara la eficacia del amor. Resaltó insistentemente la dimensión ética y sacrificial de la revolución y le descubrió a las masas estudiantiles, sindicales y populares los mecanismos psíquicos mediante los cuales el egoísmo atrapa sutilmente a los revolucionarios hasta convertirlos en nuevos opresores.

No podemos negar que la última opción de Camilo, de tomar las armas en defensa de sus ideales llegando a morir en combate, ha sido la más controvertida y sobre ella se ciernen profundas censuras y condenas en nombre de la fe. En la versión de un testigo presencial de la muerte de Camilo, aparecida en la sección de Cartas al Director, de la desaparecida revista Familia, en su edición de septiembre de 1968, un soldado que había sido antes seminarista y hacía parte de la patrulla que entró en combate con la unidad guerrillera en la cual se encontraba Camilo, afirma que cuando los soldados se desplegaron buscando protección entre los árboles y las piedras, él pudo ver que uno de los revolucionarios con el fusil en las manos se dirigió al lugar donde habían quedado militares muertos o heridos; que “se le notaba algo raro y su mirada estaba dirigida al cielo”; que “uno de los soldados, pensando que iba a rematar a los caídos, le disparó matándolo en el acto. Este a la postre resultó ser el Padre Camilo”. El soldado testigo afirmó que “él pudo dispararle pero que una fuerza interior se lo impedía”. El pariente de dicho soldado, quien escribió el relato, se pregunta si sería que Camilo

en ese momento se olvidó del papel que desempeñaba allí y, en vez de huir como lo hicieron todos sus compañeros, se acordó de que era sacerdote y corrió a prestarles los últimos auxilios espirituales, encontrando la muerte. Esta versión no entra en ninguna contradicción con las otras que se recogieron de testigos cercanos. Pero sólo ese soldado, quizás sensibilizado por su formación en el seminario, pudo registrar el gesto de perplejidad o plegaria con que Camilo se introdujo en el escenario final de su muerte.

Ese gesto es denso en significados. De alguna manera nos traduce el desgarramiento y la oscuridad interior de quien se ve atrapado por la necesidad de utilizar unos medios que están en profunda contradicción con unos fines nobles y justos que ha buscado con honestidad, pero que a la postre eran fines que se revelaron inaccesibles a través de medios que fueran también nobles y justos.

Camilo, con su mirada perdida en el firmamento, sosteniendo en sus manos un fusil neutralizado por su perplejidad, e introducido con audacia inexplicable en un polígono de muerte mientras sus compañeros huían rindiendo tributo al realismo bélico, es un símbolo demasiado patético del laberinto de violencias en que estamos atrapados y de las perplejidades que imperan en ese laberinto.

Todas las tradiciones filosóficas, religiosas y jurídicas, han mirado con respeto la opción de las armas cuando tiene el carácter de un último recurso puesto al servicio de ideales justos. Es difícil acusar a Camilo de no haber agotado los caminos a su alcance para lograr un cambio que juzgó como imperativo de su fe. Su cadáver ensangrentado y con los ojos entreabiertos, ha provocado innumerables reflexiones sobre la legitimidad de la violencia revolucionaria en estos 40 años. Sin embargo, la inmensa mayoría de esas reflexiones ocultan, encubren o disfrazan la tozudez de las otras violencias que bloquean y ahogan en sangre todas las luchas por la justicia.

Es difícil negarle a esa última opción trágica de Camilo al menos la honestidad y la coherencia de quien buscó a toda costa revestir el amor con eficacia para contrarrestar una práctica del amor que él juzgó siempre hundida en oleajes de hipocresías y cobardías.

Si algo nos enseñan estos 40 años es que no existen opciones puras frente a la violencia, y que la misma condena indiscriminada de la violencia, que pretende tranquilizar tantas conciencias, está casi siempre contaminada de connivencias implícitas y soterradas con otra multitud de violencias.

El cadáver de Camilo fue sustraído de cualquier contacto con su pueblo. Sus enemigos bélicos se creyeron con derecho a negarle a su propia madre el derecho elemental de sepultarlo, a pesar de decirse representantes de un “Estado de Derecho”. En estos 40 años no ha sido posible identificar su tumba ni rendirle homenaje alguno a sus despojos. Este rasgo póstumo de su historia evoca una de las vivencias más profundas del nacimiento de la fe cristiana, la que se plasmó en el relato de fe de la tumba vacía de Jesús y que identificó a los cristianos desde el primer momento como aquellos que

subvertían el concepto cultural de la muerte para reconocer a Jesús como un viviente supremo, invulnerable en lo sucesivo a todas las estrategias de muerte con que los poderes históricos quisieron eliminar su mensaje. Sólo un personaje misterioso, de aquellos que varias tradiciones religiosas han identificado como ángeles, estrictamente “portadores de mensajes”, les salió al paso a las mujeres que se disponían a realizar los ritos culturales con que se clausuran las existencias históricas, y les dijo: “no busquen más entre los muertos a quien está vivo”.

La ausencia de unos restos y de una tumba nos ha impedido también a nosotros clausurar ritualmente la existencia histórica de Camilo, pero 40 años después, su misma vida y su mensaje nos convocan alrededor de algo que es imposible entregar definitivamente al imperio de la muerte. Sus palabras y su testimonio siguen interpelando con fuerza nuestro compromiso cristiano y humano frente a una realidad social mil veces más degradada que la que él mismo combatió con un compromiso coherente hasta las últimas consecuencias.

Las palabras del cantor uruguayo Daniel Viglietti siguen sacudiendo con fuerza nuestra memoria y remitiéndonos con sobrecogimiento a ese muerto que nunca hemos podido sepultar porque lo sentimos vivo e interpelante desde la dolorosa realidad que nos envuelve:

*“ Donde cayó Camilo nació una cruz
pero no de madera, sino de luz ...
Camilo Torres muere para vivir”.*

Javier Giraldo M., S. J.

30

Padre Domingo Laín Sanz



Febrero 20 de 1974

Padre Domingo Laín Sanz

Febrero 20 de 1974

Domingo Laín Sanz había nacido en Paniza -España- el 15 de marzo de 1940. Ordenado sacerdote para la Diócesis española de Zaragoza, vino a trabajar en Colombia en 1966, integrándose en la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana. (OCSHA). Su primer escenario fue el barrio Meissen de Bogotá en donde, a la vez que ejercía sus funciones de párroco, trabajó como obrero en la ladrillera “El Molino”. Más tarde escribía, refiriéndose a esa experiencia: *“Experimenté en carne propia la situación de explotación y miseria de la mayoría de la población”*.

La audacia de su labor profética no tardo en crearle problema con la Curia de Bogotá que lo obligó a abandonar este primer campo de trabajo. Se trasladó entonces a Cartagena donde vivió en un rancho miserable de la Parroquia que le asignaron.

Ante la decisión de la Alcaldía de Cartagena de expropiar sin una justa indemnización las tierras de sus vecinos, Domingo Laín encabezó una manifestación de protesta y por ello fue obligado a regresar a Bogotá.

El 19 de abril de 1969 Domingo era expulsado del país por la División de Extranjería del DAS y obligado a viajar a España sin ninguna de sus pertenencias, ni siquiera sus documentos de identificación. Inútil fue la protesta de sacerdotes, universitarios y barrios marginados que se congregaron en el Aeropuerto, ni la más formal de los abogados Anselmo Chávez, Jaime Torres y Carlos Castañeda, quienes denunciaron ante la Procuraduría: *“Se ha impedido por parte de la autoridad, el libre ejercicio de la profesión de abogado y se ha interferido el derecho de defensa del Padre Laín, a quien no se le permitió siquiera entrevistarse con los abogados”*. Sin embargo el Secretario del Episcopado en aquel entonces, Padre Darío Castrillón (posteriormente Cardenal), declaró: *“En el asunto del Padre Laín se obró enteramente dentro de la ley. Si el Padre violó las disposiciones colombianas debía hacerse acreedor de las consecuencias de ello”* (El Espectador, abril 23 de 1969).

En España Domingo Laín dialogó con su Obispo, Mons. Pedro Canteros, a quien le expuso su decisión de incorporarse a la guerrilla colombiana. El anciano Obispo cedió ante los argumentos de conciencia de Laín y le dio su bendición. En febrero de 1970 Laín lanzó un manifiesto al pueblo colombiano desde las montañas en el cual afirmaba:

“Siguiendo un imperativo moral, nacido de la conciencia de no pertenecerme a mi mismo como revolucionario sino a las masas explotadas de Colombia y de todos los países oprimidos, a la vez que respondiendo al carácter público que en nuestra sociedad reviste todavía la unción sacerdotal, cumplo un deber de orientador del pueblo al incorporarme a la guerrilla del ELN, a su línea de acción y a sus programas político-sociales. Al hacer pública esta decisión renuevo el compromiso irrevocable aceptado al ser ordenado sacerdote, de consagración y fidelidad a los pobres y oprimidos, de solidaridad en su lucha por la liberación de la esclavitud”.

El 20 de febrero de 1974 el ELN tuvo un enfrentamiento con el Ejército del régimen quedando en el campo tres cadáveres que fueron sepultados sin identificarlos pero tomándoles antes las huellas digitales. En marzo se pudo comprobar plenamente que uno de esos cadáveres era el del Padre Domingo Laín. 47 sacerdotes de Zaragoza, amigos y conocedores de Domingo Laín se pronunciaron posteriormente. En su comunicado afirmaban:

“Somos testigos de sus cualidades, de su fe y celo como sacerdote. No podemos juzgar el camino emprendido por Domingo, pero comprendemos y compartimos su compromiso con los pobres. Algo muy grave tiene que estar sucediendo en Hispanoamérica para que hombres como Domingo, con el Evangelio en la mano y como exigencia de su consagración sacerdotal haya llegado hasta esta situación de violencia y de lucha”.

Carta Abierta del Padre Domingo Laín Sanz

con ocasión de su incorporación a la guerrilla del ELN

Febrero 15 de 1970

“Siguiendo un imperativo moral, nacido de la conciencia de no pertenecerme a mi mismo como revolucionario sino a las masas explotadas de Colombia y a la de todos los países oprimidos, a la vez que respondiendo al carácter público que en nuestra sociedad reviste la función sacerdotal, cumplo con un deber de orientador del pueblo al incorporarme a las guerrillas del ELN, a su línea de acción y a sus programas político-sociales.

Al hacer pública esta decisión, renuevo el compromiso irrevocable aceptado al ser ordenado sacerdote de consagración, fidelidad a los pobres y oprimidos; de solidaridad

en su lucha por la liberación de toda esclavitud. Pienso que ahora empieza mi auténtica consagración sacerdotal, que exige el sacrificio total para que todos los hombres vivan, y vivan en plenitud.

No es casual coincidencia, sino consecuencia lo uno de lo otro, el que este anuncio se haga el día en que el pueblo colombiano celebra con redoblado espíritu de lucha y de fe en el triunfo de su causa, el cuarto aniversario de la muerte física del gran líder de nuestro pueblo, Camilo Torres Restrepo. Su palabra y su ejemplo siguen siendo banderas de redención, grito de esperanza para los explotados, consigna en el combate guerrillero, luz en el camino.

Camilo no ha muerto. Vive en el corazón de los pobres y oprimidos, en el interior de todo hombre que lucha por la justicia y la fraternidad humanas. Las oligarquías colombianas se equivocaron una vez más cuando al ocultar el cadáver de Camilo pretendían sacarlo del pueblo. Camilo pertenece al pueblo vivo o muerto y nadie podrá arrebatarlo ni reemplazarlo: ni siquiera cambiarlo de sitio. Se entregó a él en toda su dimensión humana y el pueblo lo aceptó como suyo para siempre. Profeta de nuestro tiempo, revolucionario íntegro, hombre nuevo en la sociedad futura en gestación, Camilo y su ejemplo marcan con sello especial el camino del compromiso.

A su actitud y pensamiento debo la alegría del compromiso que comunico, la decisión expresa de mi entrega hasta la muerte por la liberación del pueblo colombiano.

Llegué a Colombia hace aproximadamente tres años. Venía con mi sacerdocio recién estrenado y con una sola decisión: la de compartir solidariamente y hasta el final de mi vida, aspiraciones y frustraciones de las masas desposeídas a las que se les niega todo derecho hasta el más básico y fundamental: el derecho a la vida. Con este pensamiento entré a trabajar en las empresas de Bogotá primero y de Cartagena después. Experimenté en carne propia la situación de explotación y miseria de la mayoría de la población y me uní a sus luchas; a la vez que hacia esto, ejercía mis funciones sacerdotales. El único delito que cometí y que debió ser la causa de mi expulsión del país, decidida por la oligarquía, fue el delito de luchar por el derecho de todos los hombres a la vida, al trabajo creador, a la vivienda digna, a la educación, al respeto de su dignidad humana pisoteada. Me acusaron de subversivo por denunciar sin cesar la violencia opresora ejercida por un sistema social inhumano e injusto, porque llamé a la unión y a la rebeldía de todas las clases desposeídas y explotadas.

En Buenaventura, junto con otros compañeros sacerdotes hice pública mi voluntad decidida de entregar mis esfuerzos, mi vida entera por la liberación del pueblo colombiano y por la construcción de una sociedad socialista, al firmar el documento revolucionario llamado Golconda.

Mi incorporación al ELN no es sino una consecuencia de todo un proceso de compromiso con mi pueblo y desde las montañas de Colombia y en unión con los hombres que en gesto poco frecuente del amor real al pueblo, iniciaron la lucha por su libera-

ción, confirmo mi decisión de entregar mi vida en aras de tan noble causa, consciente de que la posibilidad real de la muerte está presente en la actividad diaria del guerrillero.

Opté por la revolución socialista, porque es el único medio de arrancar desde su raíz las causas de explotación, de la alienación individual y colectiva; porque sólo una sociedad construida sobre las leyes económicas, políticas y sociales de justicia, puede hacer pasar de la utopía a la realidad el anhelo de fraternidad de los hombres y entre los pueblos imperativo fundamental humano y por lo tanto, cristiano.

Tomé el camino de la lucha armada porque frente a la violencia reaccionaria, opresora, de los sistemas vigentes en Colombia y en América Latina, no cabe otra alternativa sino la violencia revolucionaria, liberadora. La violencia no tiene credo religioso, no es atea ni cristiana; es el resultado de leyes económicas, históricas y sociológicas, de la conformación y desarrollo de las sociedades y de las relaciones de sus miembros y grupos y, por lo tanto, es un derecho de los pueblos oprimidos y de los más explotados para salir de su explotación.

Al decir esto, no puedo dejar de denunciar la brutalidad y la injusticia del régimen colombiano que sólo se apoya en la violencia y en la intimidación para mantener en la miseria más espantosa y en la explotación más inhumana a la mayoría de la población. Así mismo desenmascaro la complicidad de la Iglesia al constituirse en defensora y en pilar fuerte de dicho régimen, abusando del dominio sobre las conciencias que todavía ejerce en grandes sectores de la masa proletaria; una Iglesia que condena la violencia y rebeldía de las clases pobres y explotadas, aceptando y conviviendo con la violencia, la represión y la opresión ejercida por las clases ricas y explotadoras. Hoy, en América Latina, el pacifismo y la violencia moral de algunos agentes y hombres de la Iglesia, es lo mismo que la violencia y guerra reaccionaria.

Me he incorporado precisamente al ELN porque en su línea de acción y pensamiento, en sus programas políticos sociales, en sus combatientes sigue creciendo y desarrollándose el pensamiento y la figura de Camilo.

Con la fuerza que mi testimonio y mi entrega puedan dar a mis palabras, denuncio como calumniosa e indigna, ultrajante, engañosa para las masas colombianas, la campaña que la oligarquía y el ejército, con todos los medios publicitarios, contando con la ayuda de traidores de la causa del pueblo, con pseudo-revolucionarios, ha desencadenado contra los miembros, dirigentes y simpatizantes del ELN. Los enemigos del pueblo han empezado a comprobar que la justeza y grandeza de la causa popular, ya no se puede vencer con la sola fuerza de las armas. Por ello han planteado la destrucción política a través del desprestigio calumnioso para cortar la fuerza que el ELN está ejerciendo en las masas proletarias y en los sectores rebeldes de la población. Desconocen que la identificación de Camilo-pueblo colombiano y el ELN, ha forjado una unidad indestructible.

Como Camilo he encontrado en el ELN una línea política correcta, una honestidad a toda prueba; una fe en el pueblo y una entrega a la causa de su liberación, que hacen estar a esta Organización en la vanguardia de la lucha y en el corazón de las masas explotadas. Por último quisiera invitar al análisis y a la reflexión de todos los revolucionarios honestos, campesinos y obreros, intelectuales y estudiantes que buscan sinceramente un compromiso con su pueblo. A ellos les incumbe una responsabilidad histórica: la de orientar a las masas por el camino de su liberación, evitándoles los sacrificios inútiles de sus vidas y esfuerzos que siempre recaen sobre ellos.

El pueblo se da cuenta del hambre, de la injusticia y de la explotación. Necesitan ejemplos vivos que encaucen su rebelión y canalicen su ansia de liberación. Camilo ya lo hizo. Con su sacrificio glorioso señaló de una vez para siempre el camino de la redención a todos los hombres revolucionarios y masas oprimidas. Su ejemplo nos compromete y nos estimula cada día más.

En el cuarto aniversario de su muerte, mientras la oligarquía y los lacayos se preparan para representar la farsa electoral, yo desde estas montañas, regadas con sangre, invito a todos los hombres y mujeres de Colombia a organizarse y prepararse para la lucha final siguiendo la consigna y el ejemplo del gran maestro de nuestro pueblo: Camilo Torres, con la fuerza que su muerte gloriosa nos da y unido a todos mis compañeros, repito: NI UN PASO ATRÁS..... LIBERACIÓN O MUERTE”.

Bienaventurados seréis cuando os persigan

- Homenaje a Domingo Laín -

El grupo SAL-Bogotá, en 1974, entregó a la prensa hablada y escrita el siguiente pronunciamiento, al ser comprobada la muerte en combate del Padre Domingo Laín.

“A comienzos de 1967. los vecinos de algún barrio pobre de Bogotá vieron llegar a un joven. Pero era un joven especial. No venía por una o dos horas a hacerles promesas de bienestar ni a ofrecer becas o puestos en alguna oficina pública. Era un sacerdote que venía a quedarse con ellos.

A los pocos días de verlo salir diariamente a trabajar en una fábrica, entendieron que había dejado su lejano país solamente para compartir la dolorosa vida de su barrio. Así se fueron acostumbrando a la amistad de aquel sacerdote tan distinto a los conocidos hasta entonces.

Pero con el tiempo, este joven español comenzó a decir lo que todos sabían y nadie se atrevía a decir. Hablaba de la injusticia que todos sentían diariamente en el trabajo, al hacer el mercado, al pedir empleo... Hablaba de un Dios que clamaba por los oprimidos, que no quería la pobreza ni el hambre... Entonces pasó lo que tenía que

pasar. La gente comenzó a oír que el Padre Domingo era comunista, que promovía la lucha de clases, que era un subversivo. Pero para ellos no era nada de eso. El Padre Domingo era de los pocos que se preocupaban por ellos, de los pocos que los defendían sin ningún interés, pues nada había ganado al venirse desde España a compartir su pobreza. Vieron su expulsión del barrio con rabia, como la que se siente al ver a un amigo víctima de la misma injusticia que estaba denunciando.

Algunos meses después otro barrio pobre vio aparecer por las calles al mismo sacerdote. Les dijo lo que todos sabían y volvió a pasar lo que tenía que pasar: seguía probando con su propia persecución la situación que denunciaba con el Evangelio en la mano.

No fue esta la última vez. Siguió recorriendo las calles y llevando un mensaje de unidad y de acción. Finalmente fue expulsado del país. Después de convivir con la miseria, era obligado a volver a la tranquilidad de su tierra natal... Pero este hombre era definitivamente especial. Renunció a la comodidad del exilio, que quizá le brindaba la fácil satisfacción del deber cumplido. Sabía que allá en Colombia sus hermanos seguían sufriendo. Entonces dio un paso decisivo.

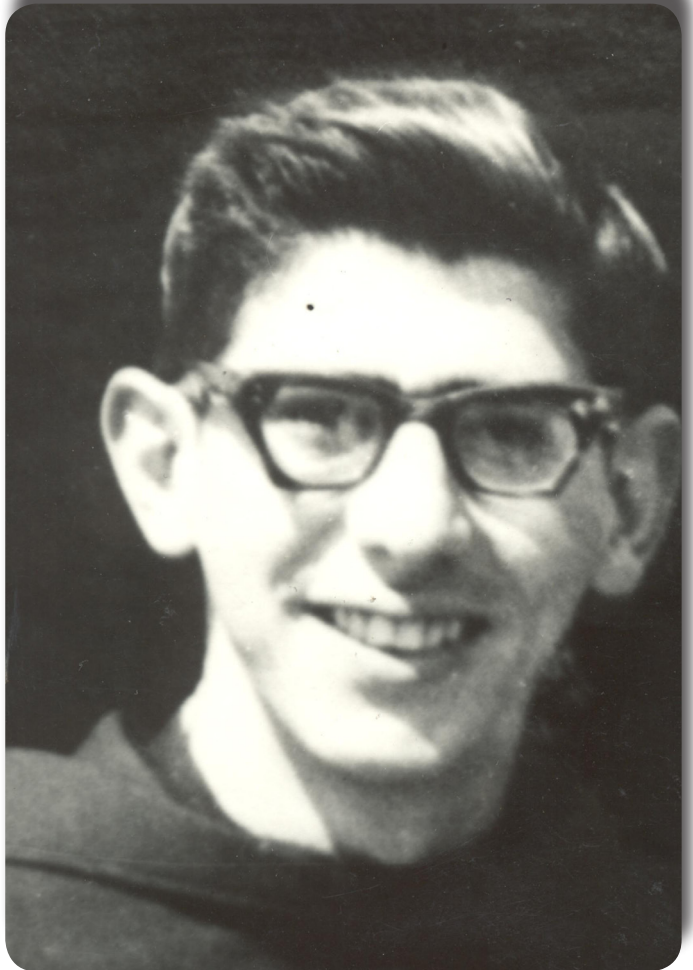
Pocos meses después, desde las montañas de Colombia, una carta del Padre Laín anunciaba que estaba de vuelta en el país. Había optado por seguir el camino de otro sacerdote: Camilo Torres Restrepo. Había escogido la forma más radical de la lucha contra la injusticia: defenderse de la violencia institucionalizada con la rebeldía de los oprimidos. Para él, era la consecuencia política del cristianismo que lo había llevado a entregarse a los explotados. En esta carta confirmaba su compromiso cristiano y sacerdotal. El amor a sus hermanos lo llevaba a entregar su vida. Desde entonces, hace cuatro años, aceptó consciente y públicamente lo que hoy es un hecho: su muerte por la liberación del pueblo colombiano.

¿Podemos decir de este hombre que fue “un bandolero que robaba y mataba campesinos”? Los tres años que vivió como obrero y los cuatro que gastó en las montañas colombianas denunciando la injusticia, con su vida, no con documentos, nos prueban que el único móvil de este hombre era el amor al pueblo y no “la mala voluntad” de quienes hoy lo denigran ¿Ya no son válidas las palabras de otro perseguido: “No hay mayor amor que aquél que da la vida por sus hermanos”?

Si no se comparte la vía que el Padre Laín escogió para realizar el cristianismo, al menos, reconozcamos un hecho, en nombre de la honestidad con que él vivió: no ha muerto un bandolero sino un cristiano, un sacerdote y un político”.

31

Fray Diego Cristóbal Uribe Escobar, O.F.M.



Diciembre 2 de 1981

Fray Diego Cristóbal Uribe Escobar, O.F.M. Diciembre 2 de 1981

El Hermano Diego

víctima de la causa de la justicia

Transcribimos aquí el texto del folleto El Hermano Diego, escrito por su hermano, el Padre franciscano Fernando Uribe Escobar, quien sigue el itinerario de su vida a través de sus propias cartas y escritos. Este folleto fue publicado por la CLAR [Conferencia Latinoamericana de Religiosos] en 1982.

“Dentro de mi trabajo como franciscano y como sacerdote te has dado cuenta de que he tenido varios momentos de enfrentamiento y de choque con algunas personas e instituciones, y éstas han sido precisamente las más representativas y sostenedoras del sistema actual, que mantiene a unos pocos viviendo a todo confort y derrochando a costa de una gran mayoría, que es la que más trabaja. He comprendido que mi actividad como sacerdote y como franciscano la debo orientar a la ayuda de la solución de este problema, que es el que más influye para que estemos viviendo un mundo muy diferente a lo que debe ser un verdadero Cristianismo. Esta actividad, que en parte tú conoces, me ha llevado a que no me miren muy bien los organismos que en el país se dicen los encargados de mantener el orden, o sea, el Ejército, la Policía, los detectives, etc. Sí estuviéramos en una situación de orden y justicia para todos, podríamos llamarlos los preservadores del orden, pero como está claro que vivimos en una situación de injusticia, resulta que lo que mantienen es una situación de desorden, de injusticia, de falta de honradez, y ven como enemigo a quien hay que perseguir, a quien no esté de acuerdo con este desorden. Es cierto que dentro de estos organismos unos lo hacen conscientemente, otros lo hacen inconscientemente, y otros lo hacen por pura y física necesidad, para ganarse un sueldo y no morir de hambre con su familia. Estos casi que ni tienen la culpa; la responsabilidad es de otros, pero por lo que los obligan a hacer, no dejan de ser sostenedores de la injusticia”. (7 de mayo del 1978).

Quien así escribía a su mamá en mayo de 1978, caía víctima de las balas de uno de esos organismos, el Ejército colombiano, el 2 de diciembre de 1981 en una habitación de la finca Palestina, del municipio de Suratá (Santander). Su nombre, Diego Uribe Escobar, sacerdote franciscano, una nueva víctima de la lucha por la justicia, un nuevo mártir de la causa del Evangelio.

Presentamos a continuación el itinerario de su vida, tal como él mismo la miró, y las motivaciones de su opción por los pobres, a partir de los datos que él mismo nos dejó en algunas de sus cartas.

Nació en Envigado (Antioquia) el 11 de Agosto de 1942, hijo de José María Uribe y Gabriela Escobar. Sus primeros años transcurrieron en su pueblo natal, en donde frecuentó la Escuela Modelo (hoy Fernando González) y el Colegio Jesús María Mejía (más tarde La Salle).

Refiriéndose a esta etapa de su vida y, particularmente al influjo del hogar en su formación, escribía más tarde a su mamá:

“Todo comienza desde el hogar, desde la formación, con los consejos y ejemplos que de ti he recibido: desde muy niño has contribuido a formar en mí un hondo sentido de la justicia, de la honradez, de la responsabilidad y del amor al pobre. Esto fue lo que me impulsó a abandonar el hogar y a buscar vivir lo más fielmente posible a estos principios por medio del sacerdocio y dentro de la Comunidad Franciscana. Allí he recibido nuevos aportes a mi formación...” (Mayo 1978).

Este llamado “abandono del hogar” se dio en el mes de octubre de 1954 con motivo de su ingreso al Seminario Menor Franciscano de Cali, en donde cursó todo su bachillerato.

En el mes de enero de 1961 ingresó al noviciado franciscano de San Luis de Ubaté (Cundinamarca) y allí mismo hizo su profesión como religioso el 16 de Enero de 1962. Ese mismo año dio comienzo a sus estudios de Filosofía en la Universidad de San Buenaventura de Bogotá, en donde obtuvo el título de Licenciado el mes de noviembre de 1964. Después de un año de prácticas pedagógicas en el colegio de San Francisco Solano de Armenia, continuó en Bogotá sus estudios teológicos durante cuatro años, al término de los cuales recibió el Orden sagrado del Presbiterado el 13 de diciembre de 1969 de manos del Obispo Alfonso Uribe Jaramillo, en el templo de San Benito de Medellín.

Ya durante los años previos a su ordenación sacerdotal, Diego comenzó a dar pruebas de su predilección por los pobres, tanto en sus actividades catequísticas como en las iniciativas emprendidas durante el tiempo en que formó parte de la fraternidad del barrio San Fernando de Bogotá. A lo largo de su formación inicial se fue agudizando su sentido crítico de la realidad y su espíritu de servicio a los demás, como más tarde lo recomendaría a uno de sus hermanos que desempeñaba labores formativas:

“Veo que [tu trabajo] es... de responsabilidad. Y al constatar aquí la influencia que tiene nuestro gremio en el campesino, especialmente cuando lo ven que no está tras “la gallinita de las ánimas”, me doy cuenta de que tienes bastante que hacer en una equilibrada orientación de esos muchachos, que seguramente están buscando su realización en el servicio a los demás. Que no se olvide que es importante conocer la realidad en que se va a trabajar, tanto la realidad presente como la realidad histórica. Al estudiar la historia de la propia familia, no olvidar que esa historia se da dentro de otra historia más amplia, sin la cual no se puede comprender: si no tenemos en cuenta esto caemos en el peligro de darle interpretaciones erradas”. (Febrero 1978)

Su primera misión como Presbítero tuvo lugar en López del Micay, una apartada Parroquia que se extiende a lo largo de los ríos Micay y Naya, pertenecientes a la Prefectura Apostólica de Guapi, en la costa del Pacífico. Fue allí donde comenzó a poner en juego plenamente su sentido de responsabilidad, de honradez y de justicia:

“...dentro de la vida franciscana y sacerdotal he encontrado un medio para vivir buscando realizar esos valores que he aprendido inicialmente en el hogar”. (mayo 1978)

La experiencia ministerial de López fue la que realmente marcó el comienzo de su opción radical por los pobres. A esta época se refieren sus palabras escritas en agosto de 1979: *“Hace más de siete años que he venido analizando y reflexionando más profundamente las cosas”*.

El contacto con la miseria de los negros del Pacífico, que viven confinados en las márgenes de los ríos como el último reducto de su esclavitud, conmovió profundamente la sensibilidad de Diego, al verlos víctimas de la voracidad de empresarios madereros o de las manipulaciones de los gamonales politiqueros de la región. Fue en ese escenario de ríos y de opresión donde comenzó a sentir la responsabilidad de su compromiso histórico como la de quien debe transportar una delicada carga a través de una corriente borrascosa:

“Es como quien ha atravesado una corriente muy fuerte y peligrosa llevando una delicada carga y ha culminado con éxito: pero más atrás vienen otros a quienes les toca también enfrentar con responsabilidades delicadas la misma corriente, que cada día se torna más borrascosa. Ahora tienes la satisfacción del deber cumplido, pero tienes también la expectativa de quien está mirando los que has formado están enfrentando esa corriente. Puedes tener la seguridad de que me encuentro en esa lucha en circunstancias diferentes a las tuyas, pero impulsado por esos mismos principios que me enseñaste con tus palabras y con tu ejemplo (Diciembre 1979).

Luchó incansablemente, buscó recursos, trató de organizar al pueblo para salvaguardar sus derechos, particularmente en el campo de la educación de la juventud, pero al fin se encontró impotente frente a los caciques de turno, quienes le hicieron la vida

imposible y quienes le obligaron a salir de la región a finales de 1972. *“Esta situación es la que me ha obligado a salir de la costa del Pacífico...”* (mayo 1978). [325]

En los primeros meses de 1973 eligió, de común acuerdo con sus superiores, la Parroquia de San Vicente Ferrer ubicada en la periferia sur de Bogotá, como sede de su actividad ministerial. Allí de nuevo pudo palpar de cerca la miseria de sus hermanos los pobres, cuyo servicio se había constituido en el objetivo de su vida: *“... mi convencimiento es que el objetivo fundamental de mi vida como hombre, sacerdote o franciscano, es el servicio a los demás, especialmente a los más explotados”* (Diciembre 1979).

Por ello las gentes de la Parroquia bien pronto pudieron palpar a través de su sonrisa amplia y simple, de su voz profunda y sus palabras mesuradas, el cariño de un hermano y la solicitud de un pastor, siempre dispuesto a escuchar con paciencia, a entregar su tiempo y agotar recursos para solucionar sus problemas: *“...callado y quieto no me puedo quedar: sería un traidor a mi vocación, al Espíritu del Señor”* (Agosto 1979).

Su índole personal lo llevaba sin dificultad al análisis sereno y profundo de los acontecimientos de la historia, al ritmo del cual adecuaba paulatinamente sus decisiones, que se tomaban firmes y definitivas en la medida en que venían refrendadas por su estudio. Este esfuerzo de reflexión se agudizó particularmente durante su experiencia de profecía y de servicio entre los pobres de su Parroquia de San Vicente y lo llevó a buscar nuevos caminos, que concretizaran aún más su respuesta a una llamada que sentía cada vez más exigente y que cambió definitivamente el rumbo de su existencia. Pensó que era necesario formar parte de una organización político-militar, como único camino para acelerar el cambio por él tan deseado y fue así como se matriculó en las filas del Ejército de Liberación Nacional, en las que habían militado sacerdotes como Camilo Torres y Domingo Laín.

“ he llegado al convencimiento de que debo luchar como Sacerdote y como franciscano para que mi patria y en todos los pueblos del mundo sea eliminada la explotación capitalista y cualquier otro género de explotación. Formo parte en la actualidad de una Organización político-militar del pueblo, que bajo el nombre de Ejército Nacional de Liberación (ELN) busca acabar con la explotación capitalista y establecer un sistema socialista donde nos podamos tratar verdaderamente como hermanos” (Octubre 1978).

Quien lea estas palabras sin más referencias, puede imaginarse que quien las escribió era un hombre de temperamento irascible, fanático o impulsivo, pero los que lo conocieron muy de cerca, sus mismos hermanos, aseguran que la nota más sobresaliente del temperamento de Diego desde su infancia era precisamente la mansedumbre. Por tanto, esta decisión fue fruto de una reflexión muy ponderada, como solía él hacer sus cosas. Su nueva opción fue madurada paulatinamente y le exigió no sólo largas horas de reflexión, sino llegar aun hasta renunciar a las exigencias naturales del afecto familiar en su esfuerzo por ser fiel a su compromiso. Así nos lo da a entender en este aparte de una de las cartas que escribió a su mamá:

“...Desde antes de comprometerme más seriamente en la misión que me encuentro cumpliendo, vi que esto iba a implicar un sacrificio muy grande para ti; esto lo pensé muchas veces. Pero, por otro lado, se me presentaba la fidelidad a mi compromiso como sacerdote y franciscano y, dentro de éste, mi ideal de servicio a la humanidad, o sea, la misión que como hombre debo cumplir en esta etapa de la historia que me ha tocado vivir. Y después de mucho pensarlo, resolví seguir adelante en mi compromiso, convencido de que al final sabrás sacar valor en medio del sufrimiento moral, para comprender que prefieres un hijo un poco alejado físicamente de ti y no un hijo cercano, pero amargado de ser traidor a sus propios ideales, a la misión que el Señor le ha asignado”. (Julio 1980)

La coherencia de su vida con las exigencias de su ideal lo fueron poniendo en situaciones cada vez más difíciles frente a las instituciones de ese orden que él contestaba, hasta que se vio forzado a dejar su responsabilidad como Párroco a comienzos de 1976 y a *“Buscar otros campos de trabajo, que debo mantener ocultos lo más posible”* (mayo 1978). Era consciente de que estos “campos de trabajo” le traían limitaciones, pero fueron abrazados por él con el gozo y la convicción de quien se siente desempeñando una misión indispensable en este momento de la historia.

“...las limitaciones que ésta me implica, tales como la poca comunicación con mi familia y mi comunidad, y otras menores, son altamente compensadas con la profunda alegría de sentirme ocupando un puesto de trabajo en la construcción de las bases de una nueva sociedad que permita que germinen los valores evangélicos de todo hombre. Al sentirme así, no niego que también otros están trabajando dentro de la misma obra, y que su trabajo sea efectivo; pero dentro de la viña del Señor hay muchos operarios y muchos carismas”. (Mayo 1981)

En el mes de octubre de ese mismo año, la búsqueda de esos “otros campos de trabajo” lo llevó a internarse en las montañas de Colombia para formar parte de uno de los frentes del ELN.

Es realmente poco lo que sabemos acerca de él a partir de este momento. Probablemente [[recibió]] algún adiestramiento militar, pero debemos dar crédito a sus palabras cuando, al referirse a su trabajo, escribía desde una de esas montañas:

“Creo que debes dejar a un lado la idea de mi actividad como la presenta la prensa. Lo que menos está funcionando ahora en nuestro trabajo es lo armado. El trabajo que toca hacer es principalmente la formación política y organizativa, lo mismo que educativo en todos los niveles. Lo armado funciona en caso de que toque emplearlo como defensa; hasta el momento no ha habido necesidad. (Agosto 1978)

Lo más importante es que en su nuevo destino se sintió feliz y que se movió con plena libertad en su búsqueda de la verdad y la justicia:

"... tengo lo más importante, que es la libertad para decir y trabajar por la verdad y la justicia.

Me dices en tu carta que debo predicar "la verdad pero sin exponerte mucho". Sobre esto te digo que es algo que se ha vuelto imposible en nuestra patria. Si se dice la verdad sobre las cosas, hay que decir que vivimos dentro de una injusticia legalizada. Pero esas leyes y las fuerzas encargadas de mantenerlas y hacerlas cumplir, persiguen al que no este de acuerdo con que unos pocos sean los que viven bien y derrochan lo que una mayoría produce en las fábricas, en los campos, siendo precisamente éstos los que más necesidades pasan. Los mantienen a base de mentiras, que es la mayoría de las cosas que dicen por la prensa y por la radio, y cuando se unen en alguna huelga para reclamar, emplean toda clase de medios para callarlos, asustarlos y engañarlos; muchos por eso han perdido la libertad y hasta la vida. Ahora están las cosas en tal forma, que para poder vivir "sin problemas" hay que estar callado y sin hacer nada para que las cosas cambien.

Me dices además que solo no puedo hacer nada. Esto es cierto: solo nada puedo hacer. Pero cada día a más gente golpea en la conciencia el grito de justicia del Evangelio y la angustiosa necesidad del pueblo trabajador y sus hijos.

Querida mamá: yo ya no puedo pensar en forma diferente porque he tratado de abrir los ojos a la realidad de nuestro país y he tratado de sentirla de cerca. Pensar y obrar en forma diferente sería traicionarme a mí mismo, a mí vocación, al Evangelio. Quedarme callado, no hacer nada contra la injusticia cada vez mayor, sería para mí el peor sufrimiento. No creas que ahora sufro; ahora entiendo mejor lo que dice el Evangelio: "Bienaventurados los que sufren persecución por la causa de la justicia" (Marzo 1979).

Para comprender mejor sus motivaciones profundas y las perspectivas a que alcanzaba su sentido de la vida y de la historia, conviene transcribir otro párrafo amplio de una de sus cartas, frente al cual resulta superfino cualquier comentario.

"...te diré que no miro mi vida como un sacrificio, es más, no busco el sacrificio. Pienso en la frase del Evangelio: "si el grano de trigo no cae y muere, sigue siendo sólo un grano...". Creo que cuando se gasta un grano, no se pretende su destrucción, sino su transformación. Buscar el sacrificio es masoquismo.

Claro que uno se puede equivocar al buscar el sitio y las condiciones para sembrar la cosecha. Pero lo primero que uno debe decidir es si está dispuesto a vencer el temor de guardar el grano y no guardarlo como joya preciosa. Lo segundo es dónde, cuándo y cómo se debe sembrar. Eso es lo que me ha mantenido inquieto desde hace muchos años. Y vi (creo que sin desesperos) que, donde estaba y como estaba, nada hacía. Por eso decidí buscar más cerca al pueblo, más dentro del hombre de hoy, no en el hombre deformado por los

vicios de una sociedad capitalista, sino el hombre pobre y explotado por esa sociedad, el que lleva el peso de la misma.

Desde aquí se ven las cosas diferentes. Y creo que no por eso me alejé del Evangelio; por el contrario, me he sentido más seguro del significado del mismo. Cuando se mira la realidad actual desde la parte que goza de los beneficios de la sociedad de explotación, es imposible entender las leyes y formas de actuar que debe tener la otra parte. Sólo se la puede mirar como la ha organizado esa sociedad capitalista, para que sirva a los intereses de los privilegiados por la misma. Pero estas clases no pueden aportar más a la historia; ya lo único que pueden hacer es defender sus privilegios a toda costa. Por eso hay que ir a la otra parte, a la que siente la necesidad de un cambio. Buscar esa parte no es buscar el sacrificio; es buscar el Sentido de la historia, es buscar “los signos fundamentales de los tiempos.

Entonces, trabajar en esta parte y de acuerdo a los métodos y leyes encontradas por la misma, para que se dé un cambio o transformación del hombre y la sociedad, no lo veo como un sacrificio inútil. Si dentro de esta actividad sobreviene la muerte, “bienvenida la hermana muerte”; esto es sólo una circunstancia de algo que se tiene que dar. Pero que se dé sobre un terreno abonado, en proceso de producción, y no dentro del terreno árido de una sociedad capitalista ya agotada o, peor aun, “encerrado en un granero” (celda de convento de corte medieval, parroquia tradicional, universidad reaccionaria, etc. etc.) de espaldas a la realidad, o sirviendo ingenuamente a los intereses de los explotadores, a cambio de algunas comodidades y seguridades”. (Marzo 1979)

A la luz de esta declaración y del conjunto de las que Diego nos ha dejado acerca de su opción, aparecen algunas constantes que bien vale la pena destacar, puesto que son elementos fundamentales para cualquier intento de definición de la misma:

- Es una opción libremente tomada, después de un proceso largo de reflexión y análisis.
- Aparece claramente su motivación evangélica: fue precisamente en nombre del Evangelio y a la luz del mismo, como decidió “dejarlo todo” para salir en búsqueda de la justicia y de la paz.
- En todo momento se sintió ejerciendo una misión, que él aceptó con generosidad, al servicio del más pobre, del oprimido, del explotado.
- Durante el ejercicio de esa misión, aun durante el tiempo que formó parte del ELN, se sintió en todo momento sacerdote y franciscano y como tal actuó. Fue precisamente la convicción de su identidad franciscana y sacerdotal la que lo llevó a escribir una larga carta a sus hermanos de religión para defender la misma y su pertenencia a la Orden Franciscana.
- A pesar de la firmeza de sus convicciones y la claridad con que miraba su misión, no llegó nunca a menospreciar las opciones diferentes a la suya, particularmente dentro de su Comunidad. Respetó un sano pluralismo pero, sobre todo, quiso que

se mantuviera la caridad: “...no por ello, los diferentes modos de ver las cosas nos deben privar del trato fraternal” (Marzo 1981).

- La persecución de tan altos ideales no hizo del él un iluso. Conocía el terreno que pisaba y que la realización de su peculiar misión histórica no era más que la parte de un largo proceso, que quizás nunca lo alcanzaría a ver culminado.
- A pesar de ello, se dedicó a cumplir, con un hondo sentido de responsabilidad, la parte que le correspondía en el impulso de ese proceso, a pesar de los riesgos que implicaba, de los cuales era plenamente consciente: “...Me pregunto sobre qué es lo que nos hace tener la tendencia a poner realmente por encima de nuestro compromiso, el temor de perder la comodidad y la vida. Creo que estos son valores importantes en la vida humana, pero que en determinadas condiciones de la historia, en que son negados para gran parte de la humanidad, deben condicionarse sin temores ni lamentos, sino con una serena alegría, a valores fundamentales de profundo contenido evangélico”. (Noviembre 1977)

Y a esos “valores fundamentales de profundo contenido evangélico” sacrificó su vida hasta derramar su sangre “con serena alegría”. Ya “el terreno estaba abonado, en proceso de producción” y la semilla de trigo estaba allá dentro, dispuesta a producir muchos granos. Por eso, aquel 2 de diciembre de 1981, cuando se encontraba en mitad de su jornada, ansioso de que también otros se empeñaran en preparar los caminos de la justicia que conducen a la fraternidad entre los hombres, pudo contar como otro Francisco de Asís, “Bienvenida la hermana muerte”.

Todo sucedió muy rápido, como en un sueño. La tarde anterior había subido, junto con cuatro compañeros, a la finca Palestina, situada en una empinada vereda del municipio de Suratá (Santander). Allí disfrutaron de la acogida generosa y simple de sus hermanos los campesinos, por los que siempre luchó. La mañana de ese día estuvieron los cinco estudiando y escribiendo a máquina. De pronto, cuando menos lo esperaban, se hizo presente un destacamento de soldados: gritos, puntapiés, disparos, sangre... escarnios y pesquisas: encontraron su arma, un crucifijo oculto entre su ropa. Cayeron dos: un valiente anónimo y el hermano Diego, el nuevo mártir franciscano de Colombia.

Ni la vida ni la muerte de Diego pueden calificarse como una tragedia absurda, según él mismo lo pide en una de sus cartas: “...deben mirar esta realidad con el valor de una auténtica esperanza cristiana, que nos debe llevar a mirar nuestra propia historia, nuestro propio acontecer, dentro del acontecer ascendente de todo el pueblo de Dios” (Agosto 1979).

Es precisamente dentro de esta perspectiva como se puede ubicar mejor el sentido de su existencia, tan desconocida para muchos y el valor del sacrificio, aparentemente tan inútil.

Las personas capaces de descubrir los ideales nobles y de perseguirlos con mirada limpia; las que hacen de su existencia una total coherencia entre criterio y acción, son

las que nos hacen creíbles las grandes propuestas del hombre y las que empujan la historia hacia una meta valedera.

Por ello, estamos convencidos de que, a pesar de su anonimato en el presente, la memoria del hermano Diego se proyectará a lo largo de los días con caracteres cada vez más definidos, precisamente porque con su vida hizo vigentes los grandes valores escritos en el corazón humano.

**Carta de Fray Diego
a todos los frailes de la Provincia Franciscana de Colombia**

Octubre de 1978

“Un saludo de hermano y mis deseos porque cada uno, con fidelidad a su compromiso de hombre, de cristiano y franciscano, se encuentre en el camino de realización de su vocación de servicio al hombre y de aporte a la construcción de una sociedad más justa, donde pueda lograrse la paz y la práctica de los auténticos valores cristianos, una sociedad sin explotados ni explotadores.

Considero un deber ante todos mis hermanos franciscanos escribirles esta carta para darles una explicación sobre mi ubicación actual y las razones que me impulsan. Igualmente quiero explicarles por qué no me encuentro vinculado directamente a las actividades ordinarias de la Provincia, de la que formo parte desde el 16 de Enero de 1962.

Considero que este es el momento de manifestar a todos ustedes mi posición ante la Orden, ya que me he enterado de que existe la intención en los superiores actuales de la Provincia Franciscana de Colombia, de desconocerme como miembro de la misma.

Yo me siento en la actualidad Sacerdote Franciscano y no he pensado en dejar de serlo. Actualmente soy miembro del Ejército de Liberación Nacional (ELN) y esto no implica para mí que haya dejado de ser Sacerdote Franciscano. En mi familia empecé a entender que mi realización como hombre cristiano debe darse en el servicio a los demás. Y cuando abandoné la vida de hogar para integrarme a la Comunidad Franciscana, no significó que rompiera los vínculos con la familia, ni con ello me salí del camino para el que me empezó a formar. Antes, por el contrario, daba un paso adelante en la puesta en práctica de aquello para lo que me había impulsado mi hogar tradicionalmente cristiano.

Durante el tiempo en que he formado parte de la Comunidad Franciscana he aprendido de ella, de su Fundador Francisco de Asís y del contacto que me ha permitido con el pueblo, que es en los proletarios, en los explotados, donde se encuentran las verdaderas potencialidades para el establecimiento del Reino de Dios en el mundo. He aprendido que realizo mi misión como Sacerdote Franciscano mediante el servicio total a este pueblo.

También dentro de la misma comunidad encontré oportunidades para conocer de cerca cómo derrochan en viviendas, viajes, lujos, etc., los que acaparan la riqueza que produce todo un pueblo que pasa hambre, vive en ranchos y cuyos hijos mueren de desnutrición, enfermedades hoy curables, carentes de educación, transporte, descanso, etc.

Los hechos que están sucediendo en nuestra sociedad nos muestran que nos encontramos en un momento histórico en el que la sociedad está pidiendo un cambio hacia estructuras sociales más perfectas. Y momentos como este exigen de nosotros una mayor responsabilidad. Un sistema capitalista basado en la libre competencia y en la máxima exaltación del individualismo, ya está agotando todos los recursos que le permiten sostenerse y garantizar a unos pocos el beneficio del trabajo de la mayoría. Cada vez tiene que acudir a medios más violentos y represivos para mantener su sistema de dominación.

No se escapa la Iglesia a la influencia y la participación de este sistema capitalista. Gran parte de ella se ha instalado bien y defiende en la práctica un sistema que exalta el individualismo; muy a pesar del ejemplo de Jesucristo y de que se celebra todos los días la Eucaristía para significar la unidad de todos los hermanos y la entrega total de Jesucristo por la humanidad.

Sólo nos hace falta abrir los ojos y mirar más allá de los muros de nuestros conventos para ver que la situación que vive todo el pueblo trabajador exige todo un cambio de sistema: un nuevo sistema que lleve a que los medios de producción dejen de estar en manos de unos pocos y que mediante un proceso de socialización se vayan creando las condiciones para que se dé una forma equitativa de distribución de las riquezas, la eliminación de las clases sociales y la atención de las necesidades básicas del hombre y, por lo tanto, condiciones mejores para una sociedad de acuerdo al Evangelio.

Es deber de todo cristiano interesarse porque las estructuras políticas, sociales, económicas y culturales permitan la formación del hombre nuevo. Es por lo tanto responsabilidad histórica para nosotros luchar por acabar las estructuras de dominación capitalista. Debemos poner nuestras capacidades al servicio del pueblo explotado.

La coyuntura histórica que vivimos no admite término medio: o apoyamos las luchas justas del pueblo que reclama el derecho a que todo hombre pueda vivir con dignidad, o nos ponemos de parte de los que se benefician de un sistema injusto, así sea que tomen una falsa posición neutra de mantener la paz, una paz que no existe porque está basada en la injusticia.

El Franciscano es un hombre de Paz y de Bien, y cuando lucha por la justicia está poniendo las verdaderas bases para que estos valores lleguen a realizarse en la historia para toda la humanidad.

Yo he llegado al convencimiento de que debo luchar como sacerdote y como Franciscano para que en mi patria y en todos los pueblos del mundo sea eliminada la explotación capitalista y cualquier otro género de explotación. Formo parte en la actualidad de una Organización político-militar del pueblo, que bajo el nombre de Ejército de Liberación Nacional (ELN) busca acabar con la explotación capitalista y establecer un sistema socialista donde nos podamos tratar verdaderamente como hermanos.

Soy consciente de que por este hecho las instituciones que sostienen y defienden este sistema capitalista me declaran como enemigo. Esto hace que no pueda vivir en la legalidad que ampara un sistema así. Por lo tanto, a partir del momento en que los organismos represivos del sistema se enteraron de mi posición política, he tenido que llevar una vida clandestina para ponerme fuera del alcance de los mismos, ya que esos organismos (ejército, policía, DAS, F-2, etc) son para encarcelar, torturar y hasta asesinar a todos los que se declaran en contra del sistema injusto que ellos defienden.

Esto es lo que me impide participar en la vida normal de la Provincia y de la Orden. Y es también esto lo que me ha ayudado a ver más claramente que la situación de explotación que sufre todo el pueblo trabajador, que es mantenida mediante organismos especializados en reprimir violentamente, sólo puede acabarse mediante la justa defensa de todos los explotados unidos para desarrollar una guerra popular.

No comprendo cuáles sean los motivos para que se me quiera expulsar de la Provincia y de la Orden. Comprendo perfectamente que el actual estado burgués, instrumento de dominación de los capitalistas nacionales y extranjeros, me desconozca como ciudadano porque no me ampara en su legalidad. Pero no me parece lógico que por estar al servicio de los intereses de los pobres y en contra de los explotadores, se me niegue el derecho a seguir formando parte de la Orden fundada por el Pobre de Asís.

Si las leyes actuales que tiene mi Comunidad no me amparan porque me pongo al servicio de las luchas del pueblo, entonces ¿a qué intereses sirven esas leyes? ¿Responden a las necesidades del momento histórico que vivimos?

Y si es que algunos pretenden sostener que un Sacerdote Franciscano no puede participar en las luchas del pueblo y concretamente en la lucha armada en los momentos en que los enemigos del bien común obligan a emplearla, a esos me permito recordarles que el juicio de la historia no ha condenado a los Franciscanos que apoyaron y participaron en la guerra justa por la independencia de nuestra patria. Ni tampoco la historia de nuestra Orden mira como hijos descarriados a los frailes que tomaron parte en las guerras justas de los pueblos en los diferentes sitios y épocas.

El hecho de empuñar un fusil para una lucha justa no es de distinta naturaleza que el de guardar una munición o enseñar al pueblo lo que debe hacer para defender sus derechos.

Y el que bendice las armas, los tanques o los aviones que son para asesinar al pueblo, también es reo de la misma causa del que los maneja o dispara.

Considero más cristiano y franciscano ser Guerrillero del pueblo explotado que Brigadier General o Capellán del ejército que defiende los intereses de los explotadores.

Finalmente les dirijo a todos una invitación muy fraternal para que hagamos un análisis serio de la crisis que vive nuestra institución provincial. Procuremos superar los intentos de análisis anteriores, seamos más concretos y científicos. Partamos de un estudio histórico de nuestra Provincia y luego confrontemos nuestra propia realidad con la realidad actual social, política, económica y cultural. Pienso que esto nos puede ayudar para lograr dar pasos firmes dentro de nuestro compromiso cristiano y franciscano.

Por poco que sepamos de la vida interna de nuestros conventos, parroquias, colegios y universidades, todos conocemos al menos varios hechos que nos dan vergüenza. Los análisis que hasta ahora hemos hecho no han sido suficientes para ver claramente las raíces profundas de estos signos de descomposición de nuestra situación. No es difícil prever la desintegración de la misma si continúa sirviendo de soporte a un sistema capitalista, cuando las fuerzas del pueblo que se levanta, provoquen el desplome de este sistema de explotación.

Con sentimientos de aprecio, me suscribo de ustedes, fraternalmente:

Fray Diego Uribe Escobar, O. F. M. “

Calendario testimonial

Enero 17

1978

En el corregimiento Providencia del municipio de San Roque, departamento de Antioquia, asesinato del Padre **JAIME LEÓN RESTREPO LÓPEZ**, sacerdote diocesano. Había dedicado sus mayores esfuerzos a acompañar a los campesinos en sus procesos de concientización y organización. Fue su vida un claro testimonio de pobreza, de servicio y de solidaridad con el pobre. Fue asesinado cuando se disponía a celebrar la Eucaristía dominical en la capilla de este corregimiento, por sicarios vinculados a la XIV Brigada del Ejército nacional-

Enero 21

1972

En los cerros que separan los departamentos de Antioquia y Chocó, cerca de la población de Betulia (Antioquia), la muerte trágica, en un accidente aéreo muy probablemente provocado, de Monseñor **GERARDO VALENCIA CANO**, vicario Apostólico de Buenaventura (Valle). Su opción por los oprimidos lo llevó a transformar profundamente su estilo de vida episcopal, a vivir en un gran despojo de bienes materiales y a vincularse a movimientos críticos de la sociedad y de la Iglesia. Su palabra profética cuestionó radicalmente todas las estructuras de dominación. Fue calificado por las clases dirigentes y por los medios dominantes de comunicación, como el “Obispo rojo”, “revolucionario” o “rebelde”. Un profundo sufrimiento interior, que se reflejó en su Diario Íntimo, lo acompañó en el último año de su vida, debido a las incomprensiones de las jerarquías de la Iglesia desde donde se le anunciaban fuertes medidas de represión.

febrero 15

1966

En el sitio Patio Cemento, del corregimiento de El Carmen, municipio de San Vicente de Chucurí, departamento de Santander, la muerte en medio de un combate del sacerdote guerrillero **JORGE CAMILO TORRES RESTREPO**. Especializado en Sociología, buscó un cambio social profundo en Colombia, en favor de las clases mas

desposeídas, a través de su trabajo intelectual, social y político. En la medida en que iba encontrando obstáculos insalvables en las instituciones y en las clases dominantes de la sociedad, se fue radicalizando hasta optar por la lucha armada. Cinco meses después de partir hacia las montañas para vincularse al Ejército de Liberación Nacional, cayó muerto cuando participaba en su primer combate.

febrero 20

1974

lugar incógnito de las montañas de Colombia, la muerte en combate del sacerdote guerrillero **DOMINGO LAÍN SANZ**. De origen español, llegó a Colombia en 1966 y trabajó como párroco en barrios marginados de Bogotá y Cartagena, donde simultáneamente se ganaba su sustento trabajando como obrero en modestas fábricas. Expulsado del país por apoyar justas protestas de sus feligreses, regresó clandestinamente a Colombia y se vinculó al Ejército de Liberación Nacional. Este día murió en su primer combate.

febrero 28

1989

En el corregimiento de Cristales, municipio de San Roque, departamento de Antioquia, el asesinato de la Hermana **TERESITA RAMÍREZ VARGAS**, religiosa de la Compañía de María Nuestra Señora. Optó por el trabajo en sectores marginados, primero en Barranquilla y luego en Cristales, donde se desempeñó como maestra en el colegio del pueblo y como promotora de comunidades campesinas en las veredas. Perseguida por terratenientes y militares, fue asesinada este día por sicarios al servicio de aquellos, en momentos en que dictaba clase a sus alumnos.

marzo 17

2002

En el barrio Ricardo Belalcázar, del Distrito de Aguablanca de Cali, departamento del Valle, el asesinato de Monseñor **ISAÍAS DUARTE CANCINO**, Arzobispo de Cali. Desde su ministerio episcopal en Urabá había dado un gran vuelco a su vida para optar por los sectores más oprimidos de la sociedad, denunciar las injusticias y la corrupción y trabajar por la paz. Los grandes narcotraficantes aliados con los grandes líderes del paramilitarismo, los cuales a su vez tenían estrechas relaciones con la clase política y las instituciones del Estado, lo asesinaron, al sentirse exacerbados por sus denuncias y le atribuyeron el crimen a la insurgencia, matando a su vez, en las prisiones, a quienes fueron acusados del crimen, para no dejar testigos incómodos.

marzo 21

1987

En el poblado de Gloria Escondida, del municipio de Quaxinicuilapa, Estado de Guerrero, república de México, el asesinato de la Hermana **LUZ MARINA VALENCIA TRIVIÑO**, religiosa colombiana de la Congregación de Misioneras de la Inmaculada Concepción. Mientras visitaba este poblado para conocer la realidad de su nuevo campo de misión, fue violada y asesinada por caciques del lugar.

abril 1

1982

En la vereda Bellavista, del municipio de San José del Fragua, departamento del Caquetá, el asesinato del joven **ERNESTO PILL PARRA**, laico vinculado a una Comu-

nidad de Base. Había sido torturado por el Ejército en diciembre de 1981. Obligado a presentarse cada 8 días en la base militar de San José, resistió heroicamente a las presiones para colaborar en la acción contrainsurgente del Estado, que había llenado de sangre y de dolor la región. Inflexible en la defensa de la vida y de la dignidad humana, fue desaparecido, nuevamente torturado y asesinado. Su cuerpo sin vida fue hallado cinco días después.

abril 10

1985

En el barrio El Vergel, de la ciudad de Cali, departamento del Valle, el atentado mortal contra el Padre **DANIEL HUBERT GILLARD**, sacerdote de la Congregación Asuncionista. De nacionalidad belga, había venido a Colombia en 1965 y trabajó en barrios populares de Medellín y Cali, donde organizó obras sociales en beneficio de las clases marginadas. Al amanecer de este día fue víctima de un atentado perpetrado por el Ejército y el DAS quedando cerebralmente muerto. El 12 de octubre del mismo año se extinguiría definitivamente su vida.

abril 11

1986

En la ciudad de Bogotá, el asesinato de **ANTONIO EMILIANO HERNÁNDEZ NIÑO**, joven laico, activista y promotor de grupos cristianos, miembro del equipo de la revista Solidaridad y colaborador incansable de los familiares de personas desaparecidas. En la noche del 8 de abril fue capturado, desaparecido y torturado por miembros del Batallón de Inteligencia y Contrainteligencia Charry Solano, del Ejército Nacional. Su cuerpo apareció este día en un basurero al norte de la capital, con los ojos vendados y las manos atadas a la espalda.

abril 15

1992

En la ciudad de Cali, departamento del Valle, el asesinato del joven **ALDEMAR RODRIGUEZ CARVAJAL**, catequista de la Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción y promotor de fraternidades laicas que ofrecieran un espacio para una vivencia laical y comunitaria del Evangelio. Mientras participaba en una reunión de la Corriente de Renovación Socialista, en un parque situado al sur occidente de la ciudad, fue capturado, desaparecido y torturado, en compañía de otros dirigentes de movimientos populares. Su cuerpo fue hallado 8 días después en las aguas del río Cauca con signos de tortura.

abril 17

1990

En el municipio de Trujillo, departamento del Valle, la desaparición del Padre **TIBERIO DE JESÚS FERNÁNDEZ MAFLA**, sacerdote diocesano, párroco del mismo pueblo. Dentro de una estrategia supuestamente para exterminar a grupos guerrilleros de influjo en la región y a sus simpatizantes, el Ejército, en alianza con poderosos narcotraficantes de la región, capturó a decenas de campesinos y pobladores, la mayoría de ellos vinculados a organizaciones de base, los sometió a torturas caracterizadas por extremo derroche de sevicia, los asesinó y arrojó sus cuerpos horriblemente mutilados a las aguas del Río Cauca. El Padre Tiberio fue desaparecido en este día junto con

otras tres personas que lo acompañaban. Su cuerpo fue hallado el 23 de abril en las aguas del Cauca horrendamente mutilado. Líder campesino en su juventud, en su ministerio sacerdotal fue promotor de cooperativas y de organizaciones de base en beneficio de los sectores más pobres. Denunció valientemente los crímenes y, aunque estaba amenazado de muerte, decidió acompañar a su pueblo martirizado hasta el final.

Mayo 10

1985

En el caserío de Rionegro, del municipio de Corinto, departamento del Cauca, el asesinato de **GUILLERMO CÉSPEDES SIABATO**, joven laico, miembro del Movimiento Cristianos por el Socialismo y promotor de Comunidades y grupos cristianos. Había sido encarcelado y salvajemente torturado en 1979. Mientras jugaba un partido de fútbol cerca de la escuela donde trabajaba como educador, fue rodeado por el Ejército y ametrallado en compañía de otros jóvenes del lugar.

mayo 25

1987

En el municipio de Sincé, departamento de Sucre, el asesinato del Padre **BERNARDO LÓPEZ ARROYAVE**, sacerdote diocesano. Radicalmente comprometido en la denuncia de las injusticias y en la formación de cristianos comprometidos en la lucha por la justicia, había escapado a cinco atentados contra su vida. Este día fue víctima de dos sicarios que llegaron hasta el municipio de Sincé y lo asesinaron.

junio 1

1989

En el municipio de Tierralta, departamento de Córdoba, el asesinato del Padre **SERGIO RESTREPO JARAMILLO**, religioso de la Compañía de Jesús. Desde su ordenación sacerdotal había trabajado en sectores empobrecidos, entre los cuales organizó numerosas obras de promoción humana y cultural. De finas cualidades artísticas, fue hostigado por los militares a causa de un mural que hizo pintar en el templo parroquial, donde dejó plasmada la denuncia contra la tortura y la represión criminal del Ejército. Fue abatido este día por las balas de dos jóvenes sicarios, provenientes de la hacienda de un poderoso narcotraficante de la región, donde funcionaba una estructura paramilitar protegida e incentivada por el Ejército Nacional.

junio 9

1971

En el poblado de Santa Fe, de la provincia de Veraguas, república de Panamá, la desaparición del Padre **HÉCTOR GALLEGO HERRERA**, sacerdote colombiano incardinado a la Diócesis de Veraguas. Promotor de una pastoral concientizadora y liberadora del campesino, fue atacado y hostigado persistentemente por terratenientes del lugar que mantenían estrechos vínculos con el gobierno central. *A la media noche del 9 de junio fue capturado por miembros de la Guardia Nacional que llegaron hasta el humilde rancho donde dormía y lo introdujeron violentamente en un campero. Habría sido conducido a la base militar de Rio Hato donde llegó con graves heridas, razón por la cual los militares habrían decidido darle un tiro de gracia y arrojar su cuerpo al mar desde una avioneta. Su cuerpo nunca fue hallado.*

junio 10**1992**

En el barrio Kennedy de Bogotá, el asesinato de **NORMAN PÉREZ BELLO**, catequista y animador de una Comunidad Eclesial de Base en el barrio José Antonio Galán del municipio de Bosa. Originario de Sogamoso (Boyacá), fue líder estudiantil y cívico. Mientras seguía estudios universitarios en Ciencias Sociales, acompañó el proceso de las Comunidades, siendo amenazado y hostigado. Este día fue baleado en una cafetería.

Junio 25**1975**

En la hacienda Los Horcones, entre los municipios de Juticalpa y Catacamas, del departamento de Olancho, república de Honduras, el asesinato del sacerdote colombiano **IVÁN BETANCUR BETANCUR**. Su opción por los pobres lo llevó a ofrecerse para trabajar en la Prelatura de Olancho, donde desarrolló un trabajo pastoral de acercamiento y solidaridad con los campesinos sin tierra. Perseguido y hostigado por terratenientes y militares, fue capturado este día en compañía de otras personas, entre ellas una cuñada suya que llegaba a visitarlo. Sometidos a crueles torturas y asesinados, sus cuerpos fueron arrojados a un pozo de malacate de la hacienda, de 30 metros de profundidad, que luego fue dinamitado y terraplenado con un tractor.

julio 15**1981**

En la vereda San Isidro, del municipio de Belén de los Andaquíes, departamento del Caquetá, el asesinato del catequista y cooperador laico de pastoral, **MISAEEL RAMÍREZ**. Casado y padre de 8 hijos, dedicaba sus fines de semana a la catequesis en cuatro veredas. Luego de una emboscada de la guerrilla a una patrulla del Ejército, los militares capturaron a campesinos que habitaban en los contornos, entre ellos a Misael, absolutamente ajenos al conflicto, con intención confesa de “vengar a sus compañeros”, y los ametrallaron ese día, en presencia de numerosos testigos.

septiembre 1°**2011**

En la vía que va de Mistrató a Belén de Umbría, en el departamento de Risaralda, el asesinato del Padre **JOSÉ REINEL RESTREPO IDÁRRAGA**, Párroco de Marmato, Caldas. Desde su llegada a Marmato había encontrado un agudo conflicto social. Dado que una empresa transnacional canadiense se estaba apoderando progresivamente de las minas que le habían servido a los habitantes del poblado, en su mayoría afro colombianos, indígenas y mestizos, para su subsistencia durante cerca de 500 años, proponiéndose la empresa desalojarlos, destruir y trasladar el histórico centro urbano y establecer una gigantesca mina a cielo abierto, sin reparar los descomunales daños ecológicos y sociales. Al tomar partido a favor de los mineros pobres, el Padre Reinel comenzó a recibir llamadas amenazantes y cuatro días después de dar públicamente sus declaraciones más radicales de solidaridad con los mineros y de oposición al megaproyecto, fue asesinado en un lugar solidario. Había escrito su tesis de Teología sobre la solidaridad y en sus manifestaciones dentro del conflicto hizo vida sus pensamientos y convicciones.

septiembre 9

1990

En el caserío El Sande, del municipio de Guachavés, departamento de Nariño, el asesinato de la misionera suiza **HILDEGARD MARIA FELDMANN**, de la Sociedad Misionera de Belén. Trabajó como enfermera en la India durante 18 años y un año en Bangladesch, sirviendo a comunidades extremadamente pobres. Había venido a Colombia en 1983 y se vinculó al trabajo pastoral, en el área de la salud, de los Vicariatos de Tumaco e Ipiales. Fue asesinada por el Ejército Nacional, en medio de un operativo de persecución a la guerrilla, mientras atendía a una anciana enferma en una humilde vivienda, en las afueras de la aldea.

septiembre 11

1998

En el área urbana de Puerto Caicedo, Putumayo, el asesinato del Padre **ALCIDES JIMÉNEZ CHICANGANÁ**, sacerdote diocesano. Era uno de los mayores impulsores de la pastoral social y del compromiso de la Iglesia con los sectores oprimidos. Este día había organizado una marcha por la paz, dentro de la celebración de la Semana Nacional por la Paz. Cuando celebraba la Eucaristía en su templo parroquia, fue abordado por dos sicarios quienes le dispararon. Él intentó correr hacia el patio de la casa parroquial, ubicado detrás del templo, para evadirlos, pero ellos lo persiguieron hasta darle muerte.

septiembre 17

1981

En la vereda Santa Rita, del corregimiento Estación Cocorná, municipio de Puerto Triunfo, departamento de Antioquia, el asesinato de los catequistas y miembros de las Comunidades Cristianas Campesinas: **ALIRIO BUITRAGO, CARLOS AUGUSTO BUITRAGO, FABIAN BUITRAGO, GILDARDO RAMÍREZ y MARCOS MARÍN**. Los dos primeros, líderes de las comunidades y hermanos de sangre, los demás, integrantes de sus comunidades. Comprometidos en el trabajo catequético y de promoción humana y social de los campesinos, en búsqueda de condiciones más humanas de vida y de justicia social. Fueron asesinados por miembros de un grupo paramilitar que se desarrolló en la región a la sombra del Ejército.

septiembre 18

1998

En zona rural del municipio de Lloró, departamento del Chocó, el asesinato del joven religioso **MIGUEL ÁNGEL QUIROGA GAONA**. Religioso de la Compañía de María, luego de hacer sus votos religiosos y avanzar algunos estudios se trasladó como misionero al Chocó donde trabajaban algunos de su Congregación. Este día viajaba en una embarcación y junto al poblado de Lloró los paramilitares los retuvieron y los hicieron descender. Cuando anunciaron que dejarían con ellos a un campesino que no tenía consigo sus documentos de identidad, Miguel Ángel se opuso, siendo inmediatamente asesinado.

septiembre 19

2001

En el centro urbano del municipio de Tumaco, departamento de Nariño, frente al templo de Nuestra Señora de La Merced, el asesinato de la hermana **YOLANDA**

CERÓN DELGADO. Era en ese momento la encargada de la Pastoral Social de la Diócesis de Tumaco, donde había desplegado una intensa actividad para hacer conocer y defender los derechos de la población afro descendiente. Su compromiso con los sectores más oprimidos y perseguidos la puso en la mira de autoridades militares y policiales y de sus grupos auxiliares paramilitares. Particularmente su última denuncia hizo que la amenazaran de muerte, amenazas que este día se cumplieron. Se había integrado desde muy joven a la Compañía de María Nuestra Señora, congregación de la cual se había separado al no tener un proyecto concreto en Tumaco, donde la reclamaban como coordinadora de la Pastoral Social, pero continuó viviendo profundamente la espiritualidad de La Enseñanza.

octubre 2

1989

En el sitio Santa Clara, del corregimiento de Panamá, municipio de Arauquita, departamento de Arauca, el asesinato de **Monseñor JESUS EMILIO JARAMILLO MONSALVE**, Obispo de Arauca. De fina sensibilidad humanista, escritor y orador sagrado, ejerció su ministerio episcopal en un territorio de agudo conflicto político-militar. Fue víctima de injustas acusaciones por parte del Frente Domingo Laín, de la organización guerrillera Ejército de Liberación Nacional, quienes lo secuestraron, lo torturaron y lo asesinaron este día, crimen que fue repudiado hasta por la misma Dirección Nacional del ELN y por la mayoría de sus frentes de guerra.

octubre 23

1987

En el sitio Zanja Honda, del municipio de El Hobo, departamento del Huila, el asesinato de los catequistas **NEVARDO FERNANDEZ OBRECON y LUZ STELLA VARGAS** y de los indígenas **CARLOS ARTURO PAEZ LIZCANO y SALVADOR NINCO MARTÍNEZ**. Los indígenas luchaban por la recuperación de al menos un pedazo de tierra que había pertenecido a sus antepasados, hoy ilegalmente en posesión de terratenientes. Los catequistas participaban en un Comité de Solidaridad con ellos y eran promotores de Comunidades de Base en la Parroquia de Jesús Obrero, de Neiva. El día anterior fueron encarcelados por la Policía de Campoalegre (Huila) pero su detención fue negada. Durante la noche fueron conducidos a este sitio solitario, donde fueron torturados y asesinados.

noviembre 10

1984

En el municipio de Santander de Quilichao, departamento del Cauca, el asesinato del sacerdote indígena **ÁLVARO ULCUÉ CHOCUÉ**, Párroco de Toribío (Cauca). Comprometido con su etnia Nasa, desarrolló una pastoral al servicio de la liberación integral del indígena, oprimido por múltiples formas seculares de dominación. Hostigado persistentemente por terratenientes y militares, este día fue asesinado por dos miembros del F-2 (Servicio Secreto de la Policía Nacional) quienes vestían trajes civiles.

noviembre 25

1981

En la vereda Remolino, del municipio de Cartagena de Chairá, departamento del Caquetá, el asesinato del cooperador laico de pastoral **HUMBERTO JIMÉNEZ**. Cap-

turado por el Ejército, luego de un curso de capacitación para los cooperadores, fue llevado a un campo de concentración al aire libre, donde fueron asesinados y torturados numerosos campesinos de la zona. Sometido a intensas y crueles torturas, murió en medio de ellas este día.

diciembre 2**1981**

En la finca Palestina, en la zona rural del municipio de Suratá, departamento de Santander, el asesinato del sacerdote franciscano **DIEGO CRISTÓBAL URIBE ESCOBAR**, militante del Ejército de Liberación Nacional. Su opción radical por los pobres lo llevó a buscar un compromiso político militante desde donde pudiera luchar concretamente por el cambio de las estructuras económicas y políticas del país, que siempre consideró como estructuras de pecado. Vinculado al Ejército de Liberación Nacional, fue llamado a acompañar al equipo dirigente de dicha organización en un momento de crisis y de reorientación de sus luchas. Sorprendido en una reunión por una patrulla del Ejército, fue asesinado dentro del operativo de allanamiento al lugar.

"Para los insensatos
ya no son más que muertos...

Dios los puso a prueba
y los halló dignos de El...

En el día de su visita
ellos brillarán y saltarán
como chispas que
incendian un pajar..."

(Sabiduria. 3,2.5.7)

